ZECHARIA SITCHIN

*Autor de El 12° planeta*

# LOS REINOS PERDIDOS

EL CUARTO LIBRO DE «CRÓNICAS DE LA TIERRA»

Lectulandia

La serie CRÓNICAS DE LA TIERRA se basa en premisas tales como: que la mitología no es una extravagancia, sino la depositaria de recuerdos ancestrales; que la Biblia debe leerse literalmente como un documento histórico-científico y que las antiguas civilizaciones (mucho más antiguas y esplendorosas de lo que suele creerse) fueron el producto del conocimiento que trajeron a la Tierra los Anunnaki, es decir, «los que descendieron del Cielo a la Tierra».

Esta gratificante confirmación de audaces conclusiones ha sido todavía más rápida en el cuarto capitulo. Los reinos perdidos. En el corto espacio de tiempo comprendido entre la finalización del manuscrito y la publicación, arqueólogos, lingüistas y otros científicos han sustituido la llamada «teoría de la caminata por los hielos» por la «teoría de la costa» para explicar la llegada en barco del hombre a las américas, de modo que todos estos científicos han llegado a coincidir con las mismas conclusiones a las que llega este cuarto título de la serie.

Parece que los científicos, «han descubierto de repente —como afirma un doctor de la Universidad de Yale— 2000 años de civilización perdida» de modo que han corroborado las conclusiones de este libro. Los científicos además, están empezando a relacionar los inicios de la civilización con los inicios del Viejo Mundo, tal y como se desprende de los textos sumerios y bíblicos.

Lectulandia

Zecharia Sitchin

# Los reinos perdidos

## Crónicas de la Tierra 4

**ePub r1.0**
**XcUiDi** 26.03.14

Título original: *The lost realms*
Zecharia Sitchin, 1990
Traducción: Toni Cutanda

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

# PREFACIO

En los anales de Europa, el descubrimiento del nuevo mundo lleva la huella de *El Dorado* —la implacable búsqueda de oro. ¡Pero los conquistadores poco se imaginaban que sus esfuerzos no eran más que la repetición de una búsqueda, en estas nuevas tierras, de algo que había tenido lugar eones antes!

Enterradas bajo las historias y los relatos de avaricia, pillaje y absurda destrucción que desencadenaron las riquezas recién descubiertas, también existen evidencias en las crónicas de aquella época del tremendo desconcierto que provoco entre los europeos él encontrase con civilizaciones tan semejantes a las del viejo mundo: reinos y cortes reales, ciudades y recintos sagrados, arte y poesía, templos tan altos como el cielo, sacerdotes —así como el símbolo de la cruz y la creencia en un creador de todo. Por ultimo, aunque no menos importante, también se encontraron con las leyendas de unos dioses blancos y barbados, que partieron dejándoles la promesa de que volverían.

Los misterios y los enigmas de mayas, aztecas, incas y todos sus predecesores, que desconcertaron a los conquistadores, todavía confunden a eruditos y legos cinco siglos después.

¿Cómo, cuándo y por qué surgieron esas grandes civilizaciones en el nuevo mundo? ¿Es una simple casualidad que, cuando más se conoce de ellas, más parecen estar moldeadas a partir de civilizaciones del antiguo Oriente Próximo?

Estamos convencidos de que las respuestas sólo se pueden encontrar si se acepta como un hecho, no como un mito, la presencia en la Tierra de los Anunnaki, «*aquéllos que del cielo a la Tierra vinieron*».

En este libro se ofrecen evidencias.

# 1. EL DORADO.

En la actualidad, Toledo es una tranquila ciudad de provincias situada al sur de Madrid, a una hora en automóvil; y, sin embargo, nadie que visite España debería perdérsela, pues tras sus murallas se han conservados monumentos de distintas culturas, así como importantes lecciones de historia.

Sus comienzos, según cuentan las leyendas locales, se remontan a dos mil años antes de la era cristiana, y su fundación se atribuye a los bíblicos descendentes de Noe. Muchos sostienen que su nombre proviene del hebreo Toledoth («historias generacionales»); sus antiguas casas y sus magníficos lugares de culto atestiguan la cristianización de España —el auge y caída de los árabes y de su dominio musulmán, así como el desarraigo del espléndido legado judío.

Para Toledo, para España y para todos los demás países, 1492 fue un año crucial, pues se escribió entonces una triple historia. Los tres acontecimientos tuvieron lugar en España, una tierra conocida geográficamente como «Iberia» —nombre para el cual la única explicación que se le puede encontrar es la del termino Ibri («Hebreo»), por el cual pudieron ser conocidos sus antiguos pobladores. Tras perder la mayor parte de Iberia los musulmanes, los fragmentados reinos contendientes de la península vieron su primera unificación importante cuando Fernando de Aragón e Isabel de Castilla se casaron en 1469.

Durante los diez años siguientes, lanzaron diversas campañas militares que hicieron retroceder a los moros y pusieron a España bajo la bandera del catolicismo; en Enero de 1942, los árabes sufrieron una derrota decisiva con la caída de Granada, y España se convirtió en tierra cristiana. En Marzo de aquel mismo año, el rey y la reina firmaron un edicto para la expulsión de España, con la fecha limite del 31 de julio de aquel año, de todos os judíos que no se hubieran convertido al cristianismo para entonces. Y el 3 de agosto del mismo año, Cristóbal Colon zarpaba bajo la bandera española en busca de una ruta occidental hacia la India.

Diviso tierra el 12 de octubre de 1942, y volvió a España en enero de 1943, trayendo como prueba de su logro a cuatro «indios»; y para corroborar sus argumentos a favor del envió de una segunda expedición bajo su mando, trajo con el gran cantidad de objetos de oro obtenidos de los nativos, así como relatos de una ciudad, una ciudad de oro donde gente llevaba brazaletes en brazos y piernas, y se adornaban el cuello, las orejas y la nariz con oro, un oro que provenía de una mina fabulosa cercana a la ciudad.

Con aquel primer oro traído a España desde las nuevas tierras, Isabel —tan piadosa que se la llamó «la Católica»— ordeno que se forjara una elaborada custodia, que regalo posteriormente a la catedral de Toledo, sede tradicional de la jerarquía católica de España. Y así es que, en la actualidad, cuando un visitante de la catedral

entra a ver el tesoro —una sala protegida con pesadas rejas y llena de objetos preciosos donados a la iglesia durante siglos—, uno puede ver, aunque no tocar, el primer oro que trajo Colon.

En la actualidad, se reconoce que en aquel viaje hubo mucho más que una simple búsqueda de una nueva ruta a la India. Existen evidencias contundentes que indican que Colon fue judío obligado a convertirse, y que sus mentores económicos, también conversos, quizá vieron en la empresa una vía de escape hacia tierras más libres. Fernando e Isabel tuvieron visiones del descubrimiento de los ríos del paraíso y eterna juventud. Y el mismo Colon tenía sus propias ambiciones secretas, de las cuales sólo expresó unas pocas en sus diarios personales. Se veía a sí mismo como el que iba a dar cumplimiento a antiguas profecías referentes a una nueva era que comenzaría con el descubrimiento de nuevas tierras «en el extremo de la Tierra».

Pero fue lo suficientemente realista como para reconocer que, de toda la información que se había traído de su primer viaje, la mención del oro seria la que le aportaría una mayor atención. Diciendo que «el señor le mostraría» el enigmático lugar «donde nace el oro», consiguió convencer a Fernando e Isabel para que le proporcionaran una flota mucho mayor en su segundo viaje, y después en el tercero. Sin embargo, para entonces, los monarcas enviarían a varios administradores y hombres menos conocidos por sus visiones que por sus acciones, que supervisarían e interferirían las operaciones y las decisiones del almirante.

Los inevitables conflictos culminaron con el regreso de Colon a España encadenado, con el pretexto de que había maltratado a algunos hombres. Aunque el rey y la reina lo liberaron de inmediato y le ofrecieron una compensación económica, ambos coincidieron en que Colon era un buen almirante, pero un mal gobernador —y, claro ésta, no era él más indicado para obligar a los indios a confesar la verdadera situación de la ciudad de Oro.

Colon respondió a todo aquello con una dependencia aún mayor de las antiguas profecías y citas bíblicas, y recopilo todos estos textos en un libro, El Libro de las Profecías, que regalo al rey y la reina. Pretendía convencerlos de que España estaba destinada a reinar en Jerusalén, y que Colon era el elegido para lograr esto, al ser el primero en encontrar el lugar de donde nace el oro.

Fernando e Isabel, también creyentes de las Escrituras, accedieron a que Colon zarpara una vez más, convencidos especialmente por el argumento de que la desembocadura del rio que había descubierto (llamado ahora «Orinoco») era uno de los cuatro ríos del Paraíso: y tal como en las escrituras afirmaban, uno de aquellos ríos circundaba la tierra de Javilá, «de donde viene el oro». Pero en este último viaje, Colon se encontraría con más infortunios y desengaños que en cualquiera de los otros tres.

Inmovilizado por la artritis, un fantasma de su antiguo yo, Colon volvió a España

el 7 de noviembre de 1504. Antes de que acabara aquel mes, la reina Isabel había muerto, aunque el rey Fernando aún sentía cierta debilidad por él, decidió dejar actuar a otros en él ultimo memorando que preparaba Colon, en el cual recopilo evidencias de la presencia de una importante fuente de oro en las nuevas tierras.

«La Española proveerá a sus invencibles majestades de todo el oro que se necesite», aseguraba Colon a sus reales patrocinadores hablando de la isla que, en la actualidad, comparten Haití y la República Dominicana. Allí, los conquistadores españoles, utilizando a los indígenas como esclavos, consiguieron fabulosas cantidades de oro: en menos de dos décadas, el tesoro español recibió de La Española el oro equivalente a 500 000 ducados.

Y, con el tiempo, la experiencia en La Española se repetiría una y otra vez a lo largo de un inmenso continente. Pero, en sólo dos décadas, y a medida que los nativos iban muriendo o huían, y las vetas de oro se agotaban, la euforia de los españoles se convirtió en decepción y desesperación, por lo que se hicieron cada vez más audaces para desembarcar en costas ignotas en busca de riquezas. Uno de los destinos más antiguo fue el de la península de Yucatán. Los primeros españoles en llegar allí, en 1511, fueron los supervivientes de un naufragio; pero en 1517, zarpo de Cuba en dirección a Yucatán un convoy de tres barcos, bajo el mando de Francisco Hernández de Córdoba, con el objetivo de conseguir esclavos. Para su sorpresa, se encontraba con construcciones de piedra, templos e ídolos de diosas; pero, para desgracias de los habitantes de la zona, que los españoles entendieron que se llamaban a sí mismos «mayas», los conquistadores encontraron también «ciertos objetos de oro que tomaron».

La crónica de la llegada y la conquista de Yucatán por parte de los españoles se basan principalmente en un texto titulado *Relación de las Cosas de Yucatán*, escrito por Fray Diego de Landa en 1566. Hernández y sus hombres, según informa Diego de Landa, vieron en esta expedición una gran pirámide escalonada, ídolos y estatuas de animales, y una gran ciudad tierra adentro. Sin embargo, los indígenas a los que intentaron capturar se les resistieron ferozmente, mostrándose impertérritos incluso ante el fuego de artillería de los barcos. El alto número de bajas —el mismo Hernández fue gravemente herido— obligó a los conquistadores a retirarse. Sin embargo, a su regreso a Cuba, Hernández recomendó que se hicieran más expediciones, pues «esa tierra era buena y rica, a causa de su oro».

Un año después, otra expedición dejó Cuba en dirección a Yucatán. Desembarcaron en la isla de Cozumel, y descubrieron Nueva España, Panuco y la provincia de Tabasco (que es como nombraron a estos nuevos lugares). Pertrechados con una gran variedad de objetos para el trueque y no sólo con armas, los españoles se encontraron en esta ocasión tanto con indígenas hostiles como amistosos. Vieron más construcciones y monumentos de piedra, sintieron la punzada de las flechas y las

lanzas de punta de obsidiana, y examinaron los objetos que hacían los indígenas. Muchos estaban hechos de piedra, común o semipreciosa; otros brillaban como el oro, pero al examinarlos de cerca resultaban ser de cobre. En contra de lo esperado, había pocos objetos de oro, y no había minas ni otras fuentes de oro, ni de ningún otro metal, en aquella tierra.

Entonces, ¿de dónde había llegado el oro, por poco que fuera? Los mayas decían que lo habían obtenido comerciando. Según ellos, venía del noroeste: allí, en el país de los aztecas, había mucho.

El descubrimiento y la conquista del reino de los aztecas, en las alturas del centro de México, está unido históricamente al nombre de Hernán Cortés. Éste salió de Cuba en 1519, al mando de una verdadera armada de once barcos, alrededor de seiscientos hombres y un buen número de preciados —y escasos en América— caballos. Deteniéndose, desembarcando y volviendo a embarcar, siguió lentamente la costa del golfo de Yucatán. En la zona en donde la influencia maya desaparecía y comenzaba el dominio azteca, Cortés estableció un campamento base y lo llamó Veracruz (nombre que ha quedado hasta el día de hoy).

Fue allí donde, para asombro de los españoles, aparecieron los emisarios del soberano azteca dándoles la bienvenida y portando exquisitos regalos. Según un testigo presencial, Bernal Díaz del Castillo (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*), entre los regalos había

> *«una rueda como el sol, tan grande como la rueda de un carro, con gran cantidad de imágenes en ella, todo de oro fino, y maravilloso para ser contemplado, que los que la pesaron después dijeron que valía más de diez mil dólares».*

Después, otra rueda aún más grande, «hecha de plata de gran brillantez, a imitación de la luna». También un casco, lleno hasta el borde de pepitas de oro; y un tocado de plumas del extraño pájaro *quetzal* (reliquia que aún se conserva en el Museum für Vólkerkunde de Viena).

Los emisarios explicaron que aquéllos eran los regalos de su soberano, Moctezuma, al divino Quetzalcóatl, la «Serpiente Emplumada», dios de los aztecas, gran benefactor que fue forzado por el Dios de la Guerra a dejar la tierra de los aztecas mucho tiempo atrás. Con un grupo de seguidores, fue al Yucatán, y después zarpó en dirección este, prometiendo volver el día de su nacimiento en el año «1 Carrizo». En el calendario azteca, el ciclo de los años se completaba cada 52 años, y de ahí que el año del prometido retorno, «1 Carrizo», sólo tuviera lugar una vez cada 52 años.

En el calendario cristiano, éstos fueron los años 1363, 1415,1467 y 1519, precisamente el año en que Cortés apareció de las aguas por oriente, a las puertas de los dominios aztecas. Barbado y con casco, al igual que Quetzalcóatl (algunos también sostenían que el dios era de tez clara), Cortés parecía cumplir con las

profecías.

Los regalos ofrecidos por el rey azteca no se habían seleccionado de forma casual, pues eran ricos en simbolismo. El montón de pepitas de oro se ofrecía porque el oro era un metal divino perteneciente a los dioses. El disco de plata que representaba a la luna se incluyó porque algunas leyendas sostenían que Quetzalcóatl zarpó para volver a los cielos, haciendo de la luna su morada. El tocado de plumas y las vestimentas ricamente adornadas eran para que se las pusiese el dios que regresaba. Y el disco de oro era un calendario sagrado que representaba el ciclo de 52 años, e indicaba el Año del Retorno. Y sabemos que se trataba de este calendario debido a que otros como él, hechos no obstante de piedra en vez de oro fino, se han descubierto posteriormente (Fig. 1).

Figura 1.

No se sabe si los españoles comprendieron aquel simbolismo o no. Si lo hicieron, no lo respetaron. Para ellos, aquellos objetos no eran más que la prueba de las enormes riquezas que les esperaban en el reino de los aztecas. Estos objetos irremplazables se encontraban entre los tesoros artísticos que llegaron a Sevilla desde México el 9 de diciembre de 1519, a bordo del primer barco de tesoros que enviara Cortés a España. El rey de España, Carlos I, nieto de Fernando y soberano de otros países europeos como Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano, estaba entonces en Flandes, de modo que el barco fue enviado a Bruselas.

Entre todo aquel oro había, además de los simbólicos regalos, figurillas de patos,

perros, tigres, leones y monos, y un arco con sus flechas de oro. Pero sobrepasándolos a todos estaba el «disco de oro», de 197,5 cm de diámetro, y grueso como cuatro *reales*. El gran artista Alberto Durero, que vio el tesoro que llegó de «la Nueva Tierra de Oro», dijo que

> *«estas cosas eran todas ellas tan preciosas que se valoraron en 100 000 florines. Pero nunca en todos mis días había visto algo que regocijara tanto mi corazón como aquellas cosas. Pues vi entre ellas asombrosos objetos artísticos, y me maravillé de la delicada ingenuidad de los hombres de aquellas distantes tierras. Ciertamente, no puedo decir suficiente de las cosas que había allí, ante mí».*

Pero fuera cual fuera el singular valor artístico, religioso, cultural o histórico que «aquellas cosas» pudieran tener, para el rey no eran más que oro, oro con el cual poder financiar sus luchas contra las insurrecciones internas y las guerras en el exterior. Sin perder el tiempo, Carlos dio la orden de que éstos y todos los objetos futuros hechos de metales preciosos fueran fundidos a su llegada y convertidos en lingotes de oro o plata.

En México, Cortés y sus hombres adoptaron la misma actitud. Avanzando lentamente, y venciendo cualquier resistencia que se encontraban por la fuerza de su superioridad en armas o por medio de la diplomacia y la traición, los conquistadores llegaron a la capital azteca, Tenochtitlán —la actual ciudad de México— en noviembre de 1519. A la ciudad, situada en medio de un lago, sólo se podía acceder a través de unas calzadas de fácil defensa. Sin embargo, todavía sobrecogidos por la profecía del dios que regresaba, Moctezuma y sus nobles salieron de la ciudad para recibir a Cortés y su séquito.

Sólo Moctezuma llevaba sandalias; los demás iban descalzos y se postraron ante el dios blanco. Moctezuma recibió a los conquistadores en su magnífico palacio; había oro por todas partes, incluso los artículos de la mesa estaban hechos de oro; y les mostraron un almacén lleno de objetos de oro. Por medio de un ardid, los conquistadores apresaron a Moctezuma y lo retuvieron en sus dependencias, exigiendo para su liberación un rescate en oro. Ante esto, los nobles enviaron emisarios por todo el reino para que reunieran el rescate; trajeron oro suficiente como para llenar un barco, que zarpó de vuelta a España. (Sin embargo, fue apresado por los franceses, con lo que se declaró la guerra).

Consiguiendo el oro de forma astuta, y debilitando a los aztecas sembraron cizaña entre ellos. Cortés tenía Planeado liberar a Moctezuma y dejarle en el trono como un rey títere. Pero su segundo en el mando perdió la paciencia y ordenó una masacre entre los nobles y jefes aztecas. En la confusión que siguió, Moctezuma fue asesinaos españoles se encontraron inmersos en una batalla en toda regla. Con graves pérdidas, Cortés se retiró de la ciudad, y sólo consiguió volver a entrar en ella en agosto de 1521, potentemente reforzado desde Cuba y tras una serie de prolongadas batallas. Para cuando el gobierno español se impuso irrevocablemente sobre los sometidos aztecas, les había saqueado unos 600 000 pesos de oro, convertidos ya en lingotes.

Mientras estaba siendo conquistado, México fue ciertamente una Nueva Tierra de Oro; pero una vez se llevaron los objetos de oro creados y acumulados durante siglos, si no milenios, quedó claro que México no era la bíblica tierra de Javilá, y que Tenochtitlán no era la legendaria Ciudad de Oro. Y así, la búsqueda del preciado metal, a la que ni aventureros ni reyes estaban dispuestos a renunciar, se encaminó hacia otros lugares del Nuevo Mundo.

Para entonces, los españoles habían establecido una base en Panamá, en la costa del Pacífico, y desde allí enviaban expediciones y delegados a América Central y del Sur. Fue allí donde escucharon la seductora leyenda de El Dorado —abreviatura de «*el hombre dorado*». Se trataba de un rey que gobernaba en un reino tan rico en oro, que se embadurnaba cada mañana de la cabeza a los pies con un aceite previamente rociado con polvo de oro. Al llegar la noche, se sumergía en el lago y se quitaba el oro y el aceite, para repetir aquel ritual al día siguiente. Aquel hombre reinaba en una ciudad que estaba en el centro de un lago, emplazada en una isla de oro.

Según una crónica titulada *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, el primer informe concreto de El Dorado lo obtuvo Francisco Pizarro en Panamá de uno de sus capitanes, con la siguiente versión: se decía que un indígena de Colombia había oído hablar de

> *«un país rico en esmeraldas y oro. Entre las cosas de las que se ocupaban estaba ésta: su rey se desnudaba y, a bordo de una balsa, iba hasta el centro de un lago para hacer oblaciones a los dioses. Su regia forma era untada con aceite fragante, sobre el cual se esparcía una capa de oro en polvo, desde la planta de los pies hasta la coronilla, dejándolo resplandeciente como los rayos del sol».*

Muchos peregrinos iban para contemplar el ritual, haciendo «ricas ofrendas votivas de objetos de oro y esmeraldas singulares, así como otros muchos ornamentos», arrojándolos en el lago sagrado.

Otra versión, en la que se sugería que el lago sagrado estaba en algún lugar del norte de Colombia, hacía llevar al rey dorado una «gran cantidad de oro y esmeraldas» hasta el centro del lago. Allí, en calidad de emisario de las multitudes que se aglomeraban gritando y tocando instrumentos musicales en las orillas, arrojaba el tesoro en el lago como ofrenda a su dios. Otra versión más llamaba a la ciudad dorada Manoa y afirma que se encontraba en la tierra de *Biru* —Perú para los españoles.

La leyenda de El Dorado se difundió entre los europeos en el Nuevo Mundo como el fuego, y no tardó mucho en llegar a Europa. Lo que pasaba de boca en boca terminó por ponerse por escrito; comenzaron a circular por Europa panfletos y libros en los que se describía el país y el lago, la ciudad y el rey a quien nadie había visto aún, e incluso el ritual mediante el cual se doraba al rey cada mañana (Fig. 2).

Mientras algunos, como Cortés, que fue hasta California, u otros que fueron a Venezuela, buscaban en direcciones de su propia elección, Francisco Pizarro y sus tenientes confiaron por completo en los informes de los indígenas. Algunos fueron

hasta Colombia y buscaron en las aguas del lago Guatavita —una búsqueda que fue tomada y dejada durante cuatro siglos, que dio como cosecha algunos objetos votivos de oro y deja a las posteriores generaciones de cazadores de tesoros la convicción de que, si se pudiese secar por completo el lago, se podrían extraer de su fondo todas aquellas riquezas.

Figura 2.

Otros, como el propio Pizarro, convinieron en que Perú tenía que ser el lugar correcto. Desde la base de Panamá, dos expediciones recorrieron la costa del Pacífico en dirección sur, y trajeron suficientes objetos de oro como para convencerles de que valdría la pena centrar los esfuerzos en Perú. Tras obtener el permiso real y conseguir los títulos de capitán general y gobernador (de una provincia que aún no había sido conquistada), Pizarro zarpó hacia Perú a la cabeza de dos centenares de hombres. Era el año 1530.

¿Cómo esperaba conquistar, con tan pequeño ejército, un inmenso país protegido por miles de guerreros ferozmente leales a su señor, el Inca, al que consideraban la personificación de un dios? El plan de Pizarro consistía en repetir la eficaz estrategia que empleara Cortés: atraer al soberano, apresarlo, obtener el oro como rescate y, después, dejarlo en libertad para que fuera un títere de los españoles.

La cuestión es que los incas, que es como terminarían llamando a este pueblo, estaban enzarzados en una guerra civil cuando desembarcaron los conquistadores, lo cual representó una ventaja adicional. Se encontraron con que, tras la muerte del Inca, su primogénito, nacido de una «esposa secundaria», estaba cuestionando la legitimidad sucesoria de un hijo nacido de la esposa principal del Inca. Cuando la noticia del avance de las tropas españolas llegó a oídos del aspirante, llamado Atahualpa, éste tomó la determinación de dejar que los conquistadores penetraran tierra adentro (alejándose así de sus barcos y refuerzos) mientras él terminaba de hacerse con el control de la capital, Cuzco. Cuando los españoles llegaron a la

principal ciudad de los Andes, le enviaron emisarios con regalos y con una oferta de conversaciones de paz. Proponían que los dos líderes se encontraran en la plaza de la ciudad, desarmados y sin escolta militar, como muestra de buena voluntad. Atahualpa accedió pero, cuando llegó a la plaza, los conquistadores atacaron a su escolta y lo prendieron.

Luego, pidieron un rescate por su liberación: que una gran sala se llenara de oro hasta la altura de un hombre con la mano extendida hacia el techo. Atahualpa creyó entender lo que significaba llenar la sala con objetos de oro, y accedió. Por orden suya, todo tipo de utensilios de oro se sacó de templos y palacios —copas, ánforas, bandejas, jarras de todas las formas y tamaños—, ornamentos entre los que había imitaciones de animales y plantas, y placas con las que se forraban los muros de edificios públicos. Durante semanas, acumularon aquellos tesoros para llenar la sala. Pero, entonces, los españoles dijeron que el trato consistía en llenar la sala con oro sólido, no con objetos huecos; y, durante un mes, los orfebres incas se dedicaron a fundir todos los objetos artísticos y convertirlos en lingotes.

Y dado que la historia insiste en repetirse, el destino de Atahualpa fue exactamente el mismo que el de Moctezuma. Pizarro pretendía liberarlo para que gobernase como un rey títere, pero sus ardorosos tenientes y los representantes de la Iglesia, en un simulacro de juicio, lo sentenciaron a muerte por el crimen de idolatría y el asesinato de su hermanastro, su rival en el trono.

Según una de las crónicas de la época, el rescate obtenido por la liberación del Inca fue el equivalente a 1 326 539 pesos de oro —alrededor de 5670 kilos—, tesoro que se repartieron rápidamente Pizarro y sus hombres después de dejar la requerida quinta parte para el rey. Pero a pesar de que lo que cada hombre recibió iba más allá de sus sueños más fantásticos, aquello no era nada comparado con lo que aún estaba por llegar.

Cuando los conquistadores entraron en la capital, Cuzco, vieron templos y palacios cubiertos literalmente de oro y llenos de este metal. En el palacio real había tres cámaras llenas de objetos de oro y cinco con objetos de plata, y una montaña de 100 000 lingotes de oro con un peso de 2,265 kilos cada uno, una reserva de tan precioso metal que estaba a la espera de ser convertida en objetos artísticos. El trono, también de oro, y equipado con un taburete de oro, diseñado para convertirse en una litera sobre la cual pudiera reclinarse el rey, pesaba 25 000 pesos (alrededor de 113 kilos); incluso las varas para transportarlo estaban recubiertas de oro.

Por todas partes había capillas y cámaras funerarias en honor a los antepasados llenas de estatuillas e imágenes de pájaros, peces y animales pequeños, espigas, pectorales. En el gran templo (que los españoles llamaron el Templo del Sol), las paredes estaban cubiertas con pesadas placas de oro, y tenía un jardín artificial en donde todo —árboles, arbustos, flores, pájaros y una fuente— estaba hecho de oro.

En el patio, había un campo de maíz con tallos de plata y espigas de oro, un campo que cubría una superficie de 91 por 182 metros —es decir, ¡16 562 metros cuadrados de maíz de oro!

En Perú, los conquistadores españoles vieron cómo en un corto espacio de tiempo sus fáciles victorias iniciales dieron paso a unas encarnizadas rebeliones de los incas, y la riqueza inicial dio paso al azote de la inflación. Para los incas, igual que para los aztecas, el oro era un don propiedad de los dioses, no un medio para el intercambio. Nunca lo utilizaron como una mercancía, como dinero. Para los españoles, el oro era un medio para adquirir todo lo que deseaban. Atiborrados de oro, pero desprovistos de cualquier lujo o, incluso, de necesidades cotidianas, los españoles no tardaron en pagar sesenta pesos de oro por una botella de vino, 100 por una capa o 10 000 por un caballo.

Pero en Europa, la afluencia de oro, plata y piedras preciosas disparó la fiebre del oro y las especulaciones acerca de El Dorado. A despecho de las grandes cantidades de tesoros que llegaban, persistía la convicción de que El Dorado aún no había sido encontrado, y que con algo de paciencia, de suerte y leyendo bien las pistas de los indígenas y de enigmáticos mapas, alguien podría hallarlo. Exploradores alemanes estaban seguros de que la ciudad dorada se encontraría en las cabeceras del río Orinoco, en Venezuela, o quizás en Colombia.

Otros llegaron a la conclusión de que el río que había que seguir era otro, incluso el Amazonas, en Brasil. Quizás el más romántico de todos ellos, habida cuenta de sus orígenes y del patrocinio real con el que contó, fuera *Sir* Walter Raleigh, que zarpó desde Plymouth en 1595 para encontrar la legendaria Manoa, y poner bajo la corona de la reina Isabel su dorada gloria. En su imaginación, veía Manoa como

> *¡Imperial El Dorado, con tejados de oro!*
> *Sombras a las cuales*
> *—a pesar de todos los choques del cambio,*
> *todo asalto del caprichoso azar—*
> *los hombres se aferraron con anhelante esperanza*
> *que no moriría.*

Como otros antes y después que él, Raleigh aún veía El Dorado —el rey, la ciudad, el país— como un sueño todavía no realizado, «una anhelante esperanza que no moriría». En esto, todos y cada uno de los que fueron en busca de El Dorado serían el eslabón de una cadena que había comenzado antes de los faraones y continúa en nuestros días con los anillos de boda y los tesoros nacionales.

Sin embargo, fueron aquellos soñadores, aquellos aventureros, los que en su avaricia de oro le revelaron al hombre occidental los pueblos y las civilizaciones desconocidas de las Américas, restableciendo así, sin pretenderlo, los lazos que habían existido en tiempos ya olvidados.

¿Por qué durante tanto tiempo se prosiguió con la búsqueda de El Dorado, aun

después del descubrimiento de tan increíbles cantidades de oro y plata en México y Perú, por no citar otros lugares en donde el expolio fue menor? Que la búsqueda se continuara e, incluso, se intensificara se puede atribuir principalmente a la convicción de que la *fuente* de todas aquellas riquezas aún no se había encontrado.

Los conquistadores interrogaron de forma intensiva a los nativos acerca del origen de aquellos tesoros amasados, y siguieron cada una de sus pistas incansablemente. Pero no tardaron en comprender que no iban a encontrarlo en el Caribe y en el Yucatán; de hecho, los mayas les habían dicho que ellos habían conseguido la mayor parte de su oro comerciando con sus vecinos del sur y del oeste, y explicaron que habían aprendido el arte de la orfebrería de antiguos pobladores (que los expertos identifican en la actualidad con los toltecas). Sí, decían los españoles, pero ¿de dónde habían obtenido el oro los toltecas? De los dioses, era la respuesta de los mayas. En las lenguas de la zona, el oro recibía el nombre de *teocuitlatl*, que significa literalmente «excreción de los dioses», su transpiración y sus lágrimas.

En la capital azteca, los conquistadores supieron que el oro se consideraba el metal de los dioses, de ahí que robarlo fuera un delito gravísimo. Los aztecas también señalaron a los toltecas como sus maestros en el arte de la orfebrería. Pero ¿quién les había enseñado a los toltecas? El gran dios Quetzalcóatl, respondían los aztecas.

Cortés, en sus informes al rey de España, decía que le había preguntado una y otra vez a Moctezuma sobre el origen del oro, y que Moctezuma le había dicho que éste provenía de tres provincias de su reino, una en la costa del Pacífico, otra en la costa del golfo, y otra tierra adentro, en el sudoeste, donde estaban las minas.

Cortés envió a sus hombres a investigar los tres lugares indicados. En los tres casos, se encontraron con que los indígenas estaban obteniendo ciertamente el oro de los lechos de los ríos, o bien recogiendo las pepitas en la superficie, donde las habían depositado los aluviones creados por las lluvias. En la provincia donde estaban las minas, su actividad parecía ser algo del pasado, puesto que los indígenas con los que se encontraron los españoles no trabajaban en ellas

> *«No había minas en activo —escribió Cortés en su informe—. Las pepitas se encontraban en la superficie; la principal fuente era la arena de los lechos de los ríos. El oro se guardaba en forma de polvo en pequeños tubos de caña, o se fundía en pequeñas ollas y se convertía en barras».*

Así preparado, el oro se enviaba a la capital, se devolvía a los dioses, a quienes siempre había pertenecido.

Aunque la mayor parte de los expertos en minería y metalurgia aceptan las conclusiones de Cortés —la de que los aztecas se dedicaban exclusivamente a la minería de ribera (la recogida de pepitas y polvo de oro en las orillas y lechos de los ríos), y no a una verdadera minería en la que se cavan pozos y túneles en las laderas de las montañas—, el asunto aún está lejos de haber quedado resuelto. Tanto los conquistadores como los ingenieros de minas que les siguieron en siglos posteriores

hablaban insistentemente de minas prehistóricas de oro que se habían encontrado en diversos emplazamientos de México.

Pero, dado que parece inconcebible que unos antiguos pobladores de México, como los toltecas, cuya historia se remonta a unos cuantos siglos antes de Cristo, pudieran haber tenido una tecnología minera más desarrollada que la de los aztecas (posteriores a ellos y, por tanto, supuestamente más avanzados), los investigadores han desechado la idea de las pretendidas «minas prehistóricas», explicándolas como viejos pozos excavados y posteriormente abandonados por los conquistadores españoles.

Expresando el punto de vista común a principios del siglo XX, Alexander Del Mar (*A History of the Precious Metals*) decía que

> *«con respecto a la minería prehistórica, hay que convenir que la falta de conocimientos de los aztecas acerca del hierro y, por tanto, de la minería subterránea… es algo que, prácticamente, queda fuera de toda duda. Cierto es que algunos prospectores modernos han encontrado en México viejos pozos y restos de obras mineras que parecían confirmar la idea de una minería prehistórica».*

Aunque estos informes llegaron a abrirse paso hasta las publicaciones oficiales, Del Mar creía que lo descubierto no era más que «antiguas obras desmoronadas por la actividad volcánica, o bien con depósitos de lava o alquitrán, algo que podría llegar a verse como evidencias de unas gran antigüedad». Y terminaba diciendo: «Esta conclusión tiene todas las garantías».

Sin embargo, esto no es lo que los mismísimos aztecas habían dicho. Los aztecas no sólo atribuían a sus predecesores toltecas el oficio, sino también el conocimiento del lugar oculto del oro y la habilidad para sacarlo de las montañas. En un manuscrito azteca conservado en el *Códice Matritense de la Real Academia* (Vol. VIII), según la traducción de Miguel León Portilla (*Aztec Thought and Culture*), se describe a los toltecas así:

> *«Los toltecas eran un pueblo hábil; todos sus trabajos parecen buenos, exactos, bien hechos y admirables… Pintando, esculpiendo, tallando piedras preciosas, trabajando con plumas o haciendo cerámica, hilando o tejiendo, los toltecas se mostraban hábiles en todo lo que hacían. Ellos descubrieron la turquesa, la piedra preciosa verde; conocían la turquesa y sus minas. Encontraban sus minas y encontraban las montañas en donde se ocultaba la plata y el oro, el cobre, el estaño y el metal de la luna».*

La mayoría de los historiadores coinciden en que los toltecas llegaron a las tierras altas del centro de México en los siglos anteriores a la era cristiana —al menos, mil años antes, quizás mil quinientos, de que los aztecas aparecieran en escena.

¿Cómo puede ser que conocieran la minería, la minería auténtica del oro y de otros metales, así como de piedras preciosas como la turquesa, siendo que los que les siguieron —los aztecas— no hacían más que recoger pepitas de oro de las orillas de los ríos? ¿Y quién enseñó a los toltecas los secretos de la minería?

La respuesta, como hemos visto, estaba en Quetzalcóatl, el dios Serpiente Emplumada.

El misterio de la gran acumulación de oro de los aztecas por una parte, y su limitada capacidad para obtenerlo, por otra, se repitió en el caso de los incas.

En Perú, al igual que en México, los nativos obtenían el oro a partir de las pepitas que depositaban los ríos en las orillas. Pero la producción anual de oro a través de este sistema no da cuenta de los inmensos tesoros que se encontraron en manos de los incas. La inmensidad de estas riquezas se hace obvia por las anotaciones que se guardaron en Sevilla, puerto de entrada oficial de las riquezas del Nuevo Mundo.

En los *Archivos de Indias* —todavía disponibles— se registró la llegada de 134 000 *pesos de oro* en los cinco años que van de 1521 a 1525. En los cinco años siguientes (¡los del botín de México!), se registraron 1 038 000 pesos. De 1531 a 1535, cuando los embarques de Perú comenzaron a sobrepasar a los de México, la cantidad se incrementó hasta llegar a 1 650 000 pesos. Entre 1536 y 1540, cuando Perú se había convertido en la fuente principal, los registros anotaron 3 937 000 pesos; y en la década de 1550, las recepciones totalizaron casi 11 000 000 de pesos.

Uno de los principales cronistas de entonces, Pedro de Cieza de León (*Crónicas de Perú*), comenta que, en los años que siguieron a la conquista, los españoles «extrajeron» del imperio inca unas 15 000 *arrobas* de oro al año, y 50 000 de plata; es decir, ¡el equivalente a más de 170 toneladas de oro y 567 toneladas de plata *al año*! Aunque Pedro de Cieza no menciona durante cuántos años se estuvieron «extrayendo» estas fabulosas riquezas, las cifras nos dan una idea de la cantidad de metales preciosos que los españoles fueron capaces de llevarse del país de los incas.

Las crónicas cuentan que, después de conseguir el gran rescate pedido por el señor de los incas, después del saqueo de Cuzco y del templo sagrado de Pachacamac en la costa, los españoles se hicieron expertos en la «extracción» de oro de las provincias en cantidades igualmente ingentes. En todo el imperio inca, los palacios y los templos estaban ricamente decorados con oro. También obtuvieron oro de los objetos de los enterramientos, y supieron de la costumbre inca de sellar las residencias de los nobles y los soberanos fallecidos, dejando allí sus cuerpos momificados junto con todos los objetos preciosos que habían poseído en vida.

Los conquistadores sospecharon también, acertadamente, que los indígenas se habían llevado algunos tesoros a lugares ocultos; unos fueron escondidos en cuevas, otros enterrados, y otros más arrojados a los lagos. Y también estaban las *huacas*, lugares apartados de culto o de uso divino, en donde se amontonaba el oro y se guardaba a la disposición de sus verdaderos propietarios, los dioses.

Los relatos de descubrimientos de tesoros, logrados frecuentemente después de torturar a los indígenas para que revelaran los lugares ocultos, llenan las crónicas de los cincuenta años que siguieron a la conquista, llegando incluso hasta los siglos XVII y XVIII. Así, Gonzalo Pizarro encontró el tesoro escondido de un señor inca que había reinado un siglo antes, y un tal García Gutiérrez de Toledo descubrió una serie de

montículos que cubrían unos tesoros sagrados de los cuales se extrajeron alrededor de un millón de pesos de oro entre 1566 y 1592.

En fecha tan tardía como 1602, Escobar Corchuelo se apropió en la *huaca* La Tosca de gran cantidad de objetos valorados en 60 000 pesos. Y cuando se desvió el curso del río Moche, se encontró un tesoro valorado en unos 600 000 pesos; también había allí, según informan los cronistas, «un gran ídolo de oro».

Hace un siglo y medio, y por tanto mucho más cerca de los acontecimientos de lo que podemos estar hoy, dos exploradores (M. A. Ribero y J. J. von Tschudi, *Peruvian Antiquities*) describían la situación así:

> *«En la segunda mitad del siglo XVI, en el corto lapso de 25 años, los españoles exportaron desde Perú a la madre patria más de cuatrocientos millones de ducados de oro y plata, y bien se puede decir que las nueve décimas partes de todo esto no era más que el botín tomado por los conquistadores; en este cálculo, dejamos de lado las inmensas cantidades de metales preciosos enterrados por los nativos para ocultarlos de la avaricia de los invasores, así como la famosa cadena de oro que el inca Huayna Capac ordenó se hiciera con motivo del nacimiento de su primogénito, Inti Cusi Huallapa Huáscar, y que dicen que fue arrojada al lago Urcos».*
>
> *(Se dice que la cadena medía 213 metros, y que era tan gruesa como la muñeca de un hombre).*
>
> *«Tampoco se incluyen aquí las once mil llamas cargadas de vasijas preciosas llenas de oro en polvo, con las que el desgraciado Atahualpa intentó comprar su vida y su libertad, y que los arrieros sepultaron en el Puna tan pronto supieron del castigo al que su adorado monarca había sido traicioneramente condenado».*

Pero estas ingentes cantidades de oro venían como resultado del saqueo de las riquezas acumuladas, y no de una producción sostenida, como queda claro no sólo por las crónicas, sino también por los números. En unas cuantas décadas, después de agotar las fuentes de tesoros visibles y ocultas, la recaudación de oro en Sevilla disminuyó hasta las 6000-7000 libras de oro al año. Sólo entonces los españoles comenzaron a utilizar sus herramientas de hierro y se pusieron a reclutar nativos para que trabajaran en las minas.

Aquel trabajo era tan duro que, para cuando finalizaba el siglo, el país estaba casi despoblado, y la Corte de España se vio obligada a imponer restricciones en la explotación de los trabajadores nativos. Se descubrieron y se explotaron grandes filones de plata, como el de Potosí; pero la cantidad de oro obtenida nunca pudo competir con los ingentes tesoros acumulados antes de la llegada de los españoles ni explicar su origen.

Buscando una respuesta al enigma, Ribero y Von Tschudi escribieron:

> *«El oro, aunque era el metal más estimado por los peruanos, lo poseían en una cantidad mayor que cualquier otro metal. Si se compara su abundancia en tiempo de los incas con la cantidad que, en el lapso de cuatro siglos, pudieron extraer los españoles de las minas y los ríos americanos, se hace evidente que los indígenas disponían de unos conocimientos acerca de las vetas de este metal precioso que ni los conquistadores ni sus descendientes llegaron nunca a descubrir».*
>
> *(También predecían que «llegará el día en que Perú retirará de su seno el velo que cubre ahora riquezas más fabulosas que aquéllas que se ofrecen en la actualidad en California». Y cuando la fiebre del oro de finales del siglo XIX dominó Europa, muchos expertos en minería llegaron a creer que el famoso «filón madre», la fuente última de todo el oro de la Tierra, se encontraría en Perú).*

Al igual que en México, la idea generalmente aceptada acerca de las Tierras de los Andes era (en palabras de Del Mar) que «los metales preciosos que los peruanos obtuvieron antes de la conquista española estaban compuestos en su mayor parte de oro obtenido a través del lavado de las arenas de los ríos. No se encontraron pozos nativos, aunque hicieron unas cuantas excavaciones en las laderas de las colinas, en afloramientos de oro y plata». Esto es cierto en lo que se refiere a los incas de los Andes (y a los aztecas de México); pero en tierras andinas, al igual que en México, la cuestión de la minería *prehistórica* —la extracción del metal a partir de rocas ricas en vetas-no ha quedado demostrada.

La posibilidad de que, mucho tiempo antes que los incas, alguien tuviera acceso a las vetas de oro (en lugares que los incas no desvelaran o, incluso, ni siquiera conocieran), sigue siendo una explicación plausible de los tesoros acumulados.

De hecho, según uno de los mejores estudios contemporáneos sobre el tema (S. K. Lothrop, *Inca Treasure As Depicted by Spanish Historians*),

> *«las minas modernas se ubican en lugares de actividad aborigen. Se informa con frecuencia de antiguos pozos, y se descubren también herramientas primitivas, incluso los cadáveres de mineros enterrados».*

Pero la acumulación de oro por parte de los nativos de América, a despecho de su forma de obtención, presenta aún otra cuestión básica: ¿para qué?

Tanto los cronistas como los expertos contemporáneos, después de siglos de estudio, coinciden en que aquellas gentes no daban un uso práctico al oro, excepto el del adorno de los templos de los dioses y de aquéllos que gobernaban al pueblo en nombre de los dioses. Los aztecas derramaron literalmente su oro a los pies de los españoles, creyendo que representaban a la deidad que regresaba.

Y los incas, que al principio también vieron en la llegada de los españoles el cumplimiento de la promesa de retorno de su deidad desde más allá de los mares, nunca llegaron a comprender por qué los españoles habían llegado tan lejos y se habían comportado tan mal por un metal al cual el hombre no daba uso. Todos los expertos coinciden en que ni incas ni aztecas utilizaban el oro con propósitos monetarios, ni le daban un valor comercial. Sin embargo, a las naciones sometidas les hacían pagar un tributo en oro. ¿Por qué?

En las ruinas de la cultura preincaica de Chimú, en la costa de Perú, el gran explorador del siglo xix Alexander von Humboldt (ingeniero de minas de profesión) descubrió gran cantidad de oro entegeniero de minas de profesión) descubrió gran cantidad de oro enterrado junto con los muertos en las tumbas. Aquello le hizo preguntarse por qué enterraban con oro a sus muertos, si éste no se estimaba por su valor práctico. ¿Se creía que, de algún modo, lo iban a necesitar en la otra vida, o que al reunirse con sus antepasados podrían utilizar el oro del mismo modo en que ellos lo habían hecho una vez?

*¿Quién había introducido tales costumbres y creencias, y cuándo?*
*¿Quién había hecho que se valorara tanto el oro, y quizá fuera a buscarlo a sus fuentes?*
*La única respuesta que les dieron a los españoles fue «los dioses».*
*De las lágrimas de los dioses se había formado el oro, decían los incas.*
*Y así, señalando a los dioses, repetían sin saberlo la afirmación del Señor de la Biblia a través del profeta Ageo:*
*La plata es mía y el oro es mío, Así dice el Señor de los Ejércitos.*

Creemos que en esta afirmación se encuentra la clave que desvela los misterios, los enigmas y los secretos de dioses, hombres y civilizaciones de la antigua América.

# 2. EL REINO PERDIDO DE CAÍN.

La capital azteca, Tenochtitlán, era una impresionante metrópolis cuando llegaron los españoles. Sus crónicas la describen como una ciudad grande, si no más grande que la mayoría de las ciudades europeas de su tiempo, bien diseñada y administrada. Situada en una isla del lago Texcoco, en el valle central de las tierras altas, estaba rodeada de agua y cruzada por canales —una especie de Venecia del Nuevo Mundo.

Las largas y amplias calzadas que conectaban a la ciudad con la tierra firme impresionaron enormemente a los conquistadores, al igual que las numerosas canoas que surcaban sus canales, las calles inundadas de gente, o los mercados repletos de mercaderes y mercancías de todo el reino.

El palacio real tenía numerosas dependencias llenas de riquezas, rodeado de jardines en donde había una inmensa pajarera y un zoo. Una gran plaza, rebosante de actividad, era el escenario de las fiestas y los desfiles militares.

Mapa: Golfo de México.

Pero el corazón de la ciudad y del imperio era su enorme centro religioso, un inmenso rectángulo de casi cien mil metros cuadrados rodeado por un muro trabajado para dar el aspecto de serpientes retorcidas. Había multitud de edificios dentro de este recinto sagrado, los más sobresalientes de los cuales eran el Gran Templo, con sus

dos torres, y el templo parcialmente circular de Quetzalcóatl.

En la actualidad, la gran plaza —el Zócalo— de Ciudad de México y la catedral ocupan parte de aquel antiguo recinto sagrado, al igual que muchas calles y edificios adyacentes. Tras una excavación fortuita que tuvo lugar en 1978, ahora es posible ver y visitar una parte importante del Gran Templo, y en la última década se ha podido conocer lo suficiente como para hacer una reconstrucción a escala del recinto, tal como fue en sus tiempos gloriosos.

El Gran Templo tenía la forma de una pirámide escalonada, elevándose por pisos hasta una altura de alrededor de cincuenta metros con una base de unos 45 por 45 metros. Era la culminación de varias fases de construcción: como una muñeca rusa, la estructura externa estaba construida sobre otra anterior más pequeña, y ésta cubría otra estructura aún más antigua. En total, siete estructuras se sobreponían unas a otras. Los arqueólogos pudieron acceder, capa tras capa, hasta el Templo II, que fue construido en los alrededores del 1400 d. C.; éste, al igual que el último, ya tenía las dos torres gemelas distintivas en su cúspide.

Simbolizando un curioso culto doble, la torre del lado norte era un santuario dedicado a Tláloc, dios de las tormentas y los terremotos (Fig. 3 a). La torre sur estaba dedicada a la deidad tribal azteca Huitzilopochtli, su dios de la guerra. Se le representaba habitualmente con un arma mágica llamada la Serpiente de Fuego (Fig. 3b), con la cual había derrotado a cuatrocientos dioses menores.

Figura 3.

Dos monumentales escalinatas llevaban hasta la cúspide de la pirámide por su

lado occidental, una para cada torre. Ambas estaban decoradas en su base con dos feroces cabezas de serpiente talladas en piedra, siendo una de ellas la Serpiente de Fuego de Huitzilopochtli, y la otra la Serpiente de Agua que simbolizaba a Tláloc.

En la base de la pirámide se encontró un disco de piedra grande y grueso en cuya parte superior había tallada una representación del cuerpo desmembrado de la diosa Coyolxauhqui (Fig. 3c). Según la tradición popular azteca, se trataba de la hermana de Huitzilopochtli, y tuvo un percance con él durante la rebelión de los cuatrocientos dioses, en la cual se vio involucrada. Parece que su destino fue una de las razones de la creencia azteca de que había que aplacar a Huitzilopochtli con la ofrenda de los corazones de víctimas humanas.

El motivo de las torres gemelas quedó realzado posteriormente en el recinto sagrado con la erección de dos pirámides coronadas con torres, una a cada lado del Gran Templo, y dos más algo más atrás, hacia el oeste. Las dos últimas flanqueaban el templo de Quetzalcóatl, que tenía la poco habitual forma de una pirámide escalonada regular por delante, pero con una estructura escalonada circular por detrás, desde donde seguía elevándose hasta convertirse en una torre circular con cúpula cónica (Fig. 4). Muchos creen que este templo servía como observatorio solar.

A. F. Aveni (*Astronomy in Ancient Mesoamérica*) concluyó en 1974 que, en los días de los equinoccios (21 de marzo y 21 de septiembre), cuando el Sol se eleva en el este exactamente sobre el ecuador, la salida del Sol se podía ver desde la torre de Quetzalcóatl justo entre las dos torres de la cúspide del Gran Templo.

Y ello es posible porque los arquitectos del recinto sagrado habían erigido los templos a lo largo de un eje arquitectónico que no estaba alineado exactamente con los puntos cardinales, sino con un eje desviado siete grados y medio hacia el sudeste; así se compensaba exactamente la posición geográfica de Tenochtitlán (al norte del ecuador), permitiendo la visión del Sol en aquellas fechas cruciales elevándose por entre las dos torres gemelas.

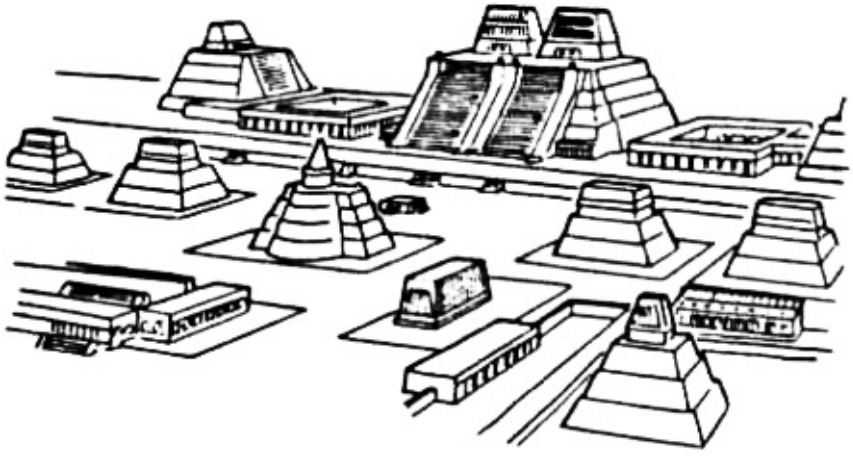

Figura 4.

Aunque los españoles pudieran no darse cuenta de este sofisticado detalle del

recinto sagrado, las crónicas que dejaron hablan de su asombro al encontrarse no sólo con un pueblo cultivado, sino también con una civilización muy similar a la española. Aquí, al otro lado de lo que había sido un océano prohibido, a todos los efectos aislado del mundo civilizado, había un Estado encabezado por un rey —al igual que en Europa.

Nobles, funcionarios y cortesanos llenaban la corte real. Había emisarios que iban y venían. Se obtenía tributo de las tribus vasallas, los ciudadanos leales pagaban sus impuestos. En los archivos reales se conservaban los registros escritos de la riqueza, las dinastías y las historias tribales. Había un ejército con un mando jerárquico y armas perfeccionadas.

Había artes y oficios, música y danza. Había festividades relacionadas con las estaciones y días sagrados prescritos por la religión —una religión de Estado, al igual que en Europa. Y había un recinto sagrado con sus templos, capillas y residencias, rodeado por un muro —al igual que el Vaticano en Roma—, recorrido por una jerarquía de sacerdotes que, al igual que en la Europa de su tiempo, no eran sólo custodios de la fe e intérpretes de la voluntad divina, sino también guardianes de los secretos del conocimiento científico. En éste, la astrología, la astronomía y los misterios del calendario eran fundamentales.

Algunos cronistas españoles de la época, intentando contrarrestar las embarazosas impresiones positivas de lo que deberían haber sido unos indios salvajes, le atribuyeron a Cortés una reprimenda a Moctezuma por adorar «ídolos que no son dioses, sino demonios malignos», una influencia nefasta que, supuestamente, Cortés se ofrecía a contrarrestar construyendo en la cima de la pirámide un santuario con una cruz «y la imagen de Nuestra Señora» (Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera*).

Pero, para asombro de los españoles, el símbolo de la cruz ya era conocido de los aztecas, que lo tenían por un símbolo de significado celestial, y que figuraba como emblema del escudo de Quetzalcóatl (Fig. 5).

Figura 5.

Pero, además, por entre el laberinto de un panteón de numerosas deidades, se podía ver la creencia subyacente en un Dios Supremo, un Creador de Todo. Algunas de las oraciones que le dedicaban resultaban incluso familiares; he aquí unos cuantos versos de una oración azteca, conservada en español a partir de la lengua original náhuatl:

*Tú habitas los cielos,*
*Tú sostienes las montañas…*
*Tú estás en todas partes, eterno.*
*A Ti se te suplica, se te ruega.*
*Tu gloria es eminente.*

Sin embargo, aún con todas aquellas sorprendentes similitudes, existía una desconcertante diferencia con la civilización azteca. No era sólo la «idolatría», de la que las masas de frailes *y padres* hacían su *casus belli*; ni siquiera las bárbaras costumbres de arrancar los corazones de los prisioneros y ofrecérselos palpitando aún a Huitzilopochtli (una práctica que, por cierto, parece que introdujo el predecesor de Moctezuma, ya en 1486).

Se trataba, más bien, de la escala total de esta civilización, que parecía el resultado de un progreso al que se había puesto freno en su carrera, o de la pátina de una cultura importada superior, como una fina chapa sobre una burda subestructura.

Los edificios eran impresionantes y estaban ingeniosamente diseñados, pero no se construían con piedras talladas; más bien, semejaban las construcciones de adobe —piedras de los campos burdamente sujetas con simple argamasa. El comercio era amplio, pero no era más que un comercio de trueque. El tributo se pagaba en especies; los impuestos, con servicios personales —no se conocía en absoluto el dinero.

Las telas se confeccionaban en un telar de lo más rudimentario; el algodón se hilaba sobre husos de arcilla, similares a los encontrados en el Viejo Mundo, en las ruinas de Troya (segundo milenio a. C.) y en algunos lugares de Palestina (tercer milenio a. C.). Tanto en sus herramientas como en sus armas, los aztecas estaban en la edad de piedra, inexplicablemente desprovistos de herramientas y armas de metal, a pesar de conocer el oficio de la orfebrería. Para cortar, utilizaban pedacitos de obsidiana parecidos al cristal (y uno de los objetos predominantes de la época de los aztecas fue el cuchillo de obsidiana, que utilizaban para sacar los corazones de los prisioneros…).

Debido al hecho de que otros pueblos de América no disponían de escritura, los aztecas parecían un pueblo más avanzado, al menos en este aspecto, dado que utilizaban cierto sistema de escritura. Pero no era una escritura alfabética, ni tampoco fonética; consistía en una serie de imágenes, como dibujos en una tira cómica (Fig. 6a).

En comparación, en el Próximo Oriente de la antigüedad, que es donde apareció

la escritura hacia el 3800 a. C. (en Sumer) en forma de pictogramas, éstos se estilizaron con rapidez hasta convertirse en la escritura cuneiforme, avanzaron hasta una escritura fonética en donde los signos representaban sílabas, y, hacia finales del segundo milenio a. C., apareció un alfabeto completo. La escritura con imágenes apareció en Egipto cuando se instauró la realeza, hacia el 3100 a. C., y rápidamente evolucionó hasta convertirse en un sistema de escritura jeroglífica.

Los estudios de los expertos, como el de Amelia Hertz *(Revue de Synthése Historique,* Vol. 35), han llegado a la conclusión de que la escritura por imágenes de los aztecas en el año 1500 d. C. era similar a la primitiva escritura egipcia, como la de la tablilla de piedra del rey Narmer (Fig. 6b), a quien algunos consideran el primer rey dinástico de Egipto —cuatro milenios y medio antes. A. Hertz se encontró con otra curiosa analogía entre el México de los aztecas y el Egipto de las primitivas dinastías: en ambos, a pesar de que la metalurgia del cobre aún no se había desarrollado, la orfebrería estaba tan avanzada que los orfebres podían engastar turquesas (una piedra semipreciosa muy valorada en ambos lugares) en los objetos de oro.

El Museo Nacional de Antropología de Ciudad de México —ciertamente, uno de los mejores del mundo en su campo— expone el legado arqueológico del país en un edificio con forma de U. En una serie de salas o secciones interconectadas, lleva al visitante a través del tiempo y el espacio, desde los orígenes prehistóricos hasta la época de los aztecas, de sur a norte y de este a oeste. La sección central se dedica a los aztecas; es el corazón y el orgullo de la arqueología nacional mexicana, pues «aztecas» es un nombre que se le dio a este pueblo con posterioridad. A sí mismos se llamaban *mexica*, dando así su nombre preferido no sólo a la capital (construida donde había estado el Tenochtitlán azteca), sino también a todo el país.

La Sala Mexica, que es como se le llama, está calificada por el mismo Museo como «la sala más importante… Sus grandiosas dimensiones se establecieron para enmarcar suficientemente la cultura del pueblo mexicano». Entre sus monumentales esculturas de piedra se incluyen el inmenso Calendario de Piedra (véase Fig. 1), que pesa alrededor de 25 toneladas, enormes estatuas de varios dioses y diosas, y un grueso y enorme disco de piedra grabado a su alrededor.

Efigies de piedra y arcilla más pequeñas, utensilios de loza, armas, ornamentos de oro y otros restos aztecas, además del modelo a escala del recinto sagrado, llenan la impresionante sala.

Figura 6.

El contraste entre los primitivos objetos de arcilla y madera y las grotescas efigies por una parte, y las poderosas piedras talladas y el monumental recinto sagrado por otra, es asombroso. Resulta inexplicable para el escaso lapso de cuatro siglos de presencia azteca en México. ¿Cómo se pueden justificar las diferencias entre estas dos capas de civilización? Cuando se busca la respuesta en la historia conocida, los aztecas se nos presentan como un pueblo nómada, una burda tribu inmigrante que se introdujo en un valle poblado por tribus de una cultura más avanzada.

Al principio, se ganaban la vida sirviendo a las tribus pobladoras, principalmente como mercenarios a sueldo; pero, con el tiempo, se las ingeniaron para imponerse a sus vecinos, tomando prestada no sólo su cultura, sino también a sus artesanos. Aún siendo seguidores de Huitzilopochtli, los aztecas adoptaron el panteón de sus vecinos, incluido el dios de la lluvia Tláloc y al benévolo Quetzalcóatl, dios de los oficios, la escritura, las matemáticas, la astronomía y el cálculo del tiempo.

Pero las leyendas, lo que los expertos llaman «mitos migratorios», sitúan los acontecimientos bajo una luz diferente —principalmente, comenzando el relato en una época mucho más antigua. Las fuentes de esta información no se basan sólo en la tradición oral, sino también en diversos libros llamados códices. Éstos, como el Códice Boturini, dicen que el hogar ancestral de la tribu azteca se llamaba *Azt-lan* («Lugar Blanco»).

Aquél era el hogar de la primera pareja Patriarcal, *Itzac-mixcóatl* («Blanca Serpiente Nube») y su esposa *Illan-cue* («Vieja Mujer»); ellos fueron los que engendraron a los hijos de los que provendrían las tribus de habla náhuatl, entre las que se encontraban los aztecas. Los toltecas también eran descendientes de Itzac-mixcóatl, pero su madre era otra mujer, siendo así hermanastros de los aztecas.

Dónde estaba situado Aztlán, nadie lo sabe con certeza. De los numerosos estudios que tratan de este asunto (entre los que se incluyen teorías de que se trataba

de la legendaria Atlántida), uno de los mejores es el de Eduard Seler, *Wo lag Aztlan, die Heimat der Azteken*? Aztlán era un lugar que, al parecer, estaba relacionado con el número siete, habiéndosele llamado en alguna ocasión Aztlán de las Siete Cuevas. También se le describía en los códices como un lugar reconocible por sus siete templos: una gran pirámide escalonada central rodeada por seis santuarios menores.

En su elaborada *Historia de las cosas de la Nueva España*, fray Bernardino de Sahagún, utilizando los textos originales en la nativa lengua náhuatl escritos después de la Conquista, habla de la multitribal migración desde Aztlán. Hubo siete tribus en total, que dejaron Aztlán en barcos. Los libros ilustrados las muestran pasando junto a un hito cuyo pictograma sigue siendo un enigma. Sahagún ofrece varios nombres para las estaciones del camino, llamando al lugar de desembarco «Panotlán», que significa, simplemente, «lugar de llegada por el mar», pero que por diversas pistas los expertos han concluido que se trata de la actual Guatemala.

Las tribus llevaban con ellos a cuatro hombres sabios para que les guiaran y les dirigieran, dado que llevaban consigo manuscritos rituales y conocían también los secretos del calendario. Desde allí, las tribus se encaminaron hacia el Lugar de la Serpiente-Nube, donde al parecer se dispersaron. Por fin, aztecas y toltecas llegaron a un lugar llamado Teotihuacán, en donde construyeron dos pirámides, una al Sol y otra a la Luna.

Los reyes gobernaron en Teotihuacán y fueron enterrados allí, pues ser enterrado en Teotihuacán era reunirse con los dioses en la otra vida. No está claro el tiempo que pasó hasta que se embarcaron en el siguiente viaje migratorio, pero en algún momento las tribus comenzaron a abandonar la ciudad sagrada. Los primeros en irse fueron los toltecas, que se fueron para construir su propia ciudad, Tollan. Los últimos en partir fueron los aztecas. Sus andanzas les llevaron a diversos lugares, pero no encontraban descanso. Durante todo el tiempo de su última migración, su líder recibió el nombre de *Mexitli*, que significa «El Ungido». En él, según algunos expertos (cf. Manuel Orozco y Berra, *Ojeada sobre cronología mexicana*), estaría el origen del nombre tribal *mexica* («el pueblo ungido»).

La señal para la última migración se la dio a los aztecas/mexica su dios Huitzilopochtli, quien les prometió una tierra en donde había «casas con oro y plata, algodón multicolor y cacao de muchos tonos». Debían seguir la dirección indicada hasta que vieran un águila posada sobre un cactus que creciera de una roca rodeada de agua. Allí se deberían asentar y se llamarían «mexica», pues ellos eran el pueblo elegido, destinado a gobernar sobre el resto de tribus.

Así fue como llegaron los aztecas —según estas leyendas, por segunda vez— al Valle de México. Llegaron a Tollan, conocida también como «el lugar del medio», y aunque sus habitantes eran sus propios parientes ancestrales, no les dieron la bienvenida. Durante casi dos siglos vivieron los aztecas en las orillas pantanosas del

lago central; y, creciendo en fuerza y en conocimientos, fundaron por fin su propia ciudad, Tenochtitlán.

Este nombre significa «ciudad de Tenoch», y algunos creen que se la llamó así porque el líder azteca de entonces, el verdadero constructor de la ciudad, se llamaba Tenoch. Pero, dado que se sabe que los aztecas se consideraban *tenochas* —descendientes de Tenoch— otros creyeron que Tenoch fue el nombre de un antepasado tribal, una legendaria figura paternal muy, muy antigua.

La mayoría de los expertos sostienen en la actualidad que los mexica o tenochas llegaron al valle hacia el 1140 d. C., y fundaron Tenochtitlán en el 1325 d. C. Después, crecerían en influencia gracias a una serie de alianzas con algunas tribus, y a la guerra con otras. Algunos investigadores dudan que los aztecas llegaran a crear un verdadero imperio. Lo cierto es que, cuando llegaron los españoles, eran el poder dominante en el centro de México, liderando a sus aliados y sometiendo a sus enemigos. Estos últimos les suministraban los cautivos para los sacrificios, por lo que la conquista de los españoles se vio facilitada por las múltiples insurrecciones contra los opresores aztecas.

Al igual que los hebreos bíblicos, que remontaban sus genealogías no sólo hasta las parejas patriarcales, sino también hasta el comienzo de la humanidad, los aztecas, los toltecas y otras tribus nahuatlacas tenían leyendas de la creación que seguían los mismos temas. Pero, mientras el Antiguo Testamento comprimía sus detalladas fuentes sumerias diseñando una entidad plural (*Elohim*) a partir de las diversas deidades activas en los procesos creadores, los relatos nahuatlacas conservaban los conceptos sumerio y egipcio de varios seres divinos que actuaban bien en solitario o bien en concierto.

Las creencias tribales, predominantes desde el sudoeste de los Estados Unidos, por el norte, hasta la actual Nicaragua, por el sur —Mesoamérica—, sostenían que, en el principio, había un Dios Antiguo, Creador de Todas las Cosas, del Cielo y la Tierra, cuya morada estaba en lo más alto del cielo, el duodécimo cielo. Las fuentes de Sahagún atribuían el origen de estos conocimientos a los toltecas:

*Y los toltecas sabían*
*que muchos eran los cielos.*
*Decían que había doce divisiones superpuestas;*
*allí moraba el dios verdadero y su consorte.*
*Él es el Dios Celestial, Señor de la Dualidad;*
*su consorte es la Dama de la Dualidad, la Dama Celestial.*
*Esto es lo que significa:*

Él es rey, él es Señor, por encima de los doce cielos.

Sorprendentemente, esto parece una versión de las creencias religioso-celestiales de Mesopotamia, según las cuales a la cabeza del panteón estaba Anu («Señor del Cielo») que, junto con su consorte, Antu («Dama del Cielo»), vivía en el planeta más lejano, el duodécimo miembro de nuestro Sistema Solar.

Los sumerios lo describían como un radiante planeta cuyo símbolo era la cruz (Fig. 7 a). Todos los pueblos del mundo antiguo adoptarían posteriormente este símbolo, y lo desarrollarían hasta convertirlo en el omnipresente emblema del Disco Alado (Fig. 7 b, c). El escudo de Quetzalcóatl (Fig. 7d) y otros símbolos que aparecen en los primitivos monumentos de México (Fig. 7e) son extrañamente similares.

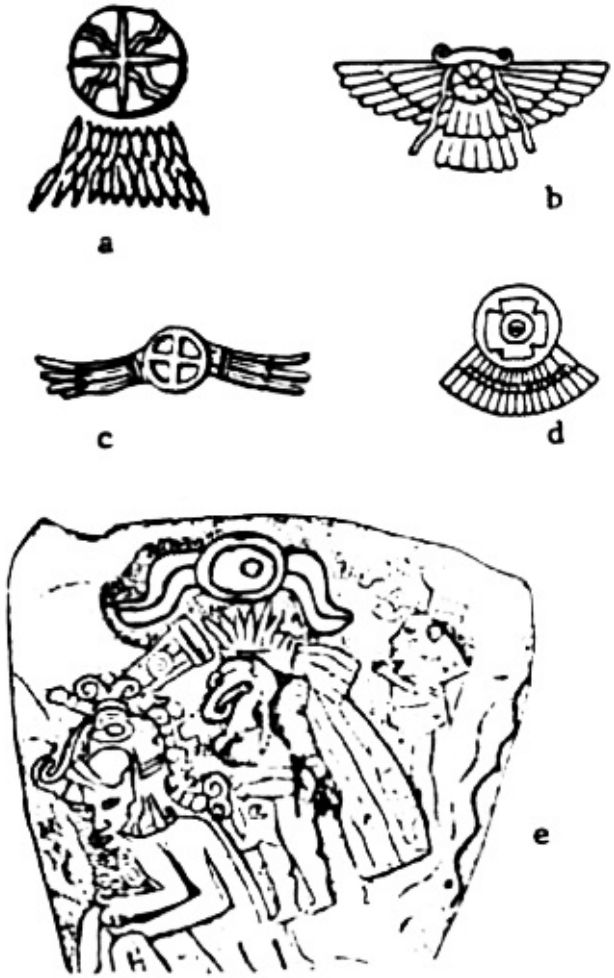


Figura 7.

Los dioses de antaño, de los que los textos nahuatlacas contaban relatos legendarios eran descritos como hombres barbados (Fig. 8), como correspondería a los antepasados del barbudo Quetzalcóatl. Al igual que en las teogonías mesopotámicas y egipcias, había relatos de parejas divinas y de hermanos que se casaban con sus propias hermanas.

Figura 8.

De interés prioritario y directo para los aztecas eran los cuatro hermanos divinos, Tlatlauhqui, Tezcatlipoca-Yáotl, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, según su orden de nacimiento. Ellos representaban a los cuatro puntos cardinales y a los cuatro elementos primarios: Tierra, Viento, Fuego, Agua —un concepto de la «raíz de todas las cosas» bien conocido en el Viejo Mundo de uno a otro confín.

Estos cuatro dioses representaban también los colores rojo, negro, blanco y azul, y las cuatro razas de la humanidad, a las que se representaba a menudo (como en la primera página del *Códice Ferjervary-Mayer*) con los colores correspondientes, junto con sus símbolos, árboles y animales.

El reconocimiento de cuatro ramas separadas de la humanidad resulta interesante, quizás incluso significativo, por sus diferencias con el concepto bíblico-mesopotámico de la triple división asiática, africana y europea surgida del linaje de Noé, de Sem, Cam y Jafet. Las tribus nahuatlacas —los pueblos de las Américas— habían añadido un cuarto pueblo, el pueblo de color rojo.

Los relatos nahuatlacas hablan de conflictos e incluso de guerras entre los dioses. Entre éstos se incluye el incidente en que Huitzilopochtli derrotó a los cuatrocientos dioses menores y el combate entre Tezcatlipoca-Yáotl y Quetzalcóatl. Estas guerras por el dominio de la Tierra o de sus recursos se habían detallado también en las tradiciones populares (los «mitos») de todos los pueblos de la antigüedad.

Los relatos hititas e indoeuropeos de las guerras entre Teshub o Indra con sus hermanos llegaron a Grecia a través de Asia Menor, Los semitas cananeos y fenicios escribieron acerca de las guerras de Baal con sus hermanos, en el transcurso de las cuales Baal mató a centenares de «hijos de los dioses» menores cuando se les atrajo con engaños al banquete de la victoria del dios. Y en las tierras de Cam, África, los textos egipcios hablaban del desmembramiento de Osiris a manos de su hermano Set, y de la posterior guerra entre Set y Horus, hijo y vengador de Osiris.

¿Acaso los dioses de los mexicanos eran concepciones originales, o eran los

recuerdos de creencias y relatos que tenían sus raíces en el Próximo Oriente de la antigüedad? La respuesta irá surgiendo a medida que examinemos los aspectos adicionales de los relatos nahuatlacas de la creación y la prehistoria.

Nos encontramos con que el Creador de Todas las Cosas, para continuar con las comparaciones, era un dios que «da la vida y la muerte, la buena y la mala fortuna». El cronista Antonio de Herrera y Tordesillas (*Historia general*) comentaba que los indígenas «le invocan en sus tribulaciones, con la mirada puesta en el cielo, donde creen que está». Este dios creó primero el Cielo y la Tierra; después, dio forma al hombre y a la mujer a partir del barro, pero no duraron mucho. Después de algunos esfuerzos más, se creó una pareja humana a partir de cenizas y metales, y con ellos se pobló el mundo.

Pero todos estos hombres y mujeres fueron destruidos en una inundación, salvo cierto sacerdote y su mujer que, junto con semillas y animales, lograron flotar con la ayuda de un tronco ahuecado. El sacerdote descubrió tierra después de enviar unos pájaros. Según otro cronista, fray Gregorio García, la inundación duró un año y un día, durante los cuales toda la Tierra estuvo cubierta de agua y el mundo se sumió en el caos.

Los acontecimientos primitivos o prehistóricos relativos a la humanidad y a los progenitores de las tribus nahuatlacas se dividían en leyendas, representaciones pictóricas y grabados en piedra, como el Calendario de Piedra, de cuatro eras o «soles». Los aztecas consideraban su época como la más reciente de cinco eras, la Era del Quinto Sol. Cada uno de los cuatro soles anteriores había terminado con una catástrofe, a veces una catástrofe natural (como un Diluvio) y a veces por una calamidad provocada por las guerras entre los dioses.

Se cree que el gran Calendario de Piedra azteca (que se descubrió en la zona del recinto sagrado) es la plasmación en piedra de las cinco eras. Los símbolos que circundan el panel central y la misma imagen central han sido objeto de numerosos estudios. El primer anillo interior representa, con toda claridad, los veinte signos de los veinte días del mes azteca. Los cuatro paneles rectangulares que rodean el rostro central se reconocen como los glifos que representan las cuatro eras anteriores, y la calamidad que terminó con cada una de ellas —agua, viento, terremotos y tormentas, y jaguar.

Calendario Azteca.

Los relatos de las cuatro eras son valiosos por la información relativa a la longitud de las eras y a sus principales acontecimientos. Aunque las versiones varían, lo cual sugiere una larga tradición oral previa a los registros escritos, todas coinciden en que la primera era llegó a su fin con un Diluvio, una gran inundación que arrasó la Tierra. La humanidad sobrevivió gracias a una pareja, Nene y su mujer, Tata, que se las ingeniaron para salvarse en un tronco vaciado.

O bien esta primera era o bien la segunda fue la era de los Gigantes de Cabellos Blancos.

El Segundo Sol se recordó como «Tzoncuztique», la «Era Dorada»; terminó a causa de la Serpiente del Viento. El Tercer Sol estaba presidido por la Serpiente de Fuego, y fue la era de la Gente de Cabello Rojo. Según el cronista Ixtlil-xochitl, éstos fueron los supervivientes de la segunda era, que llegaron en barco desde el este hasta el Nuevo Mundo, asentándose en la región de Botonchán; allí se encontraron con gigantes que también habían sobrevivido a la segunda era, y fueron esclavizados por éstos. El Cuarto Sol fue la era de la Gente de Cabeza Negra.

Fue durante ésta era cuando Quetzalcóatl apareció en México —alto de estatura, de luminoso semblante, con barba, y llevando una larga túnica. Su báculo, con forma de serpiente, estaba pintado de negro, blanco y rojo; llevaba piedras preciosas engarzadas y estaba adornado con seis estrellas. (Quizá no sea casualidad que el báculo del obispo Zumárraga, el primer obispo de México, se hiciera muy parecido al de Quetzalcóatl). Fue durante ésta era cuando se construyó Tollan, la capital tolteca. Quetzalcóatl, señor de la sabiduría y el conocimiento, introdujo la enseñanza, los

oficios, las leyes y el cálculo del tiempo según el ciclo de 52 años.

Hacia el final del Cuarto Sol tuvo lugar una serie de guerras entre los dioses. Quetzalcóatl partió, de vuelta hacia el este, hacia el lugar de donde había venido. Las guerras de los dioses causaron estragos en el país; los animales salvajes diezmaron a la humanidad, y Tollan quedó abandonada. Cinco años más tarde, llegaron los pueblos chichimecas, alias los aztecas; y el Quinto Sol, la era azteca, dio comienzo.

¿Por qué se les llamó «soles» a las eras y cuánto duraron? El motivo no está claro, y la extensión de las distintas eras no se ha establecido, o difiere según la versión. Una de las que parece más sensatas y, tal como mostraremos, asombrosamente plausible, es la del *Códice Vaticano-Latino 3738*. Dice que el primer Sol duró 4008 años, el segundo 4010, el tercero 4081. El cuarto Sol «comenzó hace 5042 años», pero no se especifica el momento de su final. Sea como sea, tenemos aquí un relato de los acontecimientos que se remonta 17 141 años a partir del momento en que los relatos se anotaron.

Es un lapso de tiempo demasiado largo como para que la gente pueda recordar algo, y los expertos, aunque aceptan que los acontecimientos del Cuarto Sol contienen elementos históricos, tienden a desechar lo relativo a eras anteriores como meros mitos. ¿Cómo explicar entonces los relatos de Adán y Eva, un Diluvio global y la supervivencia de una pareja, episodios que, según H. B. Alexander (*Latin-American Mythology*), son «sorprendentemente evocadores del relato de la creación del Génesis y de la cosmogonía babilónica»?

Algunos expertos sugieren que los textos nahuatlacas reflejan de algún modo lo que los indígenas ya habían escuchado en los sermones bíblicos de los españoles. Pero, dado que no todos los códices son posteriores a la Conquista, las similitudes bíblico-mesopotámicas sólo se pueden explicar si se admite que las tribus mexicanas tenían lazos ancestrales con Mesopotamia.

Además, la cronología mexica-náhuatl se correlaciona con acontecimientos y momentos con una precisión científica e histórica que debería llevar a más de uno a detenerse y reflexionar. Fecha el Diluvio al final del Primer Sol, unos 13 133 años antes del momento en que se escribió el códice; es decir, hacia el 11 600 a. C. Y resulta que en nuestro libro *El 12º planeta* llegamos a la conclusión de que el Diluvio arrasó ciertamente la Tierra hacia el 11 000 a. C.; las correspondencias entre el relato y la cronología sugieren que hay algo más que un mito en los relatos aztecas.

También nos intriga la afirmación de los relatos de que la cuarta era fue la época de la «gente de cabeza negra» (las anteriores eras se tenían por la de los gigantes de cabello blanco y la de la gente de cabello rojo). Y éste, «gente de cabeza negra», es precisamente el término por el cual se llamaban los sumerios en sus textos. ¿Acaso los relatos aztecas sostienen que la era del Cuarto Sol fue la época en la que los sumerios aparecieron en escena?

La civilización sumeria comenzó hacia el 3800 a. C.; y no debería sorprendernos, al menos no ahora, encontrarnos con que, fechando el comienzo de la Cuarta Era en 5026 años antes de su propia época, los aztecas lo situaban ciertamente en los alrededores del 3500 a. C. —lo cual coincide sorprendentemente con el inicio de la era de la «gente de cabeza negra».

La explicación reactiva (la de que los aztecas les contaron a los españoles lo que habían escuchado de los mismos españoles) ciertamente no se sostiene en lo referente a los sumerios; el mundo occidental descubrió los restos y el legado de la gran civilización sumeria cuatro siglos después de la Conquista de América. Por lo que habrá que concluir que los pueblos nahuatlacas debían de conocer los relatos que aparecen en el Génesis a partir de sus propias fuentes ancestrales. Pero ¿cómo?

Esta misma pregunta desconcertó ya a los mismos españoles. Asombrados de haber descubierto no sólo una civilización en el Nuevo Mundo tan similar a la de Europa, sino también «el gran número de personas que hay allí», estaban doblemente desconcertados por las conexiones bíblicas de los relatos aztecas. Intentando dar con una explicación, se les ocurrió una respuesta sencilla: aquéllos debían de ser los descendientes de las Tribus Perdidas de Israel, que fueron exiliadas por los asirios en el 722 a. C. y se desvanecieron después sin dejar rastro (lo que quedó del reino de Judea lo conservaron las tribus de Judá y de Benjamín).

El primero en exponer esta idea en un detallado manuscrito, si es que no fue idea suya, fue el dominico fray Diego Duran, que fue llevado a Nueva España en 1542, a los cinco años de edad. Sus dos libros, uno de ellos conocido por el título inglés de *Book of the Gods and Rites and the Ancient Calendar* e *Historia de las Indias de Nueva España*, fueron traducidos al inglés por D. Heyden y F. Horcasitas. En el segundo libro, Duran, haciendo una exposición de las muchas similitudes, afirmaba enfáticamente su conclusión de que los nativos «de las Indias y del continente de este nuevo mundo […] son judíos y gente hebrea». Su teoría quedaba confirmada, según él, «por su naturaleza: estos nativos son parte de las diez tribus de Israel que Salmanasar, rey de los asirios, capturó y llevó a Asiria».

En sus informes de conversaciones con viejos indígenas sacaba a colación leyendas tribales de una época en que había existido

> *«hombres de monstruosa estatura que aparecieron y tomaron posesión del país… Y estos gigantes, al no encontrar la forma de llegar al Sol, decidieron construir una torre tan alta que su cúspide llegara al Cielo».*

Este episodio, que se parece al relato bíblico de la Torre de Babel, igualaba en importancia a otro relato referente a una migración similar a la del Éxodo.

No es de extrañar por tanto que, con el aumento de este tipo de informes, la teoría de las Diez Tribus Perdidas se convirtiera en la favorita de los siglos XVI y xvn, al suponer que, de algún modo, yendo en dirección este a través de los dominios asirios

y más allá, los israelitas habían alcanzado América.

La idea de las Diez Tribus Perdidas, que en su punto álgido recibió el respaldo de las cortes reales europeas, terminó posteriormente siendo ridiculizada por los expertos. Las teorías actuales sostienen que el hombre llegó al Nuevo Mundo desde Asia a través de un puente de hielo por Alaska hace unos 20 000 o 30 000 años, extendiéndose poco a poco hacia el sur. Existen evidencias considerables en cuanto a objetos, lengua y evaluaciones etnológicas y antropológicas que indican influencias de más allá del Pacífico —hindúes, del sudeste asiático, chinas, japonesas y polinesias. Los expertos las explican por la llegada periódica de estas gentes a las Américas, pero insisten mucho en que esto ocurrió durante la era cristiana, sólo unos siglos antes de la conquista y nunca antes de Cristo.

Aunque los expertos más conservadores siguen minimizando toda evidencia de contactos transatlánticos entre el Viejo y el Nuevo Mundo, hacen una concesión a contactos transpacíficos relativamente recientes como explicación de los relatos similares a los del Génesis que existieron en las Américas. De hecho, las leyendas de un Diluvio global y de la creación del hombre a partir de arcilla o materiales similares son temas comunes en las mitologías de todo el mundo, y una posible ruta a las Américas desde Oriente Próximo (donde se originaron los relatos) podría haber sido a través del Sudeste Asiático y de las islas del Pacífico.

Pero existen elementos en las versiones náhuatl que indican una fuente muy primitiva, más que a los relativamente recientes siglos anteriores a la Conquista. Uno de ellos es el hecho de que los relatos náhuatl de la creación del hombre siguen una versión mesopotámica muy antigua, ¡que ni siquiera se abrió paso hasta el Libro del Génesis!

La Biblia, de hecho, no tiene una, sino dos versiones de la creación del hombre, ambas extraídas de primitivas versiones mesopotámicas. Pero ambas ignoran una tercera versión, probablemente la más antigua, en la cual la humanidad no se hizo de arcilla, sino de la sangre de un dios. En el texto sumerio en el cual se basa esta versión, el dios Ea, en colaboración con la diosa Ninti, «preparó un baño purificador». «Que se sangre a un dios en él —ordenó—; de su carne y de su sangre, que Ninti mezcle la arcilla». A partir de esta mezcla se crearon hombres y mujeres.

Resulta muy significativo que sea esta versión —que no está en la Biblia— la que se repita en un mito azteca. El texto se conoce como *Manuscrito de 1558*, y cuenta que, después del calamitoso fin del Cuarto Sol, los dioses se reunieron en Teotihuacán.

Tan pronto como los dioses estuvieron reunidos, dijeron:

*«¿Quién habitará la Tierra?*
*El cielo ya ha sido establecido*
*y la Tierra ha sido establecida;*
*pero ¿quién, oh dioses, vivirá en la Tierra?»*

Los dioses reunidos «se apenaron». Pero Quetzalcóatl, un dios de sabiduría y ciencia, tuvo una idea. Fue a Mictlán, la Tierra de los Muertos, y anunció a la pareja divina que estaba al cargo:

*«He venido a por los preciados huesos que guardáis aquí».*

Superando las objeciones y los engaños, Quetzalcóatl consiguió hacerse con los «preciados huesos»:

*Reunió los preciados huesos;*
*los huesos del hombre se pusieron juntos a un lado,*
*los huesos de la mujer se pusieron juntos al otro lado.*
*Quetzalcóatl los tomó e hizo un haz.*

Llevó los huesos secos a Tamoanchán, «lugar de nuestro origen» o «lugar del cual hemos descendido». Una vez allí, le dio los huesos a la diosa Cihuacóatl («Mujer Serpiente»), una diosa de la magia:

*Ella pulverizó los huesos*
*y los puso en una fina bañera de barro.*
*Quetzalcóatl sangró su órgano masculino sobre ellos.*

Mientras el resto de dioses observaba, ella mezcló los huesos pulverizados con la sangre del dios; de esa mezcla arcillosa se creó a los *macehuales*. ¡La humanidad había sido recreada!

En los relatos sumerios, los creadores del hombre fueron el dios Ea («cuyo hogar es el agua»), también conocido como Enki («Señor Tierra»), cuyos epítetos y símbolos suelen hacer referencia a su talante habilidoso, metalúrgico —todo palabras que encuentran su equivalente lingüístico en el término «serpiente». Su compañera en la hazaña, Ninti («la que da la vida») era la diosa de la medicina —un oficio cuyo símbolo desde la antigüedad ha sido el de las serpientes entrelazadas. Las representaciones sumerias sobre sellos cilindricos muestran a las dos deidades en algo parecido a un laboratorio, con matraces y todo (Fig. 9a).

Es verdaderamente sorprendente encontrarse todos estos elementos en los relatos náhuatl —un dios del conocimiento al que se le llama Serpiente Emplumada, una diosa de poderes mágicos llamada Mujer Serpiente; una bañera de marga en la cual los elementos terrestres se mezclan con la esencia del dios (sangre); y la creación del hombre, macho y hembra, a partir de la mezcla. Pero aún más sorprendente es el hecho de que el mito se representara pictóricamente en un códice náhuatl encontrado en la región de la tribu de los mixtecos. En él, se muestra a un dios y a una diosa mezclando un elemento que fluye en un enorme matraz o cuba con la sangre de un dios que deja caer gotas dentro del matraz; de esa mezcla, emerge un hombre (Fig. 9b).

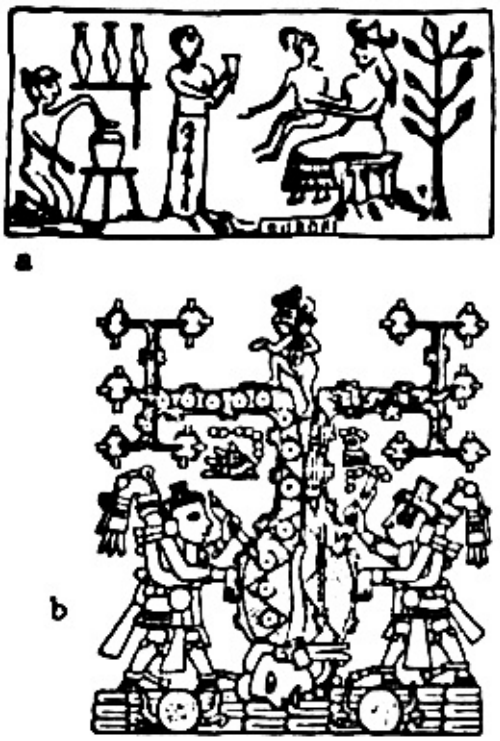

Figura 9.

Junto con los otros datos relacionados con los sumerios y de terminología, existen indicios de contactos en épocas sumamente tempranas. Al parecer, las evidencias desafían también a las teorías actuales acerca de las primeras migraciones del hombre a las Amé-ricas. Con esto, no estamos proponiendo simplemente las sugerencias (ofrecidas ya a principios de este siglo en los congresos internacionales de americanistas) de que la migración no fuera desde Asia a través del Estrecho de Bering, por el norte, sino desde Australia/ Nueva Zelanda a través de la Antártida hasta Sudamérica —idea recuperada recientemente, tras el descubrimiento en el norte de Chile, cerca de la frontera con Perú, de momias humanas enterradas hace 9000 años.

El problema que nos plantean ambas teorías es que suponen largas caminatas de hombres, mujeres y niños a través de miles de kilómetros de tierras heladas, y nos preguntamos cómo se pudo hacer esto hace 20 000 ó 30 000 años; además, ¿para qué iban a emprender un viaje de este tipo? ¿Por qué hombres, mujeres y niños tendrían que hacer un viajes de miles de kilómetros por una tierra helada para, al parecer, no alcanzar nada salvo más hielo —a menos que fueran conscientes de que había una Tierra Prometida más allá del hielo?

Pero ¿cómo podrían saber lo que había más allá de aquel interminable hielo, si no habían estado allí nunca, ni nadie más antes que ellos —pues, por definición, eran los primeros en llegar a las Américas?

En el relato bíblico del Éxodo de Egipto, el Señor describe la Tierra Prometida como «una tierra de trigo, cebada, vino, higueras y granados, una tierra de olivos y miel… Una tierra cuyas piedras son de hierro y de cuyas montañas puedes sacar

cobre». El dios de los aztecas les describió su Tierra Prometida como una tierra de «casas con oro y plata, algodón multicolor y cacao de muchos tonos». ¿Acaso aquellos primitivos emigrantes se habrían lanzado a su imposible caminata si alguien —su dios— no les hubiera dicho que fueran y les hubiera descrito lo que les esperaba allí? Y si esa deidad no fuera una simple entidad teológica, sino un ser físicamente presente en la Tierra, ¿pudo haber ayudado a los emigrantes a vencer los obstáculos del viaje, del mismo modo que el Señor bíblico había hecho con los israelitas?

Es con pensamientos de este tipo, de por qué y cómo se podría haber emprendido un viaje imposible, como hemos leído y releído los relatos nahuatlacas de las migraciones y de las Cuatro Eras. Dado que el Primer Sol había terminado con el Diluvio, ésa era tuvo que ser la fase final de la última glaciación; pues, tal como concluimos en *El 12º planeta*, el Diluvio fue provocado por el deslizamiento de la capa de hielo antártico en los océanos, llevando a la última glaciación a un brusco fin, hacia el 11 000 a. C.

¿Acaso el hogar original de los pueblos nahuatlacas, el legendario Aztlán, «el lugar blanco», se llamaba así por la simple razón de que eso es lo que era, una tierra cubierta de nieve? ¿Es éste el motivo por el cual se tenía la era del Primer Sol como la época de los «gigantes de cabellos blancos»? ¿Acaso los recuerdos históricos aztecas, rememorando el comienzo del Primer Sol, 17 141 años atrás, contaban en realidad una migración a América hacia el 15 000 a. C., cuando el hielo formaba un puente con el Viejo Mundo? Y, por otra parte, ¿sería posible que el cruce no se hiciera a través de un puente de hielo, sino en barcos a través del Océano Pacífico, tal como relatan las leyendas náhuatl?

Las leyendas de un desembarco prehistórico en la costa del Pacífico no se limitan a los pueblos mexicanos. Más al sur, los pueblos andinos conservaron recuerdos de similar naturaleza, relatados como leyendas. Una de ellas, la leyenda de Naymlap, puede estar remitiéndonos al primer asentamiento de gente de otro lugar en aquellas costas. Habla de la llegada de una gran flota de balsas de juncos (del tipo de las que utilizara Thor Heyerdahl para simular la singladura sumeria en barcos de juncos). En la balsa que lideraba la flota, había una piedra verde que podía pronunciar las palabras del dios del pueblo, que daba indicaciones al jefe de los emigrantes, Naymlap, para llevarlos hasta la playa elegida. La deidad, hablando a través del ídolo verde, instruyó posteriormente al pueblo en las artes de la agricultura, la construcción y la artesanía.

Algunas versiones de la leyenda del ídolo verde identifican el cabo Santa Helena, en Ecuador, como el lugar del desembarco; allí, el continente sudamericano se proyecta hacia el oeste, en el Pacífico. Varios cronistas, entre ellos Juan de Velasco, relataron leyendas nativas que decían que los primeros pobladores de las regiones ecuatoriales fueron gigantes. Los pobladores humanos que siguieron adoraban a un

panteón de doce dioses, encabezados por el Sol y la Luna. Y donde ahora se encuentra la capital de Ecuador, dice Velasco que los pobladores construyeron dos templos, uno frente a otro. El templo dedicado al Sol tenía frente a la puerta dos columnas de piedra, y en el patio otros doce pilares de piedra en círculo.

Llegó el momento en que el líder, Naymlap, tras completar su misión, tuvo que partir. A diferencia de sus sucesores, Naymlap no murió: se le dieron alas y se fue volando, para no volvérsele a ver más —se lo llevó al cielo el dios de la piedra parlante.

Los indígenas americanos no estaban solos en la creencia de que se podían recibir instrucciones divinas a través de una piedra parlante: todos los pueblos antiguos del Viejo Mundo hablaban de piedras oraculares y creían en ellas y el Arca que los israelitas llevaron durante el Éxodo tenía en la parte superior el *Dvir* —literalmente, «hablador»—, un instrumento portátil a través del cual Moisés podía escuchar las instrucciones del Señor. Y en cuanto a la partida de Naymlap, que fue llevado hacia el cielo, también existen paralelismos bíblicos. En el capítulo 5 del Génesis, leemos que en la séptima generación del linaje de Adán a través de Set, el patriarca fue Henoc; cuando llegó a la edad de 365 años «se fue» de la Tierra, pues el Señor se lo llevó al cielo.

Los expertos tienen un problema con la idea de cruzar el océano en barcos hace 15 000 ó 20 000 años: el hombre, dicen, era demasiado primitivo por aquel entonces para tener naves oceánicas y navegar en alta mar. No fue hasta la civilización sumeria, a comienzos del cuarto milenio a. C., que la humanidad consiguió medios terrestres (vehículos con ruedas) y acuáticos (barcos) de transporte a largas distancias.

Pero ése, según los mismos sumerios, fue el curso de los acontecimientos después del Diluvio. Una y otra vez dijeron que había existido una elevada civilización sobre la Tierra *antes* del Diluvio —una civilización que habían iniciado en la Tierra aquéllos que habían venido del planeta de Anu, y que se había prolongado a través de un linaje de «semidioses» de largas vidas, de descendientes de los emparejamientos entre los extraterrestres (los bíblicos *nefilim*) y las «hijas del hombre». Las crónicas egipcias, como los escritos del sacerdote Manetón, seguían la misma idea. Y lo mismo hace la Biblia, que describe una civilización tanto rural (agricultura, ganadería) como urbana (ciudades, metalurgia) antes del Diluvio. Todo eso, no obstante —según todas estas antiguas fuentes— fue borrado de la faz de la Tierra por el Diluvio, y hubo que recomenzarlo todo desde el principio. El Libro del Génesis comienza con los relatos de la creación, que son versiones breves de los mucho más detallados textos sumerios. En éstos, se habla constantemente de «*el* Adán», literalmente «el Terrestre». Pero, después, da un giro hacia la genealogía de un ancestro concreto llamado Adán: «Éste es el libro de las generaciones de Adán»

(Génesis 5:1). Al principio, Adán tuvo dos hijos: Caín y Abel. Después, Caín mató a su hermano y fue desterrado por Yahvé. «Y Adán conoció a su mujer de nuevo y le dio un hijo, y le puso por nombre Set». Es este linaje, el linaje de Set, el que sigue la Biblia a través de una genealogía de patriarcas hasta Noé, el protagonista de la historia del Diluvio. Después, el relato se concentra en los pueblos asiáticos, africanos y europeos.

Pero ¿qué pasó con el linaje de Caín? Todo lo que tenemos en la Biblia es una docena de versículos. Yahvé castigó a Caín a convertirse en nómada, «fugitivo y vagabundo sobre la Tierra».

> *Y Caín se apartó de la presencia de Yahvé*
> *y moró en la tierra de Nod, al este del Edén.*
> *Y Caín conoció a su mujer y ella concibió y engendró a Henoc; y él construyó una ciudad*
> *y le puso a la ciudad el nombre de su hijo, Henoc.*

Varias generaciones después, nació Lámek. Éste tuvo dos esposas. De una de ellas tuvo a Yabal; «él fue el padre de los que habitan en tiendas y tienen ganado». De la otra, tuvo dos hijos. Uno, Yubal, «fue el padre de los que tocan la cítara y la flauta». El otro hijo, Túbal-Caín, fue «forjador de oro, cobre y hierro».

Tan escasa información bíblica se ve ampliada por el pseudoepigráfico Libro de los Jubileos, que se cree que se escribió en el siglo II a. C. a partir de fuentes más antiguas. Relacionando los acontecimientos con el pasaje de los Jubileos, dice que

> *«Caín tomó a su hermana Awan para que fuera su esposa, y ella le dio a Henoc a finales del cuarto jubileo. Y en el primer año de la primera semana del quinto jubileo, se construyeron casas en la tierra, y Caín construyó una ciudad y le puso por nombre el nombre de su hijo, Henoc».*

Los eruditos bíblicos llevan mucho tiempo desconcertados con el nombre de Henoc, que significa «fundamento», «fundación», y que se le aplica tanto a un descendiente de Adán a través de Set como a otro de sus descendientes a través de Caín, así como con otras similitudes en los nombres de los descendientes. Sea cual sea el motivo, es evidente que las fuentes sobre las cuales se basaron los compiladores de la Biblia atribuyen hazañas extraordinarias a ambos Henoc —que quizá no fuera más que una persona prehistórica.

El Libro de los Jubileos afirma que Henoc

> *«fue el primero entre los hombres que nació en la Tierra que aprendió a escribir, y los conocimientos y la sabiduría, y que escribía los signos del cielo según sus meses en un libro».*

Según el Libro de Henoc, a este patriarca le enseñaron las matemáticas y los conocimientos de los planetas, así como el calendario durante su viaje celestial, y se le mostró la ubicación de las «Siete Montañas de Metal» en la Tierra, «en el oeste».

Los prebíblicos textos sumerios conocidos como las Listas de los Reyes relatan también la historia de un soberano antediluviano al que los dioses le enseñaron todo tipo de conocimientos. Su nombre-epíteto era EN.ME.DUR.AN.KI —«Señor del

Conocimiento de los Fundamentos del Cielo y la Tierra»— y es muy probable que sea un prototipo de los Henoc's bíblicos.

Los relatos nahuatlacas de las andanzas y la llegada a un destino final, del asentamiento y la construcción de una ciudad; de un patriarca con dos esposas, cuyos hijos son el origen de pueblos; de uno que se hizo famoso por ser forjador de metales… ¿No resultan demasiado semejantes a los relatos bíblicos? Incluso la importancia que los náhuatl le dan al número siete se refleja en los relatos bíblicos, pues el séptimo descendiente del linaje de Caín, Lámek, proclamó enigmáticamente que «hasta siete veces será vengado Caín, y Lámek setenta y siete».

¿No nos estaremos encontrando en las leyendas de las siete tribus nahuatlacas —en sus antiguos recuerdos— con el desterrado linaje de Caín y su hijo Henoc?

Los aztecas pusieron el nombre de *Tenochtitlán* a su ciudad, la Ciudad de Tenoch, llamada así en honor de su antepasado. Si tenemos en cuenta que, en su dialecto, los aztecas prefijaban muchas palabras con el sonido *T, Tenoch* podría haber sido en su origen *Enoch*, si se le quita el prefijo *T*.

Un texto babilónico, basado, según los expertos, en un primitivo texto sumerio del tercer milenio a. C., cuenta enigmáticamente una disputa, que termina con un asesinato, entre un labrador y su hermano pastor, al igual que los bíblicos Caín y Abel. Condenado a «vagar con pesar», el infractor, llamado *Ka'in*, emigró a la tierra de Dunnu, y allí «construyó una ciudad con torres gemelas».

Unas torres gemelas en la cúspide de las pirámides era el sello distintivo de la arquitectura azteca. ¿Conmemoraría esto la construcción a cargo de Ka'in de una «ciudad con torres gemelas»? ¿Y Tenochtitlán, la «ciudad de Tenoch», no se llamaría así debido a que Caín, milenios atrás, «construyó una ciudad y le puso por nombre el nombre de su hijo, Henoc»?

¿No nos habremos encontrado en América Central el reino perdido de Caín, la ciudad a la que pusiera por nombre Henoc? En realidad, esta posibilidad ofrece respuestas plausibles al enigma de los comienzos del hombre en estos dominios.

Pero también puede arrojar luz sobre otros dos enigmas —el de la «marca de Caín», y el del rasgo hereditario común a todos los amerindios: la ausencia de vello facial.

Según el relato bíblico, Caín, tras ser desterrado de las tierras pobladas por el Señor y condenado a vagar por Oriente, comenzó a preocuparse por la posibilidad de ser asesinado por alguien que buscara venganza. Y así, el Señor, para indicar que Caín andaría errante bajo Su protección, «puso una señal a Caín, para que si alguien lo encontrara, no lo matara».

Aunque nadie sabe en qué pudo consistir esta «señal» distintiva, generalmente se acepta que fue algún tipo de tatuaje en la frente. Pero, por lo que se dice posteriormente en la Biblia, parece que la cuestión de la venganza y de la protección

contra ella tuvo su continuidad hasta la séptima generación y más allá. Un tatuaje en la frente no habría durado tanto, ni hubiera podido transmitirse de generación en generación. Sólo un rasgo genético, transmitido de forma hereditaria, podía cumplir con las afirmaciones bíblicas.

Y, a la vista de este particular rasgo genético de los amerindios —la ausencia de vello facial— uno se pregunta si la «marca de Caín» y sus descendientes no sería este cambio genético. Si nuestra conjetura es correcta, América Central —Mesoamérica —, como punto focal desde el cual se expandieron los amerindios hacia el norte y hacia el sur en el Nuevo Mundo, sería, de hecho, el Reino Perdido de Caín.

# 3. EL REINO DE LOS DIOSES SERPIENTES.

Cuando Tenochtitlán alcanzó la grandeza, la capital tolteca de Tula se recordaba ya como la legendaria Tollan. Y cuando los toltecas construyeron su ciudad, Teotihuacán era ya un mito. Su nombre significa «lugar de los dioses», y eso, según los relatos conservados, era lo que había sido.

Se dice que hubo una época en que cayeron muchas calamidades sobre la Tierra y ésta cayó en la oscuridad, pues el sol dejó de aparecer. Sólo en Teotihuacán había luz, pues una llama divina continuaba ardiendo allí. Los dioses, preocupados, se reunieron en Teotihuacán, preguntándose qué se podía hacer. «¿Quién gobernará y dirigirá el mundo?», se preguntaban entre sí, al verse incapaces de hacer reaparecer el sol.

Pidieron un voluntario entre los dioses para que saltara dentro de la llama divina y, con su sacrificio, trajera al sol de vuelta. El dios Tecuciztecatl se presentó voluntario. Poniéndose su atuendo reluciente, avanzó hacia la llama; pero, cada vez que se acercaba al fuego, retrocedía acobardado. Entonces, el dios Nanauatzin se ofreció voluntario y, sin dudarlo, se lanzó dentro del fuego. Y así, avergonzado, Tecuciztecatl siguió el ejemplo; pero fue a caer al borde de las llamas. Mientras los dioses se consumían, el Sol y la Luna volvieron a aparecer en los cielos.

Pero, aunque ahora se podían ver, las dos luminarias se quedaron inmóviles en el firmamento. Según una versión, el Sol comenzó a moverse cuando un dios le disparó una flecha; otra versión dice que reanudó su curso después de que el dios del Viento soplara sobre él. Una vez el Sol volvió a ponerse en marcha, la Luna comenzó a moverse también; y así se reanudó el ciclo del día y la noche, y la Tierra se salvó.

Este relato está íntimamente relacionado con los monumentos más famosos de Teotihuacán, la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna. Una versión dice que los dioses construyeron las dos pirámides para conmemorar a los dos dioses que habían sacrificado sus vidas; otra versión afirma que las pirámides ya existían cuando tuvo lugar este acontecimiento, y que los dioses saltaron al fuego divino desde la cúspide de las pirámides.

Sea cual sea la leyenda, el hecho es que la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna se elevan aún majestuosamente hasta el día de hoy. Lo que hace sólo unas décadas no eran más que montículos cubiertos de vegetación, se ha convertido hoy en una importante atracción turística, a 48 kilómetros de Ciudad de México.

Elevándose en un valle circundado por montañas que hacen de telón de fondo en un escenario eterno (Fig. 10), las pirámides obligan al visitante a levantar la vista por la pendiente, hasta las montañas que se elevan a lo lejos y los cielos que se abren por encima. Los monumentos rezuman poder, conocimiento, intención; el escenario habla de un vínculo consciente de la Tierra con el Cielo. Nadie puede pasar por alto la sensación de la historia, la presencia de un estremecedor pasado.

Figura 10.

Pero ¿cuán lejos en el pasado? Los arqueólogos supusieron al principio que Teotihuacán se había construido en los primeros siglos de la era cristiana; pero la fecha sigue retrocediendo. Los trabajos sobre el terreno indican que el centro ceremonial de la ciudad ya ocupaba 11,52 kilómetros cuadrados hacia el 200 a. C. En la década de 1950, un importante arqueólogo, M. Covarrubias, admitió con incredulidad que la datación por radiocarbono daba al lugar «la casi imposible fecha del 900 a. C.» (*Iridian Art of México and Central America*).

De hecho, posteriores pruebas de radiocarbono dieron la fecha de 1474 a. C. (con un pequeño margen de error en una u otra dirección). Una fecha alrededor de 1400 a. C. se acepta generalmente hoy en día, que es cuando los olmecas, que pudieron haber sido el pueblo que construyó en realidad las monumentales estructuras de Teotihuacán, estaban fundando grandes «centros ceremoniales» por todo México.

Teotihuacán experimentó varias fases de desarrollo, y sus pirámides revelan evidencias de unas estructuras internas más antiguas. Algunos expertos leen en las ruinas un relato que pudo comenzar hace 6000 años, en el cuarto milenio a. C. Esto se ajustaría, ciertamente, a las leyendas aztecas que dicen que este Lugar de los Dioses ya existía en el Cuarto Sol. Después, cuando tuvo lugar el Día de la Oscuridad, hacia el 1400 a. C., las dos grandes pirámides se levantaron hasta sus monumentales tamaños.

La Pirámide de la Luna se eleva en el extremo norte de este centro ceremonial, flanqueada por estructuras auxiliares más pequeñas, levantándose sobre una gran plaza. Desde ésta, una amplia avenida discurre en dirección sur hasta donde alcanza la vista; la avenida también está flanqueada por santuarios, templos y otras estructuras de perfil bajo, que se cree que pudieron ser tumbas; en consecuencia, a esta avenida se le dio el nombre de Calzada de los Muertos. A unos 600 metros en dirección sur se llega a la Pirámide del Sol, que se eleva en el lado oriental de la calzada (Fig. 11), más allá de una plaza y de una serie de santuarios y otras estructuras.

Pasando la Pirámide del Sol, y otros 300 metros más al sur, se llega a la Ciudadela, un cuadrángulo que en su lado oriental tiene la tercera pirámide de

Teotihuacán, la llamada Pirámide de Quetzalcóatl. Ahora sabemos que frente a la Ciudadela, al otro lado de la Calzada de los Muertos, existió un cuadrángulo similar que hacía las veces de centro laico administrativo y comercial. La calzada continúa después más hacia el sur; el Proyecto de Planificación de Teotihuacán, dirigido por Rene Millón en la década de 1960, dejó sentado que esta calzada norte-sur se extendía a lo largo de casi 8 kilómetros —más larga que la más grande de las pistas de aterrizaje de los modernos aeropuertos. A pesar de su notable longitud, esta amplia avenida discurre recta como una flecha —toda una hazaña tecnológica en cualquier época.

Un eje este-oeste, perpendicular a la calzada norte-sur, se extendía al este desde la Ciudadela y al oeste desde el cuadrángulo administrativo. Los miembros del Proyecto de Planificación de Teotihuacán se encontraron al sur de la Pirámide del Sol una señal cincelada en las rocas con la forma de una cruz en el interior de dos círculos concéntricos; una señal similar se encontró unos tres kilómetros más al oeste, en la ladera de una montaña.

Una línea que conectara a simple vista las dos señales indicaría precisamente la dirección del eje este-oeste, y los otros brazos de las cruces se corresponderían con la orientación del eje norte-sur. Los investigadores concluyeron que habían encontrado las señales utilizadas por los constructores de la ciudad; sin embargo, no ofrecieron ninguna teoría para explicar de qué medios se valieron en la antigüedad para trazar realmente la línea entre dos puntos tan distantes entre sí.

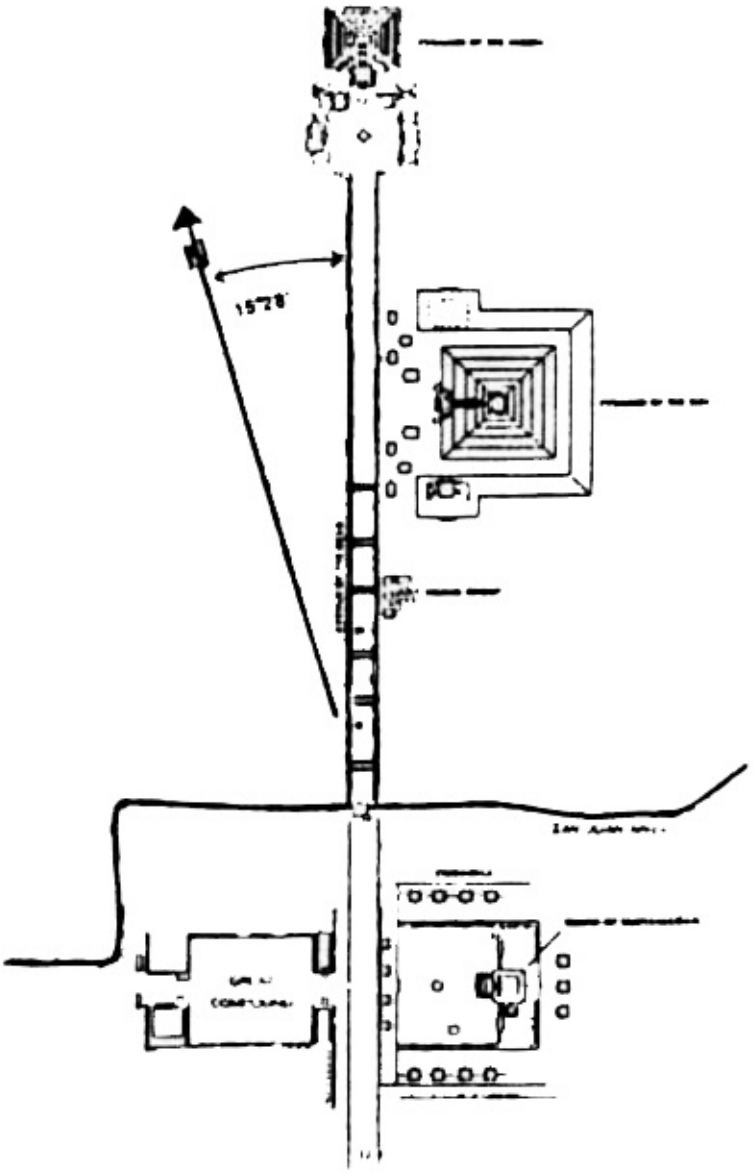


Figura 11.

Por diversos motivos, es evidente que el centro ceremonial había sido orientado y establecido de forma deliberada. El primero de ellos es que el río San Juan, que fluye por el valle de Teotihuacán, fue desviado en el punto en el que cruza el centro ceremonial: a través de canales artificiales, se desvió el río, que iba hacia la Ciudadela y al cuadrángulo que se abre enfrente, para hacerlo exactamente paralelo al eje este-oeste y, después, con dos ángulos rectos exactos, hacerlo girar a lo largo de la avenida que lleva al oeste.

El segundo hecho que indica una orientación deliberada es que ninguno de los dos ejes está señalando a los puntos cardinales, sino que están ligeramente desviados hacia el sudeste en quince grados y medio (Fig. 11). Los estudios demuestran que esto no fue accidental, que no se debió a un error de cálculos de los antiguos constructores. A. F. Aveni *{Astronomy in Ancient Mesoamerica*), llama a esto «orientación sagrada» y señala que centros ceremoniales posteriores (como el de Tula y otros aún más lejanos) respetaron esta orientación, aunque no tuviera sentido en sus

ubicaciones y en la época en la que se construyeron. La conclusión de sus investigaciones fue que, en Teotihuacán y en el momento de su construcción, la orientación se trazó para permitir la observación del cielo en determinadas fechas clave del calendario.

Zelia Nuttal, en un estudio entregado durante el vigesimosegundo Congreso Internacional de Americanistas (Roma, 1926), sugirió que la orientación estaba ajustada al paso del Sol por el cénit del observador, que tiene lugar dos veces al año, cuando el Sol parece moverse de norte a sur y viceversa. Si estas observaciones celestiales eran el objetivo de las pirámides, su forma definitiva —pirámides escalonadas dotadas de escalinatas que llevaban a unos supuestos templos de observación en la plataforma superior— tendría pleno sentido. Sin embargo, dado que existen fuertes evidencias que sugieren que lo que nosotros vemos ahora son las capas externas más tardías de las dos pirámides principales (y tal como las recompusieron —arbitrariamente— los arqueólogos, además), no se puede afirmar con seguridad que el objetivo original de estas pirámides no fuera otro diferente. La posibilidad, incluso la probabilidad, de que las escalinatas fueran un añadido posterior nos viene sugerida por el hecho de que el primer tramo de la gran escalinata de la Pirámide del Sol está ladeado y mal alineado con la orientación de la pirámide (Fig. 12).

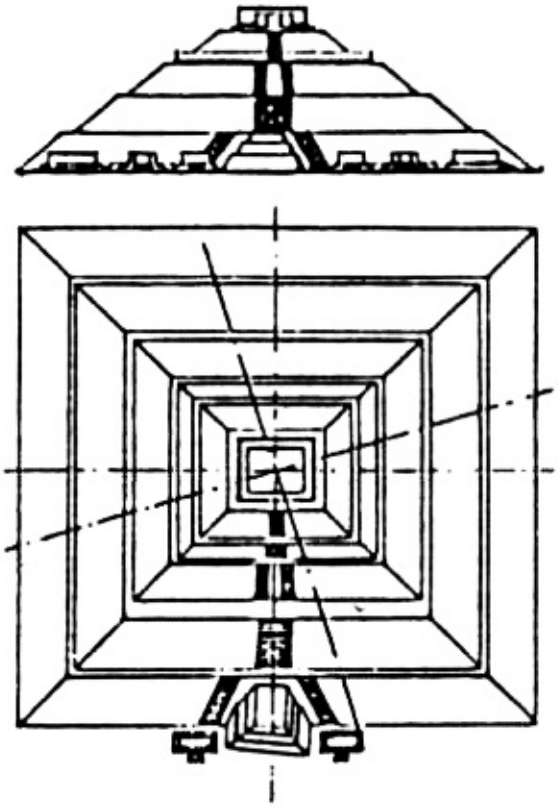

Figura 12.

De las tres pirámides de Teotihuacán, la más pequeña es la pirámide de Quetzalcóatl, en la Ciudadela. Un añadido posterior fue excavado parcialmente para

revelar la pirámide escalonada original. La fachada, en parte al descubierto, muestra esculturas decorativas en las que el símbolo de la serpiente de Quetzalcóatl se alterna con el estilizado rostro de Tláloc contra un fondo de aguas onduladas (Fig. 13). Esta pirámide se atribuye a época tolteca, y es parecida a otras muchas de México.

Por el contrario, las dos pirámides más grandes no tienen ningún tipo de decoración. Son de diferente tamaño y forma, y destacan por su grandeza y antigüedad. En todo esto, se parecen a las dos grandes pirámides de Gizeh, que también difieren en todos los aspectos del resto de pirámides egipcias; las últimas fueron construidas por los faraones, mientras que las de Gizeh fueron construidas por los «dioses».

Quizás ocurriera lo mismo en Teotihuacán, en cuyo caso las evidencias arqueológicas avalarían las leyendas de cómo surgieron la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna.

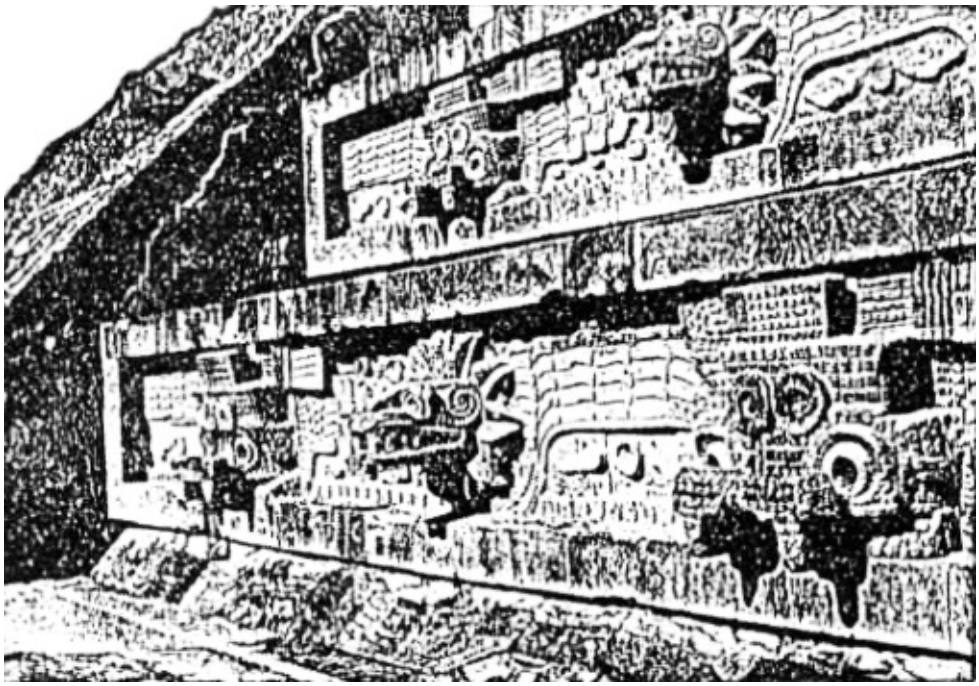

FIgura 13.

Aunque, con el fin de permitir su uso como observatorios, las dos grandes pirámides de Teotihuacán se construyeron como pirámides escalonadas coronadas con plataformas y dotadas de escalinatas (al igual que los zigurats mesopotámicos), no hay duda de que su arquitecto estaba familiarizado con las pirámides de Gizeh en Egipto y, excepto en lo relativo a su forma exterior, emuló la singularidad de las pirámides de Gizeh.

Una sorprendente similitud: aunque la Segunda Pirámide de Gizeh es un poco más baja que la Gran Pirámide, sus ápices están a la misma altura por encima del nivel del mar debido a que la Segunda Pirámide se construyó sobre un terreno un poco más alto; y lo mismo ocurre en Teotihuacán, donde la Pirámide de la Luna, más pequeña, está construida sobre un terreno que está 9 metros más alto que el de la

Pirámide del Sol, dando a las dos cúspides la misma altura sobre el nivel del mar.

Las similitudes son especialmente obvias entre las dos grandes pirámides. Ambas se construyeron sobre plataformas artificiales. La medida de sus lados es casi la misma: alrededor de 230 metros en Gizeh, alrededor de 227 en Teotihuacán, y esta última encajaría limpiamente dentro de la primera (Fig. 14).

Aunque estas similitudes y correspondencias nos hablen de un vínculo oculto entre los dos grupos de pirámides, no hay que ignorar la existencia de ciertas y considerables diferencias. La Gran Pirámide de Gizeh se construyó con grandes bloques de piedra, cuidadosamente tallados, acoplados y encajados sin utilizar argamasa, con un peso total de 7 millones de toneladas, y con una masa de más de 2 600 000 metros cúbicos.

La Pirámide del Sol se construyó con ladrillos de barro, adobe, guijarros y gravilla, dentro de una funda de toscas piedras y estuco, con una masa total de sólo 283 000 metros cúbicos. La Pirámide de Gizeh tiene un complejo interior de corredores, galerías y cámaras de intrincada y precisa construcción; la pirámide de Teotihuacán no parece tener estas estructuras interiores. La de Gizeh se eleva hasta una altura de 146 metros; la Pirámide del Sol (incluido el antiguo templo superior) sólo 76 metros. La Gran Pirámide tiene cuatro lados triangulares que surgen con el difícil ángulo de 52 grados; las dos de Teotihuacán están compuestas de niveles que descansan uno sobre otro, con lados que se inclinan hacia dentro para guardar la estabilidad, comenzando con una inclinación de 43,5 grados.

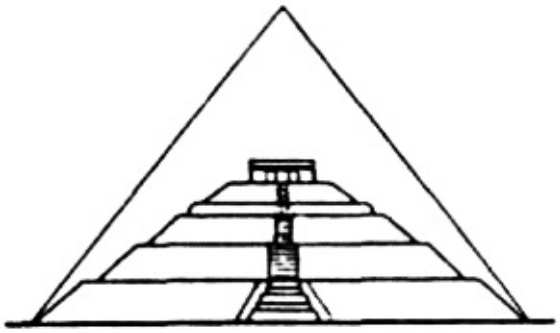

Figura 14.

Éstas son diferencias significativas que reflejan las diferentes épocas y objetivos de cada grupo de pirámides. Pero en esta última diferencia se encuentra, hasta ahora ignorada por todos los investigadores anteriores, la clave para la solución de algunos enigmas.

El más que empinado ángulo de 52 grados se consiguió en Egipto sólo en las pirámides de Gizeh, que ni fueron construidas por Keops ni por ningún otro faraón (como demostramos en libros previos de *Las crónicas de la Tierra*), sino por los dioses del antiguo Oriente Próximo, como balizas para el aterrizaje en su espaciopuerto de la península del Sinaí. El resto de pirámides egipcias —menores,

más pequeñas, deterioradas o derruidas— sí fueron construidas por los faraones, milenios más tarde, intentando emular la «escalera al cielo» de los dioses. Pero ninguno consiguió el ángulo perfecto de 52 grados, y cada vez que lo intentaron, el intento terminó en catástrofe.

La lección quedó aprendida cuando el faraón Snefru (hacia el 2650 a. C.) se agarró a la gloria de los monumentos. En un brillante análisis de los ancestrales acontecimientos, K. Mendelssohn (*The Riddle of the Pyramids*) sugirió que los arquitectos de Snefru estaban construyendo su segunda pirámide en Dahshur cuando la primera, construida en Maidum con los 52 grados de ángulo, se les cayó.

Entonces, los arquitectos cambiaron a toda prisa el ángulo de la pirámide de Dahshur, que estaba a mitad de construcción, hasta los 43,5 grados, dándole a la pirámide la forma, y así el nombre, de La Pirámide Curva (Fig. 15a). Empeñado aún en dejar tras de sí una verdadera pirámide, Snefru se puso a construir una tercera en sus cercanías; se le llamó la Pirámide Roja, por el color de sus piedras, y se levanta con un ángulo seguro de 43½ grados (Fig. 15b).

Pero en esta retirada hasta la seguridad de los 43,5 grados, los arquitectos de Snefru habían recurrido de hecho a la decisión que tomara el faraón Zoser más de un siglo antes, hacia el 2700 a. C. Su pirámide, la más antigua de las faraónicas que aún sigue en pie (en Sakkara), era una pirámide escalonada que se elevaba en seis niveles (Fig. 15c), con un accesible ángulo de 43,5 grados.

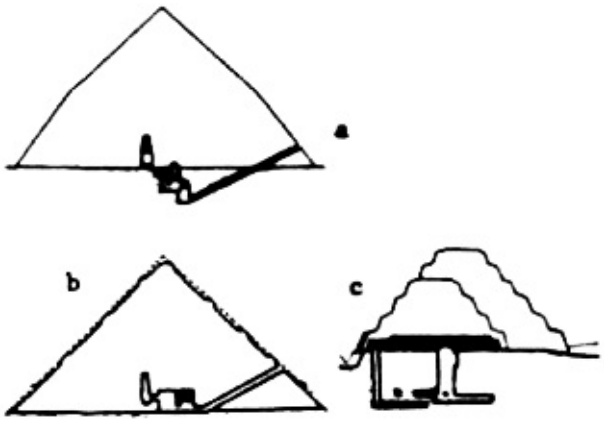

Figura 15.

¿Es sólo una coincidencia que la Pirámide del Sol y la Gran Pirámide de Gizeh tengan las mismas medidas de base? Quizás. ¿Es sólo por casualidad que el ángulo exacto de 43,5 grados que adoptara el faraón Zoser y perfeccionara en su pirámide escalonada fuera el mismo seguido en Teotihuacán? Lo dudamos. Mientras que un arquitecto no muy sofisticado podría conseguir un ángulo poco inclinado, digamos de 45 grados, simplemente dividiendo en dos un ángulo recto (90 grados), el ángulo de 43,5 grados se obtuvo en Egipto a través de una sofisticada adaptación del número Pi (alrededor de 3,1416), que es la relación de la circunferencia de un círculo con su diámetro.

El ángulo de 52 grados de las pirámides de Gizeh precisaba de cierta familiaridad con este número; se conseguía al darle a la pirámide una altura (A) igual a la mitad del lado (L) dividida por pi y multiplicada por cuatro (230 / 2 = 115 / 3,14 = 36,6 x 4 = 146 metros de altura). El ángulo de 43,5 grados se conseguía al reducir la altura desde un múltiplo final de cuatro a un múltiplo de tres. En ambos casos, hacía falta conocer pi; y no existe absolutamente nada que indique que los pueblos de Mesoamérica lo conocieran. ¿Cómo puede ser, entonces, que el ángulo de 43,5 grados aparezca en las estructuras de estas dos singulares pirámides de Teotihuacán, si no es a través de alguien familiarizado con las construcciones de las pirámides egipcias?

Excepto la Gran Pirámide de Gizeh, las pirámides egipcias sólo tenían un pasadizo inferior (véase Fig. 15), que normalmente comenzaba en o cerca del borde de la base de la pirámide y continuaba bajo ella. ¿Habría que atribuir a una mera coincidencia la existencia de tal pasadizo bajo la Pirámide del Sol?

El descubrimiento, accidental, tuvo lugar en 1971, tras una época de lluvias torrenciales. Justo enfrente de la escalinata central de la pirámide, se descubrió una cavidad subterránea. En ella, había unos antiguos escalones que llevaban, unos seis metros más abajo, a la entrada de un pasadizo horizontal. Los investigadores llegaron a la conclusión de que se trataba de una cueva natural que había sido artificialmente agrandada y perfeccionada, discurriendo bajo el lecho de roca sobre el que se asentaba la pirámide.

Es evidente que la cueva original se transformó de forma intencionada, ya que el techo estaba hecho de pesados bloques de piedra y las paredes del túnel estaban enlucidas con yeso. En varios puntos a lo largo de este pasadizo subterráneo, las paredes de adobe se desvían en ángulos agudos.

A casi 46 metros de la antigua escalinata, del túnel surgen dos cámaras laterales alargadas, como dos alas extendidas; es un punto que se encuentra exactamente debajo del primer nivel de la pirámide. Desde aquí, el pasadizo subterráneo, normalmente de algo más de dos metros de alto, continúa durante otros 60 metros; en su parte más profunda, la construcción se hace más compleja, con la utilización de diversos materiales; los suelos, colocados por segmentos, eran de factura humana; había también tuberías de drenaje para propósitos aún desconocidos (quizá conectadas con una corriente subterránea ahora extinta).

Por último, el túnel termina bajo el cuarto nivel de la pirámide, en una zona vaciada que parece una hoja de trébol, sostenida por columnas de adobe y losas de basalto.

¿Cuál era el propósito de esta compleja estructura subterránea? Dado que las paredes tenían brechas anteriores al descubrimiento en tiempos modernos, no nos es posible decir si los restos de vasijas de arcilla, las hojas de obsidiana y las cenizas de

carbón aparecidos allí pertenecen a la fase primitiva de uso del túnel. Pero la cuestión de lo que, además de la observación del cielo, se hacía en Teotihuacán, se ha visto agravada con la realización de otros descubrimientos.

La Calzada de los Muertos parece extenderse como una pista ancha y lisa desde la plaza de la Pirámide de la Luna hacia el horizonte sur; pero, en realidad, su liso curso se ve interrumpido en una sección situada entre la Pirámide del Sol y el río San Juan. La pendiente total desde la Pirámide de la Luna hasta la Pirámide del Sol está aún más acentuada en esta sección de la Calzada, y un examen sobre el terreno indica con toda claridad que esta pendiente se logró gracias a un corte deliberado en la roca virgen; en total, la caída desde la Pirámide de la Luna hasta un punto más allá de la Ciudadela es de casi treinta metros.

Aquí se crearon seis segmentos para levantar una serie de paredes dobles en perpendicular al curso de la Calzada. La corriente quizá comenzara en la Pirámide de la Luna (donde se encontró un túnel subterráneo que la circundaba), enlazando de algún modo con el túnel subterráneo de la Pirámide del Sol. La cadena de compartimentos podría retener o dejar ir el agua de uno a otro, hasta que al final el agua llegaría al desvío canalizado del río San Juan.

¿Sería esta corriente artificial el motivo para decorar la fachada de la Pirámide de Quetzalcóatl con aguas onduladas, en un lugar de tierra adentro, a centenares de kilómetros de cualquier mar?

La relación de este lugar del interior con el agua parece confirmarse con el descubrimiento de una enorme estatua de Chalchiuhtlicue, diosa del agua y esposa de Tláloc, dios de la lluvia. La estatua (Fig. 16), que se exhibe en la actualidad en el Museo Nacional de Antropología de Ciudad de México, se encontró de pie en el centro de la plaza que hay frente a la Pirámide de la Luna.

En sus representaciones pictóricas, la diosa, cuyo nombre significa «Dama de las Aguas», se la mostraba normalmente con una falda de jade decorada con caparazones de caracolas. Sus adornos consistían en unos pendientes de turquesa y un collar de jade o de otras piedras verde azuladas, del cual colgaba un medallón de oro. La estatua repite el mismo atuendo y elementos decorativos, y parece que también estaba adornada con el mismo colgante de oro, incrustado en una cavidad, que fue sustraído por los ladrones. En sus representaciones pictóricas se la suele ver con una corona de serpientes, o adornada con ellas de algún otro modo, indicando con ello su pertenencia a ésa dinastía de dioses serpientes de los mexicanos.

Figura 16.

¿Acaso Teotihuacán se diseñó y se construyó como una especie de central hidráulica en donde se utilizaba el agua para algún proceso tecnológico? Antes de responder a esta pregunta, permítanos que hagamos mención de otro desconcertante descubrimiento hecho allí.

A lo largo del tercer segmento que se encuentra debajo de la Pirámide del Sol, las excavaciones de una serie de cámaras subterráneas interconectadas revelaron que algunos de los pisos estaban cubiertos con una gruesa lámina de mica. Es ésta una silicona cuyas propiedades especiales la hacen resistente al agua, al calor y a la corriente eléctrica. De ahí que se la haya utilizado como aislante en diversos procesos químicos, en aplicaciones eléctricas y electrónicas, y, en épocas recientes, en tecnología nuclear y espacial.

Las singulares propiedades de la mica dependen en cierta medida de los rastros que pueda tener de otros minerales y, por tanto, de su origen geográfico. Según la opinión de los expertos, la mica encontrada en Teotihuacán es de un tipo que sólo se puede encontrar en el lejano Brasil. También se han encontrado rastros de esta mica en los restos sacados de los distintos pisos o niveles de la Pirámide del Sol, cuando fue descubierta a principios de este siglo. ¿Qué uso se le pudo dar a este material aislante en Teotihuacán?

Nos da la impresión de que la presencia del Señor y la Señora del Agua, junto con la principal deidad Quetzalcóatl, la avenida en pendiente, todas esas estructuras, cámaras subterráneas y túneles, la desviación del curso del río, las secciones subterráneas con sus desagües, y los compartimientos bajo tierra forrados de mica, eran, todos ellos, componentes de una planta concebida científicamente para la separación, el refinado o la purificación de sustancias minerales.

Tanto si es a mediados del primer milenio a. C., como si, más probablemente, fuera a mediados del segundo milenio a. C., alguien familiarizado con los secretos de la construcción de pirámides llegó a este valle; e, igualmente entendido en ciencias físicas, creo, a partir de los materiales disponibles en la zona, una sofisticada planta procesadora. ¿Sería alguien que buscaba oro, como el colgante de la Dama del Agua

podría sugerir, o algún otro mineral aún más raro?

Y si no era el hombre, ¿serían sus dioses, tal como las leyendas relativas a Teotihuacán y su mismo nombre vienen sugiriendo desde siempre?

¿Quiénes, además de los dioses, fueron los moradores originales de Teotihaucán? ¿Quiénes llevaron las piedras y la argamasa para levantar sus primeras pirámides? ¿Quiénes canalizaron las aguas y operaron los desagües?

Los que aceptan que Teotihuacán no es más antigua que unos cuantos siglos antes de Cristo tienen una respuesta muy simple: los toltecas. Los que se inclinan por unos inicios mucho más antiguos han comenzado a señalar a los olmecas, un enigmático pueblo que emergió en la escena de América Central a mediados del segundo milenio a. C. Pero los mismos olmecas plantean muchos enigmas, pues parecen haber sido negros africanos; y esto también es anatema para aquéllos que, simplemente, no pueden aceptar que hace milenios hubiera viajes transatlánticos.

Aún cuando el origen de Teotihuacán y de sus constructores esté envuelto en el misterio, es casi seguro que, en los siglos anteriores a la era cristiana, gentes de etnia tolteca comenzaron a llegar a la zona. Realizando en principio faenas de tipo manual, poco a poco aprendieron los oficios de la ciudad y adoptaron la cultura de sus maestros, inclusive la escritura pictográfica, los secretos de la orfebrería, el conocimiento de la astronomía y el calendario, y el culto a los dioses.

Hacia el 200 a. C., fueran quienes fueran los que gobernaran Teotihuacán, recogieron los trastos y se fueron, y el lugar se convirtió en una ciudad tolteca. Durante siglos, fue famosa por sus herramientas, armas y objetos de obsidiana, y su influencia cultural y religiosa se extendió ampliamente. Más tarde, unos mil años después de haber llegado, los toltecas recogieron los bártulos y se fueron. Nadie sabe por qué; pero la salida fue total, y Teotihuacán se convirtió en un lugar desolado, vivo sólo en los recuerdos de un pasado glorioso.

Algunos creen que este acontecimiento coincidió con la fundación de Tollan como nueva capital de los toltecas, hacia el 700 d. C. Lugar de asentamiento humano durante milenios a orillas del río Tula, Tollan fue construida por los toltecas como una mini-Teotihuacán. Los códices y la tradición popular hablan de Tollan como de una legendaria ciudad, centro de artes y oficios, esplendorosa con sus palacios y sus templos, resplandeciente de oro y piedras preciosas. Pero durante mucho tiempo los expertos pusieron en duda su existencia… Y ahora se sabe, más allá de toda duda, que Tollan sí que existió, en un lugar llamado en la actualidad Tula, a unos 80 kilómetros al noroeste de Ciudad de México.

El *redescubrimiento de Tollan* comenzó a finales del siglo XIX, y el inicio del proceso está asociado principalmente a la figura de la viajera francesa Désiré Charnay *{Les anciennes villes du nouveau monde*). Pero no fue hasta la década de 1940 cuando comenzaron los trabajos serios de excavación, bajo la dirección del

arqueólogo mexicano Jorge R. Acosta. Las obras de excavación y restauración se concentraron en el principal recinto ceremonial, que recibió el nombre de Tula Grande; trabajos posteriores, como los de los equipos de la Universidad de Misisippi, ampliaron la zona de excavaciones.

Los descubrimientos no sólo confirmaron la existencia de la ciudad, sino también su historia, tal como se contaba en varios códices, especialmente en el conocido como *Anales de Cuauhtitlán*. Ahora se sabe que Tollan estuvo gobernada por una dinastía de reyes-sacerdotes que afirmaban ser descendientes del dios Quetzalcóatl, y de ahí que, además de su propio nombre, llevaran también el del dios como patronímico —costumbre que también se daba entre los faraones egipcios.

Algunos de estos reyes-sacerdotes fueron guerreros, e intentaron expandir la soberanía tolteca; otros estuvieron más interesados en la fe. En la segunda mitad del siglo x d. C., el soberano era Ce Acatl Topiltzin-Quetzalcóatl; su nombre y su época son seguros debido a que un retrato suyo, que lleva una fecha equivalente al 968 d. C., aún se puede ver grabado en una roca que domina la ciudad.

Fue en esta época cuando estalló un conflicto religioso entre los toltecas; parece que tuvo que ver con la exigencia de parte del sacerdocio de introducir sacrificios humanos con el fin de pacificar al dios de la guerra. En el 987 d. C., Topiltzin-Quetzalcóatl y sus seguidores dejaron Tollan y emigraron hacia el este, emulando la legendaria partida del divino Quetzalcóatl, y se asentaron en Yucatán.

Dos siglos después, las catástrofes naturales y los ataques de otros pueblos consiguieron someter a los toltecas. Las catástrofes se tuvieron por señales de la ira divina, que profetizaban la caída de la ciudad. El cronista Sahagún comenta que, al final, el soberano, que muchos creen que se llamaba Huemac pero que también llevaba el patronímico de Quetzalcóatl, convenció a los toltecas para abandonar Tollan.

> *«Y así, por orden suya, se fueron, aunque habían vivido allí muchos años y habían construido grandes y hermosas casa y templos y palacios… Al final, tenían que partir, dejar sus casas, sus tierras, su ciudad y sus riquezas, y dado que no podían llevar con ellos toda su riqueza, enterraron muchas cosas, y aún hoy algunos de ellos las están sacando de debajo del suelo, y no sin admiración por su belleza y artesanía».*

Y así fue que en 1168 d. C., o en sus alrededores, Tollan se convirtió en una ciudad desolada, abandonada a la podredumbre y la destrucción. Se dice que cuando el primer jefe azteca puso sus ojos sobre las ruinas de la ciudad, lloró amargamente. Las fuerzas destructoras de la naturaleza habían recibido la ayuda de diversos invasores, merodeadores y ladrones que profanaron los templos, derruyeron los monumentos y destrozaron todo lo que aún quedaba en pie. Y así, Tollan, arrasada y olvidada, se convirtió en no más que una leyenda.

Lo que se sabe de Tollan ocho siglos después da prueba de lo adecuado de su nombre, que significa «lugar de muchos barrios»; pues parece que estaba compuesta

de muchos barrios y recintos que ocupaban alrededor de 18 kilómetros cuadrados. Como en Teotihuacán (ala que intentaron emular sus arquitectos), el corazón de Tollan era un recinto sagrado que se extendía a lo largo de un eje norte-sur de alrededor de un kilómetro y medio de longitud; estaba flanqueado por unos grupos ceremoniales con una orientación este-oeste, perpendicular al eje norte-sur. Como ya hemos dicho, la orientación la daba la «inclinación sagrada» de Teotihuacán, aunque en aquella época y en la ubicación geográfica de Tollan ya no tenía sentido en términos astronómicos.

En lo que pudo haber sido el límite norte del recinto sagrado, se encontraron los restos de una estructura extraña. Por delante, era algo parecido a una pirámide escalonada regular, con su escalinata; pero en la parte de detrás, la estructura era circular, y estaba coronada probablemente por una torre. Este edificio pudo servir de observatorio; y, ciertamente, pudo servir de modelo para el posterior templo azteca de Quetzalcóatl en Tenochtitlán, así como para otras pirámides observatorio circulares de otros lugares de México.

El principal recinto ceremonial, a algo más de un kilómetro hacia el sur, se ubicó alrededor de una gran plaza cuadrada central, en medio de la cual se levantaba el Gran Altar. El templo principal se elevaba en la cúspide de una gran pirámide de cinco niveles en el lado oriental de la plaza. En la parte norte, una pirámide más pequeña, también de cinco niveles, servía de plataforma elevada para otro templo; estaba flanqueada por edificios de múltiples cámaras que muestran señales de fuego y que podrían haber servido para algún propósito industrial. Cerrando el lado sur de la plaza, había unos edificios o vestíbulos alargados cuyos techos descansaban sobre hileras de pilares. Una cancha para el sagrado juego de pelota del *tlachtli* completaba el cuadrado de la plaza por el oeste (Fig. 17, reconstrucción de un dibujante sugerida por el arqueólogo P. Salazar Ortegón).

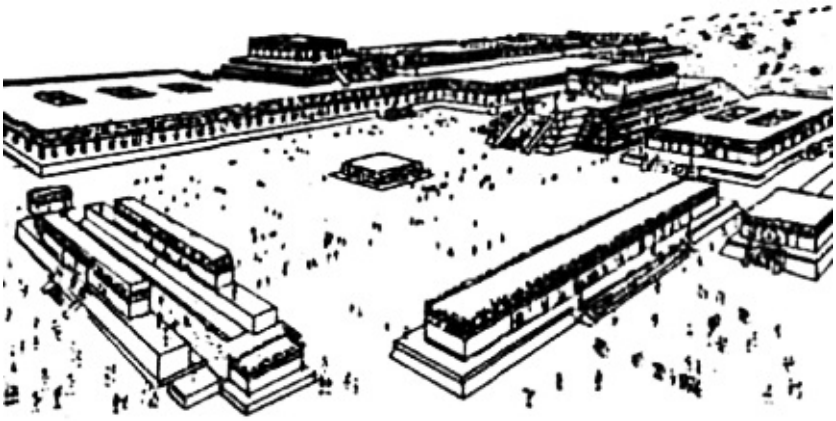

Figura 17.

Entre este complejo principal de Tula Grande y el límite norte del recinto sagrado, existían como es natural varias estructuras y grupos de edificios; también se excavó

otra cancha. En los complejos particulares y por todo el recinto, se encontraron muchas estatuas de piedra. Entre éstas, no sólo había estatuas de animales, como la del familiar coyote y la del no tan familiar tigre, sino también las de un semidiós reclinado llamado Chacmool (Fig. 18). Los toltecas también esculpían estatuas de sus jefes, a los que solían representar como hombres de baja estatura. A otros, ataviados como guerreros y con el arma *atl-atl* (una espada curva o lanzadera de flechas) en la mano izquierda, se les representó en relieve sobre columnas cuadradas (Fig. 19a), tanto de perfil como vistos desde detrás (Fig. 19b).

Figura 18.

Cuando se comenzó con el trabajo arqueológico metódico y sostenido en la década de 1940 bajo la dirección de Jorge R. Acosta, se dirigió la atención a la Gran Pirámide, que, frente al Gran Altar, tenía un obvio objetivo astronómico. Con el tiempo, los arqueólogos comenzaron a preguntarse por qué los indígenas de la zona se referían al desolado montículo como *El Tesoro*; pero cuando, tras comenzar las excavaciones, se encontraron con varios objetos de oro, los trabajadores insistieron en que la pirámide se elevaba sobre un «campo de oro» y se negaron a proseguir con el trabajo.

> *«Sea realidad o superstición —escribió Acosta—, lo cierto es que el trabajo se detuvo y ya nunca se volvió a retomar».*

Entonces, el trabajo se concentró en la pirámide más pequeña, a la que en un principio se le llamó Pirámide de la Luna, después Pirámide «B» y, por último, Pirámide de Quetzalcóatl. La designación proviene principalmente del largo nombre con que los nativos identificaban al montículo, que significa «Señor de la Estrella de la Mañana», supuestamente, uno de los epítetos de Quetzalcóatl, y de los restos de enyesados de colores y bajorrelieves que adornaban los niveles de la pirámide, evidenciando que sus ricas decoraciones estaban dominadas por el motivo de la Serpiente Emplumada. Los arqueólogos creían también que había dos columnas redondas de piedra, de las que se habían encontrado varios fragmentos, que estaban talladas con la imagen de la Serpiente Emplumada, y que se elevaban como pilares del pórtico de la entrada del templo que había en la cúspide de la pirámide.

Figura 19.

El mayor tesoro arqueológico oculto se encontró cuando los equipos de Acosta se dieron cuenta de que el lado norte de esta pirámide había sido alterado en época prehispánica. Algo parecido a una rampa parecía haberse agregado en mitad de este lado en lugar de la pendiente escalonada. Excavando allí, los arqueólogos se encontraron con que había una zanja en este lado de la pirámide, que alcanzaba bastante profundidad en su interior; y resultó que la zanja, que era tan alta como la pirámide, se había utilizado para enterrar en ella gran número de esculturas de piedra.

Cuando se sacaron, se pusieron de pie y se encajaron, se hizo evidente que eran partes de las dos columnas redondas del pórtico, de cuatro columnas cuadradas que se creía que habían sostenido el techo del templo de la pirámide, y de cuatro colosales estatuas de aspecto humano de más de cuatro metros y medio de altura, que acabarían siendo conocidas como los *Atlantes* (Fig. 20).

Figura 20.

Éstas imágenes, que se cree que también hicieron las veces de cariátides (esculturas utilizadas como pilastras para sostener el techo o sus vigas), fueron reerigidas por los arqueólogos en la cima de la pirámide cuando terminaron las obras de restauración. Cada uno de los *Atlantes* (como se ve en la Fig. 21) consta de cuatro secciones, que se tallaron de forma que encajaran.

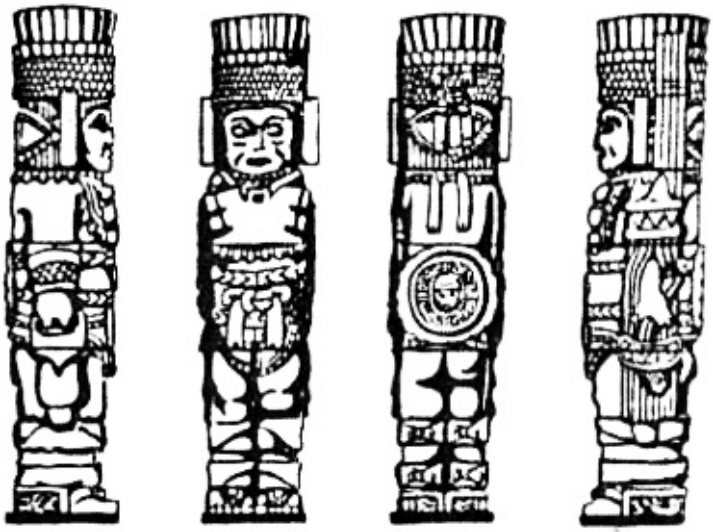

Figura 21.

La sección superior conforma la cabeza de la estatua, que lleva un tocado de plumas, sujetas con una banda decorada con símbolos de estrellas; dos objetos alargados cubren las orejas. Los rasgos faciales no son fácilmente identificables y, hasta ahora, han hecho inútil la comparación con cualquier grupo racial conocido; pero, aunque las cuatro caras tienen la misma expresión facial remota, un examen de cerca demuestra que son ligeramente diferentes e individuales.

El torso está compuesto por dos secciones. El principal rasgo de la sección superior o del pecho es una gruesa coraza cuya forma se ha comparado con la de una mariposa. La parte inferior del torso tiene su rasgo principal en la zona posterior; es un disco con un rostro humano en el centro, rodeado por símbolos aún no descifrados y, en opinión de algunos, una «corona» de dos serpientes entrelazadas. La sección de abajo del todo otorga muslos, piernas y pies —con sandalias— a los gigantes. Una cinta sostiene en su lugar estos aditamentos; bandas en los brazos, ajorcas y taparrabos completan el elaborado atuendo (véase Fig. 21).

¿A quiénes representan estas estatuas gigantes? Sus descubridores las llamaron «ídolos», convencidos de que representaban a las deidades. Autores populares les llamaron *Atlantes,* lo cual suponía que pudieran haber sido los descendientes de la Diosa Atlatona, «la que brilla en el agua», o que pudieran haber venido de la legendaria Atlántida. Los expertos, menos imaginativos, los ven simplemente como guerreros toltecas, que sostienen en la mano izquierda un manojo de flechas, y un atl-atl en la mano derecha. Pero esta interpretación posiblemente no es correcta, pues las «flechas» de la mano izquierda no son rectas, sino curvas; y hemos visto que el arma de la mano izquierda era el atl-atl. Al mismo tiempo, el arma que tienen en la mano derecha (Fig. 22 a) no es curva, como debería ser el atl-atl; ¿qué es, entonces?

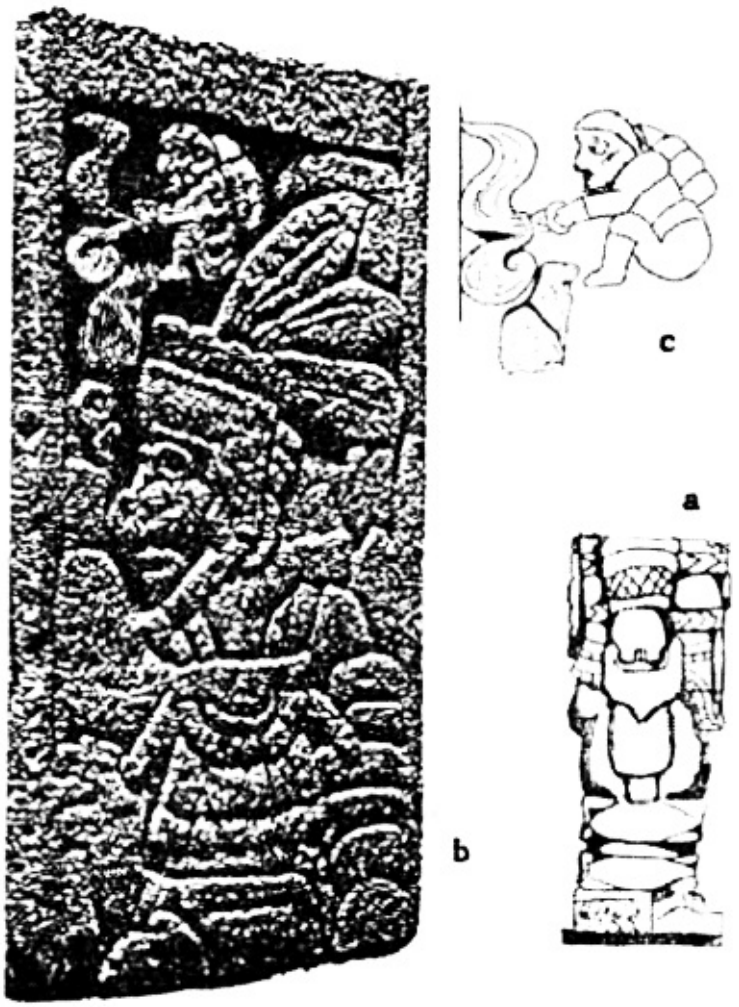


Figura 22.

Este instrumento más bien parece una pistola en su funda, sostenida con dos dedos. Una interesante teoría sugiere que no se trataba de un arma, sino de una herramienta, una «pistola de plasma», según propuso Gerardo Levet (*Misión fatal*). Levet descubrió que una de las pilastras cuadradas que representaban a jefes toltecas tenía, grabada en la esquina superior izquierda (Fig. 22b), la imagen de una persona con un zurrón a la espalda y con la herramienta en cuestión en la mano; ésta la usa como un lanzallamas para dar forma a la piedra (Fig. 22c). Esta herramienta es, incuestionablemente, el mismo instrumento que sostienen los gigantes en su mano derecha. Levet sugiere que era una «pistola» de alta energía que se utilizaba para tallar y grabar las piedras, e indica que estas antorchas termorreactoras se utilizaron en nuestros tiempos para esculpir el gigantesco monumento de la Montaña de Piedra de Georgia.

La importancia del descubrimiento de Levet puede ir más allá de su propia teoría. No hace falta buscar herramientas de alta tecnología para explicar las tallas de piedra, dado que por toda América Central se han encontrado tallas y estelas de piedra, creaciones de los artistas nativos. Por otra parte, la herramienta representada puede explicar otro enigmático aspecto de Tollan.

Los arqueólogos, después de examinar las profundidades de la pirámide, tras

haber quitado el suelo de la rampa, descubrieron que la pirámide externa y visible estaba construida sobre otra pirámide oculta, más antigua, cuyos escalonados niveles se encontraban a alrededor de dos metros y medio de distancia de cada lado. También descubrieron las ruinas de unos muros verticales que sugerían la existencia de cámaras interiores y pasadizos dentro de la pirámide más antigua (pero no se profundizó en estas pistas). Se encontraron con un detalle extraordinario —una tubería de piedra hecha de secciones tubulares que encajaban a la perfección (Fig. 23), con un diámetro interior de 45 centímetros. Aquella larga tubería estaba instalada en el interior de la pirámide, en el mismo ángulo de la pendiente original, y discurría a través de toda su altura.

Acosta y su equipo supusieron que la tubería habría servido para drenar el agua de lluvia; pero esto se podría haber hecho sin una instalación interna tan complicada, y con sencillas tuberías de arcilla, en lugar de con aquellas secciones de piedra esculpidas con tanta precisión. La posición y la pendiente del extraño, si no único, artilugio tubular era obviamente parte del plano original de la pirámide, y se integraba en el objetivo de la estructura. El hecho de que las ruinas de los edificios adyacentes, con muchas cámaras y plantas, sugieran algún proceso industrial, y el hecho también de que, en la antigüedad el agua del río Tula se canalizara para que discurriera por estos edificios aumenta las posibilidades de que en este lugar, al igual que en Teotihuacan, hubiera tenido lugar algún tipo de proceso de purificación o refinado en un período ciertamente primitivo.

Lo que viene nos viene a la cabeza ahora es esto: ¿no seria esta enigmatica herramienta un artilugio para romper piedras en busca de mineral, en lugar de un aparato para tallar la piedra? ¿No seria, en otras palabras, una sofisticada herramienta de minería?

¿Y no sería oro el mineral que se buscaba?

Que los talantes estuvieran en posesión de herramientas de alta tecnología hace más de mil años en el centro de México, plantea la cuestión de quienes eran. Ciertamente, a juzgar por sus rasgos faciales, no eran de América Central; y probablemente eran «dioses», y no hombres mortales, si el tamaño de las estatuas es un indicio de veneración, pues junto a estas figuras gigantes se erigieron las columnas cuadradas en las cuales aparecían, a tamaño natural, las imágenes de los gobernantes toltecas. El hecho de que, en algún momento de la época prehispánica, las colosales imágenes fueran desmontadas, bajadas cuidadosamente a las entrañas de la pirámide y enterradas allí, supone cierto grado de santidad. De hecho, todo viene a confirmar la afirmación de Sahagún, citado antes, de que, cuando los toltecas abandonaron Tollan, «enterraron muchas cosas», algunas de las cuales, aún en la época de Sahagún, «se sacaron de debajo de tierra y no sin admiración por su belleza y artesanía».

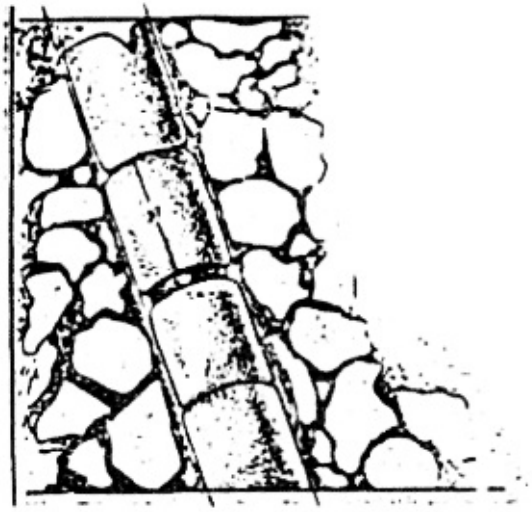

Figura 23.

Los arqueólogos creen que los cuatro *Atlantes* se erigían en la cima de la Pirámide de Quetzalcóatl, dando soporte al techo del templo que había allí, como si estuvieran sosteniendo un dosel celestial. Éste es el papel que jugaban en las creencias egipcias los cuatro hijos de Horus, que sostenían el cielo en los cuatro puntos cardinales. Según *El Libro de los Muertos* egipcio, eran estos cuatro dioses, que conectaban Cielo y Tierra, los que acompañaban al faraón fallecido hasta una escalera sagrada desde donde ascendería al cielo para la otra vida eterna. Esta «escalera al cielo» se representó jeroglíficamente como una escalera sencilla o doble, representando la última una pirámide escalonada (Fig. 24a). ¿Era sólo una coincidencia que el símbolo de la escalera decorara las paredes alrededor de la pirámide de Tollan y se convirtiera en el principal símbolo iconográfico azteca (Fig. 24b)?

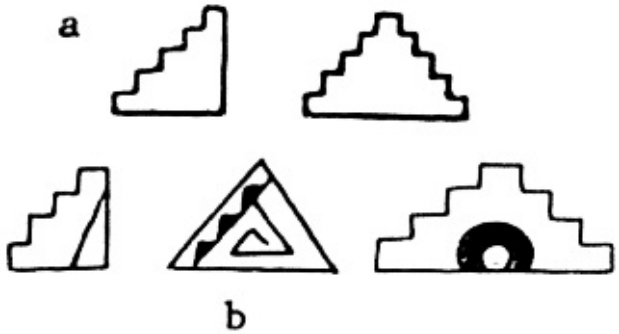


Figura 24.

En el centro de todo este simbolismo y estas creencias religiosas de los pueblos nahuatlacas estaba su dios-héroe, dador de todos sus conocimientos, Quetzalcóatl —«la Serpiente Emplumada». Pero se podría preguntar: «¿qué era una serpiente “emplumada”, si no fuera una serpiente que, a semejanza de un pájaro, tuviera alas y pudiera volar?».

Y si esto es así, la idea de Quetzalcóatl como «Serpiente Emplumada» no sería otra que la idea egipcia de la Serpiente Alada (Fig. 25) que facilitaba la

transfiguración del faraón fallecido para el reino de los dioses imperecederos.

Además de Quetzalcóatl, el panteón náhuatl estaba lleno de deidades asociadas a las serpientes. Cihuacóatl era la «Serpiente Hembra». Coatlicue era «la de la falda de serpientes». Chicomecóatl era «Siete Serpiente». Ehecacoamixtli era «Nube de serpientes del viento», etc. Al gran dios Tláloc se le representó frecuentemente con la máscara de una serpiente doble.

Y así, inaceptable como sólo esto podría ser para los expertos pragmáticos, la mitología, la arqueología y el simbolismo llevan a la inevitable conclusión de que el centro de México, si no toda América Central, fue el reino de los dioses Serpiente — los dioses del antiguo Egipto.

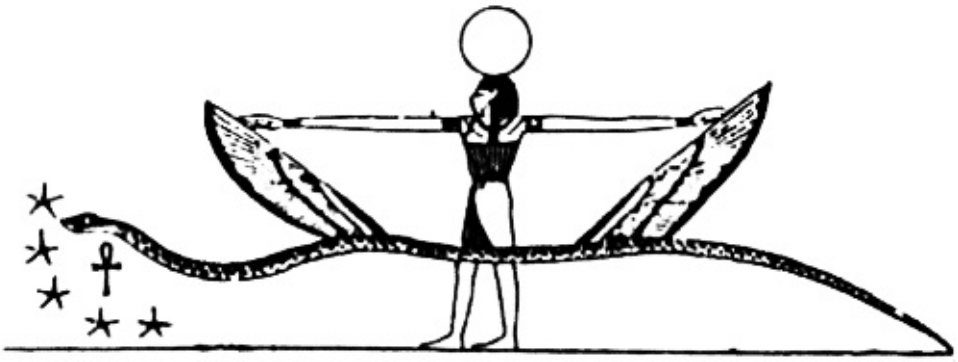

Figura 25.

# 4. OTEADORES DEL CIELO EN LAS SELVAS.

**Los mayas**.

Este nombre evoca el misterio, el enigma, la aventura. Una civilización que existió y desapareció, se desvaneció, aunque sus gentes quedaran. Ciudades increíbles que se abandonaron intactas, engullidas por el verde dosel de la selva; pirámides que llegan hasta el cielo, concebidas para tocar a los dioses; y monumentos, cuidadosamente esculpidos y decorados, que se expresan con artísticos jeroglíficos cuyo significado sigue perdido en su mayor parte entre las nieblas del tiempo.

El misterio de los mayas captó la imaginación y la curiosidad de los europeos desde el mismo momento en que los españoles pusieron el pie en la península de Yucatán y vieron los vestigios de sus ciudades perdidas en la selva. Era todo tan increíble; y, sin embargo, ahí estaba: pirámides escalonadas, templos con plataformas, palacios decorados, pilares de piedra grabados; y mientras contemplaban aquellos sorprendentes restos, escuchaban los relatos de los nativos acerca de monarquías, de ciudades-estado y de glorias que una vez existieron.

Uno de los sacerdotes españoles más conocidos que escribiera de Yucatán y de los mayas durante la Conquista, fray (después obispo) Diego de Landa (*Relación de las cosas de Yucatán*), decía que

> *«existen en el Yucatán muchos edificios de gran belleza, siendo esto lo más sobresaliente de todo lo descubierto en las Indias; están todos construidos de piedra y finamente ornamentados, aunque no se ha encontrado metal en el país con que tallarla».*

Con otros intereses en mente, como el de la búsqueda de riquezas y la conversión de los nativos al cristianismo, a los españoles les llevó cerca de dos siglos prestar atención a aquellas ruinas. Fue ya en 1785, cuando una comisión real inspeccionó las ruinas de Palenque, para entonces ya descubiertas. Afortunadamente, una copia del informe ilustrado de la comisión fue a parar a Londres; su posterior publicación atrajo al enigma maya a un noble rico, Lord Kingsborough.

Creyendo fervientemente que los habitantes de América Central eran descendientes de las Diez Tribus Perdidas de Israel, Kingsborough se pasó el resto de su vida, y se gastó toda su fortuna, en la exploración y descripción de los antiguos monumentos y escritos de México. Su *Antiquities of México* (1830-1848), junto con la *Relación* de Landa, se han convertido en una valiosísima fuente de información sobre el pasado maya.

Pero en la memoria popular, el honor de la publicación del descubrimiento arqueológico de la civilización maya pertenece a un norteamericano de Nueva Jersey, John L. Stephens. Designado como enviado de los Estados Unidos a la Federación Centroamericana, fue a las tierras de los mayas con su amigo Frederick Catherwood,

que era un consumado dibujante. Los dos libros que escribió Stephens e ilustró Catherwood, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, e *Incidents of Travel in Yucatán*, siguen siendo de lectura recomendada siglo y medio después de su publicación original (1841 y 1843).

Y el propio libro de Catherwood, *Views of Ancient Monuments of Central America, Chiapas and Yucatán*, aún suscitó con posterioridad más interés en el tema. Cuando los dibujos de Catherwood se ponen junto a las actuales fotografías, uno se sorprende al ver la minuciosidad de su trabajo (y se entristece al darse cuenta de la erosión que ha tenido lugar desde entonces). Los informes del equipo eran especialmente detallados en lo referente a los grandes sitios de Palenque, Uxmal, Chichén Itzá y Copan; estando este último, por encima de todos, asociado a Stephens pues, con el fin de investigarlo sin interferencias, le compró el lugar a su propietario local por cincuenta dólares.

En total, juntos exploraron casi cincuenta ciudades mayas; tal profusión no sólo fue más allá de todo lo imaginable, sino que también estableció más allá de toda duda que el dosel esmeralda de la selva no había ocultado unos cuantos asentamientos perdidos, sino toda una civilización perdida. Particularmente importante fue la constatación de que algunos de los símbolos y glifos grabados en los monumentos daban unas fechas, de modo que la civilización maya se podía situar en un marco temporal. Aunque la escritura jeroglífica maya sigue estando todavía por descifrar en su totalidad, los expertos han conseguido leer las inscripciones de fechas y determinar las fechas paralelas del calendario cristiano.

Podríamos haber sabido mucho más acerca de los mayas a partir de su amplia literatura —libros que se escribieron sobre un papel hecho con tres cortezas de árbol y laminado con cal blanca para crear una base para los glifos entintados. Pero estos libros, que los hubo a centenares, fueron destruidos de forma sistemática por los sacerdotes españoles —curiosamente por el mismo obispo Landa, que terminó siendo el que preservó gran parte de la información «pagana» en sus propios escritos.

Sólo quedaron tres (o cuatro, si el cuarto es auténtico) códices («libros-dibujo»). Las secciones que parecen más interesante a los expertos son las que tratan de astronomía. También hay disponibles otras dos importantes obras literarias debido a que fueron reescritas, bien de los libros de dibujos originales o bien a partir de la tradición oral, en las lenguas nativas pero utilizando escritura latina.

Una de estas obras es la compuesta por los libros de *Chilam Balam*, que significa los Oráculos o Pronunciamientos de Balam el sacerdote. Muchos pueblos del Yucatán tenían copias de este libro; el mejor conservado y traducido de ellos es el *Libro de Chilam Balam de Chumayel*. Parece ser que Balam era una especie de «Edgar Cayce» maya: los libros recogen información referente al pasado mítico y al futuro profético, sobre ritos y rituales, astrología y consejo médico.

La palabra *balam* significa «jaguar» en la lengua nativa, y ha provocado mucha consternación entre los expertos, pues no parece tener una relación aparente con los oráculos. Sin embargo, a nosotros nos resulta muy intrigante que en el antiguo Egipto hubiera una clase sacerdotal llamada sacerdotes *Shem*, que pronunciaban oráculos durante ciertas ceremonias reales, así como fórmulas secretas dirigidas a «abrir la boca» del faraón fallecido con el fin de que pudiera reunirse con los dioses en la Otra Vida, que se vestían con pieles de leopardo (Fig. 26a).

Se han encontrado representaciones mayas con sacerdotes vestidos de forma parecida (Fig. 26b); y dado que en las Américas lo lógico habría sido llevar una piel de jaguar, en lugar de una de leopardo africano, eso explicaría el significado de «jaguar» del nombre de Balam. Una vez más, nos podríamos estar encontrando con un indicio de influencia ritual egipcia.

Pero aún nos intriga más la similitud de este nombre del sacerdote oracular maya con el del adivino Balaam, que, según la Biblia, quedó retenido por el rey de Moab durante el Éxodo para que lanzara una maldición sobre los israelitas, pero que terminó por pronunciar un oráculo favorable. ¿Es sólo una coincidencia?

Figura 26.

El otro libro es el *Popol Vuh*, el «Libro del Consejo» del altiplano maya. Hace un relato de los orígenes divinos y humanos y de las genealogías reales; su cosmogonía y sus leyendas sobre la creación son básicamente similares a las de los pueblos nahuatlacas, indicando una fuente original común. En lo referente a los orígenes de los mayas, el *Popol Vuh* afirma que sus antepasados llegaron «del otro lado del mar». Landa escribió que los indígenas

> *«han escuchado de sus antepasados que esta tierra fue ocupada por una raza de personas que vinieron de Oriente, a quienes Dios había liberado abriendo doce senderos a través del mar».*

Estas afirmaciones concuerdan con el relato maya conocido como la leyenda de Votan. De ésta dan cuenta diversos cronistas españoles, en particular fray Ramón Ordóñez y Aguilar y el obispo Núñez de la Vega. Más tarde, fue recogida de sus

distintas fuentes por el sacerdote E. C. Brasseur de Bourbourg (*Histoire de nations civilisées du Mexique*).

La leyenda relata la llegada a Yucatán, hacia el 1000 a. C., según los cálculos de los cronistas, del «primer hombre al que Dios envió a esta región para poblar y distribuir la tierra que ahora se llama América». Su nombre era Votan (se desconoce el significado); su emblema era la Serpiente.

> *«Era descendiente de los Guardianes, de la raza de Can. Su lugar de origen era una tierra que se llamaba Chivim».*

Hizo cuatro viajes en total. La primera vez que desembarcó, fundó una población cerca de la costa. Después de un tiempo, avanzó tierra adentro y «en el afluente de un gran río construyó una ciudad que fue la cuna de esta civilización». Llamó a la ciudad *Nachan*, «que significa lugar de serpientes». En su segunda visita, inspeccionó el recién fundado país, examinando sus zonas y sus pasadizos subterráneos; se decía que uno de estos pasadizos cruzaba en línea recta una montaña cercana a Nachan. Cuando volvió a América por cuarta vez, se encontró con que entre el pueblo había surgido la discordia y la rivalidad, de manera que dividió el reino en cuatro dominios, fundando una ciudad en cada uno para que les sirviera de capital. Una de las que se menciona es Palenque; otra parece que estuvo cerca de la costa del Pacífico. Las demás se desconocen.

Núñez de la Vega estaba convencido de que la tierra de la que había llegado Votan era fronteriza con Babilonia. Ordóñez llegó a la conclusión de que Chivim era el país de los heveos, a quienes la Biblia (Génesis 10) relaciona como hijos de Canaán, primos de los egipcios. Y recientemente, Zelia Nuttal, en *Papers of the Peabody Museum*, de la Universidad de Harvard, indicó que la palabra maya que significa serpiente, *Can*, se correspondía con la hebrea, *Canaán*. Si es así, la leyenda maya, que dice que Votan era de la raza de Can y su símbolo era la serpiente, podría estar utilizando un juego de palabras para afirmar que Votan provenía de Canaán. Esto justificaría, ciertamente, nuestro asombro de que *Nachan*, «lugar de serpientes», sea virtualmente idéntico al hebreo *Nachash*, que significa «serpiente».

Estas leyendas fortalecen la opinión de una escuela de expertos que considera la Costa del Golfo como el lugar en donde se inició la civilización yucateca —no sólo la de los mayas, sino también la de los primitivos olmecas. Según este punto de vista, hay que otorgarle una mayor consideración a un lugar que es muy poco conocido por los visitantes, y que pertenece a los verdaderos comienzos de la cultura maya, «entre el 2000 y el 1000 a. C., si no antes», según los arqueólogos que lo excavaron, de la Universidad de Tulane y de la sociedad National Geographic.

Este sitio, llamado Dzibilchaltún, está situado cerca de la ciudad portuaria de Progreso, en la costa noroccidental de Yucatán. Las ruinas, que se extienden por una superficie de más de 50 kilómetros cuadrados, revelan que la ciudad estuvo ocupada

desde los tiempos más primitivos y a lo largo de la época hispánica, habiendo sido construidos y reconstruidos sus edificios una y otra vez, y habiéndose llevado sus piedras aquí y allá tanto para construcciones hispánicas como modernas. Además de sus inmensos templos y sus pirámides, el rasgo más llamativo de la ciudad es el Gran Camino Blanco, una calzada pavimentada con piedras de caliza que discurre recta a lo largo de casi dos kilómetros y medio, siguiendo el eje este-oeste de la ciudad.

Una sucesión de importantes ciudades mayas se extiende a lo largo del extremo septentrional de Yucatán, con nombres bien conocidos no sólo para los arqueólogos, sino también para millones de visitantes: Uxmal, Izamal, Mayapán, Chichén Itzá, Tulum, por mencionar sólo los lugares más sobresalientes. Cada una de estas ciudades jugó un papel importante en la historia maya; Mayapán fue el centro de una alianza de ciudades-estado, Chichén Itzá se hizo grande gracias a los emigrantes toltecas.

Cualquiera de ellas pudo ser la capital desde la cual, según el cronista español Diego García de Palacio, un gran señor maya de Yucatán conquistara las tierras altas del sur y construyera el centro maya más meridional, el de Copan. Según García de Palacio, todo esto estaba escrito en un libro que los indígenas de Copan le habían mostrado cuando visitó aquel lugar.

A pesar de todas estas evidencias legendarias y arqueológicas, otra escuela de arqueólogos cree que la cultura maya —o, al menos, los mismos mayas— tuvo su origen en las tierras altas del sur (la actual Guatemala), extendiéndose desde allí hacia el norte. Los estudios de la lengua maya remontan sus orígenes a «una comunidad protomaya que, quizás alrededor del 2600 a. C., existió en lo que es ahora el departamento de Huehuetenango, en el noroeste de Guatemala» (D. S. Morales, *The Maya World*).

Sin embargo, dondequiera que se desarrollara la civilización maya, los expertos consideran el segundo milenio a. C. como su fase «preclásica», y el comienzo de la fase «clásica» de máximo logro lo sitúan hacia el 200 d. C.; para el 900 d. C., el reino de los mayas se extendía desde la costa del Pacífico hasta el golfo de México y el Caribe.

Durante todos aquellos siglos, los mayas construyeron multitud de ciudades cuyas pirámides, templos, palacios, plazas, estelas, esculturas, inscripciones y decoraciones abruman tanto a expertos como a visitantes por su profusión, variedad y belleza, por no hablar del monumental tamaño de su imaginativa arquitectura. Excepto unas cuantas ciudades que estuvieron amuralladas, las ciudades mayas eran en realidad centros ceremoniales abiertos, rodeados Por una población de administradores, artesanos y mercaderes, y respaldados por una extensa población rural. En estos centros, cada uno de sus soberanos iba añadiendo nuevas estructuras o ampliando las antiguas mediante la construcción de edificios más grandes sobre los previos, como

añadiendo nuevas capas de piel sobre una cebolla.

Y entonces, cinco siglos antes de la llegada de los españoles, por razones desconocidas, los mayas abandonaron sus ciudades sagradas y dejaron que la selva las cubriera.

Palenque, una de las más primitivas ciudades mayas, esta situada cerca de la frontera entre México y Guatemala, y se puede llegar a ella desde la moderna ciudad de Villahermosa. En el siglo vn d. C., Palenque marcó el límite occidental de la expansión maya. Los europeos saben de su existencia desde 1773; se han descubierto las ruinas de sus templos y sus palacios, y sus ricas decoraciones de estuco y sus inscripciones jeroglíficas vienen siendo estudiadas por los arqueólogos desde la década de 1920.

Sin embargo, su fama y su atractivo descollaron tras el descubrimiento (de Alberto Ruiz-Lhuillier), en 1949, de que, en una pirámide escalonada llamada el Templo de las Inscripciones, había una escalera secreta interior que llevaba hacia abajo. Varios años de excavaciones y de extracción de la tierra y los escombros que cubrían y ocultaban la estructura interna rindieron al fin un descubrimiento de lo más excitante: una cámara mortuoria (Fig. 27).

Figura 27.

En el fondo de la sinuosa escalera, un bloque de piedra triangular enmascaraba una entrada a través de una pared lisa que aún estaba custodiada por los esqueletos de unos guerreros mayas. Al otro lado, había una cripta abovedada con murales en las paredes. Dentro, había un sarcófago de piedra, cubierto con una gran losa de piedra rectangular que pesa alrededor de 5 toneladas y tiene más de 3 metros y medio de longitud.

Cuando se quitó esta tapa de piedra, aparecieron los restos óseos de un hombre alto, engalanado aún con joyas de jade y perlas. Su rostro estaba cubierto con una

máscara de mosaico de jade; un pequeño colgante de jade, con la imagen de una deidad, se encontraba entre las cuentas de lo que una vez fue un collar de jade.

El descubrimiento era sorprendente, pues hasta entonces no se había encontrado ninguna otra pirámide ni templo alguno en México que sirviera de tumba. Pero el enigma de la tumba y de su ocupante tomó mayores dimensiones por las imágenes grabadas sobre la losa de piedra: era la imagen de un maya descalzo, sentado sobre un trono emplumado o llameante, que parecía manipular unos instrumentos mecánicos dentro de una elaborada cámara (Fig. 28).

Figura 28.

La *Ancient Astronaut Society* y su patrocinador, Erich von Däniken, han querido ver en esta imagen a un astronauta dentro de una nave espacial Propulsada por unos llameantes reactores, y sugieren que es un extraterrestre el que se enterró aquí.

Los arqueólogos y otros expertos ridiculizan la idea. Las inscripciones de las paredes de este edificio funerario y las estructuras adyacentes les hacen pensar de que la persona aquí enterrada es un soberano llamado Pacal («Escudo»), que reinó en Palenque entre 615-683 d. C.

Algunos ven en la escena la representación del fallecido Pacal en el momento de ser llevado por el Dragón del Mundo Inferior al reino de los muertos; tienen en cuenta el hecho de que, en el solsticio de invierno, el Sol se pone exactamente por detrás del Templo de las Inscripciones, como símbolo añadido de la partida del rey con la puesta del Dios Sol.

Otros, inducidos por interpretaciones modificadas por el hecho de que la imagen

está enmarcada por una Banda Celeste, una serie de glifos que representan los cuerpos celestes y las constelaciones zodiacales, contemplan la escena como el rey siendo llevado por la Serpiente Celeste hasta el celestial reino de los dioses. El objeto parecido a una cruz que el fallecido está enfrentando se reconoce ahora como un estilizado Árbol de la Vida, sugiriendo que el rey está siendo llevado a una vida eterna.

De hecho, se descubrió una tumba similar, conocida como Enterramiento 116, en la Gran Plaza de Tikal, a los pies de una de sus principales pirámides.

Tikal.

A algo más de seis metros de profundidad, se encontró el esqueleto de un hombre extraordinariamente alto. Su cuerpo estaba ubicado sobre una plataforma de sillería, engalanado con alhajas de jade, y rodeado (como en Palenque) de perlas, objetos de jade y cerámica.

También se han encontrado en diversos lugares mayas imágenes de personas llevadas en las fauces de serpientes de fuego (a las que los expertos llaman Dioses Celestes), como ésta de Chichén Itzá (Fig. 29).

Figura 29.

Teniendo en cuenta todo esto, los expertos admiten que «uno no puede evitar una comparación implícita con las criptas de los faraones egipcios. Las similitudes entre la tumba de Pacal y las de aquéllos que reinaron previamente a orillas del Nilo son sorprendentes» (H. La Fay, «The Maya, Children of Time», en *National Geographic Magazine*).

De hecho, la escena del sarcófago de Pacal transmite la misma imagen que la de un faraón transportado por la Serpiente Alada hasta una vida eterna entre los dioses que vinieron de los cielos. El faraón, que no era un astronauta, se había convertido en uno de ellos tras su muerte; y eso, en nuestra opinión, es lo que la escena grabada sugiere acerca de Pacal.

No sólo se han descubierto tumbas en las selvas de América Central y en las regiones ecuatoriales de Sudamérica. Una y otra vez, una colina cubierta de vegetación tropical resulta ser una pirámide; y grupos de pirámides resultan ser las cúspides de una ciudad perdida. Hasta que comenzaron las excavaciones en El Mirador, un lugar de la selva a caballo entre México y Guatemala, en 1978, mostrando una importante ciudad maya de alrededor del 400 a. C., que ocupa unos 15 kilómetros cuadrados, la escuela de los inicios meridionales de los mayas (cf. S. G. Morley, *The Ancient Maya*) creía que Tikal no era sólo la ciudad maya más grande, sino también la más antigua.

Situada en la parte nororiental de la provincia guatemalteca de Peten, Tikal aún eleva sus altas pirámides por encima del mar verde de la selva. Es tan grande que sus límites parecen extenderse constantemente a medida que se van encontrando ruinas. Tan sólo su principal centro ceremonial ocupa más de 2,5 kilómetros cuadrados; y el espacio para esto no se le arrebató a la selva a golpe de machete, sino que se creó físicamente en la cima de una cresta montañosa que fue laboriosamente alisada. Los barrancos que la flanquean fueron convertidos en embalses de agua conectados a través de una serie de calzadas.

Las pirámides de Tikal, estrechamente agrupadas en varias secciones, son una maravilla de la construcción. Altas y estrechas, son verdaderos rascacielos,

elevándose vertiginosamente hasta alturas cercanas e incluso superiores a los 60 metros. Ascendiendo en escarpados niveles, las pirámides servían como plataformas elevadas de los templos que se erguían en sus cimas. Los templos, rectangulares, en donde no hay más que un par de estrechas habitaciones, estaban coronados a su vez por unas enormes superestructuras ornamentales que aún aumentaban más la altura de las pirámides (Fig. 30).

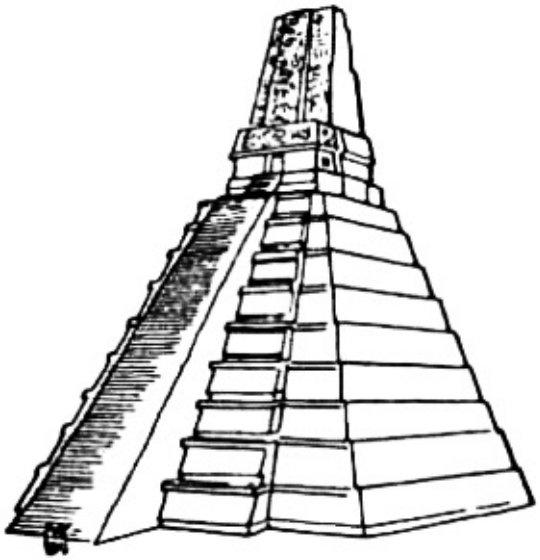

Figura 30.

El resultado arquitectónico lleva a que el santuario aparezca como suspendido entre la Tierra y el Cielo, alcanzable a través de empinados escalones que se convertían en una verdadera Escalera al Cielo simbólica. En el interior de cada templo, una serie de portales llevaba desde fuera adentro, cada portal un escalón más alto que el anterior. Los dinteles estaban hechos de maderas poco comunes, y estaban exquisitamente grabados. Como norma general había cinco portales exteriores y siete interiores, totalizando doce —un simbolismo cuyo significado no ha llamado demasiado la atención.

La construcción de una pista de aterrizaje cerca de las ruinas de Tikal aceleró su exploración con posterioridad a 1950, y los equipos del Museo de la Universidad de Pennsylvania han estado realizando allí trabajos arqueológicos exhaustivos. Éstos descubrieron que las grandes plazas de Tikal hicieron las veces de necrópolis, en donde los soberanos y los nobles eran enterrados; también encontraron que muchas de las estructuras menores eran, de hecho, templos funerarios que no se habían construido sobre las tumbas, sino junto a ellas, y que hacían el papel de cenotafios.

Sacaron a la luz también alrededor de ciento cincuenta estelas, losas de piedra grabadas erigidas en su mayor parte de cara al este o al oeste. Según se determinó, también hacían retratos de los mismos soberanos, y conmemoraban los principales acontecimientos de sus vidas y sus reinados.

En las inscripciones jeroglíficas grabadas sobre estas estelas (Fig. 31) se

registraron las fechas exactas de estos acontecimientos, citando al soberano a través de su jeroglífico (aquí «Cráneo Garra Jaguar», 488 d. C.), y se identificó el acontecimiento; los expertos dicen hasta el momento que los jeroglíficos textuales no eran meramente pictóricos o ideográficos, «sino que también se escribían fonéticamente en sílabas, de forma similar a como lo hacían los sumerios, los babilonios y los egipcios» (A. G. Miller, *Maya Rulers of Time*).

Figura 31.

Con la ayuda de estas estelas, los arqueólogos pudieron identificar una secuencia de catorce reyes de Tikal que habían reinado desde el 317 hasta el 869 d. C. Pero se sabe con certeza que Tikal fue centro real maya desde mucho antes: la datación por radiocarbono de los restos de algunas de las tumbas reales ofrece fechas que se remontan hasta el 600 a. C.

A unos 240 kilómetros al sudeste de Tikal está Copan, la ciudad que Stephen compró. Estaba situada en el extremo suroriental del reino maya, en la actual Honduras. Aunque carece de rascacielos escalonados como los de Tikal, Copan quizás resultara la más típica de las ciudades mayas por su proyección y por su diseño. Su inmenso centro ceremonial ocupaba más de treinta hectáreas, y estaba compuesto por templos-pirámides agrupados alrededor de varias grandes Plazas (Fig. 32).

Las pirámides, de ancha base, pero de sólo algo más de veinte metros de altura, se distinguían por sus amplias y monumentales escalinatas, decoradas con trabajadas esculturas e inscripciones jeroglíficas. Las plazas estaban salpicadas de santuarios, altares y —lo más importante para los historiadores— estelas de piedra grabadas que

ofrecían retratos de sus reyes al tiempo que daban sus fechas. Por las estelas se supo que la principal de las pirámides se terminó en el 756 d. C., y que Copan alcanzó su momento más glorioso durante el siglo IX d. C., justo antes del repentino colapso de la civilización maya.

Pero, tal como han demostrado los descubrimientos y las excavaciones en curso, todos los lugares arqueológicos en Guatemala, Honduras y Belize indican la existencia de monumentos y estelas fechadas en época tan temprana como el 600 a. C., evidenciando un desarrollado sistema de escritura que —todos los expertos coinciden— debió de tener una fase de desarrollo previo o una fuente más antigua.

Copan, como pronto veremos, jugó un papel muy especial en la vida y la cultura mayas.

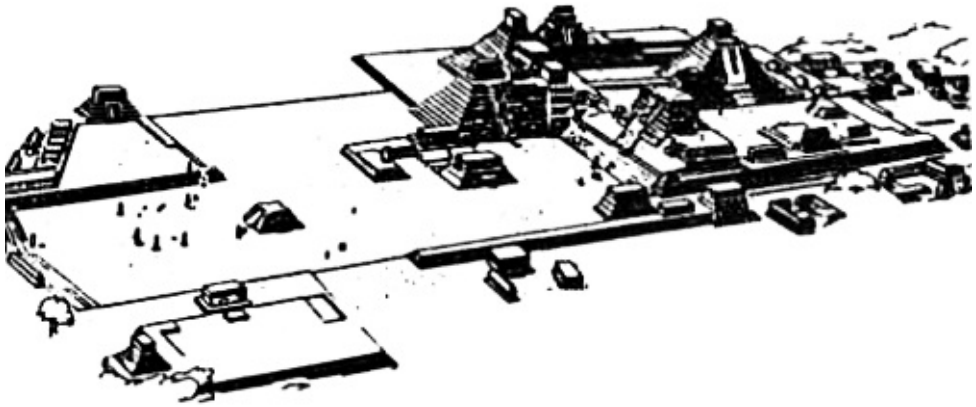

Figura 32.

Los estudiosos de la civilización maya se han quedado particularmente impresionados con la precisión, la ingenuidad y la diversidad que los mayas tenían en el recuento del tiempo, y lo atribuyen a lo avanzado de su astronomía.

Los mayas tenían, de hecho, no uno, sino tres calendarios; pero uno de ellos —el más significativo, según nuestra opinión— no tiene nada que ver con la astronomía. Es la llamada Cuenta Larga, y establecía la fecha contando el número de días que habían pasado desde determinado día de comienzo hasta el día del acontecimiento que los mayas habían registrado en la estela o monumento. Ese enigmático Día Uno, según dice la mayoría de los expertos, fue el 13 de agosto del 3113 a. C., según el actual calendario cristiano —un momento y un acontecimiento que, claro está, es anterior al nacimiento de la civilización maya.

La Cuenta Larga, al igual que los otros dos sistemas de recuento del tiempo, estaba basada en el sistema numérico vigesimal (con base 20) de los mayas; y, al igual que en el antiguo Sumer, empleaban el concepto de «lugar», de donde un 1 en la primera columna sería uno, en la segunda sería un veinte, después cuatrocientos, y así sucesivamente. En la Cuenta Larga maya, en la que se utilizaban columnas verticales en donde los valores más bajos se encontraban abajo del todo, se le puso nombre a todos estos múltiplos y se les identificó con glifos (Fig. 33). Comenzando con *kin*

para los unos, *uinal* para los veintes, etc., los múltiplos llegaban al glifo *alautun*, ¡que identificaba el increíble número de 23 040 000 000 días —un período de 63 080 082 años!

Figura 33.

Pero, tal como se ha dicho, en la verdadera datación de sus monumentos, los mayas no retrocedían hasta la época de los dinosaurios, sino hasta un día específico, un acontecimiento tan crucial para ellos como es la fecha del nacimiento de Cristo para los seguidores del calendario cristiano.

Así pues, la Estela 29 de Tikal (Fig. 34), que lleva la fecha más antigua que se haya encontrado allí sobre un monumento real (292 d. C.), da la fecha de la Cuenta Larga de 8.12.14.8.15, utilizando puntos para el numeral uno y barras para el cinco:

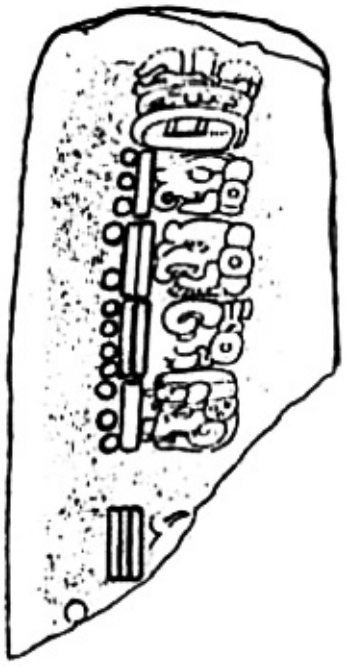
Figura 34.

| | | |
|---|---|---|
| 8 bak-tun | (8 x 400 x 360) = | 1 152 000 días |
| 12 ka-tun | (12 x 20 x 360) = | 86 400 días |
| 14 tun | (14 x 360) = | 5 040 días |
| 8 uinal | (8 x 20) = | 160 días |
| 15 kin | (15 x 1) = | 15 días |
| | = | **1 243 615 días** |

Dividiendo los 1 243 615 días por el número de días de un año solar, 365,25, la fecha de la estela indica que ésta, o el acontecimiento que tuvo lugar en ella, sucedió 3404 años y 304 días después del misterioso Día Uno; i. e., después del 13 de Agosto de 3113 a. C.

Por tanto, según la correlación reconocida por todos en la actualidad, la fecha de la estela sería la del 292 d. C. (3405 - 3113 = 292). Algunos expertos ven evidencias de que los mayas comenzaron a utilizar la Cuenta Larga en la era de Baktun 7, que se corresponde con el siglo IV a. C.; otros no desechan que empezara a utilizarse incluso antes.

Junto a este calendario ininterrumpido, había dos calendarios cíclicos. Uno era el *Haab* o año solar de 365 días, que se dividía en 18 meses de 20 días, más 5 días que se añadían a final de año. El otro era el *Tzolkin* o calendario del año sagrado, en el cual los 20 días básicos se rotaban 13 veces, dando como resultado un año sagrado de 260 días. Después, los dos calendarios cíclicos se encajaron, como si fueran dos engranajes que interactuaran, para crear la gran Rueda Sagrada de 52 años solares; pues la combinación de 13,20 y 365 no se podía repetir salvo una vez cada 18 980 días, que equivalen a 52 años. Esta Rueda Calendárica de 52 años fue sagrada para todos los pueblos de la antigua América Central, y conectaban a ella tanto los acontecimientos pasados como los futuros —como el de la expectativa mesiánica del retorno de Quetzalcóatl.

La fecha más antigua de la Rueda Sagrada se encontró en el valle de Oaxaca, en México, y se remonta al 500 a. C. Ambos sistemas de recuento del tiempo, el ininterrumpido y la Rueda Sagrada, son bastante antiguos. Uno es histórico, contando el paso del tiempo (en días) desde un acontecimiento remoto cuya importancia y naturaleza son todavía un misterio. El otro es cíclico, engranado con un período peculiar de 260 días; los expertos aún están intentando averiguar lo que sucedía, si es que sucedía algo, o si aún sucede una vez cada 260 días.

Algunos creen que este ciclo es puramente matemático: dado que cinco ciclos de 52 años son 260 años, por algún motivo se adoptó una cuenta más corta de 260 días. Pero esta explicación del 260 lo único que hace es derivar el problema a la necesidad de explicar el 52: ¿dónde, entonces, está el origen y el motivo del 52?

Otros sugieren que el período de 260 días tenía que ver con la agricultura, como

podía ser la duración de la estación lluviosa o de los intervalos de sequía. A la vista de la propensión de los mayas por la astronomía, otros intentan calcular de algún modo una relación entre 260 días y los movimientos de Venus o Marte. Y habría que preguntarse por qué la solución ofrecida por Zelia Nuttal en el vigesimosegundo Congreso Internacional de Americanistas (Roma, 1926) no se ganó el pleno reconocimiento que se merece. Ella indicó que la forma más fácil que los pueblos del Nuevo Mundo encontraron para aplicar los movimientos estacionales del Sol a su propia localidad era determinar los días cénit, los días en que el Sol pasaba exactamente sobre sus cabezas a mediodía. Esto sucede dos veces al año, cuando el Sol parece viajar hacia el norte y después hacia el sur. Nuttal sugirió que los indígenas medían el intervalo entre los dos días cénit, y el número resultante de días se convirtió en la base de la rueda calendárica.

Este intervalo es de medio año solar en el ecuador; pero se alarga a medida que uno se aleja de éste, hacia el norte y hacia el sur. En los 15 grados norte, por ejemplo, es de 263 días (desde el 12 de agosto hasta el siguiente 1 de mayo). Ésta es la estación lluviosa, y hasta el día de hoy los descendientes de los mayas empiezan a plantar el 3 de mayo (convenientemente, es también el día de la Santa Cruz en México). Y el intervalo era exactamente de 260 días en la latitud de 14° 42' norte —*la latitud de Copan*.

Y que Nuttal diera con la explicación correcta de la forma en la cual se fijó el año ritual en esos 260 días viene corroborado por el hecho de que Copan fuera considerada la capital astronómica de los mayas. Además de la habitual orientación celeste de los edificios, se ha descubierto que algunas de sus estelas están alineadas con determinadas fechas clave del calendario. En otro caso, una estela («Estela A») que lleva una fecha de Cuenta Larga equivalente a un día del 733 d. C., también lleva otras dos fechas de Cuenta Larga, una posterior en 200 días y otra anterior en 60 días (formando un ciclo de 260 días).

A. Aveni (*Skywatchers of Ancient México*) supone que con esto se intentaba realinear la Cuenta Larga (que calculaba los verdaderos 365,25 días al año) con el *Haab* cíclico de 365 días. La necesidad de reajustar o reformar los calendarios pudo ser el motivo de un cónclave de astrónomos que se celebró en Copan en el 763 d. C. Se conmemoró con un monumento cuadrado conocido como Altar Q, sobre el cual se retrató a los 16 astrónomos que tomaron parte en el cónclave, cuatro en cada lado (Fig. 35).

Como se puede observar, el glifo de «lágrima» que hay delante de sus narices —como ya se hiciera en la imagen de Pacal— los identifica como Guardianes Celestes. La fecha grabada en este monumento aparece en otros monumentos de otros lugares mayas, dando a entender que la decisión tomada en Copan se aplicó en todo el reino.

Figura 35.

La reputación de los mayas como astrónomos consumados se ha visto potenciada por el hecho de que en sus diversos códices se han encontrado secciones astronómicas que tratan de eclipses solares y lunares, así como del planeta Venus. Sin embargo, un estudio más profundo de los datos ha demostrado que éstos no eran registros de observaciones de los astrónomos mayas, sino anuarios copiados de alguna otra fuente más antigua que proporcionó a los mayas datos ya hechos con los cuales ellos tenían que confrontar los fenómenos aplicables al ciclo de 260 días. Tal como propuso E. Hadingham (*Early Man and the Cosmos*), estos anuarios mostraban «una curiosa mezcla de exactitud a largo plazo y de imprecisiones a corto plazo».

La principal tarea de los astrónomos locales consistía, según parece, en ir verificando o ajustando el año sagrado de 260 días con los datos de épocas precedentes que trataban de los movimientos de los cuerpos celestes. De hecho, el observatorio más famoso de Yucatán que aún se mantiene en pie, el Caracol de Chichén Itzá (Fig. 36), ha venido frustrando uno tras otro a todos los investigadores que han intentado, vanamente, encontrar en su orientación y apertura líneas de visión a los solsticios o los equinoccios. Sin embargo, existen líneas de visión que parecen estar relacionadas con el ciclo Tzolkin (260 días).

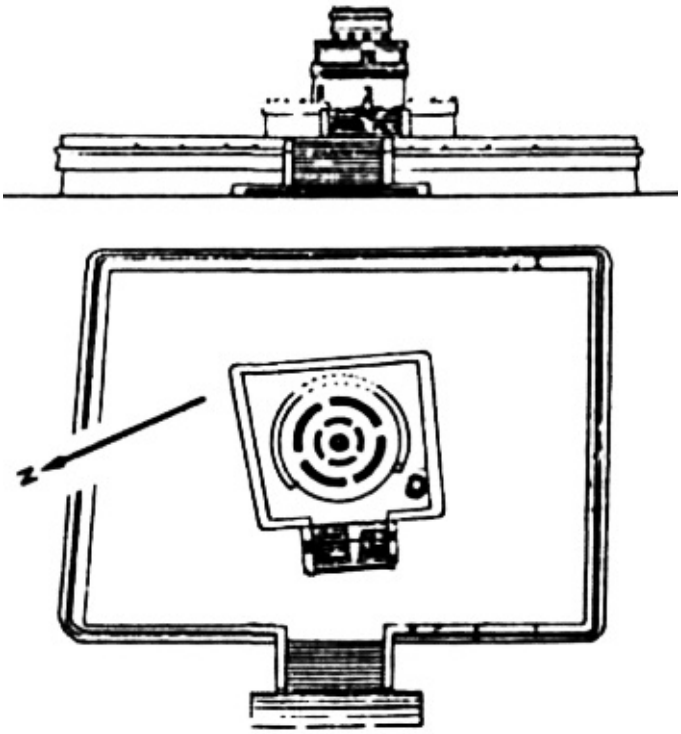

Figura 36.

Pero ¿por qué el número 260? ¿Simplemente, porque era igual al número de días entre cénits en Copan? ¿Por qué no, por ejemplo, un número más fácil, el 300, si se hubiera elegido un lugar cercano a la latitud 20° norte, como hubiera sido el caso de Teotihuacán?

El número 260 parece haber sido una decisión arbitraria, deliberada; la explicación que resulta de multiplicar un número natural, 20 (el número de los dedos de manos y pies), por 13, no hace más que llevar el problema a la pregunta de: ¿por qué y de dónde el 13? La Cuenta Larga contiene también un número arbitrario, el 360: inexplicablemente, abandona la pura progresión vigesimal y, después del kin (1) y el uinal (20), introduce el tun (360) en el sistema. El calendario Haab considera también los 360 como su duración básica, dividiendo este número en 18 «meses» de 20 días; y redondea el año añadiendo 5 «días malos» para completar el ciclo solar de 365 días.

Así pues, los tres calendarios están basados en números que no son naturales, números deliberadamente seleccionados. Y demostraremos que tanto el 260 como el 360 llegaron a América Central desde Mesopotamia —a través de Egipto.

Todos estamos familiarizados con el número 360: es el número de grados de un círculo. Pero pocos saben que debemos este número a los sumerios, y que proviene de su propio sistema matemático sexagesimal (con base 60). El primer calendario conocido fue el calendario sumerio de Nippur; se diseñó dividiendo el círculo de 360 en 12 partes, siendo el 12 el número sagrado celestial del cual provienen los doce meses del año, las doce casas del Zodiaco, los doce dioses del Olimpo, etc. El problema del déficit de 5,25 días se resolvió intercalando un decimotercer mes

después de cada cierto número de años.

Aunque el sistema aritmético egipcio no era sexagesimal, adoptaron el sistema sumerio de 12 x 30 = 360. Pero, incapaces de seguir los complejos cálculos implícitos en la intercalación de ese decimotercer mes, simplificaron el asunto redondeando cada año con un «mes» corto de cinco días a final de año. Y fue este mismo sistema el que se adoptó en Centroamérica. El calendario Haab no sólo era similar al egipcio, era idéntico. Además, del mismo modo que los centroamericanos tenían un año ritual a lo largo del año solar, los egipcios tenían un año ritual relacionado con la aparición de la estrella Sirio y la elevación, al mismo tiempo, de las aguas del Nilo.

La huella sumeria en el calendario egipcio y, por tanto, en el centroamericano, no se limitó al número sexagesimal 360. Diversos estudios, principalmente de B. P. Reko, en los antiguos números de *El México antiguo,* dejan pocas dudas de que los trece meses del calendario Tzolkin eran ciertamente un reflejo del sistema de doce meses de los sumerios más el decimotercer mes intercalado, salvo que en Egipto (y por tanto en Centroamérica) el decimotercer mes se redujo hasta los cinco días anuales. El término *tun* aplicado al 360 significaba en el idioma maya «celestial», una estrella o planeta dentro de la franja zodiacal. Curiosamente, un «montón de estrellas» —una constelación— se decía *Mool*, virtualmente el mismo término, MUL, que los sumerios utilizaban para decir «cuerpo celeste».

La relación del calendario centroamericano con el Viejo Mundo se hará aún más evidente cuando veamos el número más sagrado, el 52, en el cual se engranaban todos los grandes acontecimientos de América Central. Los múltiples intentos que se han hecho por explicarlo (como el de que es 13 veces 4) ignoran su fuente más obvia: las 52 semanas del calendario de Oriente Próximo (y, posteriormente, del europeo). Sin embargo, a este número de semanas sólo se puede llegar si se adopta la semana de siete días. Pero éste no era siempre el caso.

El origen de la semana de siete días ha sido objeto de estudio durante casi dos siglos, y la mejor teoría es la que la hace derivar de las cuatro fases de la Luna. Lo que sí que es seguro es que emergió como un período de tiempo decretado desde las alturas en tiempos bíblicos, cuando Dios ordenó a los israelitas durante su éxodo de Egipto que observaran el séptimo día como el Shabat.

Entonces, ¿fue el ciclo de 52 el más sagrado debido a que acabó siendo el común denominador de los calendarios centroamericanos, o se adoptó el ciclo sagrado de 260 debido a que éste (en vez de, digamos, el 300) era un múltiplo de 52 (52 x 5 = 260)?

Aunque una deidad cuyo epíteto era «Siete» fue un importante dios sumerio, se le honró con lugares teofónicos (p. ej. *Beer-Sheba*, El Manantial de Siete) o nombres personales *(Elisheva,* Mi Dios es Siete), principalmente en las tierras de Canaán. El número 7 tan sólo aparece como número venerado en los relatos de los patriarcas

hebreos después de que Abraham fuera a Egipto y se quedara en la corte del faraón. El número 7 impregna el relato bíblico de José, el sueño del faraón y los posteriores acontecimientos en Egipto. Y, en la medida en que el 52 surge de la consideración del 7 como unidad calendárica básica, demostraremos que el más sagrado de los ciclos centroamericanos tuvo un origen egipcio.

Concretamente: el 52 era un número mágico que estaba asociado al dios egipcio Thot, dios de la ciencia, de la escritura, las matemáticas y el calendario.

Un antiguo cuento egipcio conocido como «Las aventuras de Satni-Khamois con las momias» —un relato de magia, misterio y aventuras que no tiene nada que envidiar a los modernos relatos de suspense— emplea la asociación del número mágico 52 con Thot y con los secretos del calendario como escena clave de la trama. Se escribió sobre un papiro (Cairo 30646) descubierto en una tumba de Tebas fechada en el siglo m a. C. También se han encontrado fragmentos de otros papiros con el mismo relato, lo que indica que fue un libro conocido en la antigua literatura egipcia, perteneciente al ciclo de relatos de dioses y hombres.

El héroe del cuento, hijo de un faraón, «estaba bien instruido en todas las cosas». Era dado a deambular por la necrópolis de Menfis (por entonces, la capital), estudiando las escrituras sagradas en las paredes y estelas del templo, e investigando en antiguos libros de magia. Con el tiempo, se convirtió en «un mago sin igual en las tierras de Egipto». Un día, un misterioso anciano le habló de una tumba «donde está depositado el libro que el dios Thot escribió de su propia mano», en el cual se revelaban los misterios de la Tierra y los secretos de los Cielos, entre los que estaban los conocimientos divinos concernientes a «las salidas del Sol y las apariciones de la Luna, y los movimientos de los dioses [planetas] que se encuentran en el ciclo del Sol» —los secretos de la astronomía y el calendario.

La tumba era la de Nenoferkheptah, hijo de un antiguo faraón (que, según los expertos, reinó hacia el 1250 a. C.). Cuando Satni, como sería de esperar, se mostró interesado en la ubicación de la tumba, el anciano le advirtió que, aunque momificado, Nenoferkheptah no estaba muerto, y podía fulminar a cualquiera que se atreviera a tomar el libro, que estaba a sus pies. Impertérrito, Satni partió en busca de la tumba, que no era fácil de encontrar porque estaba bajo el suelo. Pero, tras llegar al lugar correcto, Satni «recitó una fórmula sobre él y se abrió un hueco en el suelo; y Satni bajó al lugar en donde se encontraba el libro».

En el interior de la tumba, Satni vio las momias de Nenoferkheptah, de su esposa-hermana, y del hijo de ambos. El libro, que estaba, cómo no, a los pies de Nenoferkheptah, «desprendía una luz como si el sol brillara allí». Cuando Satni se adelantó, la momia de la esposa habló, advirtiéndole que no fuera más allá. Le contó a Satni las aventuras que había arrostrado Nenoferkheptah cuando fue en busca del libro, pues Thot lo había ocultado en un lugar secreto, en el interior de una caja de

oro que estaba dentro de una caja de plata que, a su vez, estaba dentro de una serie de cajas más, siendo las últimas de bronce y de hierro.

Ignorando todas las advertencias y superando todos los obstáculos, Nenoferkheptah encontró el libro y se hizo con él, tras lo cual fueron condenados por Thot a la animación suspendida: aunque vivos, fueron enterrados, y aunque momificados, podían ver, oír y hablar. La mujer le advirtió a Satni que la maldición de Thot caería también sobre él si osaba tocar siquiera el libro.

Pero, después de ir tan lejos, Satni estaba determinado a hacerse con el libro, y en el momento de dar un paso más en dirección a éste, la momia de Nenoferkheptah le dijo que había una forma de poseer el libro sin incurrir en la ira de Thot: consistía en jugar y ganar en el Juego del Cincuenta y Dos, el número mágico de Thot.

Satni aceptó de buen grado. Perdió la primera partida, y se encontró de pronto medio hundido en el suelo. Perdió la segunda y la tercera, hundiéndose cada vez más. Sobre cómo se las ingenió para hacerse con el libro, sobre las calamidades que cayeron sobre él como consecuencia de ello y sobre cómo lo devolvió al final a su lugar secreto, componen el resto de esta antigua versión de *En busca del Arca perdida*.

La moraleja del cuento era que ningún hombre, por entendido que pueda ser, podría aprender los misterios de la Tierra, el Sol, la Luna y los planetas sin el permiso divino; desautorizado por Thot, el hombre perderá en el juego del Cincuenta y Dos. Y también lo perdería si intentara descubrir los secretos abriendo las capas protectoras de los minerales y los metales de la Tierra.

Creemos que fue el mismo Thot, alias Quetzalcóatl, el que otorgó el Calendario del Cincuenta y Dos, y el resto de conocimientos, a los pueblos de América Central. En Yucatán, los mayas lo llamaron Kukulcán; en las regiones del Pacífico de Guatemala y El Salvador se le llamó Xiuhtecuhtli; todos estos nombres significan lo mismo: Serpiente Emplumada o Alada.

La arquitectura, las inscripciones, la iconografía y los monumentos de las ciudades perdidas de los mayas no sólo han permitido a los expertos describirlas y reconstruirlas, así como reconstruir las historias de sus reyes, sino también las de sus cambiantes conceptos religiosos. En un principio, los templos se elevaban en las cimas de las pirámides escalonadas para adorar al Dios Serpiente, y se observaban los cielos para controlar los ciclos celestes clave. Pero llegó un momento en que el dios —o todos los dioses celestiales— partió. Al no verlo más, supusieron que se lo había tragado el soberano de la noche, el jaguar; y la imagen del gran dios se cubrió a partir de entonces con una máscara de jaguar (Fig. 37) a través de la cual seguían saliendo las serpientes, su antiguo símbolo.

Pero, Quetzalcóatl, ¿no prometió que volvería? Con fervor, los oteadores del cielo de las selvas consultaban los antiguos anuarios. Los sacerdotes propusieron la idea de

que las deidades que se habían desvanecido volverían si se les ofrecían los corazones palpitantes de víctimas humanas.

Pero en una fecha calendárica crucial del siglo IX d. C., un acontecimiento que había sido profetizado no tuvo lugar. Se juntaron todos los ciclos, y se sumaron al fracaso. Y así se abandonaron los centros ceremoniales y las ciudades dedicadas a los dioses, y la selva extendió su verde manto sobre los dominios de los Dioses Serpiente.

Figura 37.

# 5. FORASTEROS, ALLENDE, LOS MARES.

Los toltecas dejaron Tollan en el 987 d. C. bajo el liderazgo de Topiltzin-Quetzalcóatl, molestos con las abominaciones religiosas y buscando un lugar donde poder dar culto como en los días de antaño. Así fue como llegaron a Yucatán. Seguramente, podrían haber encontrado un lugar más cercano, haciendo así su viaje menos arduo, teniendo que pasar por menos territorios de tribus hostiles. Sin embargo, decidieron llevar a cabo una larga caminata de más de mil quinientos kilómetros hasta una tierra diferente en todos los aspectos —llana, sin ríos, tropical— de la suya propia. No se detuvieron hasta llegar a Chichén Itzá. ¿Por qué? ¿Cuál era el imperativo para llegar a la ciudad sagrada que los mayas ya habían abandonado? Tan sólo podemos buscar una respuesta en sus ruinas.

De fácil acceso desde Mérida, la capital administrativa de Yucatán, se ha comparado a Chichén Itzá con la italiana Pompeya, en donde, después de quitar las cenizas volcánicas bajo las cuales yacía enterrada, salió a la luz una ciudad romana, con sus calles, sus casas y sus murales, con sus pintadas callejeras y todo. Aquí, lo que había que quitar era la cubierta selvática, recompensando al visitante con un doble regalo: una visita a una ciudad maya del «Imperio Antiguo», y una imagen especular de Tollan, tal como sus emigrantes la habían visto por última vez; pues cuando los toltecas llegaron, reconstruyeron y construyeron Chichén Itzá a imagen de su antigua capital.

Los arqueólogos creen que en este lugar hubo una importante población incluso en el primer milenio a. C. Las Crónicas de *Chilam Balam* dan fe de que hacia el 450 d. C., Chichén Itzá era la principal ciudad sagrada de Yucatán. Entonces, se le llamaba *Chichén*, «la boca del pozo», pues su rasgo más sagrado era un *cenote* o pozo sagrado al cual llegaban peregrinos de todas partes. La mayor parte de los restos visibles de aquélla era de dominación maya están situados en la parte sur, lo que han dado en llamar el «Viejo Chichón». Es aquí donde están ubicados la mayor parte de los edificios descritos y dibujados por Stephens y Catherwood, y llevan nombres tan románticos como *Akab-Dzib* («lugar de la escritura oculta»), la Casa de las Monjas, el Templo de los Umbrales, etc.

Figura 38.

Los últimos en ocupar (o, más bien, reocupar) Chichén Itzá antes de la llegada de los toltecas fueron los itzaes, tribu que algunos consideran parientes de los toltecas y otros ven como emigrantes del sur. Fueron ellos los que le dieron al lugar su actual nombre, que significa «La boca del pozo de los itzaes», y construyeron su propio centro ceremonial al norte de las ruinas mayas; los edificios más famosos del lugar, la gran pirámide central («el Castillo») y el observatorio (el Caracol) los construyeron ellos —luego se apoderarían de éstos los toltecas, que los reconstruirían cuando recrearon Tollan en Chichén Itzá.

El descubrimiento fortuito de una entrada permite al visitante de hoy pasar por el espacio que queda entre la pirámide de los itzaes y la de los toltecas, que cubre a la anterior, y ascender por la antigua escalinata hasta el santuario itzá, en donde los toltecas instalaron una imagen de Chacmool y de un jaguar.

Desde el exterior, sólo se puede ver la estructura tolteca, una pirámide que se eleva en nueve niveles (Fig. 38) hasta una altura de unos 56 metros. Consagrada al dios de la Serpiente Emplumada, Quetzalcóatl-Kukulcán, no sólo se le venera con ornamentos de serpientes emplumadas, sino también incorporando en la estructura diversos aspectos calendáricos, como la construcción en cada uno de los cuatro lados de la pirámide de una escalinata con 91 peldaños que, junto con el último «peldaño» o plataforma superior suman los días del año solar (91 x 4 + 1 = 365).

Otra estructura, llamada el Templo de los Guerreros, duplica literalmente la pirámide de los *Atlantes* de Tula, tanto por su ubicación y orientación como por su escalinata, las serpientes emplumadas de piedra que la flanquean, su decoración y sus

esculturas.

Figura 39.

Al igual que en Tula (Tollan), frente a esta pirámide-templo, al otro lado de la gran plaza, está el principal juego de pelota. Es una inmensa cancha rectangular de casi 190 metros de larga —la más grande de América Central. Altos muros se elevan a lo largo de sus costados, y en el centro de cada uno de ellos, a algo más de diez metros del suelo, sobresale un anillo de piedra decorado con tallas de serpientes entrelazadas. Para vencer en el juego, los jugadores tenían que lanzar una pelota maciza de caucho a través de los anillos.

Cada equipo lo componían siete jugadores; el equipo que perdía pagaba un alto precio: su líder era decapitado. Unos paneles de piedra, decorados con bajorrelieves que representaban escenas del juego, se instalaban en toda la longitud de estas largas paredes. El panel central de la pared oriental (Fig. 39) muestra todavía al líder del equipo ganador (a la izquierda) sosteniendo la cabeza cortada del líder del equipo perdedor.

Tan severo fin sugiere que en este juego de pelota había algo más que juego y entretenimiento. En Chichén Itzá, como en Tula, había varias canchas para el juego de pelota, quizá para entrenarse o para juegos menos importantes. La cancha

principal era única por su tamaño y esplendor, y la importancia de lo que pudo acaecer en ella viene subrayado por el hecho de que estuviera acompañada por tres templos ricamente decorados con escenas de guerreros, de enfrentamientos mitológicos, el Árbol de la Vida y una deidad alada y con barba provista de dos cuernos (Fig. 40).

Figura 40.

Todo esto, junto con la diversidad y la vestimenta de los jugadores, nos habla de un acontecimiento intertribal, si no internacional, de gran importancia política y religiosa. El número de los jugadores (siete), la decapitación del líder del equipo perdedor y el uso de una pelota de caucho parecen remedar un relato mitológico del *Popol Vuh* en el que se da un combate entre dioses que adopta la forma de una competición con una pelota de caucho. En ésta, se enfrentaban el dios Siete-Macaw y sus dos hijos contra varios dioses celestes, incluidos el Sol, la Luna y Venus. El hijo Siete-Huanaphu, derrotado, era decapitado: «Se le separó la cabeza del cuerpo y cayó rodando, se le sacó el corazón del pecho». Pero, siendo un dios, se le resucitó y se convirtió en un planeta.

Esta representación de acontecimientos divinos convertiría esta costumbre tolteca en algo parecido a las representaciones religiosas del antiguo Oriente Próximo. En Egipto, la desmembración y la resurrección de Osiris se representaba anualmente en una obra de misterios en la cual los actores, entre los que estaba el faraón, hacían los papeles de diversos dioses; y en Asiría, en una compleja representación que también se llevaba a cabo todos los años, se ponía en escena una batalla entre dos dioses en la cual el perdedor era ejecutado, para ser perdonado y resucitado más tarde por el dios del Cielo.

En Babilonia, se leía todos los años el *Enuma elish*, la epopeya que describía la creación del Sistema Solar, como parte de las celebraciones de Año Nuevo; en ésta, se representaba la colisión celeste que llevó a la creación de la Tierra (el Séptimo Planeta) como la muerte y decapitación de la monstruosa Tiamat a manos del supremo dios babilónico Marduk.

Figura 41.

El mito maya y su representación, haciéndose eco de los «mitos» de Oriente Próximo y sus representaciones, parecen haber conservado los elementos celestiales del relato y el simbolismo del número siete, en su relación con el planeta Tierra. Es significativo que en las imágenes mayas y toltecas que hay a lo largo de las paredes del juego de pelota, algunos jugadores lleven como emblema un disco solar, mientras que otros llevan el de la estrella de siete puntas (Fig. 41). Es éste un símbolo celeste y no un emblema casual, confirmado, según nuestra opinión, por el hecho de que por todas partes en Chichén Itzá se puede ver la imagen de una estrella de cuatro puntas en combinación con el símbolo del «ocho» para el planeta Venus (Fig. 42a), y que en otros lugares del noroeste de Yucatán, las paredes de los templos se decoraban con símbolos de estrellas de seis puntas (Fig. 42b).

El representar a los planetas como estrellas con diferente número de puntas es tan común que solemos olvidar cómo surgió esta costumbre: como otras tantas cosas, tuvo su origen en Sumer. Basándose en lo que habían aprendido de los nefilim, los sumerios no contaban los planetas tal como lo hacemos nosotros, desde el Sol hacia fuera, sino desde el exterior hacia el centro. Así, Plutón era el primer planeta, Neptuno era el segundo, Urano el tercero, Saturno el cuarto, Júpiter el quinto. Marte, así pues, era el sexto, la Tierra el séptimo y Venus el octavo.

La explicación de los expertos de por qué tanto los mayas como los toltecas consideraban a Venus el octavo es porque lleva ocho años terrestres (8 x 365 = 2920 días) repetir un alineamiento sinódico con Venus por sólo cinco órbitas de Venus (5 x 584 = 2920 días).

Pero, si esto es así, Venus debería ser el «Cinco» y la Tierra el «Ocho».

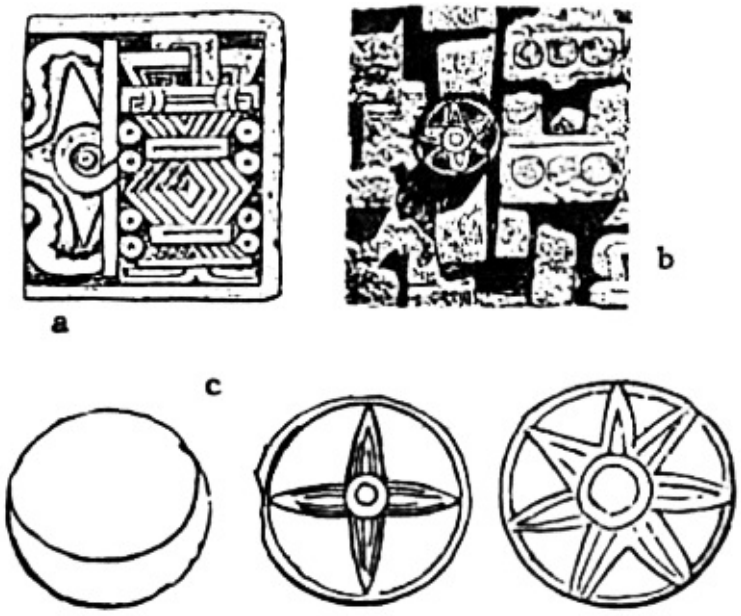


Figura 42.

El método sumerio nos parece mucho más elegante y preciso, y sugiere que las representaciones mayas/toltecas seguían la iconografía de Oriente Próximo; pues, como se puede ver, los símbolos encontrados en Chichén Itzá y en otros muchos lugares de Yucatán son casi idénticos a aquellos mediante los que se representaba a los distintos planetas en Mesopotamia (Fig. 42c).

De hecho, el empleo de símbolos de estrellas con puntas a la manera de Oriente Próximo se hace más insistente a medida que uno se mueve hacia el noroeste de Yucatán y su costa. Allí, en un lugar llamado Tzekelna, se encontró una notabilísima escultura, que se exhibe en la actualidad en el museo de Mérida. Esculpida a partir de un gran bloque de piedra, al cual la estatua aún está unida por su parte trasera, representa a un hombre de marcados rasgos faciales, posiblemente tocado con un casco.

Jaina.

Tiene el cuerpo cubierto con un traje ceñido, con escamas o costillas. Bajo el brazo doblado, sostiene un objeto que el museo identifica como «la forma geométrica de una estrella de cinco puntas» (Fig. 43). Sobre el vientre, sujeto con correas, lleva un extraño dispositivo circular; los expertos creen que, por algún motivo, identificaba a los que lo portaban como dioses de las aguas.

En un lugar cercano llamado Oxkintok, se encontraron grandes esculturas de deidades que formaban parte de enormes bloques de piedra. Los arqueólogos suponen que habrían servido como columnas de apoyo estructurales en los templos. Una de ellas (Fig. 44) parece la homologa femenina del dios arriba descrito. Su escamado atuendo aparece también en varias estatuas y estatuillas de Jaina, una isla que se extiende cerca de la costa de esta parte noroccidental de Yucatán, en la cual se levantó un templo de lo más inusual. La isla habría servido como necrópolis sagrada porque, según las leyendas, era el lugar del último descanso de Itzamna, el dios de los itzaes —un gran dios de antaño que habría llegado sobre las aguas para desembarcar allí, y cuyo nombre significaba «aquél cuyo hogar es el agua».

Figura 43 y 44.

Los textos, las leyendas y las creencias religiosas se combinan, de este modo, para señalar la costa del golfo de Yucatán como el lugar en donde un ser divino o deificado habría desembarcado para crear poblaciones y una civilización en aquellas tierras. Esta potente combinación, estos recuerdos colectivos, debieron de ser el motivo que impulsó a los toltecas a emprender el camino hasta este rincón de Yucatán, y concretamente hasta Chichén Itzá, cuando emigraron en busca de una reactivación y una purificación de sus creencias originales; un regreso al lugar en donde todo había comenzado, y en donde tendría que desembarcar de nuevo aquel dios que había dicho que volvería desde el otro lado del mar.

El punto focal del culto de Itzamna y de Quetzalcóatl, y quizá también de los

recuerdos de Votan, era el cenote sagrado de Chichén Itzá —el enorme pozo que le había dado su nombre a Chichén Itzá.

Situado directamente al norte de la pirámide principal y conectado con la plaza ceremonial por medio de una larga avenida procesional, el pozo tiene en la actualidad algo más de 20 metros de profundidad entre la superficie y el nivel del agua, con otros treinta metros más o menos de agua y cieno más abajo. La boca del cenote, de forma oval, mide alrededor de 87 metros de larga y 52 de ancha. Existen evidencias de que el pozo se agrandó artificialmente y de que, en otro tiempo, hubo una escalinata que llevaba hacia abajo. Aún se pueden ver los restos de una plataforma y un santuario en la boca del pozo; allí, según escribe el obispo Landa, se llevaban a cabo ritos para honrar al dios del agua y las lluvias, se arrojaba a doncellas en sacrificio y los fieles que se apiñaban alrededor echaban ofrendas preciosas, preferiblemente de oro.

En 1885, Edward H. Thompson, que se había ganado una gran reputación por ser el autor del tratado titulado *Atlantis Not a Myth*, consiguió que se le asignara un consulado de los Estados Unidos en México. No pasó mucho tiempo antes de que comprara, por 75 dólares, más de 250 kilómetros cuadrados de selva, en donde se encontraban las ruinas de Chichén Itzá. Haciendo de aquellas ruinas su hogar, Thompson organizó para el Museo Peabody de la Universidad de Harvard una serie de inmersiones sistemáticas en el pozo con el objetivo de recuperar sus sagradas ofrendas.

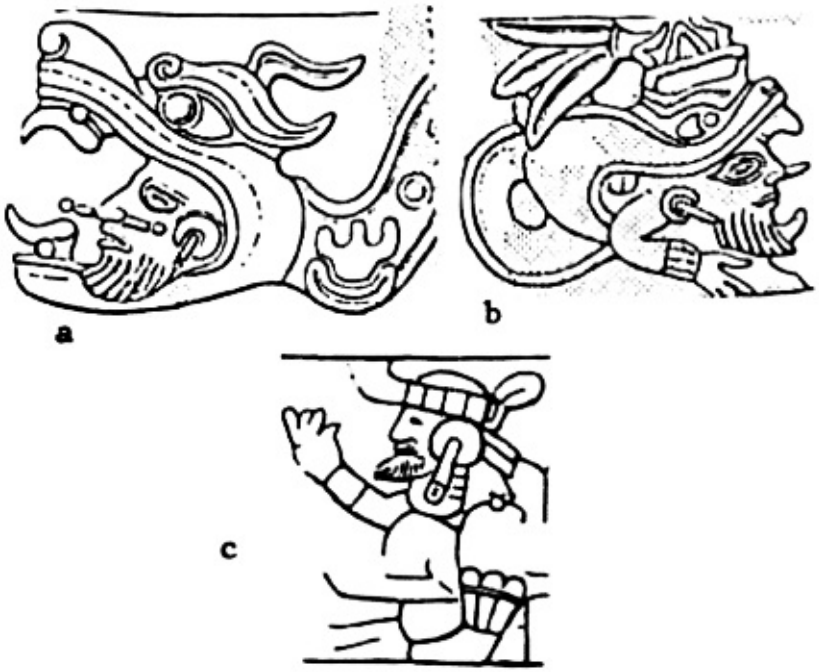

Figura 45.

Sólo se encontraron alrededor de cuarenta esqueletos humanos; pero los buzos sacaron miles de ricos objetos artísticos. Más de 3400 estaban hechos de jade, una piedra semipreciosa que era la más apreciada por mayas y aztecas. Entre los objetos

había cuentas, varillas nasales, tapones para los oído, botones, anillos, pendientes, globos, discos, efigies, figurines… Más de 500 objetos llevaban grabados en los que se representaba tanto a animales como a personas. Entre estos últimos, algunos llevaban una visible barba (Fig. 45 a, b), con un aspecto muy parecido al de las paredes del templo del juego de pelota (Fig. 45c).

Aún más significativos eran los objetos de metal que sacaron los buzos. Centenares de ellos estaban hechos de oro, y algunos de plata y de cobre —descubrimientos muy llamativos, dada la escasez de metales en la península. Algunos de los objetos estaban hechos de cobre dorado o de aleaciones de cobre, incluido el bronce, lo que indica una sofisticación metalúrgica desconocida en tierras mayas, y evidencia que los objetos se habían traído desde tierras distantes.

Pero lo más desconcertante de todo fue el descubrimiento de discos de estaño puro, un metal que no se encuentra en su estado nativo y que sólo se puede conseguir a través de un complejo refinado de minerales —minerales que están completamente ausentes en América Central.

Entre los objetos de metal, exquisitamente trabajados, había numerosas campanas así como objetos rituales (copas, lavamanos), anillos, tiaras, máscaras; ornamentos y joyas; cetros; objetos de propósito desconocido; y, lo más importante de todo, discos grabados o estampados con escenas de enfrentamientos. En éstas, personas con diferentes atuendos y de rasgos diferentes se enfrentaban entre sí, quizás en combate, en presencia de serpientes terrestres o celestes, o de dioses celestes. El dominante o héroe victorioso se representaba siempre con barba (Fig. 46a, b).

Figura 46.

Es evidente que éstos no eran dioses, pues a los dioses celestes o serpiente se les mostraba por separado. Su aspecto, diferente del dios celeste alado y con barba (ver Fig. 40), aparece en relieves grabados en paredes y columnas de Chichén Itzá junto con otros héroes y guerreros, como éste, con su larga y fina barba (Fig. 47), que alguien apodó «El Tío Sam».

Figura 47.

La identidad de esta gente con barba es un enigma; lo que es seguro es que no eran indígenas nativos, puesto que no les crecía el vello facial y, por lo tanto, no podían tener barba. Entonces, ¿quiénes eran estos forasteros? Sus rasgos «semitas», o más bien mediterráneo orientales (aún más destacados en los objetos de arcilla que llevan imágenes faciales), han llevado a varios investigadores a identificarlos como fenicios o «marinos judíos», que quizás perdieron el rumbo y fueron llevados por las corrientes atlánticas hasta las costas de Yucatán, cuando el rey Salomón y el rey fenicio Hiram juntaron sus fuerzas para enviar expediciones marítimas a circundar África en busca de oro (hacia el 1000 a. C.); o unos cuantos siglos después, cuando los fenicios fueron ahuyentados de sus ciudades portuarias en el Mediterráneo oriental, fundaron Cartago y navegaron hasta África occidental.

A despecho de quiénes pudieran haber sido esos marinos y el momento propuesto de la travesía, los investigadores académicos más conservadores desechan radicalmente cualquier idea de una travesía deliberada. Explican las innegables

barbas como barbas postizas, que los indígenas se pegaban en la barbilla, o bien dicen que se trata de supervivientes ocasionales de algún naufragio. Claro está que el primer argumento (propuesto con toda seriedad por famosos expertos) no hace más que llevar a esta pregunta: si los indígenas imitaban a alguna persona barbada, ¿de quién o quiénes se trataba?

Figura 48.

Tampoco parece válida la explicación que afirma que se trata de unos cuantos supervivientes de naufragios. Las tradiciones nativas, al igual que la leyenda de Votan, nos hablan de viajes repetidos de exploración seguidos por asentamientos (la fundación de ciudades). Las evidencias arqueológicas contradicen la idea de unos cuantos supervivientes ocasionales arrojados a una playa singular. A los Barbados, a los que se les ve en diversas actividades y circunstancias, se les ha representado a lo largo de toda la costa del golfo de México, en localidades del interior y hasta en la costa del Pacífico. Y no se les representa estilizados, ni mitificados, sino retratados como gente real.

Algunos de los más sorprendentes ejemplos se han encontrado en Veracruz (Fig. 48a, b). La gente a la que inmortalizaron eran claramente idénticos a los dignatarios semitas occidentales a los que tomaban como prisioneros los faraones egipcios durante sus campañas asiáticas, tal como los representaron los vencedores en sus inscripciones conmemorativas de las paredes de los templos (Fig. 49).

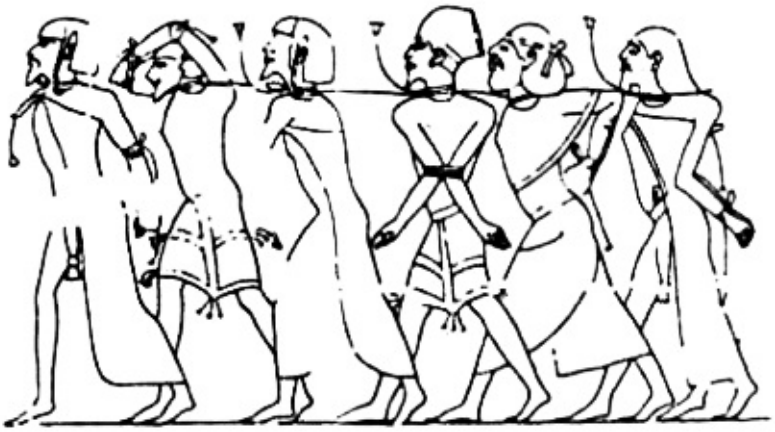

Figura 49.

¿Por qué, y cuándo, estos marinos mediterráneos llegaron a América? Las pistas arqueológicas son desconcertantes, pues llevan a un enigma aún mayor: los olmecas, y sus aparentes orígenes negros africanos; pues, como se ve en muchas representaciones —como ésta, de Alvarado, Veracruz (Fig. 50)—, los barbados y los olmecas se encontraron, cara a cara, en los mismos dominios y en la misma época.

De todas las civilizaciones perdidas de América Central, la de los olmecas es la más antigua y la más desconcertante. A todos los efectos, fue la civilización madre, la que todos copiaron y adaptaron. Apareció a lo largo de la costa del golfo de México a comienzos del segundo milenio a. C., estaba en pleno florecimiento en alrededor de cuarenta lugares hacia el 1200 a. C. (algunos sostienen que hacia el 1500 a. C.) y, difundiéndose en todas direcciones, pero principalmente hacia el sur, dejó su huella por toda América Central hacia el 800 a. C.

Figura 50.

La primera escritura en glifos de Centroamérica aparece en el reino de los olmecas; y lo mismo se puede decir del sistema numérico de puntos y barras. Las primeras inscripciones del calendario de la Cuenta Larga, con la enigmática fecha de comienzo en 3113 a. C.; las primeras obras de arte escultórico grandiosas y monumentales; la primera utilización del jade; las primeras representaciones de armas o herramientas manuales; los primeros centros ceremoniales; las primeras orientaciones celestes —todo fueron consecuciones de los olmecas.

No es de sorprender que con tantos «primeros», algunos (como J- Soustelle, *The Olmecs*) hayan comparado la civilización olmeca en Centroamérica con la de los sumerios en Mesopotamia, que tienen todos los «primeros» del antiguo Oriente Próximo. Y, al igual que la civilización sumeria, los olmecas también aparecieron de repente, sin ningún precedente o período previo de avance gradual.

En sus textos, los sumerios describían su civilización como un regalo de los dioses, los visitantes a la Tierra que surcaban los cielos y, de ahí, que se les representara como seres alados (Fig. 51 a). Los olmecas expresaron sus «mitos» en el arte escultórico, como en esta estela de Izapa (Fig. 51 b) en la que un dios alado decapita a otro. Este relato en piedra es notablemente similar a otra representación sumeria (Fig. 51 c).

Figura 51.

¿Quiénes eran estas gentes que habían logrado tales hazañas? Apodados *olmecas* («pueblo del caucho»), debido a que su región en la costa del golfo era conocida por sus árboles de caucho, en realidad eran un enigma —forasteros en tierra extraña, forasteros de allende los mares, un pueblo que no sólo pertenecía a otra tierra, sino a otro continente.

En una zona de costas pantanosas en donde la piedra es rara, ellos crearon y dejaron tras de sí monumentos de piedra que asombran hasta en nuestros días; de éstos, los más desconcertantes son los que retratan a los propios olmecas.

Únicos en todos los aspectos, se trata de gigantescas cabezas de piedra esculpidas con una increíble habilidad y con herramientas desconocidas. El primero en ver una de estas gigantescas cabezas fue J. M. Melgar y Serrano, en Tres Zapotes, en el estado de Veracruz. La describió en el *Boletín de la Sociedad Geográfica y Estadística Mexicana* (en 1869) como «una obra de arte… una magnífica escultura que lo que más sorprende es que parece representar a un etíope». Unos dibujos anexos reproducían fielmente los rasgos negroides de la cabeza (Fig. 52).

Figura 52.

Pero hasta 1925 los expertos occidentales no confirmaron la existencia de tan colosales cabezas de piedra, cuando un equipo arqueológico de la Universidad de Tulane, encabezado por Frans Blom, encontró «la parte superior de una colosal cabeza que estaba Profundamente hundida en la tierra», en La Venta, un lugar cercano a la costa del golfo, en el estado de Tabasco.

Cuando se desenterró la cabeza (Fig. 53), media casi 2`5 metros de alta y 6`4 de circunferencia, y pesaba alrededor de 24 toneladas. No cabe duda de que representa a un negroide africano con un visible casco. Con el tiempo, en La Venta se encontrarían más cabezas, cada una con sus diferencias individuales y con cascos diferentes, pero con los mismos rasgos faciales.

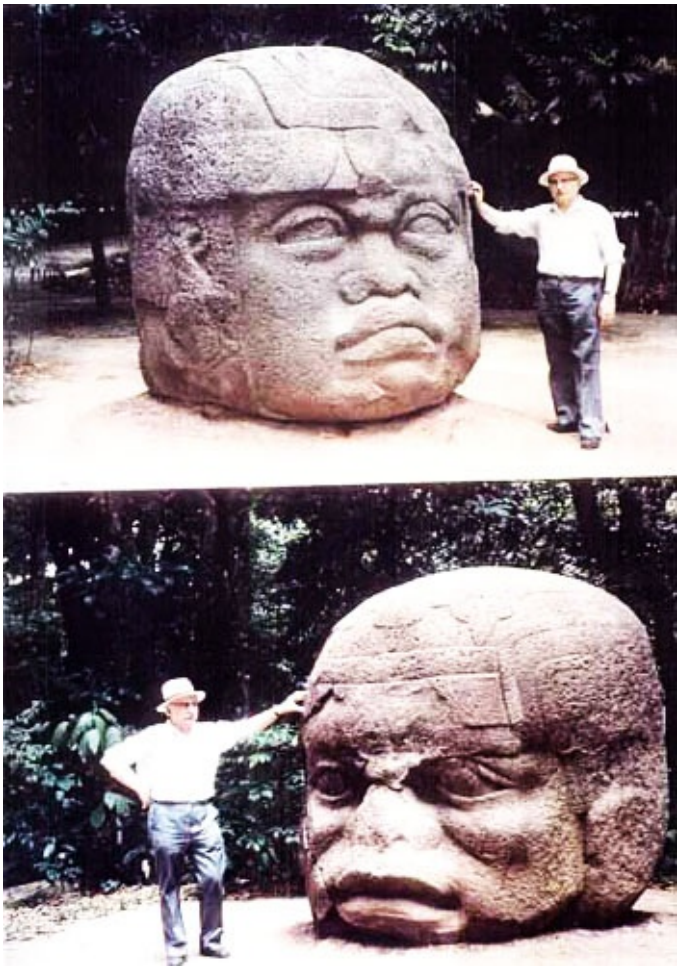

Figura 53.

Otras cinco de estas colosales cabezas se encontraron en la decada de 1940 en San lorenzo, un asentamiento olmeca a casi 100 kilometros de La Venta. El descubrimiento lo hicieron las expediciones arqueologicas dirigidas por Matthew Stirling y Philip Drucker. Y los equipos de la Universidad de Yale que les siguieron, liderados por Michael D. Coe, descubrieron más cabezas e hicieron lecturas de radiocarbono que dieron fechas en torno al 1200 a. C. Esto significa que la materia orgánica (en su mayor parte, carbón) encontrada en aquel lugar, tenía aquella antigüedad; pero el lugar mismo y sus monumentos bien podrían ser más antiguos. De hecho, el arqueólogo mexicano Ignacio Bernal, que descubrió otra cabeza en Tres Zapotes, data estas colosales esculturas hacia el 1500 a. C.

Hasta ahora se han encontrado dieciséis de estas enormes cabezas, que miden entre metro y medio y tres metros de altura, y llegan a pesar hasta 25 toneladas. Quienquiera que las esculpiera estuvo a punto de esculpir algunas más, pues, junto a las cabezas terminadas, se ha encontrado gran cantidad de «material crudo» —grandes piedras que se habían extraído ya de la cantera y se habían redondeado hasta darle la forma de una pelota. Las piedras de basalto, terminadas y sin terminar, se llevaron desde su origen hasta lugares en donde no existe la piedra, recorriendo distancias de 100 kilómetros o más, a través de selvas y pantanos.

Cómo se extrajeron estos colosales bloques de piedra, cómo se transportaron y,

por último, cómo se esculpieron y se erigieron en su destino, sigue siendo un misterio. Sin embargo, está claro que para los olmecas era muy importante conmemorar a sus líderes de esta manera. Viendo una galería de retratos de estas cabezas, se puede ver con claridad que se trataba de personas, todas ellas de la misma estirpe negroide africana, pero con sus propias personalidades y con diferentes tocados (Fig. 54).

Figura 54.

Las escenas de enfrentamientos grabadas en las estelas de piedra (Fig. 55a) y otros monumentos (Fig. 55b) nos ofrecen una clara imagen de los olmecas como gente alta, de constitución fuerte, con cuerpos musculosos —«gigantes» en estatura, sin duda, a los ojos de la población indígena.

Pero, para que no supongamos que se trata sólo de unos cuantos líderes y no de la verdadera población de etnia negroide africana —hombres, mujeres y niños—, los olmecas dejaron tras ellos, esparcidas por una inmensa región de Centroamérica que va desde el golfo hasta la costa del Pacífico, centenares si no miles de representaciones de sí mismos.

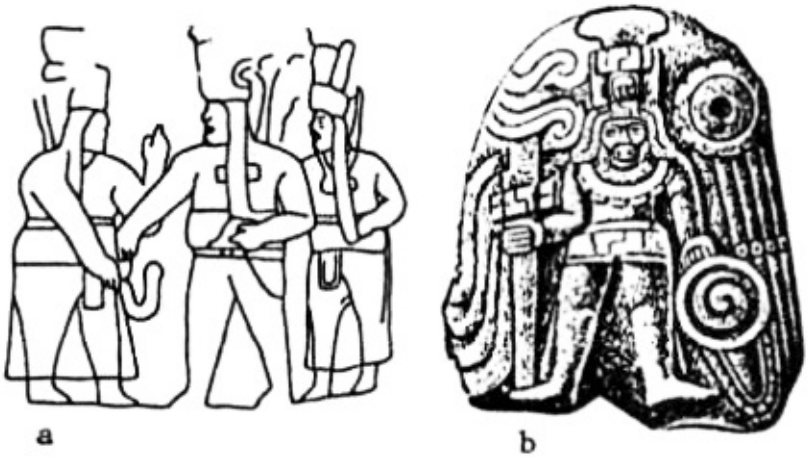

Figura 55.

En esculturas, en grabados en piedra, en bajorrelieves, estatuillas, siempre vemos las mismas caras de negro africano, como en los jades del cenote sagrado de Chichén Itzá o en las efigies de oro encontradas allí; en numerosas terracotas enconadas desde la isla de Jaina (una pareja de enamorados) hasta el centro y el norte de México, e incluso como jugadores de pelota (relieves de El Tajín); en la Fig. 56, se muestran unas cuantas.

En algunas terracotas (Fig. 57a), y aún más en las esculturas de piedra (Fig. 57b), se retrata a los olmecas sosteniendo bebés —un acto que debió de tener un significado especial para ellos.

Figura 56.

Pero no son menos intrigantes los asentamientos en donde se encontraron las colosales cabezas y otras representaciones de los olmecas; su tamaño, magnitud y estructuras dejan ver la obra de unos colonizadores organizados, no la de unos cuantos náufragos fortuitos.

Figura 57.

La Venta era en realidad una pequeña isla en una pantanosa región costera, que fue artificialmente conformada, rellenada de tierra y construida según un plan preconcebido. Los principales edificios, entre los que se incluye una inusual «pirámide» cónica, montículos alargados y circulares, estructuras, patios pavimentados, altares, estelas y otros elementos de factura humana, se dispusieron con una gran precisión geométrica a lo largo de un eje norte-sur que se extendía casi cinco kilómetros.

En un lugar carente de piedra, se utilizó una sorprendente variedad de ésta —cada una elegida por sus cualidades especiales— en la construcción de estructuras, monumentos y estelas, a pesar de que hubo que trasladarlas desde grandes distancias. Sólo la pirámide cónica precisó de 28 300 metros cúbicos de tierra.

Todo esto supondría un tremendo esfuerzo físico. También precisaba de un alto nivel de experiencia en arquitectura y mampostería, de lo cual no había precedente en Centroamérica. Obviamente, todos estos conocimientos debieron aprenderlos en algún otro lugar. Entre los extraordinarios descubrimientos de La Venta había un recinto rectangular que estaba circundado o vallado con columnas de basalto (el mismo material con el que se esculpieron las enormes cabezas).

El recinto protegía un sarcófago de piedra y una cámara funeraria rectangular que también estaba techada y rodeada de columnas de basalto. En el interior, varios esqueletos yacían sobre una plataforma baja. En conjunto, este descubrimiento único, con su sarcófago de piedra, parece haber sido el modelo para la igualmente inusual cripta de Pacal en Palenque. Al menos, la insistencia en el empleo de grandes bloques de piedra, aun cuando tuvieran que ser traídos desde tan lejos, para monumentos, esculturas conmemorativas y enterramientos, debería servir de pista sobre el enigmático origen de los olmecas.

No menos desconcertante fue el descubrimiento en La Venta de centenares de objetos artísticamente tallados del poco común jade, incluidas unas extrañas hachas elaboradas con esta piedra semipreciosa, que no se puede encontrar en la zona. Después, para hacer aún mayor el misterio, todos estos objetos fueron enterrados deliberadamente en largas y profundas zanjas. Éstas, a su vez, se cubrieron con

diferentes capas de arcilla, de diferentes clases y colores —miles de toneladas de tierra traída desde varios lugares distantes. Increíblemente, las zanjas tenían el fondo cubierto de miles de baldosas de serpentina, otra piedra semipreciosa verde azulada.

La mayoría de los expertos supone que las zanjas se cavaron para enterrar en ellas estos preciosos objetos de jade, pero los suelos de serpentina también podrían estar sugiriendo que las zanjas se construyeron mucho antes, con un propósito completamente distinto; pero se utilizaron para enterrar unos objetos muy apreciados, como esas extrañas hachas, una vez dejaron de necesitarlos (y de necesitar las zanjas). No existen dudas de que los olmecas abandonaron sus asentamientos hacia los comienzos de la era cristiana, y que incluso intentaron enterrar algunas de sus colosales cabezas. Quienquiera que llegara a sus poblados después, lo hizo con ansias de venganza: algunas de las cabezas fueron derribadas de sus bases, para después hacerlas rodar hasta los pantanos; otras muestran marcas que denotan haber sido golpeadas.

Como otro de los muchos enigmas de La Venta, permítasenos hablar del descubrimiento en las zanjas de unos espejos cóncavos de minerales de hierro (magnetita y hematites) cristalizados, moldeados y pulidos a la perfección. Después de estudiarlos y de hacer algunos experimentos, los expertos del Instituto Smithsoniano de Washington D. C. llegaron a la conclusión de que los espejos pudieron ser utilizados para enfocar los rayos del sol, para encender fuego o con «propósitos rituales» (ésa es la forma que tienen los expertos de decir que no saben para qué servía un objeto).

El enigma final en La Venta es el lugar en sí mismo, pues está exactamente orientado según un eje norte-sur, con 8° de inclinación al oeste del verdadero norte. En diversos estudios se ha demostrado que esta orientación fue premeditada, con el objetivo de permitir la observación astronómica, quizá desde la cúspide de la «pirámide» cónica, cuyas prominencias podrían haber servido como indicadores direccionales.

En un estudio especial, de M. Popenoe-Hatch (*Papers on Olmec and Maya Archeology N.º 13, University of California*), se llegó a la conclusión de que

> *«el patrón de observación hecho en La Venta hacia el 1000 a. C. habría que remontarlo a un cuerpo de conocimientos desarrollado un milenio antes… El asentamiento de La Venta y su arte del 1000 a. C. parecen reflejar una tradición basada en gran parte en los tránsitos de estrellas sobre el meridiano que tuvieron lugar en los solsticios y los equinoccios de alrededor del 2000 a. C.»*

Unos inicios en el 2000 a. C. harían de La Venta el «centro sagrado» más antiguo de Centroamérica, precediendo a Teotihuacán salvo por la época legendaria en que sólo los dioses moraban allí. Aún así, puede que no sea ésa la verdadera fecha en que los olmecas llegaron allí tras cruzar los mares, pues su Cuenta Larga comienza en el 3113 a. C.; pero sí indica en qué medida se adelantaron a civilizaciones más famosas, como los mayas o los aztecas.

En Tres Zapotes, cuya fase previa sitúan los arqueólogos entre 1500 y 1200 a. C., se pueden ver, esparcidas por el lugar, construcciones de piedra (aunque la piedra es rara aquí), terrazas, escalinatas y montículos. Se han localizado al menos otros ocho lugares en un radio de 24 kilómetros desde Tres Zapotes, lo que nos sugiere que debió de ser un gran centro rodeado de poblaciones satélites. Además de las cabezas y de otros monumentos escultóricos, también se desenterraron gran cantidad de estelas; una de ellas («Estela C») lleva la fecha de Cuenta Larga del 7.16.6.16.18, que equivale al 31 a. C., confirmando la presencia de los olmecas en este lugar en aquella época.

En San Lorenzo, las ruinas olmecas están compuestas por estructuras, montículos y terraplenes, entremezclados con estanques artificiales. La parte central de este lugar se construyó sobre una plataforma de factura humana de alrededor de 2 kilómetros cuadrados, que fue elevada unos 56 metros por encima del terreno circundante —una Proeza que empequeñece muchas obras modernas. Los arqueólogos descubrieron que los estanques estaban interconectados a través de un sistema de conductos subterráneos «cuyo significado o función resultan aún desconocidos».

Figura 58.

Podríamos proseguir largamente con la descripción de lugares olmecas —hasta el momento, se han descubierto alrededor de cuarenta. En todas partes, además del arte monumental y de los edificios de piedra, hay montículos por docenas y otras evidencias de movimientos de tierra deliberados.

Sin embargo, las obras de sillería, los terraplenes, las zanjas, los estanques, los conductos y los espejos deben tener algún sentido, aun cuando los expertos modernos no alcancen a comprenderlo, así como la simple presencia de los olmecas en América Central —a menos que uno suscriba la teoría de los supervivientes de un naufragio, cosa que nosotros no vamos a hacer. Los historiadores aztecas describieron a los olmecas como los remanentes de un antiguo *pueblo* —no unas cuantas personas— de habla no náhuatl, que crearon la civilización más antigua de México. Las evidencias arqueológicas apoyan la idea y demuestran que, desde una base o «área metropolitana» que lindaría con el golfo de México, en donde La Venta, Tres Zapotes y San Lorenzo conformarían un triángulo pivotal, la zona de asentamientos e influencia olmecas cruza por el sur hacia la costa del Pacífico de México y

Guatemala.

Expertos en terraplenes, maestros de la sillería, excavadores de zanjas, canalizadores de aguas, fabricantes de espejos… Así dotados, ¿qué estaban haciendo los olmecas en Centroamérica? Las estelas los muestran emergiendo de «altares» que representan entradas a las profundidades de la tierra (Fig. 58), o en el interior de cuevas, con un desconcertante surtido de herramientas, como en esta estela de La Venta (Fig. 59), en la que es posible discernir los enigmáticos espejos, que están sujetos a los cascos de los que llevan las herramientas.

Figura 59.

En conjunto, las capacidades, las escenas, las herramientas, parece que nos llevan a una conclusión: los olmecas eran mineros, venidos al Nuevo Mundo para extraer algunos metales preciosos —probablemente oro, quizá también algún otro mineral extraño.

Las leyendas de Votan, que hablan de túneles a través de las montañas, apoyan esta conclusión. También el hecho de que, entre los dioses de Antaño, cuyo culto adoptaron los pueblos nahuatlacas de los olmecas, estuviera el dios *Tepeyolloti*, que significa «corazón de la montaña». Era un dios de las cuevas con barba; su templo tenía que ser de piedra, y debía de estar construido preferiblemente en el interior de una montaña. Su símbolo jeroglífico era una montaña perforada; se le representaba (Fig. 60a) con una herramienta parecida a un lanzallamas, ¡lo mismo que habíamos visto en Tula!

Figura 60.

Nuestra impresión es que el lanzallamas que se ve aquí (el mismo que sostenían los atlantes y que se representaba en una columna) se utilizaba probablemente para cortar la piedra, no sólo para tallarla. Esto resulta manifiesto en un relieve conocido como Daizu N.º 40, que se descubrió en el Valle de Oaxaca. En él, se muestra a una persona en un lugar estrecho, utilizando el lanzallamas contra la pared que tiene delante (Fig. 60b). El símbolo del «diamante» que hay en la pared significa un mineral, pero aún no se ha descifrado cuál.

Tal como atestiguan gran cantidad de representaciones, el enigma de los «olmecas» africanos se entremezcla con el enigma de los barbados del Mediterráneo oriental. Se les plasmó en multitud de monumentos de todos los asentamientos olmecas, en retratos individuales o en escenas de enfrentamientos.

Curiosamente, algunos de los enfrentamientos se representan como si hubieran tenido lugar en el interior de cavernas; en uno de Tres Zapotes (Fig. 61), aparece incluso un ayudante que lleva un dispositivo luminoso (en un tiempo en que, supuestamente, sólo se utilizaban antorchas).

Figura 61.

No menos sorprendente es una estela de Chalcatzingo (Fig. 62) en donde aparece una mujer «caucásica» manipulando lo que parece un sofisticado equipo técnico; en la base de la estela hay un revelador signo de «diamante». Todo parece establecer una relación con los minerales.

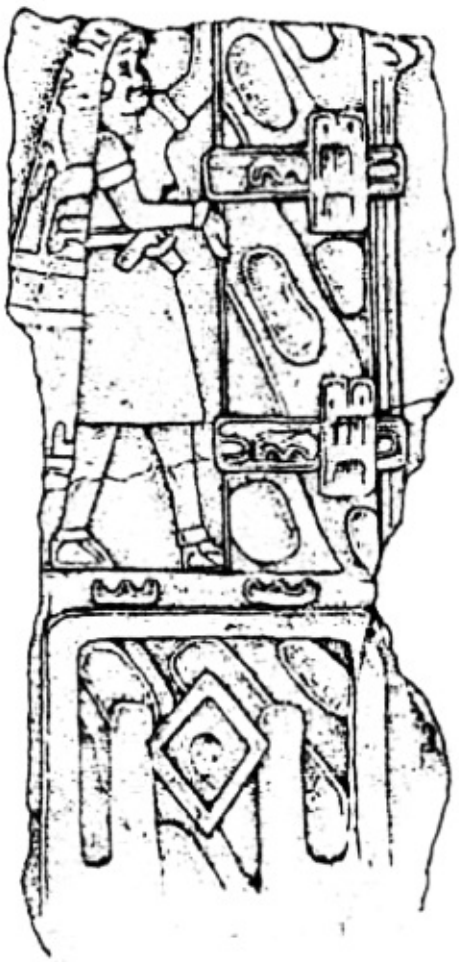

Figura 62.

¿Acaso los barbados del Mediterráneo llegaron a América Central al mismo tiempo que los africanos olmecas? ¿Eran aliados, se ayudaban entre sí, o competían por los mismos minerales o metales preciosos? Nadie puede decirlo con certeza, pero creemos que los africanos olmecas llegaron allí primero, y que las raíces de su llegada hay que buscarlas en esa misteriosa fecha de comienzo de la Cuenta Larga: el 3113 a. C.

No importa cuándo y por qué comenzó la relación, pero parece que terminó con una convulsión.

Los expertos se preguntan por qué en muchos asentamientos olmecas existen evidencias de una destrucción deliberada —monumentos deformados (incluidas las colosales cabezas), objetos rotos, monumentos derribados—, todo ello con vehemencia, como si de una venganza se tratara. Y no parece que toda esta destrucción tuviera lugar de una vez; parece como si los poblados olmecas se hubieran ido abandonando gradualmente, primero el «centro metropolitano» más antiguo, cercano al Golfo, hacia el 300 a. C., para más tarde ir abandonando los lugares más al sur.

Hemos visto la evidencia de una fecha equivalente al 31 a. C. en Tres Zapotes, que sugiere que el proceso de abandono de los centros olmecas, seguido por la vengativa destrucción, pudo durar varios siglos, a medida que los olmecas iban cediendo terreno y retirándose hacia el sur.

Las imágenes de este turbulento período y de esa zona meridional de los dominios olmecas los muestran cada vez más como guerreros, con máscaras aterradoras de águila o de jaguar. En uno de estos grabados en la roca de las regiones meridionales se ve a tres guerreros olmecas (dos de ellos con máscaras de águila) con lanzas en las manos.

En la escena se puede ver también a un cautivo desnudo y con barba. Lo que no queda claro es si los guerreros están amenazando al cautivo, o lo están salvando. Lo cual deja sin aclarar esta intrigante pregunta:

> *¿estaban en el mismo bando los negroides olmecas y los barbados del Mediterráneo oriental cuando aquellos tiempos turbulentos hicieron añicos la primera civilización de América Central?*

Al menos, parece que compartieron el mismo destino.

En uno de los asentamientos más interesantes que hay cerca de la costa del Pacífico, en Monte Albán —levantado sobre un inmenso surtido de plataformas de factura humana y con extrañas estructuras construidas con fines astronómicos—, existen docenas de losas, erigidas en un muro conmemorativo, que llevan las imágenes grabadas de estos negroides africanos en posiciones un tanto retorcidas (Fig. 63).

Figura 63.

Durante mucho tiempo, se les llamó *Danzantes*, pero los expertos coinciden ahora en que representan los cuerpos mutilados y desnudos de olmecas, supuestamente muertos durante alguna sublevación violenta de los indígenas de la zona. Entre estos cuerpos, se puede ver también el de un hombre con barba y una nariz semita (Fig. 64), que, como es obvio, compartió el mismo destino de los olmecas.

Figura 64.

Se cree que Monte Albán se pobló hacia el 1500 a. C., y que fue un centro importante desde el 500 a. C. Así, en unos cuantos siglos de grandeza, sus

constructores terminaron como cuerpos mutilados, honrados en las piedras, victimas de aquéllos a los que habían enseñado.

Y así sucedió con los milenios, la edad de oro de los forasteros de allende los mares, que se convirtió poco menos que en una leyenda.

# 6. EL REINO DE LA VARITA MÁGICA DE ORO.

La historia de la civilización en los Andes está envuelta en el misterio, un misterio aún más profundo por la ausencia de registros escritos o de estelas con relatos jeroglíficos; pero los mitos y las leyendas cubren el hueco con historias de dioses y de gigantes, y de los reyes que descendieron de ellos.

Los pueblos costeros recordaban las leyendas de unos dioses que guiaron a sus antepasados a las tierras prometidas y de unos gigantes que les robaron las cosechas y violaron a sus mujeres. Los pueblos del altiplano, de los cuales los incas eran los dominantes en la época de la Conquista, reconocían la guía divina en todo tipo de actividades y oficios, en el crecimiento de las cosechas, en la construcción de las ciudades. Contaban los Relatos del Comienzo —los relatos de la creación, de los días turbulentos, de un arrasador Diluvio. Y atribuían el inicio de su realeza y la fundación de su capital a los poderes de una varita mágica de oro.

Los cronistas españoles, así como los nativos que habían aprendido español, dejaron constancia de que el padre de los dos reyes incas de la época de la Conquista, Huayna Capac, era el duodécimo Inca (título que significaba *señor, soberano*) de una dinastía que había tenido sus orígenes en Cuzco, la capital, hacia el 1020 d. C. Tan sólo un par de siglos antes de la Conquista, los incas habían entrado sorpresivamente desde sus fortalezas del altiplano en las zonas costeras, donde otros reinos habían existido desde tiempos antiguos.

Al extender sus dominios por el norte hasta el actual Ecuador y por el sur hasta el Chile de hoy con la ayuda de la famosa Calzada del Sol, los incas superpusieron esencialmente su gobierno y su administración a culturas y sociedades organizadas que habían prosperado en aquellas tierras durante milenios. La última en caer bajo el dominio inca fue un verdadero imperio, el del pueblo chimú; su capital, Chanchán, era una metrópolis cuyos recintos sagrados, sus pirámides escalonadas y sus complejos residenciales se extendían por una superficie de más de 20 kilómetros cuadrados.

Situada cerca de la actual ciudad de Trujillo, donde el río Moche desemboca en el Océano Pacífico, la antigua capital recordó a los exploradores a Egipto y Mesopotamia. El explorador del siglo xix E. G. Squier (*Perú Illustrated: Incidents of Travel and Explorations in the Land of the Incas*), se asombró con tan inmensas ruinas, a pesar de su lamentable estado.

Vio

> *«largas hileras de imponentes muros, gigantescas pirámides o huacas, restos de palacios, moradas, acueductos, embalses, graneros… y tumbas, extendiéndose a lo largo de kilómetros, en todas direcciones».*

Ciertamente, en las fotografías aéreas, se ve una inmensa ciudad que se extiende a

lo largo de kilómetros en la llanura costera, y traen a la mente las vistas aéreas del Los Ángeles del siglo xx.

Perú y sus vecinos.

Las regiones costeras que se encuentran entre las estribaciones occidentales de los Andes y el Océano Pacífico son zonas de muy escasa pluviosidad, y aquella región pudo habitarse y dar origen a una civilización gracias a los cursos de agua que, desde las montañas, discurren hasta el océano en forma de ríos, grandes y pequeños, que cruzan la llanura costera cada 80,100 o 150 kilómetros.

Estos ríos crean zonas fértiles y feraces que separan una extensión desértica de otra. Las poblaciones, por tanto, surgieron en las riberas y en las desembocaduras de estos ríos; y las evidencias arqueológicas demuestran que los chimús aumentaban su suministro de agua con acueductos que venían desde las montañas. También

conectaron las sucesivas áreas fértiles y habitadas por medio de un camino de 4,5 metros de anchura de promedio —el precursor de la famosa Calzada del Sol de los incas.

Al filo de la zona construida, allá donde el fértil valle termina y comienza el árido desierto, surgen unas grandes pirámides del suelo desértico, unas frente a otras, a ambos lados del río Moche. Se hicieron con ladrillos de barro cocido al sol, recordando a exploradores como V. W. von Hagen *(Highway of the Sun* y otros libros) los altos zigurats de Mesopotamia, que también se construyeron con ladrillos de barro y, al igual que los de las riberas del Moche, con una ligera forma convexa.

Los cuatro siglos de expansión chimú, más o menos entre el 1000 y el 1400 d. C., fueron también tiempos de desarrollo de la orfebrería, hasta un punto nunca alcanzado por los incas. Los conquistadores españoles describieron con términos superlativos las riquezas de oro de lo que habían sido, de hecho, centros chimú (aunque bajo el gobierno inca); el recinto de oro de una ciudad llamada Tumbes, en donde se habían hecho imitaciones de oro tanto de plantas como de animales, parece que fue el modelo que siguieron los incas al diseñar el recinto de oro del santuario principal en Cuzco.

En las inmediaciones de otra ciudad, Tucume, se encontró la mayor parte de los objetos de oro que se encontraron en Perú en los siglos que siguieron a la Conquista (objetos que estaban enterrados en las tumbas, junto con los muertos). De hecho, la cantidad de oro que poseían los chimús asombró a los propios incas cuando invadieron sus dominios costeros. Aquellas legendarias riquezas, y los descubrimientos reales posteriores, aún desconciertan a los expertos; pues las fuentes de oro de Perú no se encuentran en las regiones costeras, sino en las tierras altas.

La cultura-estado *chimú* fue, a su vez, la sucesora de otras culturas o sociedades organizadas anteriores. Pero, como en el caso de los chimús, nadie sabe cómo se llamaban a sí mismos aquellos pueblos; los nombres que se les aplican en la actualidad son, realmente, los nombres de los lugares arqueológicos en los que estas sociedades y sus culturas tuvieron su centro.

En la región costera norte y central, los mochicas se remontan en las nieblas de la historia hasta los alrededores del 400 a. C. Se les conoce por su artística cerámica y sus elegantes tejidos; pero cómo y cuándo adquirieron estas habilidades sigue siendo un misterio. La decoración de sus cerámicas está repleta de imágenes de dioses alados y de amenazadores gigantes, y sugiere una religión con un panteón de dioses encabezado por el Dios Luna, cuyo símbolo era el Creciente, y su nombre *Si* o *Sian*.

Los restos dejados por los mochicas demuestran claramente que, siglos antes que los chimús, aquéllos habían dominado el arte de la fundición del oro, de la construcción con ladrillos de barro y del diseño de complejos religiosos repletos de zigurats. En un lugar llamado Pacatnamu, un equipo arqueológico alemán (H.

Ubbelohde-Doering, *Auf den Doenigsstrassen der Inka*) excavó en la década de 1930 una ciudad sagrada enterrada con no menos de 31 pirámides. Llegaron a la conclusión de que muchas de las pirámides más pequeñas eran alrededor de mil años más viejas que las otras, mucho más grandes, que tenían lados de 61 metros de largo y más de 12 metros de altura.

La frontera meridional del imperio chimú la formaba el río Rímac, de cuyo nombre los españoles derivaron *Lima* como nombre de su capital. Más allá de esta frontera, las zonas costeras estaban habitadas en tiempos preincaicos por el pueblo chincha, mientras las tierras altas estaban ocupadas por los pueblos de lengua aymara. Ahora se sabe que los incas habían obtenido sus nociones de un panteón de dioses de los primeros, y los relatos de la Creación y el Comienzo de los últimos.

La región del Rímac era un punto focal en la antigüedad, al igual que hoy. Fue allí, justo al sur de Lima, donde estuvo el mayor de los templos dedicados a una deidad peruana. Todavía se pueden ver sus ruinas, de la época en que fue reconstruido y ampliado por los incas. Estaba dedicado a *Pacha-Camac*, que significa «Creador del Mundo», un dios que encabezaba un panteón en donde estaban las divinas parejas *Vis* y *Mama-Pacha* («Señor Tierra» y «Dama Tierra») y M y *Mama-Cocha* («Señor Agua» y «Dama Agua»), el Dios Luna *Si*, el Dios Sol *Illa-Ra*, y el Dios Héroe *Kon* o *Con*, conocido también como *Ira-Ya* —nombres que evocan una hueste de epítetos divinos de Oriente Próximo.

El templo de Pachacamac era una «Meca» para los antiguos pueblos de las costas meridionales. Allí iban peregrinos de todas partes, y el hecho de peregrinar se tenía en tan alta estima que, incluso cuando las tribus estaban en guerra, a los peregrinos enemigos se les concedía un salvoconducto. Los peregrinos llegaban portando ofrendas de oro, pues ése era el metal que se tenía por perteneciente a los dioses.

Sólo los sacerdotes elegidos podían entrar en el Santo de los Santos, en donde, en determinadas fiestas, la imagen del dios pronunciaba oráculos que, más tarde, los sacerdotes explicaban al pueblo. Pero el recinto del templo en su totalidad era tan reverenciado que los peregrinos tenían que quitarse las sandalias para entrar allí —lo mismo que se le ordenó a Moisés que hiciera en el Sinaí, y lo mismo que los musulmanes hacen aún hoy al entrar en la mezquita.

El oro que se había acumulado en el templo era demasiado fabuloso para escapar a la atención de los conquistadores españoles. Francisco Pizarro envió a su hermano Hernán para que lo saqueara, pero éste sólo encontró algo de oro, plata y piedras preciosas, no el grueso de las riquezas, que los sacerdotes habían ocultado. No hubo amenaza ni tortura que pudiera hacer que los sacerdotes revelaran el lugar en donde lo habían escondido (que aún hoy se rumorea que está en algún lugar entre Lima y Lurín).

Entonces, Hernando hizo pedazos la estatua de oro del dios para aprovechar su

metal, y sacó los clavos de plata que sostenían las láminas de oro y plata que cubrían las paredes del templo. ¡Sólo los clavos pesaban 907 kilos!

Las leyendas locales atribuyen la fundación de este templo a los «gigantes». Lo que sí se sabe es que los incas, adoptando el culto a Pachacamac de las tribus a las que habían invadido, agrandaron y embellecieron el templo. En la ladera de una montaña, con el Océano Pacífico casi a sus pies, el templo se elevaba por encima de cuatro plataformas que daban soporte a una terraza a 152 metros por encima del nivel del suelo; las cuatro plataformas se crearon levantando unos muros de contención con inmensos bloques de roca. La terraza superior ocupaba varias hectáreas. Las estructuras más elevadas del complejo del templo permitían una visión panorámica del vasto océano. No sólo los vivos venían aquí a rezar y a dar culto.

A los muertos también se les llevaba al valle del Rímac y a las llanuras costeras del sur, para que pasaran su otra vida a la sombra de los dioses; quizás incluso ante la posibilidad de una eventual resurrección, pues se creía que el Rímac podía resucitar a los muertos. En los lugares que hoy se conocen como Lurín, Pisco, Nazca, Paracas, Ancón e lea, los arqueólogos han encontrado en las «ciudades de los muertos» innumerables tumbas y criptas en donde se enterraron los cuerpos momificados de nobles y sacerdotes.

Las momias, en posición sentada y con los brazos y las piernas encogidos, estaban atadas y metidas en bolsas parecidas a sacos; pero dentro de la bolsa, el fallecido estaba totalmente vestido con su atuendo más lujoso. El clima seco y la bolsa han protegido magníficamente los tejidos de prendas, chales, turbantes y ponchos, así como sus increíbles colores. Los tejidos, de tal factura que hicieron recordar a los arqueólogos los más finos tapices gobelinos, estaban bordados con símbolos religiosos y cosmológicos.

La figura central, tanto en los tejidos como en las cerámicas, era siempre la de un dios que sostenía una varita mágica en una mano y un rayo en la otra, y llevaba una corona con cuernos o rayos (Fig. 65); los indígenas le llamaban *Rímac*, al igual que el río.

Figura 65.

¿Serían Rímac y Pachacamac una y la misma deidad, o dos diferentes? Los expertos discrepan, pues las evidencias no son concluyentes. Sí coinciden en que las estribaciones montañosas cercanas estaban consagradas exclusivamente a Rímac, que significa «El Atronador», siendo por tanto semejante, tanto en significado como fonéticamente, al apodo de *Raman* por el cual se conocía a Adad entre los pueblos semitas —un epíteto que proviene del verbo que significa «tronar».

Según el cronista Garcilaso, fue en estas montañas donde se veneraba «un ídolo, con forma de hombre», en un santuario dedicado a Rímac. Quizás se refiriera a cualquiera de los distintos lugares de las montañas que bordean el valle del Rímac. Allí, hasta el día de hoy se pueden ver las ruinas de lo que los arqueólogos creen que fueron pirámides escalonadas (según el concepto de un artista, Fig. 66), muy semejantes a los zigurats de siete niveles de la antigua Mesopotamia.

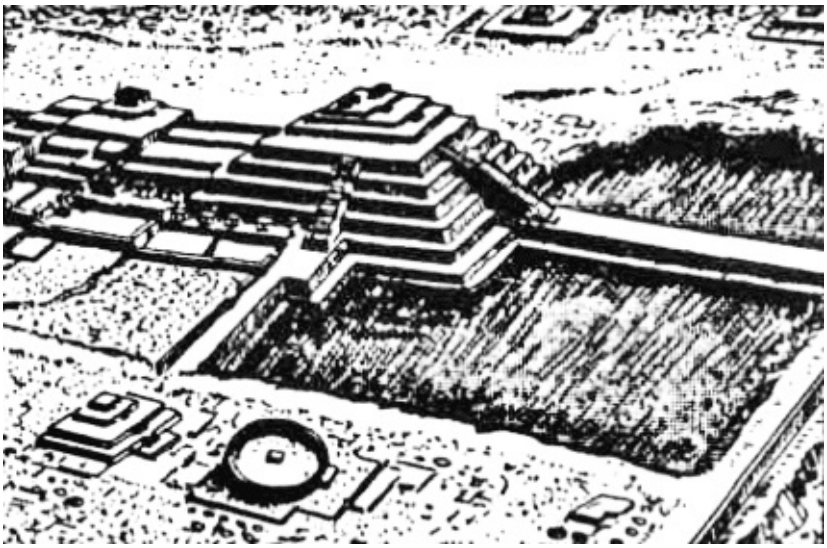

Figura 66.

¿Sería Rímac ese dios al que a veces llamaban «Kon» o «Ira-Ya», el *Viracocha* de la tradición popular inca? Aunque nadie puede darlo por seguro, lo que sí está más allá de toda duda es que a Viracocha se le representó exactamente como a la deidad pintada en la cerámica costera, con un arma de varias puntas en una mano y una varita mágica en la otra.

Es con esta varita —una varita de oro— con la que todas las leyendas andinas inician los Comienzos; en las costas del Lago Titicaca, en un lugar llamado Tiahuanacu.

Cuando llegaron los españoles, las tierras de los Andes eran las tierras del imperio inca, gobernadas desde la capital del altiplano, Cuzco. Y Cuzco, según cuentan los relatos incas, fue fundada por los Hijos del Sol, que habían sido creados e instruidos en el Lago Titicaca por el Dios Creador, Viracocha.

Viracocha, según las leyendas andinas, era un gran dios del Cielo que había llegado a la Tierra en tiempos remotos y eligió los Andes como campo para su

creación. Como dijo un cronista español, el padre Cristóbal de Molina,

«ellos dicen que el Creador estaba en Tiahuanacu y que allí estaba su morada principal. De ahí, los magníficos edificios, dignos de admiración, de aquel lugar».

Uno de los primeros padres en registrar los relatos nativos acerca de su historia y prehistoria fue Blas Valera; desgraciadamente, sólo se conocen algunos fragmentos de sus escritos a partir de menciones de otros, pues el manuscrito original se quemó en el saqueo de Cádiz por parte de los ingleses en 1587. Él registró la versión inca de que su primer monarca, Manco Capac, salió del lago Titicaca por medio de un camino subterráneo. Era hijo del Sol, y el Sol le dio una varita de oro para que encontrara Cuzco. Cuando su madre se puso de parto, el mundo estaba sumido en la oscuridad. Y, cuando nació, se hizo la luz y sonaron las trompetas, y el dios Pachacamac declaró: «El hermoso día de Manco Capac ha llegado».

Pero Blas Valera registró también otras versiones que sugieren que los incas se apropiaron de la persona y el relato de Manco Capac para su dinastía, y que sus verdaderos antepasados eran inmigrantes de algún otro lugar que habían llegado a Perú por mar. Según esto, el monarca al que los incas llamaban «Manco Capac» era hijo de un rey llamado Atau, que había llegado a las costas de Perú con doscientos hombres y mujeres, desembarcando en Rímac. De allí fueron a lea, y después marcharon hasta el lago Titicaca, lugar desde el cual los Hijos del Sol habían gobernado la Tierra.

Manco Capac envió a sus seguidores en dos direcciones para encontrar a aquellos legendarios Hijos del Sol. Él mismo deambuló durante muchos días hasta que llegó a un lugar en donde había una cueva sagrada. Era una cueva artificial, y estaba adornada con oro y plata. Manco Capac dejó la cueva sagrada y fue hasta una ventana llamada *Capac Toco*, que significa «Ventana Real». Cuando salió, iba vestido con unas prendas doradas que había obtenido en la cueva; y, al ponerse estas prendas reales, se le invistió con la realeza de Perú.

Por éstas y otras crónicas, se sabe que los pueblos andinos memorizaban distintas versiones de sus relatos. Recordaban un Comienzo creador en el Lago Titicaca, y el inicio de la realeza en un sitio donde había una cueva sagrada y una ventana real; y, tal como sostenían los incas, estos acontecimientos eran coincidentes y formaban la base de su dinastía. Sin embargo, otras versiones separaban los acontecimientos y los períodos.

Una de las versiones relativas al Comienzo dice que el gran dios Creador de Todo, Viracocha, hizo que cuatro hermanos y cuatro hermanas recorrieran las tierras y llevaran la civilización a sus primitivos pueblos; y una de estas parejas hermano-hermana/marido-mujer estableció la realeza en Cuzco. Otra versión dice que el Gran Dios, en su base del Lago Titicaca, creó a esta primera pareja real como hijos suyos y les dio un objeto de oro. Les dijo que fueran al norte y construyeran una ciudad donde

el objeto de oro se hundiera en la tierra; el lugar donde sucedió el milagro fue Cuzco. Y ésta es la razón por la que los reyes incas —al afirmar que eran los descendientes de una dinastía de parejas reales de hermano y hermana— podían proclamarse descendientes directos del dios Sol.

Los recuerdos del Diluvio son los protagonistas de casi todas las versiones del Comienzo. Según el padre Molina (*Relación de las fábulas y ritos de los yngas*), ya,

> *«en tiempos de Manco Capac, que fue el primer ynca y de quien comenzaron a llamarse Hijos del Sol… éstos tenían un relato completo del Diluvio. Dicen que todas las personas y todos los seres creados perecieron en él, habiéndose elevado las aguas por encima de las montañas más altas del mundo.*
>
> *Ningún ser vivo sobrevivió, excepto un hombre y una mujer que se quedaron en una caja; y cuando las aguas descendieron, el viento los llevó a Huanaco, que estará como a setenta leguas de Cuzco, poco más o menos.*
>
> *El Creador de Todas las Cosas les ordenó que se quedaran allí como Mitimas, y allí, en Tiahuanacu, el Creador hizo crecer a la gente y a las naciones que hay en la región».*

El Creador comenzó a repoblar la Tierra modelando con arcilla la imagen de una persona de cada nación; «después les dio vida y alma a cada uno, tanto a los hombres como a las mujeres, y los dirigió hasta los lugares designados en la Tierra». Y los que no obedecieron los mandatos relativos al culto y a la conducta, fueron transformados en piedras.

El Creador también tenía con él en la isla del Titicaca al Sol y a la Luna, que estaban bajo sus órdenes. Cuando se llevó a cabo todo lo necesario para reaprovisionar la Tierra, la Luna y el Sol se elevaron en el cielo.

Los dos divinos ayudantes del Creador de Todo se nos presentan en otra versión como sus dos hijos. «Después de crear a las tribus y a las naciones, y de asignarles vestidos y lenguas», dice el padre Molina,

«el Creador ordenó a sus dos hijos que fueran en distintas direcciones y dieran comienzo a la civilización».

El hijo mayor, Ymaymana Viracocha (que significa «en cuyo poder todas las cosas se sitúan»), fue a darles la civilización a los pueblos de las montañas; al hijo menor, Topaco Viracocha («hacedor de cosas»), se le ordenó que fuera por las llanuras costeras. Cuando los dos hermanos terminaron su trabajo, se encontraron a la orilla del mar, «desde donde ascendieron al cielo».

Garcilaso de la Vega, que nació en Cuzco de padre español y madre inca poco después de la Conquista, transcribió dos leyendas. Según una de ellas, el Gran Dios bajó de los cielos a la Tierra para instruir a la humanidad, dándole leyes y preceptos. «Puso a sus dos hijos en el lago Titicaca», dándoles una «porción de oro», e indicándoles que se instalaran allí donde se hundiera en el suelo, lo que tuvo lugar en Cuzco.

La otra leyenda cuenta que

«cuando las aguas del Diluvio descendieron, un hombre apareció en el país de

Tiahuanacu, que está al sur de Cuzco. Era un hombre tan poderoso que dividió el mundo en cuatro partes, y se las dio a los cuatro hombres que le honraron con el título de rey».

Uno de ellos, cuyo epíteto era Manco Capac («rey y señor» en el idioma quechua de los incas), dio inicio a la realeza en Cuzco.

Las distintas versiones hablan de dos fases en la creación que llevara a cabo Viracocha. Juan de Betanzos (*Suma y narración de los incas*) registró un relato quechua en donde el dios Creador,

«a la primera ocasión, hizo los cielos y la tierra»; también creó a la gente —la humanidad. Pero «esta gente cometió algún error que hizo que Viracocha se enfureciera… y convirtió en piedra a aquel primer pueblo y su jefe como castigo».

Más tarde, después de un período de oscuridad, hizo hombres y mujeres nuevos en Tiahuanacu, a partir de las piedras. Les dio tareas y habilidades, y les dijo dónde ir. Quedándose con sólo dos ayudantes, envió a uno hacia el sur y al otro hacia el norte, mientras que él mismo se iba en dirección a Cuzco. Allí designó a un jefe y, estableciendo así la realeza en Cuzco, Viracocha prosiguió su viaje

«hasta la costa del Ecuador, en donde se le unieron sus dos compañeros. Allí, todos juntos, se echaron a andar sobre las aguas del mar y desaparecieron».

Algunos de los relatos de los pueblos del altiplano se centran en cómo se fundó Cuzco, y cómo se convirtió en la capital por mandato divino. Según una versión, lo que se le dio a Manco Capac (con el fin de que encontrara el sitio de la ciudad) fue un báculo o una varilla de oro puro; se le llamó *Tupac-yauri*, que significa «cetro esplendoroso». Manco Capac salió en busca del lugar señalado en compañía de sus hermanos y sus hermanas. Al llegar a determinada piedra, sus acompañantes se vieron aquejados de cierta debilidad.

Y cuando Manco Capac golpeó la piedra con el báculo mágico, éste habló y le dijo que había sido elegido soberano de un reino. El descendiente de un jefe indígena que se había convertido al cristianismo tras el desembarco de los españoles decía en sus memorias que a los indígenas aún se les mostraba aquella roca sagrada.

«El Ynca Manco Capac se casó con una de sus propias hermanas, llamada Mama Ocllo… y se pusieron a promulgar buenas leyes para el gobierno de su pueblo».

Este relato, que a veces recibe el nombre de la leyenda de los cuatro hermanos Ayar, cuenta, como lo hacen el resto de versiones de la fundación de Cuzco, que el objeto mágico con el cual se designó al monarca y a la capital estaba hecho de oro macizo. Es una pista que consideramos vital y clave para desenmarañar los enigmas de todas las civilizaciones de América.

Cuando los españoles entraron en Cuzco, la capital de los incas, se encontraron con una metrópolis de más de 100 000 casas habitadas, que rodeaban un centro religioso-real de magníficos templos, palacios, jardines, plazas y mercados. Situada

entre dos ríos (el Tullumayo y el Rodadero), a más de 3500 metros de altitud, Cuzco se encuentra a los pies del promontorio de Sacsahuamán. La ciudad estaba dividida en doce distritos —un número que desconcertaba a los españoles— dispuestos en un óvalo. El primer distrito y el más antiguo, la Terraza de la Arrodillada, estaba situado en la pendiente del promontorio, en el noroeste. Allí habían construido sus palacios los primeros incas (y se supone que también el legendario Manco Capac). Todos los distritos llevaban nombres pintorescos (el Locutorio, la Terraza de las Flores, la Puerta Sagrada), con lo que en realidad se describían sus principales rasgos.

Uno de los más destacados expertos de este siglo sobre el tema de Cuzco, Stansbury Hagar (*Cuzco, the Celestial City*), remarcó la creencia de que Cuzco se fundó y diseñó según un plan trazado por Manco Capac en el prehistórico lugar sagrado donde había comenzado la emigración de los Fundadores, en Tiahuanacu, junto al lago Titicaca. En su nombre, «ombligo de la Tierra», y en su división en cuatro partes, simulando los cuatro rincones de la Tierra, tanto él como otros investigadores vieron una expresión de los conceptos terrestres. Sin embargo, en otros detalles del plano de la ciudad vio aspectos de conocimientos celestes (de ahí el título de su libro). A los ríos que flanqueaban el centro de la ciudad se les hizo discurrir por canales artificiales que imitaban la Vía Láctea; y los doce distritos imitaban la división de los cielos en doce casas zodiacales. Significativamente para nuestros estudios de los acontecimientos en la Tierra y su datación, Hagar llegó a la conclusión de que el primer distrito y el más antiguo representaba a Aries.

Squier y otros exploradores del siglo XIX describieron un Cuzco hispánico, pero construido sobre los restos de la antigua Ciudad Inca. Así pues, para una descripción de Cuzco tal como la encontraron los conquistadores españoles, habría que leer los escritos de cronistas anteriores.

Pedro Cieza de León *(Chronicles of Perú,* en la traducción inglesa) describió la capital de los incas, sus edificios, plazas y puentes en los más entusiastas términos, «una ciudad noblemente adornada», de cuyo centro cuatro caminos reales llevaban hasta las regiones más remotas del imperio, y atribuía sus riquezas no sólo a la costumbre de conservar intactos los palacios de los reyes fallecidos, sino también a la ley que obligaba a llevar oro y plata a la ciudad como homenaje y como ofrendas, aunque prohibía tomarlos bajo pena de muerte.

«Cuzco —escribió en su alabanza—, era grande y majestuosa, y la debió fundar un pueblo de gran inteligencia. Tenía hermosas calles, salvo que eran muy estrechas, y las casas estaban construidas con macizas piedras, bellamente encajadas. Estas piedras eran muy grandes y bien talladas. Las otras partes de las casas eran de madera y paja; no quedan restos de tejas, ladrillos o cal entre ellos».

Garcilaso de la Vega (que llevaba el nombre de su padre español, pero también el título real de «Inca», pues su madre era de la dinastía real inca), después de describir

los doce distritos, decía que, a excepción del palacio del primer Inca en el primer distrito, en las pendientes de Sacsahuamán, los palacios del resto de incas se agrupaban alrededor del centro de la ciudad, cerca del gran templo. En su época aún existían los palacios del segundo, el sexto, el noveno, el décimo, undécimo y duodécimo Incas. Algunos de ellos daban a la plaza principal de la capital, llamada Huacay-Pata. Allí, el Inca gobernante, sentado sobre un gran estrado, su familia, la corte y los sacerdotes presenciaban y dirigían las festividades y las ceremonias religiosas, cuatro de las cuales estaban relacionadas con los solsticios de verano e invierno y los equinoccios de primavera y otoño.

Tal como afirman los antiguos cronistas, la estructura más famosa y soberbia del Cuzco prehispánico era la Coricancha («recinto dorado»), el templo más importante de la ciudad y del imperio. Los españoles le llamaron el Templo del Sol, por creer que el Sol era la deidad suprema de los incas. Los que vieron el templo antes de que fuera destrozado, y demolido, antes de que los españoles construyeran sobre él, dicen que estaba compuesto de varias partea El templo principal estaba dedicado a Viracocha; las capillas adyacentes o auxiliares estaban dedicadas a la Luna (*Quilla*), Venus (*Chasca*), a una misteriosa estrella llamada *Coyllor*, y a *Illapa*, el dios del Trueno y el Rayo. También había un santuario dedicado al Arcoiris. Fue allí, en la Coricancha, de donde saquearon los españoles tan grandes riquezas de oro.

Junto a la Coricancha estaba el recinto llamado *Aclla-Huasi* —«la casa de las mujeres elegidas». Consistente en una serie de viviendas rodeadas de jardines y huertos, así como talleres de hilado, tejido y costura de los atuendos reales y sacerdotales, era un lugar apartado en donde unas vírgenes se consagraban al Gran Dios vivo; una de sus tareas era preservar el Fuego Eterno atribuido al dios.

Los conquistadores españoles, después de saquear la ciudad, se dispusieron a quedarse para ellos la ciudad misma, repartiéndose a suertes sus distintos edificios. La mayoría fueron desmantelados para utilizar sus piedras; aquí y allí, un pórtico o parte de un muro se aprovecharon en los nuevos edificios españoles. Los principales santuarios fueron convertidos en iglesias y monasterios. Los dominicos, los primeros en entrar en escena, se hicieron con el Templo del Sol: demolieron su estructura externa, pero aprovecharon su antigua disposición y algunas partes de muros en su iglesia-monasterio. Una de las secciones más interesantes que se mantuvieron y que, por tanto, sigue intacta, es un muro externo semicircular de lo que debió ser el recinto del Gran Altar del templo inca (Fig. 67). Fue allí donde los españoles encontraron un gran disco de oro que representaba, según supusieron, al Sol; cayó en el lote del conquistador Leguizano, que se lo apostó a la noche siguiente. El que ganó el venerado objeto lo fundió y lo convirtió en lingotes.

Después de los dominicos, llegaron los franciscanos, los agustinos, los mercedarios, los jesuitas; todos ellos construyeron sus santuarios, incluso la gran

catedral de Cuzco, en donde se habían levantado los santuarios incas. Después de los frailes llegaron las monjas; no es de sorprender que su convento se estableciera en el convento inca de la Casa de las Mujeres Elegidas. Gobernadores y dignatarios españoles siguieron el ejemplo, construyendo sus edificios y hogares sobre y con partes de las casas de piedra incas.

Figura 67.

Algunos creen que Cuzco, que significa «ombligo, ónfalo», se llamaba así porque era la capital, un lugar elegido como puesto de mando. Otra teoría que muchos sostienen es que el nombre significa «lugar de las piedras erigidas». Si es así, el nombre le encaja a la principal atracción de Cuzco: sus sorprendentes piedras megalíticas.

Mientras que la mayoría de las viviendas del Cuzco inca se construyeron con piedras desnudas del campo sujetas con argamasa, o bien con piedras burdamente talladas para simular ladrillos o sillares, algunos de los edificios más antiguos se construyeron con piedras perfectamente talladas, labradas y moldeadas («sillares»), como las encontradas en lo que queda del muro semicircular de la Coricancha. La belleza y la maestría que se observa en este muro, y en algunos otros contemporáneos suyos, asombraron y entusiasmaron a multitud de viajeros. *Sir* Clemens Markham escribió:

*«Al contemplar esta obra inigualable de la construcción, uno se llena de admiración por la increíble*

*belleza de su creación… y, por encima de todo, por la incansable perseverancia y habilidad que hacía falta para dar forma a cada piedra con tan infalible precisión».*

Squier, menos arquitecto y más anticuario, estaba más impresionado con las otras piedras de Cuzco, las de gran tamaño y las de formas más extrañas, con ángulos que encajan entre sí con sorprendente precisión, y sin argamasa. Siendo de traquita marrón *Andahuay'lillas*, se supone que se debieron seleccionar específicamente por su grano, el cual «al ser tosco, genera una mayor adherencia entre los bloques que el que podría ofrecer cualquier otro tipo de piedra».

Squier confirmó las apreciaciones de los cronistas españoles de que las piedras poligonales (de muchos lados) se habían encajado con tal precisión «que era imposible introducir entre ellas ni la más fina hoja de una navaja, ni la más delgada aguja» (Fig. 68a). Una de estas piedras, la favorita de los turistas, tiene doce lados y doce ángulos (Fig. 68b).

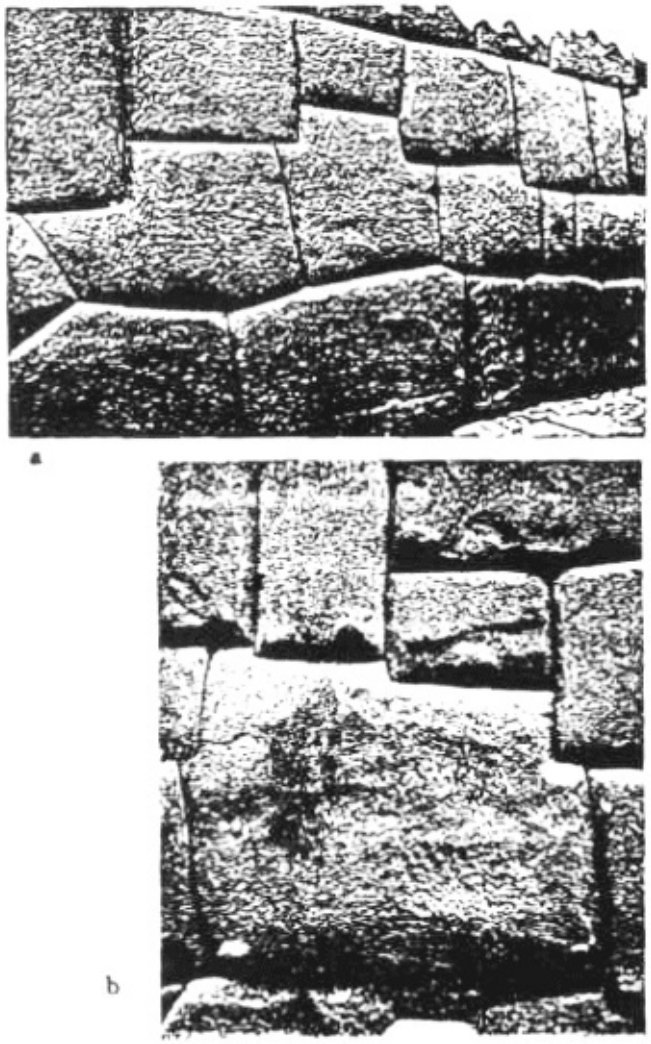


Figura 68.

Todos estos pesados bloques de la más dura piedra los llevaron a Cuzco y los tallaron unos canteros desconocidos con aparente facilidad, como si estuvieran moldeando masilla. La cara de cada piedra se trabajó hasta conseguir una superficie

lisa y ligeramente cóncava; cómo, nadie lo sabe, pues no existen ranuras, ni rugosidades, ni marcas de maza visibles.

También es un misterio el modo en que se levantaron estas pesadas piedras y se colocaron unas sobre otras, orientadas para encajar con los extraños ángulos de debajo y de los lados. Y, para acabar de magnificar el misterio, todas estas piedras están estrechamente unidas, sin argamasa, y no sólo han soportado la destructividad humana, sino también los frecuentes terremotos de la región.

Hasta el momento, todos coinciden en afirmar que, mientras los hermosos sillares pertenecen a una fase inca «clásica», los muros ciclópeos pertenecen a una época anterior. A falta de respuestas más claras, los expertos hablan de una época megalítica.

Es un enigma que aún busca solución. También es un misterio que se hace más acuciante cuando se asciende al promontorio de Sacsahuamán. Allí, lo que se supone que fue una fortaleza inca conlleva un enigma aún mayor para el visitante.

El nombre del promontorio significa Lugar del Halcón. Tiene forma triangular, con la base hacia el noroeste, y su cumbre se eleva casi a 250 metros por encima de la ciudad. Sus costados están formados por gargantas que lo separan de la cadena montañosa a la que pertenece y a la que se une por la base.

El promontorio se puede dividir en tres partes. Su ancha base está dominada por unos enormes afloramientos rocosos que alguien talló y modeló como escalones gigantes o plataformas, en donde se perforaron túneles, hornacinas y surcos. La parte media del promontorio está ocupada por una zona allanada de grandes dimensiones. Y en el borde más estrecho, que se eleva por encima del resto del promontorio, existen evidencias de estructuras circulares y rectangulares, bajo las cuales discurren pasadizos, túneles y otras aberturas, en un desconcertante laberinto cortado en la roca natural.

Separando o protegiendo del resto del promontorio esta zona «desarrollada», hay tres imponentes murallas que discurren paralelas entre sí y zigzagueando (Fig. 69).

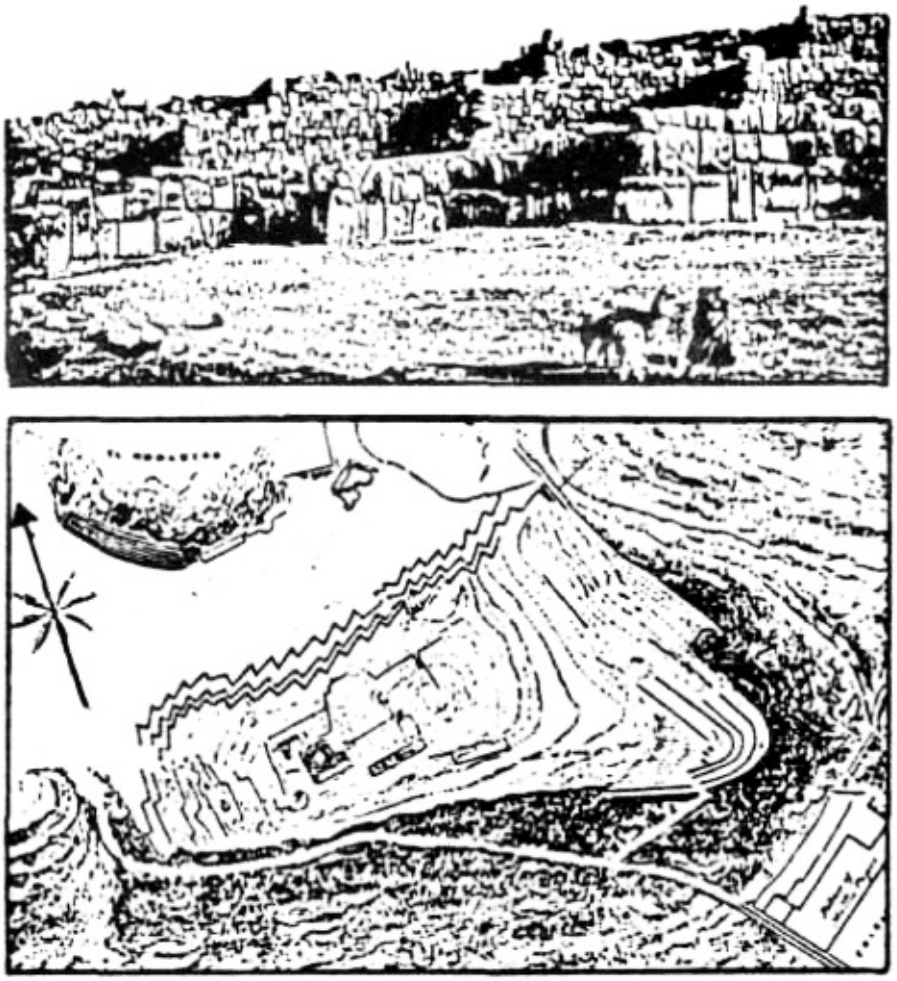

Figura 69.

Las tres líneas de murallas zigzagueantes se construyeron con piedras gigantescas, y se levantaron una detrás de otra, cada una un poco más alta que la que tiene delante, hasta lograr una altura combinada de algo más de 18 metros. El relleno de tierra que hay por detrás de cada muralla formaba como terrazas que, se supone, debían servir de parapetos a los defensores del promontorio. De las tres murallas, la más baja (la primera) es la que está construida con las rocas más colosales, cuyo peso oscila entre las 10 y las 20 toneladas. Una de ellas tiene 8,23 metros de altura, y pesa más de 300 toneladas (Fig. 70).

Muchas piedras tienen alrededor de 4,5 metros de altura, y tienen entre 3 y 4,20 metros de anchura y de profundidad. Al igual que en la ciudad, las caras de estas rocas se desbastaron artificialmente hasta hacerlas perfectamente lisas, y tienen los bordes biselados, lo que significa que no eran rocas del campo que se habían encontrado por ahí y se habían utilizado, sino obra de canteros expertos.

Figura 70.

Los enormes bloques de piedra descansan unos sobre otros, a veces separados por una delgada losa de piedra a causa de algún motivo estructural desconocido. Por todas partes hay piedras de forma poligonal, de extraños lados y ángulos que encajan sin argamasa en las extrañas formas de los bloques de piedra adyacentes. El estilo y el período son, evidentemente, los mismos que los de la construcción ciclópea de la época megalítica de Cuzco, pero aquí son bloques sustancialmente más enormes.

Por todas partes, en las zonas allanadas que hay entre las murallas, existen restos de estructuras que se construyeron con piedras normalmente modeladas al «estilo inca». Tal como muestran las fotografías aéreas y los trabajos de desescombro sobre el terreno, existieron diversas estructuras en la cima del promontorio. Todas cayeron o fueron destruidas en las guerras que hubo entre los incas y los españoles después de la Conquista.

Sólo han quedado ilesas las colosales murallas, testigos mudos que nos hablan de una época enigmática y de unos constructores misteriosos; pues, como demuestran todos los estudios, los gigantescos bloques de piedra se extrajeron a muchos kilómetros de distancia, y tuvieron que ser transportados hasta el lugar a través de montañas, valles, gargantas y ríos. ¿Cómo y quién lo hizo, y por qué?

Tanto los cronistas de la época de la Conquista de América como los viajeros de los últimos siglos y los investigadores contemporáneos llegan a la misma conclusión: no fueron los incas, sino unos enigmáticos predecesores con algunos poderes

sobrenaturales… Pero nadie tiene una teoría acerca del por qué.

Garcilaso de la Vega dijo de estas fortificaciones que uno no podía por menos que creer que habían sido «erigidas mágicamente, por demonios y no por hombres, dado el número y el tamaño de las piedras colocadas en las tres murallas… que es imposible de creer que fueran extraídas de canteras, puesto que los indios no tienen ni hierro ni acero con el cual extraerlas y darles forma. Y el cómo se trajeron es una cosa igualmente asombrosa, dado que los indios no tienen carros ni bueyes ni sogas con las que arrastrarlas a fuerza de brazos. Ni hay tampoco allí caminos nivelados sobre los cuales transportarlas; al contrario, lo que hay son montañas empinadas y abruptos declives que superar.

*«Muchas de las piedras —decía Garcilaso—, se trajeron desde 10 a 15 leguas, y concretamente la piedra, o más bien la roca a la que llaman Saycusa o la Piedra Cansada, porque nunca llegó hasta la estructura, y que, según se sabe, se trajo desde una distancia de quince leguas, desde más allá del río Yucay… Las piedras que se consiguieron más cerca las trajeron desde Muyna, a cinco leguas de Cuzco.*

*Es un desafío para la imaginación el concebir cómo tantas y tan grandes piedras se pudieron encajar con tanta precisión que apenas admite la inserción de la punta de un cuchillo entre ellas. Muchas de las piedras están tan bien encajadas que difícilmente se puede descubrir la junta. Y lo más asombroso es que no tienen cuadrados ni niveles para poner sobre las piedras y asegurarse de si encajarán… Ni disponen de grúas ni de poleas, ni de maquinaría alguna».*

Después, Garcilaso pasaba a citar a unos cuantos sacerdotes católicos que sugerían que «no se puede concebir de qué forma se tallaron, se llevaron y se pusieron en su lugar las piedras… a menos que fuera por arte diabólica».

Squier, que decía de las piedras que componen las tres murallas que representaban «sin duda la muestra más grandiosa del estilo ciclópeo existente en América», se quedó cautivado y desconcertado con otros muchos detalles de estos colosos de piedra y de otras fachadas de piedra de la región. Uno de estos detalles era el de los tres pórticos que cruzan las filas de las murallas, uno de los cuales fue llamado la Puerta de Viracocha. Esta puerta era una maravilla de la sofisticación en la ingeniería: más o menos en el centro de la muralla frontal, los bloques de piedra estaban situados de tal forma que creaban una zona rectangular que llevaba a una abertura de alrededor de 1,20 metros en la muralla. Después, unos escalones llevaban a una terraza entre la primera y la segunda muralla, desde donde se abría un intrincado pasadizo contra un muro transverso en ángulo recto, llevando a una segunda terraza. Allí, dos entradas, haciendo ángulo entre sí, pasaban a través de la tercera muralla.

Todos los cronistas decían que esta puerta central, así como las otras dos de los extremos de las murallas, se podían bloquear haciendo descender unos grandes bloques de piedra que encajaban exactamente en las aberturas. Estos blocantes pétreos y los mecanismos para elevarlos y bajarlos (para abrir o bloquear las puertas) se quitaron en algún momento del pasado, pero los canales y los surcos por los que se deslizaban se pueden percibir aún. Sobre la meseta cercana, en donde las rocas se

tallaron con precisas formas geométricas que no tienen sentido para el visitante actual (Fig. 71 a), nos encontramos con otro caso (Fig. 71 b) en donde la roca tallada parece haber sido conformada para soportar algún artilugio mecánico. H. Ubbe-lohde-Doering (*Kunst im Reiche der Inca*) decía de estas enigmáticas rocas esculpidas que eran «como un modelo en el cual cada esquina tiene su importancia».

Por detrás de la línea de las murallas se aglomeraban las estructuras en el promontorio, algunas de ellas construidas indudablemente en tiempos de los incas. Es probable que fueran construidas con los restos de estructuras más antiguas, pero lo que es seguro es que no tenían nada que ver con un laberinto de túneles subterráneos. Los pasadizos subterráneos, que siguen un patrón laberíntico, comienzan y terminan abruptamente. Uno de ellos lleva a una caverna que se encuentra a 12 metros de profundidad; otros terminan en paredes de roca, tallada y desbastada para dar el aspecto de escalones que no parecen llevar a ninguna parte.

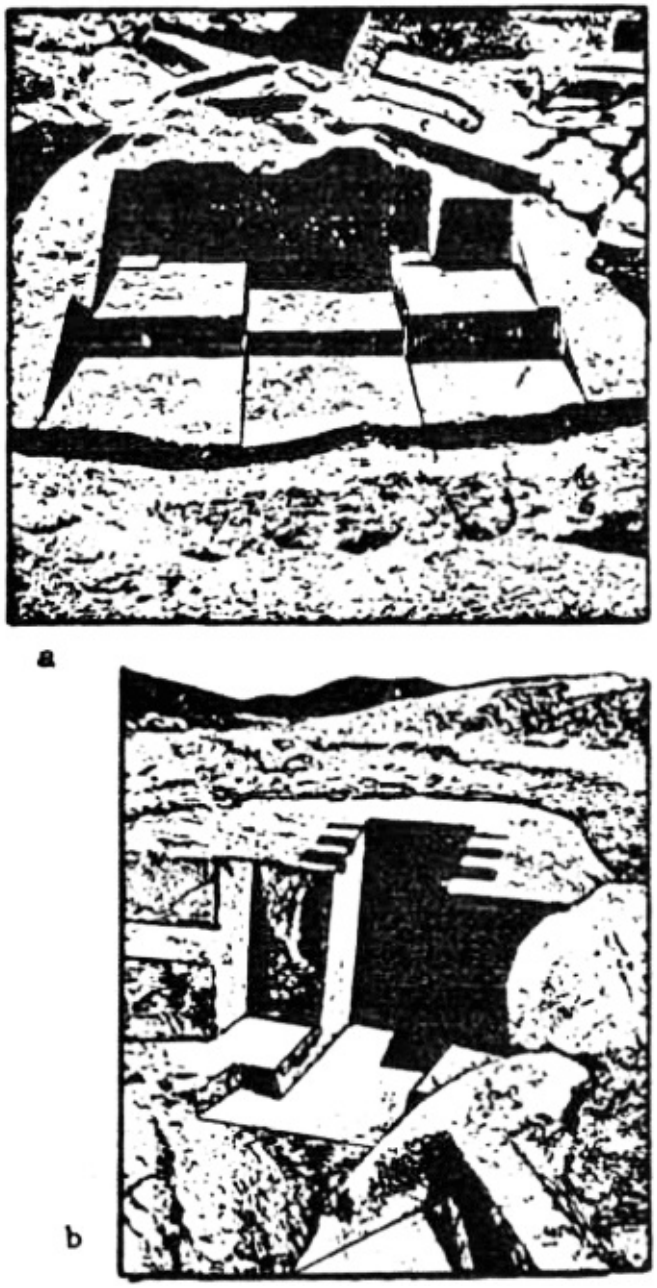

Figura 71.

Frente a las murallas ciclópeas, al otro lado de una amplia zona abierta, existen unos afloramientos rocosos que llevan nombres descriptivos: el Rodadero, por cuya parte trasera se deslizan los niños como en un tobogán; la Piedra Lisa, de la que Squier dijo que estaba «surcada como si la roca hubiera sido comprimida en estado plástico» —como arcilla de modelar— «y después endurecida con forma, con una superficie lisa y lustrosa»; y cerca de ellos, la Chingana, un risco cuyas fisuras naturales se ampliaron artificialmente hasta conformar pasadizos, corredores bajos, pequeñas cámaras, hornacinas y otros espacios huecos. De hecho, por todas partes detrás de estos riscos se pueden encontrar rocas desbastadas y modeladas en caras horizontales, verticales e inclinadas, aberturas, surcos, y hornacinas, todos tallados con ángulos precisos y formas geométricas.

El visitante de hoy en día no puede describir la escena mejor de lo que lo hizo Squier en el siglo pasado:

> *«Las rocas que hay por toda la meseta que hay detrás de la fortaleza, en su mayor parte de caliza, están cortadas y talladas con miles de formas. Aquí hay una hornacina, o una serie de hornacinas; luego, un ancho asiento, como un sofá, o una serie de pequeños asientos; después, un tramo de escalones; allá un grupo de cubetas cuadradas, redondas u octogonales; largas hileras de ranuras; algún que otro agujero taladrado… fisuras de la roca artificialmente ensanchadas hasta convertirlas en cámaras —y todo esto con el corte preciso y el acabado del más habilidoso artesano».*

Es un hecho histórico que los incas utilizaron el promontorio como último baluarte contra los españoles. También es evidente, por los restos de albañilería, que levantaron estructuras en su cima. Pero está claro que no fueron los constructores originales de aquel lugar, dado que existe constancia histórica de su incapacidad para transportar siquiera una de aquellas piedras megalíticas.

Ese intento fallido lo relata Garcilaso al hablar de la Piedra Cansada. Según él, uno de los maestros canteros incas, que deseaba ganar notoriedad, decidió arrastrarla desde donde los constructores originales la habían dejado y utilizarla en su estructura defensiva.

> *«Más de 20 000 indios levantaron la piedra, tirando de ella con grandes cables. Su avance era muy lento, pues el camino por el que iban era de firme desigual, y tenía muchas pendientes empinadas que subir y bajar… En una de aquellas pendientes, a consecuencia de la falta de cuidado por parte de los tiradores, que no estiraron de modo uniforme, el peso de la roca superó la fuerza de aquéllos que la controlaban, y cayó rodando pendiente abajo, matando a tres o cuatro mil indios».*

Así pues, según este relato, la única vez que los incas intentaron arrastrar y poner en su lugar una piedra ciclópea, fracasaron. Obviamente, por tanto, no fueron ellos los que llevaron, tallaron, modelaron y pusieron en su lugar, sin argamasa, aquellos otros centenares de piedras ciclópeas.

No es de sorprender que Erich von Däniken, que popularizó la teoría de los antiguos astronautas, escribiera después de su visita a este lugar en 1980 *(Reise Nach Kiribati*, o *Pathways to the Gods*, en la traducción inglesa) que ni la «madre

naturaleza» ni los incas —sino únicamente unos antiguos astronautas— podrían ser los responsables de estas monumentales estructuras y riscos de extrañas formas. Un viajero anterior a él, W. Bryford Jones *(Four Faces of Perú*, 1967), decía sorprendido acerca de los enormes bloques de piedra: «Creo que sólo pudieron moverlos una raza de gigantes de otro mundo». Y varios años antes de esto, Hans Helfritz (*Die alten Kulturen der Neuen Welt*) decía de las increíbles murallas de Sacsahuamán: «Da la impresión de que están ahí desde el comienzo del mundo».

Mucho antes que ellos, Hiram Bingham (*Across South America*) tomaba nota de una de las especulaciones nativas respecto a la forma en la cual se habrían podido crear estas increíbles esculturas y murallas de roca.

> *«Una de las historias favoritas —escribió—, es la que dice que los incas conocían una planta cuyos jugos hacían tan blanda la superficie de la piedra que lograban tan maravilloso encaje frotando las piedras entre sí, por unos momentos, con este mágico jugo vegetal».*

Pero ¿quién pudo haber levantado y sostenido tan colosales piedras para frotarlas entre sí?

Como es obvio, Bingham no aceptó las explicaciones de los nativos, y el enigma continuó corroyéndole.

> *«He visitado Sacsahuamán repetidas veces —escribió en Inca Land—. Y cada vez, me abruma y me asombra. Para un indio supersticioso que viera estas murallas por vez primera, le debieron parecer construidas por los dioses».*

¿Por qué hizo Bingham esta afirmación, si no fue para expresar una «superstición» encubierta en su propio pecho?

Y así cerramos el círculo de las leyendas andinas; sólo ellas hablan de los constructores megalíticos, afirmando que habían existido dioses y gigantes en estas tierras, y un Antiguo Imperio, y una realeza que comenzó con una varita de oro divina.

# 7. EL DÍA EN QUE EL SOL SE DETUVO.

La avaricia inicial de los españoles por el oro y los tesoros oscureció su asombro por encontrar en Perú, esa tierra desconocida de los confines del mundo, una avanzada civilización con ciudades y caminos, palacios y templos, reyes y sacerdotes —y religiones. La primera oleada de sacerdotes que acompañaron a los conquistadores se inclinaron por destruir todo lo que tuviera que ver con la «idolatría» de los indígenas. Pero los sacerdotes que les siguieron —que, en aquella época, eran los eruditos de su país— se vieron expuestos a las explicaciones de los ritos y creencias nativas a través de los nobles indígenas que se habían convertido al cristianismo.

La curiosidad de los sacerdotes cristianos se agudizó al darse cuenta de que los indígenas andinos creían en un Creador Supremo y que sus leyendas daban cuenta de un Diluvio. Y resultó que muchos detalles de aquellos relatos locales eran extrañamente similares a los relatos bíblicos del Génesis. De ahí que fuera inevitable que, entre las primeras teorías referentes al origen de los «indios» y sus creencias, emergiera como idea principal una relación con las tierras y el pueblo de la Biblia.

Al igual que en México, tras tomar en consideración a diversos pueblos de la antigüedad, la teoría de las Diez Tribus Perdidas de Israel pareció la más plausible, no sólo por la similitud de las leyendas nativas con los relatos bíblicos, sino también por algunas costumbres de los indígenas peruanos, como la de la ofrenda de los primeros frutos, una Fiesta de Expiación a finales de septiembre, que se corresponde por su naturaleza y fechas con el Día de la Expiación judío, y otros mandatos bíblicos, como el del rito de la circuncisión, la abstención de la sangre en la carne de los animales y la prohibición de comer peces sin escamas. En la Festividad de los Primeros Frutos, los indígenas entonaban las místicas palabras *Yo Meshica, He Meshica, Va Meshica*; y algunos de los sabios españoles discernieron en el término *Meshica* la palabra hebrea «Mashi’ach» —el Mesías.

(En la actualidad, los expertos creen que el componente *Ira* en los nombres divinos andinos es comparable al mesopotámico *Ira/Illa*, del cual proviene el bíblico *El*; que el nombre *Malquis*, por el cual los incas veneraban a su ídolo, es el equivalente de la deidad cananea *Molekh* («Señor»); y que, del mismo modo, el título real inca *Manco* se deriva de la misma raíz semita que significa «rey»).

A la vista de tales teorías sobre el origen bíblico israelita, la jerarquía católica en Perú, después de aquella primera ola de destrucción, se puso en marcha para registrar y preservar el legado indígena. A clérigos locales, como el padre Blas Valera (hijo de un español y de una indígena), se les animó a plasmar por escrito lo que sabían y habían escuchado. Antes de que finalizara el siglo XVI, se hizo un esfuerzo concertado y patrocinado por el obispo de Quito para compilar historias locales, evaluar todos los lugares antiguos conocidos y reunir en una biblioteca todos los manuscritos

relevantes. Gran parte de lo que se ha sabido desde entonces se basa en lo que se aprendió en aquel momento.

Intrigado por estas teorías, y aprovechándose de los manuscritos reunidos, un español llamado Fernando Montesinos llegó a Perú en 1628 y consagró el resto de su vida a la recopilación de una amplia historia cronológica de los peruanos. Alrededor de veinte años más tarde, finalizó una obra maestra titulada *Memorias antiguas historiales del Perú*, y la depositó en la biblioteca del convento de San José de Sevilla. Allí estuvo, olvidada y sin publicar durante dos siglos, hasta que se incluyeron fragmentos de ella en una historia francesa de las Américas. El texto español íntegro vio la luz ya en 1882 (P. A. Means lo tradujo al inglés en 1920, y fue publicada por Hakluyt Society en Londres, Inglaterra).

Tomando un punto de partida común tanto de los recuerdos bíblicos como de los andinos —el relato del Diluvio—, Montesinos siguió la repoblación de la Tierra en línea con los registros bíblicos, desde el Monte Ararat en Armenia pasando por la Tabla de los Pueblos del capítulo 10 del Génesis. En el nombre de *Perú* (o *Pirut Pirua* en lengua indígena), vio una interpretación fonética del nombre bíblico *Ophir*, nieto de Héber, antepasado de los hebreos, que a su vez fue biznieto de Sem. Ofir también era el nombre de la famosa Tierra del Oro de la cual los fenicios trajeron oro para el templo de Jerusalén que el rey Salomón estaba construyendo. El nombre de Ofir en la Tabla de los Pueblos está justo delante del de su hermano Javilá, que le dio nombre a la famosa tierra del oro de la que se habla en el relato bíblico de los cuatro ríos del Paraíso:

> *Y el nombre de uno era Pisón;*
> *es el río que rodea toda*
> *la tierra de Javilá, donde hay oro.*

Montesinos sostenía que fue mucho antes de la época de los reinos de Judá e Israel, mucho antes del exilio de las Diez Tribus a manos de los asirios, que este pueblo bíblico había llegado a los Andes. Y sugería que no era otro que el mismo Ofir el que había liderado a los primeros colonos en el Perú, cuando la humanidad comenzó a extenderse por la Tierra después del Diluvio.

Los relatos incas que reunió Montesinos atestiguaban que, mucho antes que la más antigua dinastía inca, había existido un antiguo imperio. Tras un período de crecimiento y prosperidad, unos fenómenos repentinos asolaron el país: aparecieron cometas en los cielos, la tierra tembló con los terremotos, se iniciaron las guerras. El soberano que reinaba en aquel momento abandonó Cuzco y llevó a sus seguidores a un lugar apartado, a un refugio en unas montañas llamadas Tampu-Tocco; sólo unos cuantos sacerdotes se quedaron en Cuzco para mantener su santuario. Y fue durante esta calamitosa época cuando se perdió el arte de la escritura.

Pasaron los siglos. Los reyes iban periódicamente desde Tampu-Tocco a Cuzco

para consultar los oráculos divinos. Pero un día, una mujer de noble linaje anunció que a su hijo, Rocca, se lo había llevado el dios Sol. Días después, el muchacho volvió a aparecer vestido con prendas doradas. Dijo que había llegado el momento del perdón, pero que el pueblo debía observar determinados mandatos: la sucesión real se establecería sobre un hijo del rey nacido de una hermanastra suya, aun cuando no fuera el primogénito; y no se debía retomar la escritura. El pueblo acató las órdenes y volvió a Cuzco, con Rocca como nuevo rey; a él se le dio el título de *Inca* —soberano.

Al darle el nombre de Manco Capac a este primer Inca, los historiadores incas lo asimilaron al legendario fundador de Cuzco, Manco Capac, el de los cuatro hermanos Ayar. Montesinos separó y distanció correctamente a la dinastía inca contemporánea de los españoles (que comenzó a reinar ya en el siglo XI d. C.) de la de sus predecesores. Su conclusión, de que la dinastía inca estaba compuesta de catorce reyes, incluidos Huayna Capac, que murió cuando llegaron los españoles, y sus dos belicosos hijos, ha sido confirmada por todos los expertos.

Concluyó que Cuzco había sido realmente abandonada antes de que la dinastía inca reinstaurara la realeza en la capital. Montesinos creía que, durante el tiempo de abandono de Cuzco, habían reinado 28 reyes desde un refugio secreto en las montañas llamado Tampu-Tocco. Y, antes de aquello, había existido de hecho un antiguo imperio que tuvo a Cuzco por capital. Allí se sentaron en el trono 62 reyes; de ellos, 46 fueron reyes-sacerdotes y 16 fueron soberanos semidivinos, hijos del dios Sol. Y, antes de todo aquello, los mismos dioses habían gobernado el país.

Se cree que Montesinos había encontrado una copia del manuscrito de Blas Valera en La Paz, y que los sacerdotes jesuitas le permitieron hacer una copia. También se basó en gran medida en los escritos del padre Miguel Cabello de Balboa, cuya versión relataba que el primer soberano, Manco Capac, no había llegado a Cuzco directamente desde el lago Titicaca, sino desde un lugar secreto llamado Tampo-Toco («lugar de descanso de las ventanas»). Fue allí donde Manco Capac «abusó de su hermana Mama Occllo» y tuvo un hijo de ella.

Montesinos, tras confirmar esto en el resto de fuentes de las que disponía, aceptó la información como basada en hechos reales. Así, comenzó las crónicas de la realeza en Perú con el viaje de los cuatro hermanos Ayar y de sus cuatro hermanas, que fueron enviados a encontrar Cuzco con la ayuda de un objeto de oro. Pero él registró una versión en la que el primero en ser elegido jefe fue un hermano que llevaba el nombre de un antepasado que había llevado al pueblo hasta los Andes, Pirua Manco (y de ahí el nombre de Perú). Él fue quien, al llegar al lugar elegido, anunció su decisión de construir allí una ciudad. Llegó acompañado de esposas y hermanas (o esposas-hermanas), una de las cuales le dio un hijo al que se llamó Manco Capac. Fue éste el que construyó en Cuzco el Templo del Gran Dios, Viracocha; y, por tanto, fue

éste el momento que se dio para la fundación del antiguo imperio y el del comienzo de las crónicas de las dinastías. Manco Capac fue aclamado como Hijo del Sol, y fue el primero de 16 reyes así considerados. En su época, se veneraban otras deidades, una de las cuales fue la Madre Tierra, y otra un dios cuyo nombre significaba Fuego; se le representaba con una piedra que Pronunciaba oráculos.

La ciencia principal de aquella época, según Montesinos, era la astrología; y se conocía el arte de escribir, sobre hojas procesadas de llantén o sobre piedras. El quinto Capac «renovó el cálculo del tiempo» y comenzó a registrar el paso del tiempo y los reinados de sus antepasados. Fue él quien introdujo la cuenta de un millar de años como un Gran Período, y de siglos y períodos de cincuenta años, equivalentes al bíblico Jubileo. El Capac que instauró este calendario y esta cronología, Inti Capac Yupanqui, fue el que terminó el templo e instauró en él el culto del gran dios *Illa Tici Vira Cocha*, que significa «brillante iniciador, creador de las aguas».

En el reinado del duodécimo Capac, llegaron a Cuzco las noticias del desembarco en la costa de «unos hombres de gran estatura… gigantes que poblaron toda la costa», que disponían de herramientas de metal y estaban arrasando la tierra. Después de un tiempo, comenzaron a entrar en las montañas; afortunadamente, provocaron la ira del Gran Dios y éste los destruyó con un fuego celeste.

Liberado de los peligros, el pueblo se olvidó de los mandatos y los ritos del culto. Se abandonaron «buenas leyes y costumbres», pero esto no pasó desapercibido para el Creador. Como castigo, ocultó el sol a aquella tierra; «no hubo amanecer durante veinte horas». Hubo un gran lamento entre el pueblo y se ofrecieron oraciones y sacrificios en el templo, hasta que (después de veinte horas) el sol volvió a aparecer. Inmediatamente después de aquello, el rey reinstauró las leyes de conducta y los ritos del culto.

El cuadragésimo Capac en el trono de Cuzco fundó una academia para el estudio de la astronomía y la astrología, y determinó los equinoccios. El quinto año de su reinado, según calculó Montesinos, fue el que hacía 2500 desde el Punto Cero que, supuso él, marcaba el Diluvio. También fue el 2000 desde que comenzara la realeza en Cuzco; para celebrarlo, se le concedió al rey un nuevo título, *Pachacuti* (Reformador). Sus sucesores promoverían también el estudio de la astronomía; uno de ellos introdujo un año con un día de más cada cuatro años, y un año extra cada cuatrocientos años.

Durante el reinado del quincuagésimo octavo monarca, «cuando se completó el Cuarto Sol», se llevaban 2900 años desde el «Diluvio». Montesinos calculó que fue el año en que nació Jesucristo.

Aquel primer imperio de Cuzco, comenzado con los Hijos del Sol y continuado con unos reyes-sacerdotes, tuvo un amargo final durante el reinado del sexagésimo segundo monarca. En su tiempo, ocurrieron «maravillas y portentos». La tierra

tembló con terremotos interminables, los cielos se llenaron de cometas, augurio de una inminente destrucción. Tribus y pueblos comenzaron a correr de un lado a otro, entrando en conflicto con sus vecinos. Llegaron invasores desde la costa, incluso desde más allá de los Andes. Hubo grandes batallas; en una de ellas, el rey cayó bajo una flecha, y su ejército huyó presa del pánico; sólo sobrevivieron a las batallas quinientos guerreros.

> *«Así se perdió y se destruyó el gobierno de la monarquía de Perú —dice Montesinos—, y se perdió el conocimiento de las letras».*

Los pocos que quedaron abandonaron Cuzco, dejando tras de sí tan sólo a un puñado de sacerdotes para que cuidaran del templo. Se llevaron con ellos al joven hijo del rey muerto, aún un niño, y encontraron refugio en un escondrijo de las montañas llamado Tampu-Tocco; aquél era el lugar donde, desde una cueva, partió la primera pareja semidivina para fundar el imperio andino. Cuando el muchacho alcanzó la edad adecuada, se le proclamó como primer monarca de la dinastía de Tampu-Tocco, dinastía que se prolongaría durante casi mil años, desde el comienzo del siglo II hasta el XI d. C.

Durante todos aquellos siglos de exilio, los conocimientos fueron disminuyendo y la escritura se olvidó. En el reinado del septuagésimo octavo monarca, cuando se alcanzó el hito de los 3500 años desde el Comienzo, alguien comenzó a revivir el arte de la escritura. Entonces, el rey recibió una advertencia de los sacerdotes referente a la invención de las letras. En su mensaje explicaban que había sido el conocimiento de la escritura el que había causado las pestes y las maldiciones que habían llevado a su fin la monarquía de Cuzco. El deseo del dios era «que nadie se atreva a utilizar las letras o a resucitarlas, pues de su empleo vendrían grandes males [de nuevo]». Por tanto, el rey ordenó «por ley, bajo pena de muerte, que nadie traficara en *quilcas*, que eran los pergaminos y las hojas de árboles sobre los que se solía escribir, ni utilizara ningún tipo de letras». En su lugar, introdujo el uso de *quipos*, los ramales de cuerdas de colores que se utilizaron a partir de entonces con fines cronológicos.

En el reinado del nonagésimo monarca se culminó el cuarto milenio desde el Punto Cero. Para entonces, la monarquía en Tampu-Tocco era débil e ineficaz. Las tribus leales a ella eran objeto de incursiones e invasiones de sus vecinos. Los jefes de las tribus dejaron de pagar tributo a la autoridad central. Las costumbres se corrompieron, proliferaron las abominaciones. En tales circunstancias, apareció una princesa de la sangre original de los Hijos del Sol, una tal Mama Ciboca. Anunció que su joven hijo, que era tan hermoso que sus admiradores le apodaron *Inca*, estaba destinado a reconquistar el trono de la antigua capital, Cuzco. De forma milagrosa, desapareció y volvió vestido con ropajes dorados, afirmando que el dios Sol se lo había llevado a lo alto, instruyéndole en los conocimientos secretos y diciéndole que llevara al pueblo de vuelta a Cuzco. Su nombre era Rocca; él fue el primero de la

dinastía Inca, dinastía que llegó a tan ignominioso fin a manos de los españoles.

Intentando situar estos acontecimientos en un marco temporal ordenado, Montesinos afirmaba cada cierto intervalo que un período llamado «Sol» había pasado o comenzado. Aunque no se sabe con seguridad cuál consideraba él que era la longitud de un período (en años), parece ser que tenía en mente las leyendas andinas de varios «soles» en el pasado del pueblo.

Si bien los expertos sostenían —no tanto en nuestros días— que no había habido contacto de ningún tipo entre las civilizaciones de Centroamérica y de América del Sur, las de estos últimos sonaban bastante diferentes de las nociones azteca y maya de los cinco soles. De hecho, todas las civilizaciones del Viejo Mundo tenían recuerdos de épocas pasadas, de eras en las que los dioses reinaban solos, seguidos por semidioses y héroes y, más tarde, sólo por mortales. Los textos sumerios llamados las Listas de los Reyes registraban un linaje de señores divinos seguido por semidioses, que remaron un total de 432 000 años antes del Diluvio; después, hacían una relación de reyes que reinaron a partir de entonces a través de tiempos que consideramos históricos, y cuyos datos se han podido verificar, resultando ser exactos. En las listas de los reyes egipcios, tal como las plasmó el historiador y sacerdote Manetón, se habla de una dinastía de doce dioses que comenzó unos 10 000 años antes del Diluvio; fue seguida por dioses y semidioses hasta los alrededores del 3100 a. C., en que los faraones ascendieron al trono de Egipto. Una vez más, hasta donde sus datos se pueden contrastar con los registros históricos, todo ha resultado ser exacto.

Montesinos se encontró con estas ideas en la tradición popular colectiva de Perú, confirmando los informes de otros cronistas de que los incas creían que la suya era la *Quinta Era* o *Sol*.

La Primera Era fue la de los viracochas, unos dioses que eran blancos y con barba.

La Segunda Era fue la de los gigantes; algunos de ellos no eran benévolos, y hubo conflictos entre los dioses y los gigantes.

Después vino la Era del hombre primitivo, de los seres humanos aculturizados.

La Cuarta Era fue la era de los héroes, hombres que eran semidioses.

Y después llegó la Quinta Era, la era de los reyes humanos, de los cuales los incas fueron los últimos del linaje.

Montesinos ubicó también la cronología andina en el marco europeo relacionándola con determinado Punto Cero (él pensaba que debía tratarse del Diluvio) y, más concretamente, con el nacimiento de Cristo. Comentó que las dos secuencias temporales coincidían en el reinado del quincuagésimo octavo monarca: 2900 años después del Punto Cero fue el «primer año de Jesucristo». Las monarquías peruanas comenzaron, según él, 500 años después del Punto Cero, es decir, en el 2400 a. C.

El problema que tienen los expertos con la historia y la cronología de Montesinos no es, por tanto, el de la escasez de claridad, sino su conclusión de que la realeza y la civilización urbana comenzaran —en Cuzco— casi 3500 años antes de los incas. Aquella civilización, según la información que amasara Montesinos y aquellos sobre los que basó su trabajo, disponía de escritura, incluyó la astronomía entre sus ciencias y tuvo un calendario lo suficientemente largo como para requerir unas reformas periódicas. De todo esto (y mucho más) disponía también la civilización sumeria, que floreció hacia el 3800 a. C., y la civilización egipcia, que le siguió hacia el 3100 a. C. Otro vástago de la civilización sumeria, la del valle del Indo, llegó hacia el 2900 a. C.

¿Por qué no iba a ser posible que este triple despliegue no tuviera una cuarta ocurrencia en los Andes? Imposible, si no hubiera habido contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Posible, si los que habían concedido todos los conocimientos, los dioses, fueran los mismos y estuvieran presentes por toda la Tierra.

Afortunadamente, por increíbles que puedan sonar, nuestras conclusiones se pueden demostrar.

La primera prueba de la veracidad de los acontecimientos y las cronologías recopiladas por Montesinos ya se ha dado.

Un elemento clave en la presentación de Montesinos es la existencia de un antiguo imperio, de un linaje de reyes en Cuzco que finalmente se vieron obligados a dejar la capital y a buscar refugio en Un apartado lugar de las montañas llamado Tampu-Tocco. Este interregno duró un millar de años; por fin, se eligió a un joven de noble estirpe para que llevara al pueblo de vuelta a Cuzco y fundara la dinastía inca.

¿Existió un Tampu-Tocco, y sería un lugar identificable a partir de las señales que diera Montesinos? Esta pregunta ha intrigado a muchos. En 1911, Hiram Bingham, de la Universidad de Yale, buscando las ciudades perdidas de los incas, encontró el lugar; en la actualidad, se le llama Machu Picchu.

Bingham no estaba buscando Tampu-Tocco cuando puso en marcha ésta su primera expedición; pero después de volver una y otra vez y de las exhaustivas excavaciones que se realizaron durante más de dos décadas, llegó a la conclusión de que Machu Picchu era en realidad la perdida capital provisional del Antiguo Imperio. Sus descripciones del lugar, que siguen siendo las más completas, se encuentran en sus libros *Machu Picchu, a Citadel of the Incas* y *The Lost City of the Incas*.

La razón principal para creer que Machu Picchu es la legendaria Tampu-Tocco es la pista de las Tres Ventanas. Montesinos anotó que «en el lugar de su nacimiento, el Inca Rocca ordenó que se hicieran unas obras consistentes en un muro de albañilería con tres ventanas, que eran el emblema de la casa de sus padres, de los cuales descendía». El nombre del lugar al cual la casa real había ido desde la afligida capital, Cuzco, significaba «refugio de las tres ventanas».

No debería de sorprender que un lugar se llegara a reconocer por sus ventanas,

dado que ninguna casa en Cuzco, desde la más humilde hasta la más grandiosa, tenía ventanas. Que un lugar se reconociera por un número concreto de ventanas —tres— sólo podía ser como consecuencia de su singularidad, antigüedad o santidad de tal construcción. Esto es lo que sucedía con Tampu-Tocco, en donde, según las leyendas, había una construcción con tres ventanas que jugó un importante papel en la aparición de las tribus y en el inicio del antiguo imperio en Perú, una construcción que debía de ser, por tanto, «el emblema de la casa de sus padres, de los que [el Inca Rocca] descendía».

La leyenda y el legendario lugar aparecen en el relato de los hermanos Ayar. Según lo cuenta Pedro Sarmiento de Gamboa (*Historia general llamada yndica*) y otros de los primeros cronistas, los cuatro hermanos Ayar y sus cuatro hermanas, después de que los creara el dios Viracocha en el lago Titicaca, llegaron o fueron llevados por el dios a Tampu-Tocco, en donde «salieron de dicha ventana por orden de Tici-Viracocha, declarando que Viracocha los creó para que fueran señores».

El mayor de los hermanos, Manco Capac, llevaba un emblema sagrado con la imagen de un halcón, y llevaba también una varilla de oro que el dios le había dado para que localizara el lugar exacto de la futura capital, Cuzco. El viaje de las cuatro parejas de hermanos-hermanas comenzó pacíficamente; pero no tardaron en aparecer los celos. Con el pretexto de haber olvidado ciertos tesoros en una cueva en Tampu-Tocco, se envió al segundo hermano, Ayar Cachi, para que los recuperara. Sin embargo, esto no fue más que un ardid de los otros tres hermanos para encerrarlo en la cueva, en donde se convirtió en piedra.

Por tanto, según estos relatos, Tampu-Tocco data de tiempos muy antiguos:

> *«El mito de los Ayar —escribía H. B. Alexander en Latín American Mythology—, nos remonta a la época megalítica y a las cosmogonías relacionadas con el Titicaca».*

Cuando los exiliados abandonaron Cuzco, fueron a un lugar que ya existía, un lugar en donde una construcción con tres ventanas había jugado ya un importante papel en acontecimientos aún más antiguos. Sabiendo esto es como podemos pasar ahora a hablar de Machu Picchu, pues es allí donde se encontró una construcción con tres ventanas en una de sus paredes, detalle que no se ha visto en ninguna otra parte del antiguo Perú.

> *«Machu Picchu, o Gran Picchu, es el nombre quechua de un agudo pico que se eleva a más de tres mil metros sobre el nivel del mar y a más de mil doscientos metros sobre los rugientes rápidos del río Urubamba, cerca de la sierra de San Miguel, a dos días de duro viaje hacia el norte de Cuzco —escribió Bingham.*
>
> *Al noroeste del Machu Picchu existe otro hermoso pico, rodeado de magníficos precipicios, llamado Huayna Picchu, o Pequeño Picchu. En la estrecha cresta que se extiende entre los dos picos se encuentran las ruinas de una ciudad inca cuyo nombre se ha perdido entre las sombras del pasado… Es posible que representen a dos antiguos lugares, Tampu-Tocco, el lugar de nacimiento del primer Inca, y Vilcabamba Viejo».*

En la actualidad, el viaje de Cuzco a Machu Picchu, que se encuentra a una distancia de 120 kilómetros en línea recta, no precisa de dos días de duro viaje, como necesitó Bingham para llegar aquí. Un tren que traquetea montañas arriba y abajo, atravesando túneles y cruzando puentes, y ciñéndose a las laderas que flanquean el río Urubamba, llega allí en menos de cuatro horas. En otra media hora, un aterrador autobús lleva desde la estación del tren hasta la ciudad. La sobrecogedora panorámica es tal como la describió Bingham.

En la ensilladura que hay entre los dos picos se levantan casas, palacios y templos —ya todos sin techo—, rodeados de bancales que cuelgan sobre las laderas, dispuestos para el cultivo. El pico del Huayna Picchu se eleva en el noroeste como un centinela (Fig. 72); más allá de él y a su alrededor, los picos compiten entre sí hasta donde alcanza la vista. En el fondo, el río Urubamba forma una garganta en forma de herradura que circunda en parte la alta posición de la ciudad, recortando sus abundantes aguas un sendero blanquecino en el verde esmeralda de la selva.

Como le corresponde a una ciudad que, según creemos, sirvió al principio como modelo para Cuzco y después la imitó, Machu Picchu estaba compuesta también por doce distritos o grupos de construcciones. Las agrupaciones reales y sacerdotales están al oeste, y las residenciales y funcionales (ocupadas en su mayor parte por las vírgenes y las jerarquías del clan) al este, separadas por una serie de amplias terrazas. El pueblo llano, que trabajaba y cultivaba las laderas abancaladas, vivía fuera de la ciudad y en los campos de los alrededores (muchas de estas aldeas se han encontrado desde que Bingham llegara a Machu Picchu).

Figura 72.

Los diferentes estilos de construcción, al igual que en Cuzco y en otros emplazamientos arqueológicos, sugieren diferentes fases de ocupación. Las viviendas están construidas en su mayor parte con piedras del campo sujetas con argamasa. Las residencias reales están construidas con sillares colocados en hileras, tan finamente tallados y desbastados como en Cuzco. Después, hay una construcción en donde la obra es tan perfecta que no tiene igual; y también están los bloques megalíticos poligonales. En muchos casos, los restos de la primitiva época megalítica y de los tiempos del Antiguo Imperio han permanecido como estaban; en otros, es obvio que se construyó con posterioridad sobre las primitivas hiladas.

Mientras que los distritos orientales ocupaban cada metro cuadrado disponible de la cima de la montaña y se extendían desde la muralla de la ciudad por el sur hasta el norte, en la medida en que el terreno lo permitía, y hacia el este en bancales agrícolas y de enterramientos, el grupo de distritos occidental, que también comenzaba en la muralla, se extendía hacia el norte sólo hasta los límites de una plaza sagrada, como si una línea invisible demarcara el terreno sagrado que no podía ser invadido.

Más allá de esa línea invisible de demarcación, y frente a la gran plaza aterrazada que hay al este, están las ruinas de lo que Bingham identificó como la Plaza Sagrada, principalmente «porque en dos de sus lados están los templos más grandes», uno de los cuales muestra las tres ventanas cruciales. Es aquí, en la construcción de lo que Bingham llamó el Templo de las Tres Ventanas y, junto a él, en la Plaza Sagrada, el

Templo Principal, donde los bloques megalíticos poligonales se utilizaron en Machu Picchu. La forma en la que se tallaron, se modelaron, se desbastaron y se encajaron, sin argamasa, los sitúa junto con los bloques ciclópeos de piedra y las construcciones megalíticas de Sacsahuamán; y, sobrepasando cualquier poligonalidad vista en Cuzco, uno de los bloques de piedra de Machu Picchu tiene 32 ángulos.

El Templo de las Tres Ventanas se levanta en el extremo oriental de la Plaza Sagrada; los ciclópeos bloques de piedra de su muro oriental se elevan muy por encima del nivel de la terraza que hay al oeste (Fig. 73), permitiendo una amplia visión en esta dirección a través de las tres ventanas (Fig. 74). De forma trapezoidal, sus alféizares se recortan en las piedras ciclópeas que forman la pared misma. Al igual que en Sacsahuamán y en Cuzco, el tallado, el modelado y la angulación de las duras piedras de granito se hizo como si se tratara de suave masilla; también aquí, los bloques de piedra de granito blanco tuvieron que ser traídos desde grandes distancias, a través de terreno escabroso y ríos, bajando valles y subiendo montañas.

Figura 73.

El Templo de las Tres Ventanas sólo tiene tres paredes, estando su lado occidental completamente abierto; hay allí un pilar de piedra de algo más de dos metros de alto (véase Fig. 74). Bingham supuso que podría haber soportado un techo, pero admitió también que habría sido «un dispositivo que no se había encontrado en ningún otro edificio». Según nuestra opinión, aquel pilar, junto con las tres ventanas, cumplía algún fin de orientación astronómica.

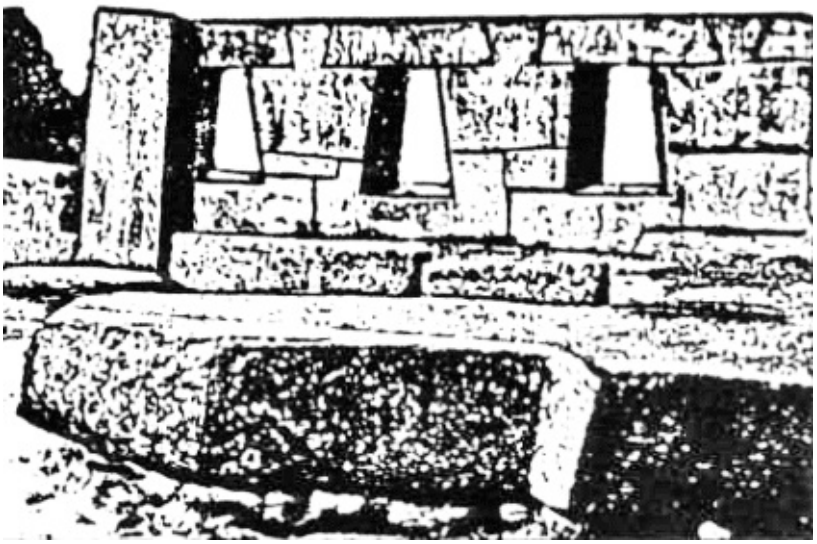

Figura 74.

Frente a la Plaza Sagrada, por el norte, se encuentra la construcción que Bingham llamó el Templo Principal; tiene también sólo tres paredes, de algo más de 3,5 metros de altura. Descansan sobre bloques de piedra ciclópeos o están construidas con ellos; la pared occidental, por ejemplo, está construida con sólo dos bloques de piedra gigantes, sujetos con una piedra en forma de T. Un enorme monolito, que mide 4,2 por 1,5 por 1 metros, descansa contra la pared central norte, en la cual hay siete hornacinas que imitan ventanas trapezoidales, aunque no lo son (Fig. 75).

Figura 75.

Una sinuosa escalinata lleva desde el límite septentrional de la Plaza Sagrada hasta una colina cuya cima se allanó para que sirviera como plataforma del *Intihuatana*, una piedra tallada con gran precisión para observar y medir los movimientos del Sol (Fig. 76). El nombre significa «lo que ata al sol», y se supone que ayudaba a determinar los solsticios, cuando el Sol se mueve muy al norte o al sur, momento en el cual se celebraban ritos para «atar al Sol» y hacerlo volver, no fuera que siguiera yéndose y desapareciera, devolviendo a la Tierra a una oscuridad que ya había sufrido en una ocasión anterior, según las leyendas.

Figura 76.

En el extremo opuesto de esta parte —sagrada y real— occidental de Machu Picchu, justo al sur del distrito real, se eleva otro magnífico (e inusual) edificio de la ciudad. Llamado el Torreón por su forma semicircular; está construido con sillares —piedras talladas, modeladas y desbastadas— de una perfección nunca vista, sólo pareja a la de los sillares del muro semicircular que rodeaba el Santo de los Santos de Cuzco. El muro semicircular, que se alcanza a través de siete escalones (Fig. 77), crea su propio recinto sagrado, en cuyo centro hay una roca tallada y modelada con incisiones de ranuras. Bingham encontró evidencias de que esta roca y las paredes cercanas sufrían los efectos de fuegos periódicos, y llegó a la conclusión de que tanto la roca como el recinto se utilizaban para sacrificios y otros rituales relacionados con *la veneración de la roca*.

Figura 77.

(Esta roca sagrada en el interior de una construcción especial nos trae a la cabeza la roca sagrada que forma el corazón del Monte del Templo en Jerusalén, así como la Kaaba, la piedra negra oculta en el interior de la mezquita de La Meca).

La santidad de la roca de Machu Picchu no proviene de su protuberante extremo superior, sino de lo que se encuentra debajo. Es una enorme roca natural en cuyo interior existe una cueva, ampliada y modelada artificialmente con formas geométricas precisas que, aunque no lo son, parecen escaleras, asientos y antepechos (Fig. 78). Además, el interior se mejoró con sillares de granito blanco del color y el grano más puros. Bingham supuso que la cueva natural original se amplió y se realzó para conservar momias reales, traídas allí por la sacralidad del lugar. Pero ¿por qué era sagrado, y tan importante como para albergar a los reyes fallecidos?

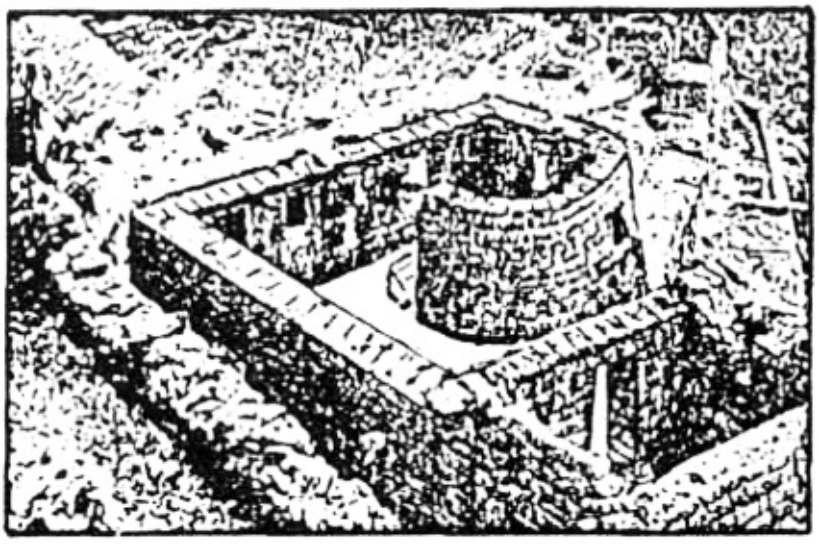

Figura 78.

Esta pregunta nos lleva de vuelta a la leyenda de los hermanos Ayar, uno de los cuales fue encerrado en una cueva en el Refugio de las Tres Ventanas. Si el Templo de las Tres Ventanas era aquel lugar legendario, y la cueva también lo era, las leyendas confirmarían el lugar como la legendaria Tampu-Tocco.

Sarmiento, uno de los cronistas españoles que a su vez fue también un conquistador, daba cuenta en su *Historia de los incas* de una leyenda local según la cual el noveno Inca (hacia el 1340 d. C.),

> *«teniendo curiosidad por las cosas de la antigüedad y deseando perpetuar su nombre, fue personalmente hasta la montaña de Tampu-Tocco… y entró en la cueva en la que se tiene por cierto que Manco Capac y sus hermanos entraron cuando iban hacia Cuzco por vez primera… Después de hacer una inspección minuciosa, veneró el lugar con rituales y sacrificios, y puso puertas de oro en la ventana de Capac Tocco, y ordenó que, de entonces en adelante, aquel sitio debería ser venerado por todos, convirtiéndolo en un lugar sagrado de oración para sacrificios y oráculos. Después de esto, volvió a Cuzco».*

El sujeto de esta historia, al noveno Inca, se llamaba Titu Manco Capac; se le dio el título adicional de *Pachacutec* («reformador») porque, tras su regreso de Tampu-Tocco, reformó el calendario. Así es como las Tres Ventanas y el Intihuatana, la Roca Sagrada y el Torreón confirman la existencia de Tampu-Tocco, el relato de los hermanos Ayar, los reinados preincaicos del antiguo imperio y los conocimientos de astronomía y calendáricos, elementos clave en la historia y cronología que compiló Montesinos.

La veracidad de los datos de Montesinos puede recibir un apoyo adicional si se demuestra que tenía razón en lo referente a la existencia de escritura en los tiempos del imperio antiguo. Y nos encontramos con que Cieza de León sostiene el mismo punto de vista, afirmando que «en la época precedente a los emperadores incas existió escritura en Perú… sobre hojas, pieles, tejidos y piedras».

Muchos expertos sudamericanos se unen ahora a los antiguos cronistas en la creencia de que los nativos de aquellas tierras tenían una o más formas de escritura en la antigüedad.

En numerosos estudios se habla de petroglifos («escritos en la piedra»), que se han encontrado por todas partes, en donde se observan diversos grados de escritura pictográfica o jeroglífica. Rafael Larco Hoyle, por ejemplo (*La escritura peruana preincaica*), sugería, con la ayuda de imágenes, que el pueblo de la costa hasta Paracas estaba en posesión de una escritura jeroglífica similar a la de los mayas. Arthur Posnansky, el destacado explorador de Tiahuanacu, presentó voluminosos estudios en los que demostraba que los grabados que aparecían en los monumentos eran de una escritura picto-gráfica-ideográfica —un paso anterior a la escritura fonética. Y un famoso descubrimiento, la Piedra de Calango, que se exhibe actualmente en el Museo de Lima (Fig. 79), sugiere una combinación de pictogramas con una escritura fonética, quizás incluso alfabética.

Figura 79.

Uno de los mayores exploradores de América del Sur, Alexander von Humboldt, trató de este tema en su principal obra, *Vues des cordilléres et monuments des peuples indigenes de l'Amerique* (1824).

*«Recientemente, se ha puesto en duda —escribió—, que los peruanos tuvieran, además de Quippus, conocimientos de una escritura de signos. Hay un pasaje en El origen de los indios del Nuevo Mundo (Valencia, 1610), página 91, que no deja lugar a dudas a este respecto».*

Después de hablar de los jeroglíficos mexicanos, el padre García añade:

*«Al principio de la Conquista, los indios de Perú se confesaban pintando caracteres que hacían una relación de los Diez Mandamientos y de las transgresiones cometidas contra ellos».*

Es posible concluir que los peruanos estaban en posesión de una escritura de imágenes, pero que sus símbolos eran más burdos que los jeroglíficos mexicanos, y que, en términos generales, la gente hacía uso de los *quippus*.

Humboldt también contó que, estando en Lima, oyó hablar de un misionero llamado Narcisse Gilbar que había encontrado, entre los indios panos del río Ucayale, al norte de Lima, un libro de hojas plegadas, similar a los que habían utilizado los aztecas en México; pero nadie en Lima podía leerlo.

*«Se decía que los indígenas le contaron al misionero que el libro hablaba de antiguas guerras y viajes».*

En 1855, Ribero y Von Tschudi dieron cuenta de otros descubrimientos y concluyeron que en realidad había existido otro método de escritura en Perú además de los quipos. En una obra que Von Tschudi hizo por separado hablando de sus propios viajes (en *Reisen durch Südamerika*), éste habla de la emoción que sintió cuando le enseñaron una fotografía de un pergamino de piel con marcas jeroglíficas. El pergamino real lo encontró en el museo de La Paz, en Bolivia, e hizo una copia de la escritura que figuraba en él (Fig. 80 a).

*«Estos símbolos me provocaron el mayor de los asombros —escribió— y estuve durante horas delante de este pergamino de piel, intentando descifrar "el laberinto" de su escritura».*

Determinó que la escritura comenzaba por la izquierda, después continuaba en la segunda línea desde la derecha, en la tercera línea volvía a comenzar desde la izquierda, y así sucesivamente, serpenteando. Concluyó también que estaba escrito en la época en que se adoraba al Sol; pero no pudo ir más lejos.

Localizó el lugar de origen de la inscripción en las costas del Lago Titicaca. El padre de la misión eclesiástica del pueblo lacustre de Copacabana confirmó que aquélla era una escritura conocida en la zona, pero la atribuyó al período posterior a la Conquista. Claro está que la explicación no resultaba satisfactoria, dado que, si los indígenas no hubieran tenido su propia escritura, habrían adoptado la escritura latina de los españoles para expresarse. Aun cuando esta escritura jeroglífica evolucionara después de la Conquista, dice Jorge Cornejo Bouroncle (*La idolatría en el antiguo Perú*), «su origen debe de haber sido mucho más remoto».

Arthur Posnansky (*Guía general ilustrada de Tiahuanaco*) descubrió más inscripciones sobre las rocas de dos islas sagradas del lago Titicaca, y señaló que eran muy similares a las enigmáticas inscripciones descubiertas en la isla de Pascua (Fig. 80b), conclusión con la que, en la actualidad, suelen coincidir los expertos. Pero se sabe que la escritura de la isla de Pascua pertenece a la familia de las escrituras indoeuropeas del Valle del Indo y de los hititas.

Un rasgo común a todas ellas (incluidas las inscripciones del Lago Titicaca) es su sistema «como de arado de buey»: la escritura de la primera línea comienza por la izquierda y termina por la derecha; en la segunda línea es al revés, terminando por la izquierda; en la tercera es igual que en la primera, y así sucesivamente.

Figura 80.

Sin querer entrar ahora en la cuestión de cómo llegó al lago Titicaca una escritura que imita a la de los hititas (Fig. 80c), parece que queda confirmada la existencia de una o más formas de escritura en el antiguo Perú. Así pues, también a este respecto, la información proporcionada por Montesinos demuestra ser correcta. Si, a pesar de todo esto, al lector le resulta todavía difícil de aceptar la inevitable conclusión de que hubo una civilización del tipo del Viejo Mundo en los Andes hacia el 2400 a. C., entonces aportaremos algunas evidencias más.

Los expertos han ignorado por completo como pista válida la reiterada afirmación de las leyendas andinas de que hubo una terrorífica oscuridad en tiempos remotos. Nadie se ha preguntado si no sería ésta la misma oscuridad —la no aparición del sol en el momento en que debería de haberlo hecho— de la cual hablan las leyendas mexicanas en el relato de Teotihuacán y sus pirámides. Pues, si de verdad sucedió este fenómeno, que el sol no salió y la noche se hizo interminable, debió de ser algo que se pudo observar en todo el continente americano.

Los recuerdos colectivos mexicanos y los andinos parecen corroborarse entre sí en este punto, apoyando así la veracidad de ambos, como dos testigos ante un mismo acontecimiento.

Pero, por si esto no fuera lo suficientemente convincente, podemos recurrir a la Biblia en busca de evidencias, y podemos recurrir nada menos que a Josué como testigo.

Según Montesinos y otros cronistas, un acontecimiento de lo más inusual tuvo lugar durante el reinado de Titu Yupanqui Pachacuti II, decimoquinto monarca del Imperio Antiguo. Fue en el tercer año de su reinado, en que «las buenas costumbres se olvidaron y la gente se entregó a todo tipo de vicios», cuando «no hubo amanecer durante veinte horas». Es decir, la noche no terminó cuando tendría que haberlo hecho, y la salida del Sol se retrasó durante veinte horas. Después de un gran lamento, de confesiones de los pecados, sacrificios y oraciones, el Sol apareció finalmente.

Esto no pudo ser un eclipse: no fue que el Sol se viera oscurecido por una sombra. Además, ningún eclipse dura tanto, y los peruanos eran conocedores de estos eventos periódicos. El relato no dice que el Sol desapareciera; dice que no salió —«no hubo amanecer»— durante veinte horas.

Fue como si el Sol, dondequiera que estuviera escondido, se hubiera parado de pronto.

Si los recuerdos andinos son ciertos, en algún otro lugar —en la otra parte del mundo—, el DÍA tuvo que ser igual de largo, y no debió terminar cuando debería de haber terminado, por ser un día veinte horas más largo.

Increíblemente, este acontecimiento está registrado, y en ningún sitio mejor que en la misma Biblia. Fue cuando los israelitas, bajo el liderazgo de Josué, acababan de cruzar el río Jordán y de entrar en la Tierra Prometida, después de tomar las ciudades fortificadas de Jericó y Ay. Fue cuando todos los reyes amorreos formaron una alianza para crear una fuerza combinada contra los israelitas. Una gran batalla tuvo lugar en el valle de Ayyalón, cerca de la ciudad de Gabaón. Comenzó con un ataque nocturno de los israelitas, que puso a los cananeos en fuga. Al amanecer, cuando las fuerzas cananeas se reagruparon cerca de Bet Jorón, el Señor Dios

> *«arrojó grandes piedras desde el cielo sobre ellos… y murieron; hubo más de ellos que murieron por las piedras, que los que murieron por la espada de los israelitas».*
>
> *Entonces Josué le habló a Yahveh,*
> *el día en que Yahveh entregó*
> *a los amorreos a los Hijos de Israel, diciendo:*
> *«A la vista de los israelitas,*
> *que el Sol se detenga en Gabaón*
> *y la Luna en el valle de Ayyalón».*
> *Y el Sol se detuvo, y la Luna se paró,*
> *hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos.*
> *Cierto es, pues todo esto está escrito en el Libro de Jashar:*
> *el Sol se detuvo en mitad de los cielos*

*y no se apresuró en bajar*
*en casi un día entero.*

Los expertos han estado pugnando durante generaciones con este relato del capítulo 10 del Libro de Josué. Algunos lo han descartado como mera ficción; otros ven en él los ecos de un mito; y otros más intentan explicarlo en términos de un eclipse de Sol inusualmente prolongado. Pero no sólo es que estos eclipses de Sol son desconocidos, sino que, además, el relato no habla de la desaparición del Sol. Al contrario, relata un acontecimiento en el cual el Sol continuó viéndose, colgado en los cielos, durante «casi un día entero» —¿digamos veinte horas?

El incidente, cuya singularidad se reconoce en la Biblia («no hubo un día como aquél, ni antes ni después»), al tener lugar en el lado opuesto de la Tierra con respecto a los Andes, describiría por tanto un fenómeno que sería el inverso al sucedido en América. En Canaán, el Sol no se puso durante unas veinte horas; en los Andes, el Sol no salió durante el mismo lapso de tiempo.

¿Acaso no describen los dos relatos el mismo acontecimiento y, por provenir desde dos lados diferentes de la Tierra, atestiguan su veracidad?

Lo que pudo suceder todavía es un enigma. La única pista bíblica es la mención de las grandes piedras que cayeron del cielo. Dado que sabemos que lo que los relatos describen no es la detención del Sol (y la Luna), sino una alteración en la rotación de la Tierra sobre su eje, una explicación posible sería la de que un cometa hubiera pasado demasiado cerca de la Tierra, desintegrándose en el proceso. Y, dado que algunos cometas orbitan el Sol en dirección opuesta a las manecillas del reloj, que es la inversa a la dirección orbital de la Tierra y el resto de planetas, su fuerza cinética podría haber contrarrestado temporalmente la rotación de la Tierra, provocando una ralentización.

Sea cual sea la causa exacta del fenómeno, lo que nos interesa ahora es su ubicación temporal. La fecha generalmente aceptada para el Éxodo es la del siglo XIII a. C. (hacia el 1230 a. C.), y los expertos que propugnan una fecha anterior en unos dos siglos se encuentran en franca minoría. Sin embargo, en nuestras obras anteriores (véase *Las guerras de los dioses y los hombres*), nosotros hemos llegado a la conclusión de que el año 1433 a. C. encajaría a la perfección este acontecimiento, así como los relatos bíblicos de los patriarcas hebreos, con los acontecimientos contemporáneos conocidos y las cronologías de Mesopotamia y Egipto.

Después de la publicación de nuestras conclusiones (en 1985), dos eminentes arqueólogos y expertos bíblicos, John J. Bimson y David Livingstone, llegaron, tras un exhaustivo estudio *(Biblical Archeology Review,* Septiembre/Octubre 1987) a la conclusión de que el Éxodo tuvo lugar hacia el 1460 a. C. Además de sus propios descubrimientos arqueológicos y de un análisis de los períodos de la Edad del Bronce en el Oriente Próximo de la antigüedad, los datos bíblicos y el proceso de cálculo que

emplearon fue el mismo que utilizamos nosotros dos años antes.

(También explicamos entonces por qué habíamos decidido reconciliar las dos líneas de datos bíblicos fechando el Éxodo en el 1433 a. C. en vez de en el 1460 a. C.).

Dado que los israelitas erraron por los desiertos del Sinaí durante cuarenta años, la entrada en Canaán tuvo lugar en 1393 a. C.; y el acontecimiento observado por Josué tuvo que ocurrir poco después.

La pregunta ahora es la siguiente: el fenómeno opuesto, la noche interminable, ¿ocurrió en los Andes al mismo tiempo?

Desgraciadamente, la forma en que los escritos de Montesinos han llegado hasta los expertos actuales deja algunas lagunas en los datos relativos a la duración del reinado de cada monarca, y esto nos obligará a obtener la respuesta dando un rodeo.

El acontecimiento, según nos informa Montesinos, tuvo lugar en el tercer año del reinado de Titu Yupanqui Pachacuti II. Para determinar este momento, tendremos que calcular desde ambos extremos. Se nos dice que los primeros 1000 años desde el Punto Cero se cumplieron durante el reinado del cuarto monarca, es decir, en el 1900 a. C.; y que el trigesimose gundo rey reinó 2070 años después del Punto Cero, es decir, en el 830 a. C.

¿Cuándo reinó el decimoquinto monarca? Los datos de los que disponemos sugieren que los nueve reyes que separan al cuarto del decimoquinto monarca remaron un total de unos 500 años, colocando a Titu Yupanqui Pachacuti II en los alrededores del 1400 a. C. Y calculando hacia atrás desde el trigesimosegundo monarca (830 a. C.), llegamos al 564 como número de años transcurridos, dándonos la fecha de 1394 a. C. para Titu Yupanqui Pachacuti II.

De ambos modos llegamos a una fecha para el acontecimiento andino que coincide con la fecha bíblica y la fecha del acontecimiento en Teotihuacán.

La impactante conclusión es evidente:

EL DÍA EN QUE EL SOL SE DETUVO EN CANAÁN FUE LA NOCHE SIN AMANECER EN LAS AMÉRICAS.

El acontecimiento, así verificado, se levanta como una prueba irrefutable de la veracidad de los recuerdos andinos de un Imperio Antiguo que comenzó cuando *los dioses concedieron a la humanidad la varita de oro en el lago Titicaca*.

# 8. LOS CAMINOS DEL CIELO.

*Los cielos manifiestan la gloria del Señor*
*y la bóveda del cielo revela la obra de sus manos.*
*Un día anuncia a otro,*
*una noche imparte conocimientos a otra*
*sin palabras, sin hablar,*
*sin que sus voces se escuchen.*
*Por toda la Tierra ha ido su línea,*
*hasta en los confines del mundo está su mensaje;*
*en ellos Él ha hecho que el Sol ponga su tienda.*

Así describió el salmista bíblico las maravillas de los cielos y el milagro de los días y las noches que se siguen, mientras la Tierra rota sobre su eje (la bíblica «línea» que va a través de la Tierra) y órbita al Sol, que se asienta en el centro de todo (como un potentado en su tienda).

*«El día es tuyo y la noche también; tú has establecido la luminaria y el Sol… Verano e invierno por ti fueron creados».*

Durante milenios, desde que el hombre alcanzó la civilización, sacerdotes-astrónomos observaron los cielos en busca de guía para el hombre en la Tierra — desde los zigurats de Sumer y Babilonia, los templos de Egipto, el círculo de piedras de Stonehenge o el Caracol de Chichén Itzá. Se observaron, se calcularon y se registraron los complejos movimientos celestes de estrellas y planetas; y, para poder hacer esto, zigurats, templos y observatorios se alinearon con exactas orientaciones celestes y se dotaron de aberturas y de otros detalles de construcción que permitieran entrar la luz del Sol o de otra estrella en los momentos de los equinoccios o de los solsticios.

¿Para qué llegó el hombre hasta estos extremos? ¿Para ver qué, Para determinar qué?

Entre los expertos, es habitual atribuir los esfuerzos astronómicos del hombre antiguo a la necesidad de un calendario para una sociedad agrícola que precisaba saber cuándo sembrar y cuándo cosechar. Esta explicación se ha dado por supuesta durante mucho tiempo. Sin embargo, un agricultor que labre la tierra año tras año puede estimar el cambio de las estaciones y la llegada de las lluvias mucho mejor que cualquier astrónomo, y aún podría contarle un par de cosas más. Lo cierto es que, dondequiera que se han encontrado sociedades primitivas (que subsisten de la agricultura) en los lugares más remotos del mundo, sus miembros han vivido y se han alimentado durante generaciones sin necesidad de astrónomos ni de un calendario preciso. Y también es un hecho fundado que el calendario fue diseñado en la antigüedad dentro de una sociedad urbana, y no agrícola.

Un simple reloj de sol, un gnomon, puede proporcionar suficiente información diaria y estacional como para no poder sobrevivir sin él. Sin embargo, el hombre antiguo estudiaba los cielos y alineaba sus templos con las estrellas y los planetas, y

no relacionaba su calendario y sus festividades con el suelo sobre el que se erguía, sino sobre los caminos del cielo ¿Por qué? Porque el calendario no se diseñó con fines agrícolas, sino con fines religiosos. No para beneficio de la humanidad, sino para venerar a los dioses. Y los dioses, según la primera de todas las religiones y según el pueblo que nos dio el calendario, vinieron de los cielos.

Habría que leer y releer los versos del salmista para darse cuenta de que la observación de las maravillas de los fenómenos celestes no tiene nada que ver con labrar la tierra o pastorear el ganado; tiene que ver con la veneración al Señor de Todo. Y no hay mejor forma de comprenderlo que volviendo a Sumer, pues fue allí, hace unos 6000 años, donde la astronomía, el calendario y la religión enlazaron a la Tierra con los Cielos. Aquéllos eran los conocimientos que, según los súmenos, les habían dado los anunnaki («aquéllos que del Cielo a la Tierra vinieron»), los que habían venido a la Tierra desde su planeta, Nibiru. Según ellos, Nibiru era el duodécimo miembro del Sistema Solar, y ésa es la razón por la que la franja celeste se dividió en doce casas y el año en doce meses. La Tierra era el séptimo planeta (contando desde el exterior hacia el interior), y de ahí que, dado que el doce era el número sagrado celeste, el siete fuera el número sagrado terrestre.

Los sumerios dejaron constancia en numerosas tablillas de arcilla de que los anunnaki habían llegado a la Tierra mucho antes del Diluvio. En *El 12º planeta* determinamos que debió de suceder unos 432 000 años antes del Diluvio —período equivalente a 120 órbitas de Nibiru, órbitas que, aunque para los anunnaki no representan más que un año de los suyos, equivalen a 3600 años terrestres. Éstos iban y venían entre Nibiru y la Tierra cada vez que su planeta se acercaba al Sol (y a la Tierra), mientras pasaba entre Júpiter y Marte; y no cabe duda de que, fuera lo que fuera lo que los sumerios se pusieron a observar en los cielos, no pretendían saber cuándo tenían que sembrar, sino ver y celebrar el regreso del Señor celeste.

Creemos que éste es el motivo por el cual el hombre se hizo astrónomo; que ésta es la razón por la cual, a medida que el tiempo pasaba y Nibiru dejaba de verse, el hombre buscó signos y augurios en los fenómenos que se podían contemplar, y la astronomía dio origen a la astrología. Y si las orientaciones astronómicas y los alineamientos y divisiones celestes que tuvieron su origen en Sumer se pudieran encontrar también en los Andes, se demostraría que entre estas dos culturas tuvo que haber una conexión irrefutable.

En algún momento de principios del cuarto milenio a. C., según los textos sumerios, el soberano de Nibiru, Anu, y su esposa, Antu, visitaron la Tierra. En su honor, se construyó un flamante recinto sagrado con una torre-templo, en un lugar que, posteriormente, se conocería como Uruk (la bíblica Erek). Se ha conservado un texto sobre tablillas de arcilla en donde se cuenta la noche que pasaron allí. Al anochecer, se dio inicio a una comida ceremonial con un lavatorio de manos ritual

sobre una señal celeste —la aparición de Júpiter, Venus, Mercurio, Saturno, Marte y la Luna. Después, se sirvió la primera parte de la comida, seguida por un pausa. Mientras un grupo de sacerdotes se ponía a cantar el himno *Kakkab Anu Etellu Shamame* («El planeta de Anu se eleva en los cielos»), un sacerdote-astrónomo, «en el piso más alto de la torre del templo» esperaba la aparición del planeta de Anu, Nibiru. Cuando se avistó el planeta, los sacerdotes rompieron a cantar «A aquél que crece en brillo, el planeta celestial del Señor Anu», y el salmo «Ha aparecido la imagen del Creador». Se encendió una hoguera para señalar el momento y para transmitir la noticia a las poblaciones vecinas y, antes de que acabara la noche, todo el país resplandecía con el fuego de las hogueras; finalmente, por la mañana, se recitaron oraciones de agradecimiento.

El esmero y los grandes conocimientos astronómicos que se requerían para la construcción de templos en Sumer se hacen evidentes a partir de las inscripciones del rey sumerio Gudea (hacia el 2200 a. C.). El primero que se le presentó fue «un hombre que brillaba como el cielo», que estaba de pie, junto a un «pájaro divino». Este ser, «que por la corona sobre su cabeza era, obviamente, un dios», afirma Gudea, resultó ser el dios Ningirsu. Le acompañaba una diosa que «sostenía la tablilla de su estrella favorable de los cielos». En la otra mano, tenía «un estilo sagrado», con el cual le indicaba al rey «el planeta favorable». Un tercer dios de aspecto humano tenía en las manos una tablilla de piedra preciosa, sobre la cual estaba dibujando el plano del templo. En una de las estatuas de Gudea se le puede ver sentado con esta tablilla sobre las rodillas. El dibujo divino se puede ver con toda claridad; ofrece la planta del templo, y una escala para erigir los siete pisos, cada vez más pequeños a medida que se asciende. Y no era, lo indica el texto, un Templo Solar, sino un Templo Estrella + Planeta.

Los sofisticados conocimientos astronómicos de los que hicieron gala los sumerios no se limitaban a la construcción de templos. Tal como explicamos en nuestros libros anteriores, y tal como se reconoce actualmente en general, fue en Sumer donde se establecieron todos los conceptos y principios de la moderna astronomía esférica. La lista puede comenzar con la división del círculo en 360°, la concepción de cénit, el horizonte y otras nociones y términos astronómicos, y puede acabar con la agrupación de estrellas en constelaciones, el diseño, nominación y representación gráfica del Zodiaco y sus doce casas, y el reconocimiento del fenómeno de la Precesión —el retraso en el movimiento de la Tierra alrededor del Sol en alrededor de un grado cada 72 años.

Mientras que el planeta de los dioses, Nibiru, aparecía y desaparecía en el curso de sus 3600 años terrestres de órbita, la humanidad en la Tierra tan sólo podía contar el paso del tiempo en términos de su propia órbita alrededor del Sol. Tras el fenómeno del día y la noche, el más fácil de reconocer era el de las estaciones. Como

atestiguan los círculos de piedras, tan sencillos como abundantes, era fácil establecer hitos que marcaran los cuatro puntos de la relación Tierra/Sol: la elevación aparente del Sol en los cielos y su lento aumento de duración con el paso del invierno a la primavera; un punto cuando el día y la noche parecen iguales; después, el gradual distanciamiento del Sol a medida que los días se hacen más cortos y la temperatura comienza a bajar. Mientras el frío y la oscuridad aumentan y parece que el Sol se vaya a desvanecer por completo, vacila, se detiene y comienza su regreso; y todo el ciclo se repite —ha comenzado un nuevo año. Así se establecieron los cuatro acontecimientos del ciclo Tierra/Sol: los solsticios de verano e invierno («las detenciones solares»), cuando el Sol alcanza sus posiciones más lejanas al norte y al sur, y los equinoccios de primavera y otoño, cuando el día y la noche son iguales.

Para relacionar este movimiento aparente del Sol con respecto a la Tierra, cuando en realidad es la Tierra la que órbita alrededor del Sol —hecho que los sumerios conocían y representaban—, era necesario proporcionar un punto de referencia celeste al observador en la Tierra. Esto se lograba dividiendo los cielos, el gran círculo formado por la Tierra alrededor del Sol, en doce partes —las doce casas del Zodiaco, cada una con su propio grupo discernible de estrellas (las constelaciones). Se eligió un punto —el equinoccio de primavera—, y la casa del Zodiaco en la que el Sol se veía en ese momento se declaró como primer día del primer mes del nuevo año. Y esto, todas las investigaciones sobre los registros antiguos lo demuestran, ocurrió en la casa zodiacal o Era de Tauro.

Pero entonces llegó la precesión para arruinar el arreglo. Porque el eje de la Tierra está inclinado en relación con el plano orbital alrededor del Sol (23' 5° en la actualidad), y esto hace que cabecee como una peonza. El eje apunta a un lugar celeste cambiante, formando un gran círculo imaginario en los cielos que precisa de 25 920 años para recorrerlo. Eso significa que el «punto fijo» elegido cambia un grado cada 72 años, y cambia completamente de una casa zodiacal a otra cada 2160 años. Alrededor de dos milenios después de que se estableciera el calendario en Sumer, se hizo necesario reformarlo y seleccionar como punto fijo la Casa de Aries. Los astrólogos aún levantan sus horóscopos basándose en el primer punto de Aries, aunque los astrónomos saben que llevamos casi dos mil años en la Era de Piscis, y estamos a punto de entrar en la Era de Acuario.

La división del gran círculo celeste en doce partes, en honor a los doce miembros del Sistema Solar y al panteón de doce dioses olímpicos, llevó también al año solar a una estrecha correlación con la periodicidad de la Luna. Pero, dado que el mes lunar se queda corto para recorrer el año solar doce veces, se diseñaron unos complejos métodos de intercalación mediante los cuales añadir días cada cierto tiempo para alinear los doce meses lunares con el año solar.

En tiempos babilónicos, en el segundo milenio a. C., había que alinear los

templos en función de tres cosas: el nuevo Zodiaco (Aries), los cuatro puntos solares (el más importante de los cuales, en Babilonia, era el equinoccio de primavera) y el período lunar. El templo más importante de Babilonia, que honraba a su dios nacional, Marduk, y cuyas ruinas se han encontrado en un relativo buen estado de conservación, ejemplifica todos estos principios astronómicos. También se han encontrado textos que describen en términos arquitectónicos sus doce puertas y sus siete niveles, permitiendo a los expertos reconstruir su funcionalidad como un sofisticado observatorio solar, lunar, planetario y estelar (Fig. 81).

Sólo en los últimos años se ha llegado a reconocer que la astronomía, combinada con la arqueología, puede ayudar a fechar monumentos, a explicar acontecimientos históricos y a definir los orígenes celestes de las creencias religiosas. Y llevó casi un siglo que esta idea alcanzara el nivel de una disciplina llamada arqueoastronomía, pues fue en 1894 cuando *Sir* Norman Lockyer (*The Dawn of Astronomy*) demostró de forma convincente que, en todos los tiempos y casi en todas partes, los templos —desde los más antiguos santuarios hasta las mayores catedrales— se habían orientado astronómicamente. Vale la pena mencionar que la idea se le ocurrió debido a «algo remarcable: en Babilonia, desde el principio de los tiempos, el signo de Dios era una estrella»; del mismo modo, en Egipto, «en los textos jeroglíficos, tres estrellas representaban el plural “dioses”». También observó que, en el panteón hindú, los dioses más venerados del templo eran *Indra* («el día traído por el Sol») y *Ushas* («amanecer»), dioses relacionados con la salida del Sol.

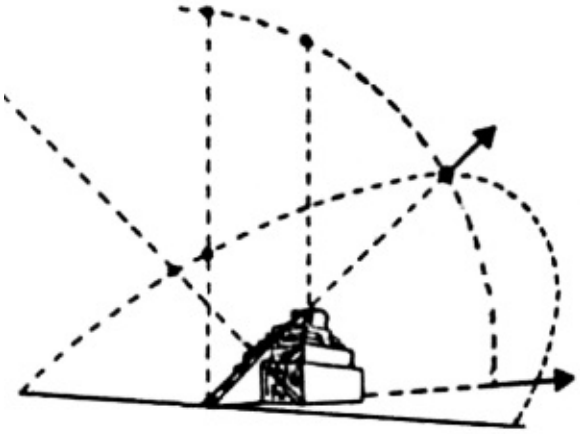

Figura 81.

Centrándose en Egipto, en donde todavía hay en pie antiguos templos y se puede estudiar en detalle su arquitectura y su orientación, Lockyer reconoció que los templos de la antigüedad eran o bien templos solares, o bien templos estelares. Los primeros eran los templos cuyo eje y ritual o funciones calendáricas se alineaban bien con los solsticios, o bien con los equinoccios; los últimos eran templos que no estaban conectados con ninguno de los cuatro puntos solares, sino que estaban diseñados para observar y venerar la aparición de determinada estrella, en

determinado día, en determinado punto del horizonte. A Lockyer le resultó asombroso que, cuanto más antiguos eran los templos, más sofisticada era su astronomía. Así, en los inicios de su civilización, los egipcios eran capaces de combinar un aspecto estelar (la estrella más brillante entonces, Sirio) con un acontecimiento solar (el solsticio de verano) y con el desbordamiento anual del Nilo. Lockyer calculó que esta triple coincidencia sólo podía suceder una vez cada 1460 años, y que el Punto Cero egipcio, momento en el que comenzó su cuenta calendárica, fue hacia el 3200 a. C.

Pero la principal contribución de Lockyer a lo que (¡después de casi un siglo!) se ha convertido en la arqueoastronomía fue la constatación de que la orientación de los templos antiguos podía ser una pista para determinar el momento exacto de su construcción. Su ejemplo más importante fue el complejo de templos de Tebas, en el Alto Egipto (Karnak). Allí, la orientación, más antigua y sofisticada, de las ciudades sagradas más antiguas (a los equinoccios) dio paso a la más sencilla orientación a los solsticios. En Karnak, el Gran Templo de Amón-Ra constaba de dos construcciones rectangulares construidas espalda contra espalda sobre un eje este-oeste, con una pequeña desviación hacia el sur (Fig. 82).

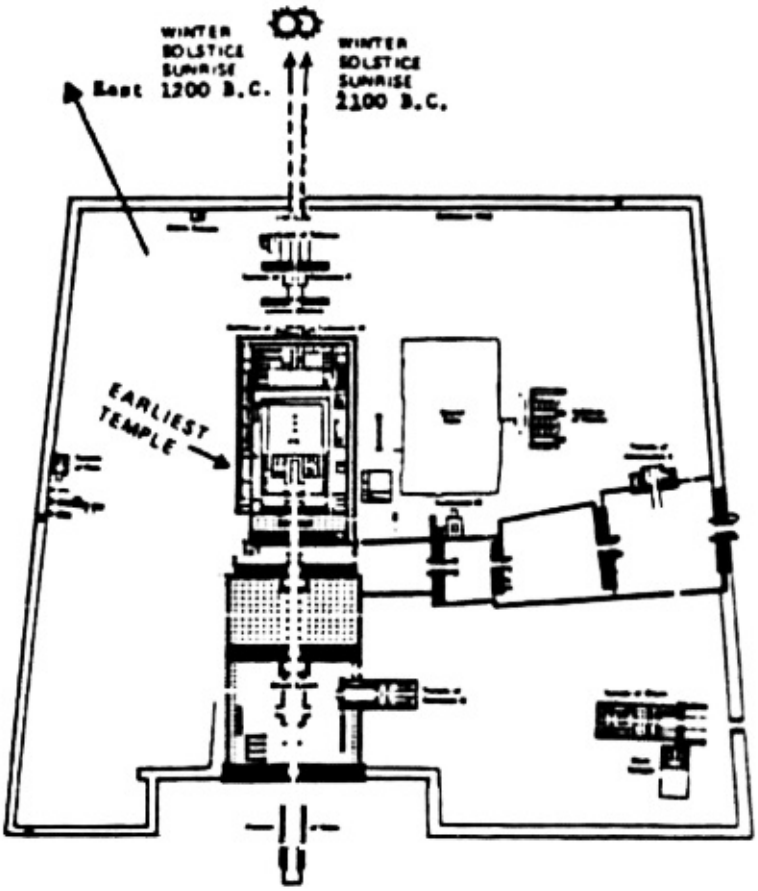


Figura 82.

La orientación era tal que, en el momento del solsticio, un rayo de luz solar cruzaba un corredor en toda su longitud (alrededor de 152 metros de largo), pasando

de una parte del templo a la otra por entre dos obeliscos. Y, durante un par de minutos, el rayo de sol alcanzaba el Santo de los Santos, en el extremo del corredor, con un destello de luz, señalando así el momento de comienzo del año nuevo, con el primer día del primer mes.

Pero aquel preciso momento no era constante; seguía cambiando, dando como consecuencia que los posteriores templos se construyeran con pequeñas modificaciones en la orientación. Cuando la orientación se basó en los equinoccios, lo que variaba era el cambiante fondo estelar contra el cual se veía el Sol —el cambio de «eras» zodiacales se debe a la precesión. Pero parecía haber otro cambio más profundo que afectaba a los solsticios: ¡el ángulo entre los extremos de la zona por la que se movía el Sol seguía disminuyendo! Con el tiempo, los movimientos del Sol parecían estar sujetos a otro fenómeno má en su relación con la Tierra. Y los astrónomos descubrieron que la oblicuidad de la Tierra, la desviación de su eje contra su sendero orbital alrededor del Sol, no siempre había sido la de entonces (algo por debajo de los 23,5°). El cabeceo de la Tierra cambia esta desviación en alrededor de 1° cada 7000 años más o menos, decreciendo hasta quizás 21° antes de volver a aumentar hasta más de 24°. Rolf Müller, que aplicó este hecho a la arqueología andina *(Der Himmel über dem Menschen der Steinzeit* y otros estudios), calculó que, si los restos arqueológicos estaban orientados con una desviación de 24°, significaba que se habían construido hace, al menos, 4000 años.

La aplicación de este sofisticado e independiente método de datación es tan importante como la innovación de la datación por radiocarbono —quizás incluso más, puesto que las pruebas de radiocarbono sólo se pueden aplicar a materiales orgánicos (como la madera o el carbón) que se puedan encontrar en los edificios o cerca de ellos, lo cual no excluye que la construcción pueda ser de una época más antigua; pero la arqueoastronomía puede datar al edificio en sí mismo, e incluso las épocas en las que se construyeron sus diferentes partes.

El profesor Müller, cuyo trabajo examinaremos con más detenimiento, llegó a la conclusión de que las perfectas construcciones de sillares de Machu Picchu y Cuzco (tan remotas como las megalíticas poligonales) tenían más de 4000 años, confirmando así la cronología de Montesinos. Como veremos, la aplicación de la arqueoastronomía a las ruinas andinas ha dado al traste con muchas ideas referentes a la antigüedad de la civilización en las Américas.

Los astrónomos modernos tardaron en llegar a Machu Picchu, pero al final lo hicieron. Fue en la década de 1930 cuando Rolf Müller, profesor de astronomía de la Universidad de Potsdam, publicó sus primeros estudios sobre los aspectos astronómicos de las ruinas de Tiahuanacu, Cuzco y Machu Picchu. Sus conclusiones, en las que establecía la gran antigüedad de estas ruinas, y en especial de los monumentos de Tiahuanacu, a punto estuvieron de arruinar su carrera.

En Machu Picchu, Müller centró su atención en el Intihuatana, en la cumbre de la colina que se eleva al noroeste de la ciudad, y en la estructura que hay encima de la roca sagrada, pues en ambos lugares vio los detalles precisos que le pudieran permitir averiguar sus fines y usos *(Die Intiwatana [Sonnenwarten] im Alten Perú* y otros escritos).

Müller se dio cuenta de que el Intihuatana estaba en la cima del punto más alto de la ciudad. Desde allí, se podía ver el horizonte en todas direcciones; pero las paredes de sillares megalíticos impedían la visión en determinadas direcciones, las que estaban en la mente de los constructores. Tanto el Intihuatana como su base se tallaron a partir de una única roca natural, elevando el pilar o el cabo del artefacto hasta la altura deseada. Y tanto el pilar como la base se tallaron y orientaron de un modo preciso (véase Fig. 76). Müller concluyó que las distintas superficies inclinadas y los lados angulados se diseñaron para determinar la puesta del Sol en el solsticio de verano y el amanecer en el solsticio de invierno y en los equinoccios de primavera y otoño.

Antes de sus investigaciones en Machu Picchu, Müller había investigado a fondo los aspectos arqueoastronómicos de Tiahuanacu y de Cuzco. Un antiguo grabado en madera español (Fig. 83a) le sugirió que el gran Templo del Sol de Cuzco se construyó así para permitir que los rayos del Sol brillaran directamente en el Santo de los Santos en el amanecer del día del solsticio de invierno.

Aplicando las teorías de Lockyer al Coricancha, Müller fue capaz de calcular y demostrar que los muros precolombinos, junto con aquel circular Santo de los Santos, podían haber servido a los mismos fines que los templos en Egipto (Fig. 83b).

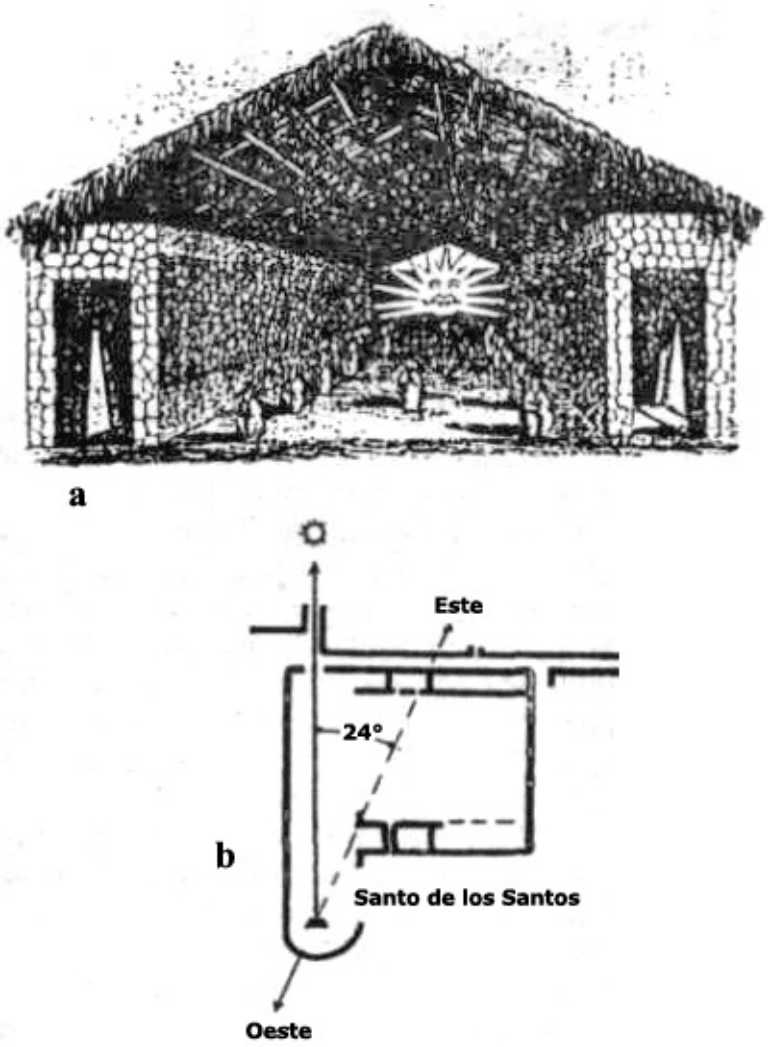


Figura 83.

El primer aspecto de la estructura de encima de la roca sagrada de Machu Picchu que resulta obvio es su forma semicircular y los perfectos sillares con los que está construida. Su parecido con el semicircular Santo de los Santos de Cuzco es obvio (ya hemos expresado nuestra opinión de que el de Machu Picchu fue anterior al de Cuzco); y también lo fue para Müller, que sugirió inmediatamente una función similar —la de determinar el solsticio de invierno.

Despues de comprobar que los arquitectos habían orientado las paredes rectas de esta estructura en función de la ubicación geográfica y la elevación por encima del nivel del mar de Machu Picchu, Müller determinó que las dos ventanas trapezoidales de la porción circular (Fig. 84) habrían permitido a un observador contemplar a través de ellas el amanecer de los solsticios de verano e invierno ¡de hace 4000 años!

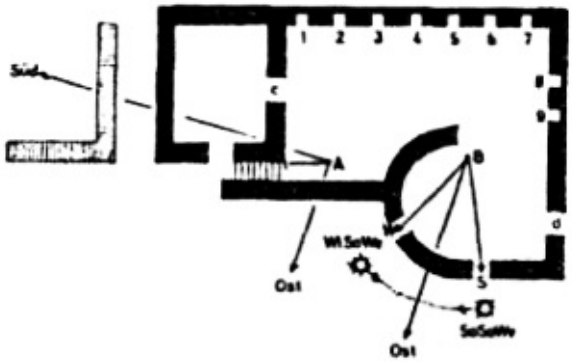

Figura 84.

En la década de 1980, dos astrónomos del Observatorio Steward de la Universidad de Arizona, D. S. Dearborn y R. E. White (*Archeoastronomy at Machu Picchu*) examinaron el mismo emplazamiento con instrumentos más modernos. Dearborn y White confirmaron las orientaciones astronómicas del Intihuatana y de las dos ventanas del Torreón (en donde el visionado se debe hacer desde la sobresaliente roca sagrada, a lo largo de sus ranuras y bordes). Sin embargo, no se unieron a Müller en la discusión sobre la edad de la construcción. Y ni ellos ni Müller intentaron trazar, milenios atrás, las líneas de observación a través de la más antigua de las construcciones megalíticas, la legendaria de las Tres Ventanas. Creemos que, allí, los resultados habrían sido aún más sorprendentes.

Sin embargo, Müller sí estudió la orientación de las murallas megalíticas de Cuzco. Sus conclusiones, de las que se han ignorado las implicaciones de largo alcance, fueron que «estaban situadas para la época que va del 4000 a. C. al 2000 a. C.» (*Sonne, Mond und Sterne über dem Reich der Inka*).

Esto sitúa la datación de las construcciones megalíticas (al menos, en Cuzco, Sacsahuamán y Machu Picchu) en el período de 2000 años que precede al 2000 a. C. del Torreón y el Intihuatana de Machu Picchu. En otras palabras, Müller concluyó que las estructuras del período preincaico abarcaban dos eras zodiacales:

las megalíticas, pertenecientes a la Era de Tauro, y

las del Imperio Antiguo y la pausa de Tampu-Tocco, pertenecientes a la Era de Aries.

En el Oriente Próximo de la antigüedad, el cambio provocado por la precesión requería de periódicas reformas en el calendario original sumerio. El cambio más importante, que estuvo acompañado por importantes revueltas religiosas, tuvo lugar hacia el 2000 a. C., con la transición del Zodiaco del Toro al del Carnero. Para sorpresa de algunos (no para nosotros), estos cambios y reformas se evidencian también en los Andes.

La idea de que los antiguos pueblos andinos tenían un calendario debería de ser una conclusión evidente por los escritos de Montesinos y otros cronistas que se refirieron a las reiteradas reformas del calendario que llevaron a cabo varios monarcas. Sin embargo, hicieron falta varios estudios, a comienzos de la década de

1930, para confirmar que los pueblos andinos no sólo tenían un calendario, sino que también tomaban nota de él (a pesar de que se suponía que no tenían escritura). Un pionero en este campo, Fritz Buck *(Inscripciones calendarías del Perú preincaico* y otros escritos) obtuvo suficientes evidencias arqueológicas como para apoyar tales conclusiones, como la de un laberinto, que era un instrumento para el recuento del tiempo, y un jarrón, encontrado en las ruinas del templo de Pachacamac, en donde se marcaban cuatro períodos de doce con la ayuda de líneas y puntos semejantes a los de los mayas y los olmecas.

Según el padre Molina, los incas

> *«comenzaban a contar el año a mediados de mayo, pocos días más o menos, en el primero de la luna. Iban al Coricancha por la mañana, a mediodía y por la noche, llevando la oveja que tenía que ser sacrificada ese día».*

Durante los sacrificios, los sacerdotes entonaban himnos, diciendo

> *«Oh Creador, Oh Sol, Oh Trueno, sé joven para siempre y no envejezcas; que todo esté en paz; que la gente se multiplique, que sus alimentos y todas sus cosas continúen siendo abundantes».*

Debido a que el calendario gregoriano se introdujo en Cuzco después de la época de Molina, el día de Año Nuevo del que hablaba se correspondería con el 25 de mayo más o menos. Los astrónomos de las universidades de Texas e Illinois han descubierto en los últimos años unas torres de observación de las que ya hablaba Garcilaso; y descubrieron que las líneas de visión eran las adecuadas para el 25 de mayo. Según los cronistas, los incas consideraban que su año comenzaba con el solsticio de invierno (equivalente al solsticio de verano en el hemisferio norte). Pero este acontecimiento no tiene lugar en Mayo, sino el 21 de Junio… ¡todo un mes de diferencia!

La única explicación posible para esto puede provenir del reconocimiento de que el calendario y el sistema de observación en el cual se basaba les fue legado a los incas en una época más antigua: el retardo de un mes viene como consecuencia de un cambio precesional que dura 2160 años por casa zodiacal.

Como ya hemos dicho, el Intihuatana de Machu Picchu no sólo servía para determinar los solsticios, sino también los equinoccios (cuando el día y la noche son iguales, cuando el Sol está sobre el ecuador, en marzo y en septiembre). Tanto los cronistas como los investigadores modernos (como L. E. Valcárcel, *The Andean Calendar*) dicen que los incas hacían lo imposible por determinar los días precisos de los equinoccios, y que los veneraban. Esta costumbre debía de provenir de épocas más antiguas, pues leemos que los monarcas del Imperio Antiguo estaban preocupados por la necesidad de determinar los equinoccios.

Montesinos nos dice que el cuadragésimo monarca del Imperio Antiguo fundó una academia para el estudio de la astronomía y la astrología, y determinó los

equinoccios. El hecho de que se le diera el título de *Pachacutec* indica que el calendario estaba, en aquella época, poco sincronizado con los fenómenos celestes, por lo que su reforma se hizo imperativa. Es ésta una información de lo más interesante; y, sin embargo, se ha pasado por alto. Según Montesinos, en el quinto año del reinado de este monarca se llegó a los 2500 años desde el Punto Cero —y a los 2000 años desde el comienzo del Imperio Antiguo.

¿Qué estaba sucediendo hacia el 400 a. C., que motivó una reforma en el calendario? Este lapso de tiempo, 2000 años, es paralelo al lapso de tiempo de los cambios zodiacales debidos a la precesión. En el Oriente Próximo de la antigüedad, cuando se inició el calendario en Nippur, hacia el 4000 a. C., el equinoccio de primavera tuvo lugar en la Casa de la Era de Tauro. Se retrasó a la de Aries hacia el 2000 a. C. y a la de Piscis para cuando nació Cristo.

La reforma andina de los alrededores del 400 a. C. confirma que el Imperio Antiguo y su calendario debieron de comenzar hacia el 2500 a. C. También sugiere que aquellos monarcas estaban familiarizados con el Zodiaco; pero el Zodiaco no era más que una división artificial y arbitraria de doce partes en la franja celeste alrededor del Sol; una invención sumeria que había sido adoptada por todos los pueblos del Viejo Mundo que les sucedieron (hasta el día de hoy). ¿Acaso era posible esto? La respuesta es sí.

Uno de los pioneros en este campo, S. Hagar, en una conferencia pronunciada ante el decimocuarto Congreso de Americanistas en 1904, titulada *The Peruvian Asterisms and their Relation to the Ritual*, demostró que los incas no sólo estaban familiarizados con las casas zodiacales (y sus meses paralelos), sino que también les daban distintos nombres. Los nombres, para sorpresa de los expertos pero no para nosotros, tienen un extraño parecido con aquéllos con los que estamos familiarizados y que tuvieron su origen en Sumer.

Así, enero, el mes de Acuario, se le consagró a *Mama Cocha y Capac Cocha*, Madre Agua y Señor Agua.

A marzo, el mes de Aries cuando la primera luna significaba en la antigüedad la víspera del Año Nuevo, se le llamaba *Katu Quilla*, Luna Mercado.

Abril, Tauro, se llamaba *Tupa Taruca*, Ciervo Pastador (no había toros en Sudamérica).

Virgo era *Sara Mama* (Madre Maíz) y su símbolo era una mujer; etc.

En realidad, la propia Cuzco era un testimonio en piedra tanto de esa familiaridad con el Zodiaco de doce casas como de la antigüedad de esos conocimientos. Ya hemos mencionado la división de Cuzco en doce distritos y su relación con las casas del Zodiaco. Y resulta significativo que el primer distrito, en las laderas de Sacsahuamán, estuviera relacionado con Aries, pues, como ya hemos demostrado, para buscar la relación de Aries con el equinoccio de primavera nos tendríamos que

remontar más de 4000 años.

Habría que preguntarse si los conocimientos requeridos para toda esta información astronómica y estas reformas de calendario se pudieron retener y transmitir a lo largo de tantos milenios sin algún tipo de sistema para conservar los datos, sin plasmarlo por escrito de algún modo. Como ya vimos, en los códices mayas había datos astronómicos que se habían copiado de fuentes más antiguas. Los arqueólogos han llegado a la conclusión de que las barras rectangulares que llevaban los reyes mayas (tal como se les representa en las estelas) eran en realidad «barras celestes» en donde estaban representados los jeroglíficos de determinadas constelaciones del Zodiaco (como la serie de jeroglíficos que enmarcan la imagen de Pacal en la losa de su sarcófago, en Palenque). ¿No se habrían copiado estas artísticas representaciones del período clásico de calendarios más antiguos y, quizá, menos refinados artísticamente? Esto es lo que sugiere una piedra redonda encontrada en Tikal (Fig. 85a) sobre la cual se ve la imagen del Dios Sol (con barba y con la lengua fuera) rodeado de jeroglíficos celestes.

Estos «primitivos» Zodiaco-calendarios en piedras circulares debieron de preceder a los perfeccionados calendarios de piedra de los aztecas, de los cuales se han encontrado varios; o como el de oro, el más sagrado de todos, que Moctezuma le regaló a Cortés cuando éste creyó que lo único que hacía era devolver lo que era suyo al Dios de la Serpiente Emplumada.

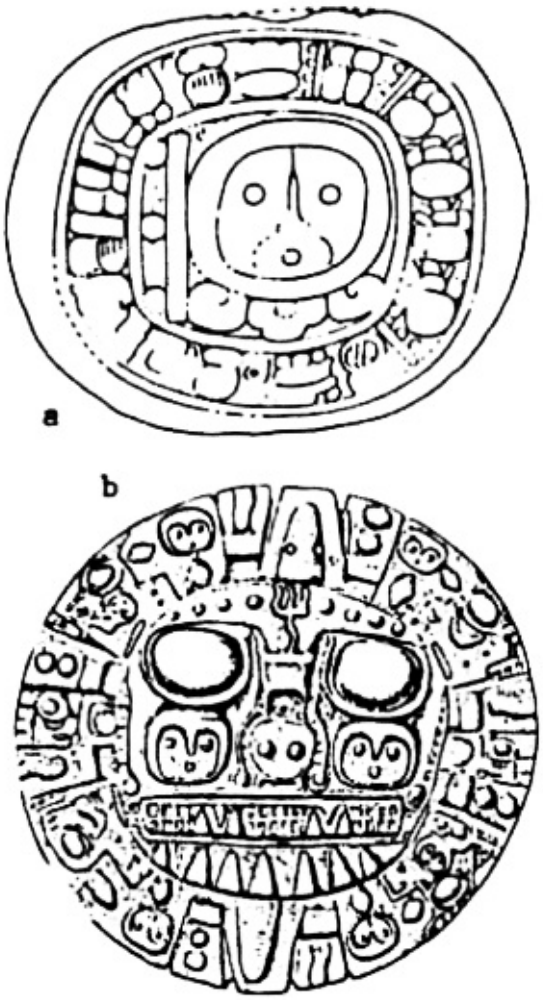


Figura 85.

¿Existieron registros de éstos —en oro— en el antiguo Perú? A pesar del trato que los españoles le dieron a todo lo que tuviera que ver con «ídolos», y especialmente si el objeto estaba hecho de oro (que rápidamente se fundía, como sucedió con la Imagen del Sol del Coricancha), al menos ha quedado una de estas reliquias.

Es un disco de oro, de alrededor de 14 centímetros de diámetro (Fig. 85b), que fue descubierto en Cuzco y se encuentra ahora en el Museo de los Indígenas Americanos de Nueva York, y que fue descrito hace más de un siglo por *Sir* Clemens Markham (*Cuzco and Lima; The Incas of Perú*). Éste llegó a la conclusión de que el disco representaba al Sol, en el centro, y tenía veinte símbolos diferentes a su alrededor, que tomó por símbolos de los meses, como en el calendario maya, también de veinte meses. W. Bollaert, en una conferencia que impartió ante la Sociedad Real de Anticuarios en 1860 y en posteriores escritos, consideró que aquel disco era «un calendario lunar o un Zodiaco». M. H. Saville *(A Golden Breastplate from Cuzco*, en la publicación de 1921 del Museo) señaló que seis de los signos circundantes se repetían dos veces, y dos de ellos se repetían cuatro veces (los marcó de la A a la H), de ahí que dudara de la validez de la teoría de los veinte meses de Markham.

El simple detalle de que dos por seis sean doce nos lleva a concordar con Bollaert

y a sugerir que el objeto sea una tablilla zodiacal más que un calendario mensual. Todos los expertos coinciden en que este objeto es de tiempos preincaicos. Sin embargo, nadie ha hecho notar lo mucho que se parece al calendario de piedra descubierto en Tikal —quizá porque sería poner otro clavo al ataúd en donde habría que dejar descansar la idea de que no hubo contacto, no hubo «difusión» entre América Central y América del Sur. Fue a principios de 1533 cuando un pequeño grupo de soldados de la partida de desembarco de Pizarro entró en Cuzco, la capital inca. El principal cuerpo del ejército de Pizarro estaba todavía en Cajamarca, en donde tenían prisionero al pretendiente, Atahualpa; y la misión del grupo enviado a Cuzco era recoger la contribución de la capital al rescate de oro que los españoles exigían a cambio de la libertad de Atahualpa.

En Cuzco, un general de Atahualpa, Quizquiz, les permitió entrar y examinar varios edificios importantes, incluido el Templo del Sol; los incas le llamaban el *Coricancha,* el Recinto Dorado, pues sus paredes estaban cubiertas con placas de oro, y entre sus muros había maravillosos objetos de oro, plata y piedras preciosas. Los pocos españoles que entraron en Cuzco sacaron setecientas placas de oro y, después de servirse otros tesoros, volvieron a Cajamarca.

El grueso de las fuerzas españolas entró en Cuzco a finales de año; y ya hemos relatado el destino de la ciudad, de sus edificios y sus santuarios, incluidos la profanación del Santo de los Santos y el saqueo y la fundición del Emblema Dorado del Sol que colgaba sobre el Altar Mayor.

Pero aquella destrucción física no pudo erradicar lo que los incas conservaban en sus recuerdos. Los incas recordaban que el Coricancha lo había construido el primer monarca; comenzó siendo una cabana con techo de paja. Los monarcas que vinieron después lo agrandaron y lo mejoraron, hasta tomar las dimensiones y la forma que tenía cuando llegaron los españoles. Los incas decían que, en el Santo de los Santos, las paredes estaban cubiertas, desde el suelo hasta el techo, con placas de oro.

> *«Sobre lo que llamaban el Altar Mayor —escribió Garcilaso—, estaba la imagen del Sol sobre una placa de oro dos veces más gruesa que las que cubrían las paredes. La imagen lo mostraba con un rostro redondo, y rayos y llamas de fuego, todo en una pieza».*

Aquél fue, ciertamente, el objeto de oro que los españoles vieron y se llevaron. Pero no era la imagen original que había dominado el muro, dando la cara al rayo de Sol del amanecer del día indicado.

La descripción más detallada de la pieza central y de las imágenes que la acompañaban la proporcionó Don Juan de Santa Cruz Pachacuti-Yumqui Salcamayhua, hijo de una princesa real inca y un noble español (que es la razón por la cual a veces se le llama Santa Cruz y a veces Salcamayhua). El relato se incluyó en su *Relación,* en la cual comenzó glorificando a la familia real inca ante los ojos de los españoles. Salcamayhua decía que fue el primer rey de la dinastía inca el que «ordenó

a los herreros que hicieran una placa de oro que significara que había un creador del Cielo y la Tierra». Salcamayhua ilustró su texto con un dibujo: era la poco usual y extraña forma de un óvalo.

Esta primera imagen fue reemplazada por una placa redonda cuando un monarca posterior declaró el Sol supremo. Otro Inca posterior volvió a poner la imagen oval; «era un gran enemigo de los ídolos; y ordenó a su pueblo que no rindiera tributo al Sol y a la Luna», sino al cuerpo celeste representado por la forma oval; fue él quien «hizo que se pusieran imágenes alrededor de la placa». Refiriéndose a la forma oval como «el Creador», Salcamayhua dejó claro que no se trataba del Sol, pues las imágenes del Sol y la Luna flanqueaban el óvalo. Para ilustrar lo que quería decir, Salcamayhua dibujó un largo óvalo flanqueado por dos círculos más pequeños.

La pieza central quedó así, con el óvalo como imagen superior, hasta la época del Inca Huáscar, uno de los dos hermanastros involucrados en la lucha por el trono cuando llegaron los españoles. Éste quitó la imagen oval y la sustituyó «por una placa redonda, como el Sol con rayos».

*«El Inca Huáscar había puesto una imagen del Sol en el lugar en donde el Creador había estado».*

De este modo, la alternancia de principios religiosos volvió a un panteón en el cual el Sol, y no Viracocha, era el supremo. Para dar a entender que él era el verdadero sucesor al trono, Huáscar añadió a su nombre el epíteto *Inti* («Sol»), dando a entender que era él, y no su hermanastro, el verdadero descendiente de los Hijos del Sol.

Tras explicar que el hastial, con el óvalo como imagen principal, representaba «lo que los paganos creían» respecto a los cielos y la Tierra, Salcamayhua hizo un esbozo grande en donde mostraba el aspecto del muro antes de que Huáscar sustituyera el óvalo por la imagen del Sol. Este esbozo se conservó porque Francisco de Ávila, que le preguntó a Salcamayhua y a otros sobre el significado de las representaciones, lo guardó entre sus papeles. También garabateó sobre el esbozo y alrededor de éste anotaciones en donde explicaba las imágenes, utilizando los términos quechuas y aymarás que les daban los nativos y sus propios términos en castellano. Si se quitan todas estas anotaciones (Fig. 86), se consigue una imagen clara de lo que se representaba encima del altar (el largo objeto cuadriculado de abajo): símbolos terrestres (gente, un animal, un río, montañas, un lago, etc.) en la parte inferior; imágenes celestes (el Sol, la Luna, las estrellas, el enigmático óvalo, etc.) en la parte superior.

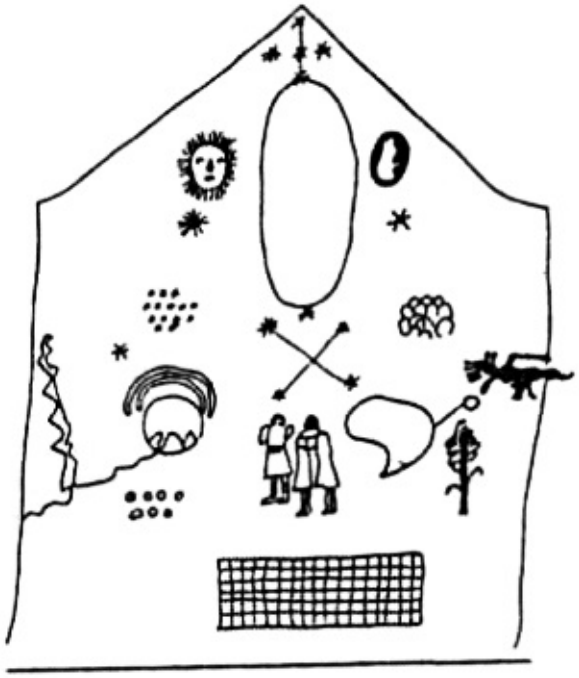

Figura 86.

Los expertos coinciden y discrepan en cuanto a la interpretación de los símbolos individuales, pero no en cuanto al significado general del muro sagrado. Markham veía en la parte superior «un mapa estelar que es una verdadera clave para la astronomía y la cosmogonía simbólica del antiguo Perú», y estaba seguro de que la punta triangular del hastial era un jeroglífico del «Cielo». S. K. Lothrop *{Inca Treasure*) decía que las imágenes de arriba del Altar Mayor «formaban un relato cosmogónico de la creación del cielo y la tierra, el Sol y la Luna, el primer hombre y la primera mujer». Todos están de acuerdo en que, tal como dijo Salcamayhua, representaba «lo que los paganos creían» —la suma total de sus creencias religiosas y relatos legendarios; una saga del Cielo y la Tierra y de los lazos que los unen.

En la asamblea celeste de imágenes se ve claramente al Sol y a la Luna flanqueando a la placa de oro ovalada, y grupos de cuerpos celestes por encima y por debajo del óvalo. Que los dos objetos que están a los lados del óvalo sean el Sol y la Luna queda claro por los rostros convencionales que se les dibujaron, además de por las anotaciones en lengua nativa, *Inti* (Sol) y *Quilla* (Luna).

Si el Sol estaba representado así, ¿qué representaba la imagen central, el gran óvalo? Las crónicas dicen que este símbolo se alternaba con el del Sol para recibir culto y veneración en tiempos de los incas. Y su identidad queda explicada en una anotación que dice:

*«Illa Ticci Uuiracocha, Pachac Acachi. Quiere decir imagen del Hacedor del cielo y de la tierra».*

Pero ¿por qué se representaba a Viracocha como un óvalo? Uno de los principales investigadores del tema, R. Lehmann-Nitsche (*Coricancha - El Templo del Sol en el Cuzco y las imágenes de su altar mayor*), propuso la tesis de que el óvalo

representaba el «Huevo Cósmico», una idea teogónica que se repite en las leyendas griegas, en las religiones hindúes, «incluso en el Génesis».

Es «la teogonia más antigua, cuyos detalles no han sido comprendidos por los autores blancos». Se le representó en los santuarios de la deidad indoeuropea Mitra como un huevo circundado por las constelaciones del Zodiaco.

> *«Quizás, algún día, los estudiosos de las culturas indígenas verán las similitudes en los detalles y el culto de Viracocha, Brahma con los siete ojos y el israelita Yahveh…»*

En la antigüedad clásica y en el culto órfico existían imágenes sagradas del Huevo Místico; ¿por qué no podría haber sucedido lo mismo en el gran santuario de Cuzco?

Lehmann-Nitsche creía que el Huevo Cósmico era la única explicación de aquel extraño óvalo, pues, aparte de su similitud con el contorno de un huevo, la forma elíptica (que es difícil de dibujar o trazar con precisión) no se encuentra de forma natural en la Tierra. Pero, tanto él como los demás, parecían ignorar el hecho de que la forma elíptica tiene superimpuesto (abajo) el símbolo de una estrella. Si, tal como parece, la elipse u óvalo tiene que ver con otro cuerpo celeste (además de los cinco de arriba y los cuatro de abajo), nos estaría hablando de un «óvalo» que se encuentra en la naturaleza —no en la Tierra, sino en los cielos: la curva natural de la órbita de un planeta alrededor del Sol. De ahí que sugiramos que se trata del curso orbital de un planeta en nuestro Sistema Solar.

Así pues, debemos concluir que, lo que se representaba en el muro sagrado, no eran unas distantes y misteriosas constelaciones, sino nuestro propio Sistema Solar, con el Sol, la Luna y diez planetas, que sumarían un total de doce. Los planetas del Sistema Solar los vemos divididos en dos grupos. A nuestro parecer, arriba estarían los cinco planetas exteriores —Plutón, Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter (contando de fuera adentro). Abajo, estarían los cuatro planetas interiores —Marte, Tierra, Venus y Mercurio. Y ambos grupos estarían divididos por la enorme órbita elíptica del duodécimo miembro del Sistema Solar. Para los incas, representaba al celestial Viracocha. ¿Debería sorprendernos encontrarnos con que ésta es exactamente la visión sumeria de nuestro Sistema Solar?

A medida que las imágenes descienden de los cielos a la Tierra, se nos muestra un cielo estrellado en la parte derecha del muro y nubes en la izquierda. Los expertos coinciden con las anotaciones originales, «verano» (un brillante cielo estrellado) y «nubes invernales». Al considerar las estaciones como parte del acto creador, la representación inca vuelve a seguir el modelo de Oriente Próximo. En Sumer, la inclinación de la Tierra (la causa de las estaciones) se atribuía a Nibiru; y en Babilonia, a Marduk. La idea se repite cuando el salmista dice del Señor bíblico: «Tú has hecho el verano y el invierno».

Por debajo de «verano», se ve una estrella; un animal fiero se ve por debajo de

«invierno». En general, se acepta que estas imágenes representan a las constelaciones relacionadas con estas estaciones (en el hemisferio sur), representando la del invierno a Leo (el León).

Pero esto resulta sorprendente en más de un aspecto. En primer lugar, porque no hay leones en América del Sur. En segundo lugar, porque, cuando el calendario se inició en Sumer en el cuarto milenio a. C., el solsticio de verano tenía lugar cuando el Sol se veía sobre la constelación zodiacal de Leo (UR.GULA en sumerio). Pero, en el hemisferio sur, esta época del año tendría que haber sido *invierno*. ¡Por lo que la representación inca no sólo estaría copiando la idea de las doce constelaciones zodiacales, sino también el orden estacional de Mesopotamia!

Llegamos ahora a los símbolos que —como en el *Enuma Elish* y en el Libro del Génesis— transfieren los relatos de la creación desde los cielos a la Tierra: el primer hombre y la primera mujer, Edén, un gran río, una serpiente, montañas, un lago sagrado. El «panorama del mundo» de los incas, según Lehmann-Nitsche. Sería más correcto decir: la Biblia Pictórica de los Andes.

La analogía es real, no sólo figurativa. Los elementos de esta parte de la composición pictórica bien podrían servir para ilustrar los relatos bíblico-mesopotámicos de Adán y Eva en el Jardín del Edén, hasta con la serpiente (a la derecha del muro) y el Árbol de la Vida (a la izquierda). El sumerio E.DIN (del cual proviene *Edén*) era el valle del gran río Eufrates, que nacía en las altas montañas del norte. Este marco geográfico se representa claramente en la parte derecha del muro, en donde un globo, que representa a la Tierra, lleva la anotación «Pacha Mama» —Madre Tierra. Incluso el Arco Iris, que en Oriente Próximo aparece en los relatos del Diluvio, se nos muestra aquí.

(Mientras todo el mundo acepta que el globo o círculo marcado con Pacha Mama representa a la Tierra, nadie se ha parado a pensar cómo sabían los incas que la Tierra era redonda. Los sumerios, sin embargo, eran conscientes del hecho y representaban a la Tierra y al resto de planetas correctamente).

El grupo de siete puntos por debajo de la Tierra ha dado multitud de problemas a los expertos. Adhiriéndose a la idea errónea de que los antiguos creían que las Pléyades tenían siete estrellas, algunos han sugerido que este símbolo representa a esa porción de la constelación de Tauro. Pero, si fuera así, el símbolo pertenecería a la parte superior o celeste del panel, no a la inferior. Lehmann-Nitsche y otros interpretaron este símbolo séptuple como «los siete ojos del dios supremo». Pero ya hemos demostrado que los siete puntos, el número siete, era la designación de la mismísima Tierra en la enumeración sumeria de los planetas. Así pues, el símbolo «siete» estaría exactamente donde debe estar, como leyenda del globo de la Tierra.

La última imagen del muro sagrado es la de un gran lago conectado a través de un curso de agua con una masa de agua más pequeña. La anotación dice: «Mama

Cocha», Madre Agua. Todos están de acuerdo en que representa al lago sagrado de los Andes, el lago Titicaca. Al representarlo, los incas llevaban la historia de la Creación desde los cielos hasta la Tierra, y desde el Jardín de Edén hasta los Andes.

Lehmann-Nitsche resumió el significado y el mensaje del conjunto de imágenes del muro que se elevaba tras el Altar Mayor diciendo:

*«Lleva al hombre desde el suelo hasta las estrellas».*

Y resulta doblemente sorprendente que lleve también a los incas desde América hasta el otro extremo de la Tierra.

# 9. CIUDADES PERDIDAS Y ENCONTRADAS.

Encontrarse el relato del Génesis, en su versión original mesopotámica, representado en el Santo de los Santos del templo inca, genera, necesariamente, una serie de preguntas. La primera, y más obvia, es cómo. ¿Cómo llegaron a conocer tales relatos los incas, no sólo de la manera general en la que se han dado a conocer universalmente (la creación de la primera pareja, el Diluvio), sino de una manera que sigue la Epopeya de la Creación, en donde se incluyen los conocimientos de todo el Sistema Solar y de la órbita de Nibiru?

Una respuesta posible sería que los incas estuvieran en posesión de este conocimiento desde tiempos inmemoriales, trayéndolos con ellos hasta los Andes. La otra posibilidad es que hubieran oído hablar de ello a otros con los que se hubieran encontrado en estas tierras.

Ante la ausencia de registros escritos, como los que se puede encontrar uno en Oriente Próximo, la elección de una respuesta depende en cierta medida de cómo se haga aún otra pregunta: ¿quiénes fueron en realidad los incas?

La *Relación* de Salcamayhua es un buen ejemplo del empeño de los incas por perpetuar el ejercicio de la propaganda de estado: atribuir al primer monarca inca, el Inca Rocca, el reverenciado nombre de *Manco Capac*, para hacer que el pueblo al que habían sometido creyera que el primer Inca había sido el «Hijo del Sol» original, salido del sagrado lago Titicaca. De hecho, la dinastía inca comenzó 3500 años después de aquel sagrado inicio. Por otra parte, la lengua que hablaban los incas era el quechua, la lengua del pueblo del norte y el centro de los Andes, mientras que en el altiplano del lago Titicaca la gente hablaba aymara. Éstas, y otras consideraciones, llevaron a los expertos a especular que los incas habían llegado más tarde, que se habían desplazado desde el este, estableciéndose en el valle de Cuzco, que limita con la gran cuenca del Amazonas.

Esto, en sí mismo, no descarta un origen o un vínculo de los incas con Oriente Próximo. Mientras centraban su atención en las imágenes del muro del Altar Mayor, nadie se preguntó por qué, en medio de pueblos que hacían imágenes de sus dioses y que ubicaban sus ídolos en santuarios y templos, no había ídolo de ningún tipo en el gran templo inca, ni en ningún otro santuario inca.

Los cronistas cuentan que, en algunas celebraciones, se llevaba un «ídolo»; pero se trataba de la imagen de Manco Capac, no la de un dios. También cuentan que, en determinado día sagrado, un sacerdote iba hasta una montaña distante en la cual estaba el gran ídolo de un dios, y que allí sacrificaba una llama. Pero tanto la montaña como su ídolo eran de tiempos preincaicos, y bien pudiera ser que se estuvieran refiriendo al templo de Pachacamac, en la costa (respecto al cual ya hemos escrito).

Curiosamente, ambas costumbres están en la línea de los mandatos bíblicos de la

época del Éxodo. La prohibición de forjar y adorar ídolos se incluía en los Diez Mandamientos. Y, en la víspera del Día de la Expiación, un sacerdote tenía que sacrificar una cabra, como «víctima propiciatoria», en el desierto. Nadie ha señalado nunca que los *quipos* que utilizaban los incas para recordar acontecimientos —cuerdas de diferentes colores que tenían que ser de lana, con nudos en diferentes posiciones— eran, tanto en factura como en propósito, semejantes a los *tzitzit*, «flecos en el extremo de un hilo azul», que los israelita-s tenían mandado sujetar a sus prendas para que recordaran los mandamientos de Dios. También está la cuestión de las normas de sucesión, por las cuales el heredero legal era el hijo tenido con una hermanastra —una costumbre sumeria seguida por los patriarcas hebreos. Y también estaba la costumbre de la circuncisión en la familia real inca. Los arqueólogos peruanos han dado cuenta de intrigantes descubrimientos en las provincias amazónicas de Perú, entre los que se encuentran los restos aparentes de ciudades construidas con piedra, concretamente en los valles de los ríos Utcubamba y Marañón. Sin duda, existen «ciudades perdidas» en las zonas tropicales; pero, en algunos casos, los descubrimientos anunciados son en realidad expediciones a lugares ya conocidos; como ocurrió en el caso de un titular de periódico acerca del Gran Patajen en 1985 —lugar visitado por el arqueólogo peruano F. Kauffmann-Doig y el norteamericano Gene Savoy veinte años antes. Se han dado informes de avistamientos aéreos de «pirámides» en el lado brasileño de la frontera, de ciudades perdidas como Akakor, y de relatos indígenas de ruinas en donde hay tesoros indecibles. Un documento de los archivos nacionales de Río de Janeiro es, supuestamente, un informe del siglo xviii sobre una ciudad perdida en la selva amazónica, vista por unos europeos en 1591; este documento transcribe incluso la escritura descubierta allí. Fue el motivo principal de la expedición que llevara a cabo el coronel Percy Fawcett, cuya misteriosa desaparición en la selva constituyó el tema de unos artículos de divulgación científica.

Todo esto no quiere decir que no existan ruinas antiguas en la cuenca del Amazonas, restos de un sendero que cruzara el continente sudamericano desde la Guayana/Venezuela hasta Ecuador/Perú. Humboldt, en las crónicas de sus viajes a través del continente, menciona una leyenda según la cual gente de más allá del mar desembarcó en Venezuela y se introdujo tierra adentro; y el principal río del valle de Cuzco, el Urubamba, no es sino un afluente del Amazonas. Equipos oficiales de arqueólogos brasileños han visitado muchos lugares (sin llegar a realizar excavaciones, sin embargo). En un lugar cercano a la desembocadura del Amazonas, se han encontrado urnas de cerámica decoradas con incisiones que recuerdan alguno de los diseños de las vasijas de barro de Ur (lugar de nacimiento de Abraham, en Sumer). Y, por otra parte, el islote de Paco val parece ser una isla artificial que sirvió de base a gran cantidad de montículos (que no fueron excavados). Según L. Netto,

*Investigacioes sobre a Archaeologia Braziliera*, Amazonas arriba, se han encontrado urnas y vasijas «de calidad superior» decoradas de forma similar. Y creemos que otra ruta igualmente importante conectaba, más hacia el sur, el Océano Atlántico con los Andes.

Aun así, no está claro que los incas llegaran de esta forma. Una de sus versiones más ancestrales dice que desembarcaron en la costa peruana. Su idioma, el quechua, tiene semejanzas extremo orientales tanto en el significado de las palabras como en los dialectos. Y pertenecen claramente al linaje amerindio —la cuarta rama de la humanidad que, ya nos aventuramos a sugerir, surgió del linaje de Caín. (Un guía en Cuzco, al darse cuenta de nuestra competencia bíblica, preguntó si *In-ca* podría haber surgido de *Ca-ín* por inversión de sílabas. ¡Vaya sorpresa!).

Creemos que las evidencias de las que disponemos indican que los relatos y las creencias de Oriente Próximo, así como la historia de Nibiru y de los anunnaki que vinieron desde allí hasta la Tierra —el Panteón de doce— les llegaron a los antepasados de los incas de allende los mares. Debió de suceder en los días del Imperio Antiguo; y los portadores de estos relatos y creencias también eran forasteros de allende los mares, pero no necesariamente los mismos que trajeron similares relatos, creencias y civilización a América Central.

Además de todos los hechos y evidencias que hemos aportado ya, permítasenos volver a Izapa, un lugar cercano a la costa del Pacífico, en la frontera entre México y Guatemala, en donde olmecas y mayas convivieron. Tardíamente reconocido como el yacimiento arqueológico más grande de la costa del Pacífico de América del Norte y del Centro, Izapa abarca 2500 años de ocupación continua, desde el 1500 a. C. (fecha confirmada con la datación por radiocarbono) hasta el 1000 d. C.

Dispuso de las acostumbradas pirámides y de los juegos de pelota, pero lo que más entusiasmó a los arqueólogos fueron los grabados de sus monumentos de piedra. El estilo, la imaginación, el contenido mítico y la perfección artística de estas tallas han llevado a hablar de un «estilo Izapa», y en la actualidad se reconoce que fue el origen de donde se difundió este estilo a otros lugares de las vertientes del Pacífico de México y Guatemala. Fue un arte perteneciente al período preclásico olmeca primitivo y medio, adoptado por los mayas cuando el lugar cambio de manos.

Los arqueólogos de la Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo de la Universidad Bringham Young, que han dedicado décadas a la excavación y el estudio de este lugar, no tienen duda de que estaba orientado hacia los solsticios en el momento de su fundación, y que, incluso, los distintos monumentos estaban «alineados deliberadamente con movimientos planetarios» (V. G. Norman, *Izapa Sculpture*). Los temas religiosos, cosmológicos y mitológicos se entremezclan con temas históricos en las tallas de piedra. Ya hemos visto (ver Fig. 51b) una de las muchas y variadas representaciones de deidades aladas.

Particularmente interesante aquí es una gran piedra grabada cuyo frontal ocupa 2,78 metros cuadrados, designada por los arqueólogos como Estela 5 de Izapa, encontrada juntamente con un importante altar de piedra. Varios expertos han reconocido su complicada escena (Fig. 87) como un «fantástico mito visual» relativo a la «génesis de la humanidad» en un Árbol de la Vida que crece junto a un río. Un anciano con barba sentado a la izquierda es el que cuenta este relato mítico-histórico, mientras un hombre de aspecto maya lo vuelve a contar desde la derecha (del observador de la estela).

Figura 87.

La escena está llena de vegetación, pájaros y peces, así como de figuras humanas. Curiosamente, dos de las figuras centrales representan a hombres que tienen el rostro y los pies de elefante —un animal completamente desconocido en América. El de la izquierda interactúa con un olmeca con casco, lo cual refuerza nuestra opinión de que las colosales cabezas de piedra y los olmecas representados en ellas eran africanos.

Cuando se amplía la parte izquierda de la talla (Fig. 88a), se nos revelan detalles que consideramos que pueden ser pistas enormemente importantes. El hombre de la barba cuenta su historia sobre un altar que lleva el símbolo de la cuchilla umbilical; éste era el símbolo (Fig. 88b) por el cual se identificaba a Ninti (la diosa sumeria que ayudó a Enki a crear al hombre) en los sellos cilindricos y en los monumentos. Cuando los dioses se repartieron la Tierra, a ella se le dio el dominio sobre la península del Sinaí, fuente de las apreciadas turquesas de los egipcios; éstos la llamaban Hathor y la representaban con cuernos de vaca, como en esta escena de la Creación del hombre (Fig. 88c). Estas «coincidencias» refuerzan la conclusión de que la estela de Izapa no ilustra otra cosa que los relatos del Viejo Mundo acerca de la

Creación del hombre y del Jardín de Edén.

Figura 88.

Y, por último, están las representaciones de las pirámides, de lados lisos, como las de Gizeh, en el Nilo, que aparecen aquí en la base de la talla, junto al río. Ciertamente, cuanto más se examina este milenario grabado, más se convence uno de que merece mil palabras.

Las leyendas y las evidencias arqueológicas indican que los olmecas y los hombres barbados no se detuvieron a orillas del océano, sino que se introdujeron hacia el sur en América Central y las tierras septentrionales de América del Sur. Posiblemente, se adentraron en el continente, pues es cierto que dejaron vestigios de su presencia en lugares del interior. Con toda probabilidad, viajaron hacia el sur de la manera más fácil, con embarcaciones.

Las leyendas de las zonas ecuatoriales y septentrionales de los Andes no sólo recuerdan la llegada por mar de sus propios antepasados (como los naymlap), sino también otras dos de «gigantes». Una tuvo lugar en tiempos del Imperio Antiguo, la otra en tiempos mochicas.

Cieza de León describió así esta última:

> *«Llegaron por la costa, en embarcaciones de juncos tan grandes como barcos, un grupo de hombres de tal tamaño que, desde la rodilla hacia abajo, eran de altos como un hombre normal».*

Llevaban herramientas de metal con las cuales cavaban pozos en la roca viva; pero, para alimentarse, hacían incursiones en busca de las provisiones de los nativos.

También violaban a las mujeres nativas, pues no había mujeres entre los gigantes que habían desembarcado.

Los mochicas representaron en su cerámica a los gigantes que los esclavizaron, pintando sus rostros de negro (Fig. 89), mientras que los de los mochicas los pintaban en blanco. Entre los restos mochicas también se han encontrado representaciones en arcilla de ancianos con barbas blancas.

Figura 89.

Sospechamos que estos visitantes no deseados eran los olmecas y sus compañeros barbados de Oriente Próximo, que huían de las sublevaciones en América Central hacia el 400 a. C. Tras ellos, dejaron un reguero de pavorosa veneración, a medida que cruzaban América Central y se introducían en Sudamérica hasta las zonas ecuatoriales. Las expediciones arqueológicas a las regiones ecuatoriales de la costa del Pacífico han descubierto unos enigmáticos monolitos que pertenecen a aquel terrorífico período. La expedición de George C. Heye descubrió en Ecuador unas cabezas de piedra gigantes con rasgos humanos, pero con colmillos, como si fueran jaguares. Otra expedición descubrió en San Agustín, lugar cercano a la frontera con Colombia, estatuas de piedra que representaban a gigantes, a veces con herramientas o armas en las manos; sus rasgos faciales son los de los africanos olmecas (Fig. 90a, b).

Figura 90.

Es posible que estos invasores fueran el origen de las leyendas en curso también en estas tierras sobre cómo fue creado el hombre, sobre el Diluvio y sobre un dios serpiente que exigía un tributo anual de oro. Una de las ceremonias de la que dieron cuenta los cronistas españoles consistía en una danza ritual llevada a cabo por doce hombres vestidos de rojo; se realizaba en las costas de un lago relacionado con la leyenda de El Dorado.

Los nativos de la zona ecuatorial adoraban a un panteón de doce dioses, número sumamente significativo, además de ser una pista importante. El panteón estaba encabezado por una tríada compuesta por el dios de la Creación, el dios del Mal y la diosa Madre; e incluía a los dioses de la Luna, del Sol y del Trueno-Lluvia. Curiosamente, también el dios de la Luna tenía un rango superior al dios del Sol. Los nombres de las deidades cambiaban de localidad en localidad, conservando, no obstante, la afinidad celestial. Aunque los nombres suenan extraños, hay dos que destacan. Al jefe del panteón se le llamaba, en el dialecto chibcha, *Abira* —notablemente similar al epíteto divino mesopotámico *Abir*, que significa «fuerte, poderoso»; y el dios de la Luna, como ya hemos dicho, recibía el nombre de *Si* o *Sian,* que se parece mucho al nombre mesopotámico de esta misma deidad, Sin.

Así pues, el panteón de estos nativos sudamericanos nos trae inevitablemente a la cabeza el panteón del Oriente Próximo y del Mediterráneo oriental de la antigüedad —de griegos y egipcios, de hitita-s, cananeos y fenicios, de asirios y babilonios— remontándonos hasta el lugar donde todo comenzó: hasta los súmenos del sur de

Mesopotamia, de quienes todos los demás obtuvieron sus dioses y sus mitologías.

El panteón sumerio estaba encabezado por un «Círculo Olímpico» de doce, pues cada uno de estos dioses supremos debía tener una contrapartida celeste, uno de los doce miembros del Sistema Solar. En realidad, los nombres de los dioses y sus planetas eran uno y el mismo (salvo que se utilizara una variedad de epítetos para describir el planeta o los atributos del dios). Encabezando el panteón, estaba el soberano de Nibiru, ANU, cuyo nombre era sinónimo de «Cielo», pues residía en Nibiru. Su esposa, miembro también de los Doce, se llamaba ANTU. En este grupo estaban los dos hijos más importantes de ANU: E.A («cuya casa es agua»), el primogénito de Anu, pero no de Antu; y EN.LIL («Señor del mandato»), que era el heredero legítimo porque su madre era Antu, hermanastra de Anu. A Ea se le llamaba también en los textos sumerios EN.KI («Señor Tierra»), pues había liderado la primera misión de los anunnaki desde Nibiru a la Tierra, y había fundado en la Tierra sus primeras colonias en el E.DIN («hogar de los justos») —el bíblico Edén.

Su misión era obtener oro, para lo cual la Tierra era una fuente única. No por motivos ornamentales o por vanidad, sino para salvar la atmósfera de Nibiru, suspendiendo oro en polvo en la estratosfera del planeta. Tal como se explica en los textos sumerios (y como lo contamos en *El 12º planeta* y en posteriores libros de la serie *Crónicas de la Tierra*), se envió a Enlil a la Tierra para que asumiera el mando cuando los métodos de extracción inicial utilizados por Enki se demostraron insatisfactorios. Con esto, se sembró el terreno para una desavenencia continua entre los dos hermanastros y sus descendientes, una desavenencia que llevó a las guerras de los dioses y terminó con un tratado de paz elaborado por la hermana de ambos, Ninti (a partir de entonces, llamada Ninharsag).

La Tierra habitada se dividió entre los clanes contendientes.

A los tres hijos de Enlil —Ninurta, Sin y Adad— junto con los hijos gemelos de Sin, Shamash (el Sol) e Ishtar (Venus), se les dieron las tierras de Sem y de Jafet, las tierras de los semitas y de los indoeuropeos:

Sin (la Luna), las tierras bajas de Mesopotamia;

Ninurta (el «guerrero de Enlil», Marte), las tierras altas de Elam y Asiría;

Adad («El atronador», Mercurio), Asia Menor (el país de los hititas) y Líbano.

A Ishtar se le concedió el dominio como diosa de la civilización del Valle del Indo; y

A Shamash se le dio el mando del espaciopuerto en la península del Sinaí.

Esta división, que no se ganó sin oposición, daba a Enki y a sus hijos

las tierras de Cam —la gente marrón/negra— de África

la civilización del Valle del Nilo y

las minas de oro del sur y el oeste de África —un premio vital y codiciado.

Enki, gran científico y metalúrgico, recibió en Egipto el nombre de *Ptah* («el

constructor»; un título que se tradujo en *Hefesto* para los griegos y en *Vulcano* para los romanos). Éste compartía el continente con sus hijos; entre ellos estaba,

el primogénito MAR.DUK («hijo del montículo brillante»), al cual los egipcios llamaron *Ra*, y

NIN.GISH.ZI.DA («Señor del Árbol de la Vida»), al cual los egipcios llamaron *Thot* (el Hermes de los griegos) —dios de los conocimientos secretos, entre los que estaban la astronomía, las matemáticas y la construcción de pirámides.

Los conocimientos impartidos por este panteón, las necesidades de los dioses que habían llegado a la Tierra y el liderazgo de Thot fueron los que llevaron a los olmecas africanos y a los barbados de Oriente Próximo hasta el otro lado del mundo.

Y, después de llegar a Mesoamérica por la costa del Golfo de México —del mismo modo que los españoles, ayudados por las mismas corrientes, pero milenios antes— cruzaron el istmo de Mesoamérica y su cuello de botella y, del mismo modo que los españoles, al ser la misma geografía, fueron hasta las tierras de América Central y más allá.

Pues allí era donde estaba el oro, en tiempos de los españoles y mucho antes.

* * *

Antes que los incas, los chimús y los mochicas, una cultura que los expertos llaman *chavín* floreció en las montañas que hay al norte de Perú, entre la costa y la cuenca del Amazonas. Uno de los primeros exploradores, Julio C. Tello *(Chavín* y otros trabajos) la llamó «matriz de la civilización andina».

Nos remonta, al menos, hasta el 1500 a. C., y, al igual que la civilización olmeca en México, y por la misma época, surgió de repente y sin desarrollo previo gradual aparente.

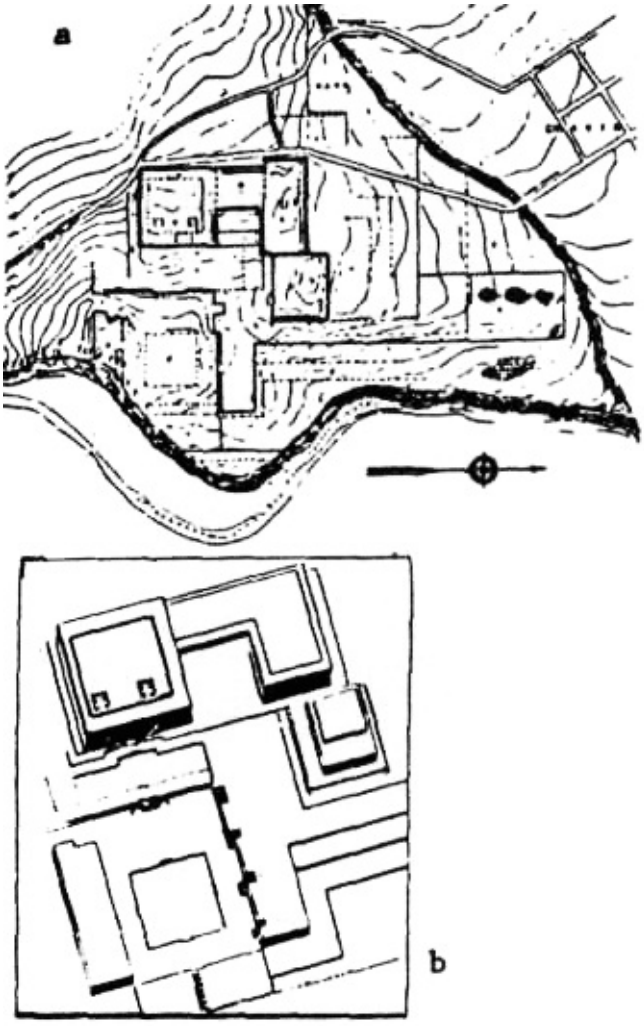

Figura 91.

La cultura *chavín*, que abarcaba una vasta región cuyas dimensiones se siguen expandiendo a medida que se hacen nuevos descubrimientos, parecía estar centrada en un lugar llamado Chavín de Huantar, cerca del pueblo de Chavín (de ahí, el nombre de esta cultura). Está situado a 3000 metros de altitud, en la Cordillera Blanca del noroeste de los Andes. Allí, en un valle de montaña donde los afluentes del río Marañón forman un triángulo, se allanó y abancaló una extensión de casi 30 000 metros cuadrados, y se adecuó para la construcción de estructuras complejas, cuidadosa y precisamente diseñadas según un plan preconcebido que tomaba en consideración los contornos y los rasgos del lugar (Fig. 91 a). Los edificios y las plazas no sólo forman rectángulos y cuadrados, sino que también se les alineó de forma precisa con los puntos cardinales, con un eje principal este-oeste. Los tres edificios principales se yerguen sobre terrazas que los elevan y los apoyan contra la muralla externa occidental, que discurre a lo largo de 150 metros. La muralla, que al parecer rodeaba el complejo por tres de sus lados, quedando abierta al río que discurre por el este, se elevaba algo más de doce metros de altura.

El edificio más grande era el de la esquina sudoeste, que medía 73 por 76 metros, y constaba de tres pisos al menos (véase la reconstrucción del artista a vista de pájaro,

Fig. 91b). Estaba construido con bloques de piedra de albañilería, bien moldeados pero no desbastados, dispuestos en hileras regulares y niveladas. Por lo que nos indican algunas losas que aún quedan, las paredes estaban recubiertas en la parte exterior con losas de piedra, lisas, parecidas al mármol; algunas aún conservan las incisiones de sus motivos decorativos. Desde una terraza de la parte este, una monumental escalinata llevaba a través de un pórtico imponente hacia arriba, hacia el edificio principal; el pórtico estaba flanqueado por dos columnas cilindricas —algo de lo más inusual en América del Sur—, que, junto con unos bloques de piedra verticales adyacentes, daban soporte a un dintel horizontal de más de 9 metros, hecho con una sola piedra. Más arriba, una monumental escalinata doble llevaba a la parte superior del edificio. Estaba construida con piedras perfectamente talladas y moldeadas, que recuerdan a las de las grandes pirámides de Egipto. Las dos escalinatas llevaban a la parte superior del edificio, donde los arqueólogos han descubierto los restos de dos torres; el resto de la plataforma superior quedó sin construir.

La terraza oriental, que forma parte de la plataforma sobre la que se construyó este edificio, llevaba a una plaza hundida a la que se accedía a través de unos escalones ceremoniales, y que estaba rodeada en tres de sus lados por plazas o plataformas rectangulares. Justo por la parte externa de la esquina sudoccidental de esta plaza hundida, y perfectamente alineado con las escalinatas del edificio principal y su terraza, había un gran peñasco plano, con siete agujeros y una hornacina rectangular.

Pero la precisión de la parte externa quedaba sobrepasada por la complejidad del interior. Por dentro de las tres estructuras discurrían pasillos y pasadizos laberínticos, entremezclados con galerías, habitaciones y escaleras. Algunos de los pasadizos no tenían salida, lo que acrecentaba la sensación laberíntica, y algunas de las paredes de las galerías se recubrieron con losas lisas, delicadamente decoradas aquí y allí; todos los pasadizos están techados con losas de piedra cuidadosamente elegidas, que se colocaron con tan gran ingenio que han soportado el paso de los milenios. Hay hornacinas y salientes sin propósito aparente, y conductos verticales o en pendiente que los arqueólogos creen que podrían haber servido para la aireación.

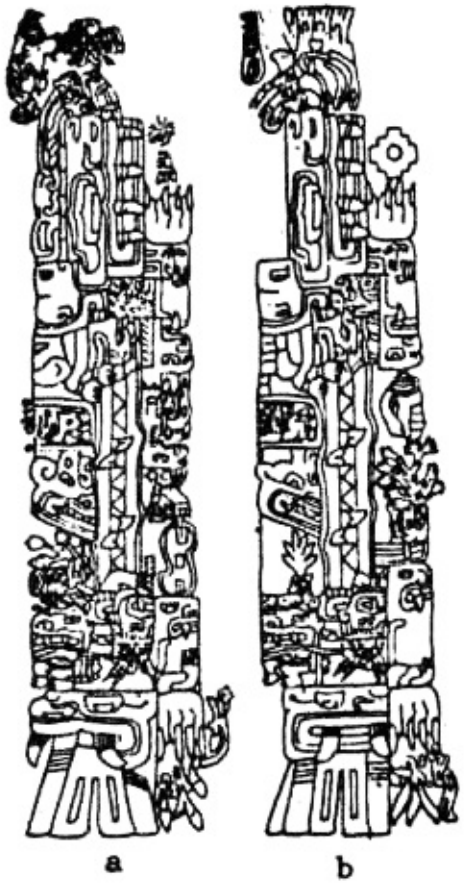

Figura 92.

¿Para qué se construyó Chavín de Huantar? Lo único que se les pudo ocurrir a sus descubridores es que fuera un centro religioso, una especie de «Meca» de la antigüedad. Esta idea se vio potenciada por el descubrimiento de tres fascinantes y enigmáticas reliquias. Una de ellas, que desconcierta por sus complejas imágenes, la descubrió Tello en el edificio principal, y se le ha dado en llamar el Obelisco de Tello (Fig. 92a, b muestra la parte frontal y la trasera). En sus grabados se puede observar una gran aglomeración de cuerpos y rostros humanos, pero con garras felinas o alas. Hay animales, pájaros, árboles, dioses que emiten rayos que parecen cohetes y gran variedad de diseños geométricos. ¿Sería un tótem que servía para el culto, o la tentativa de un antiguo «Picasso» por transmitir todos lo mitos y leyendas en una sola columna? Nadie ha podido dar hasta el momento una respuesta plausible.

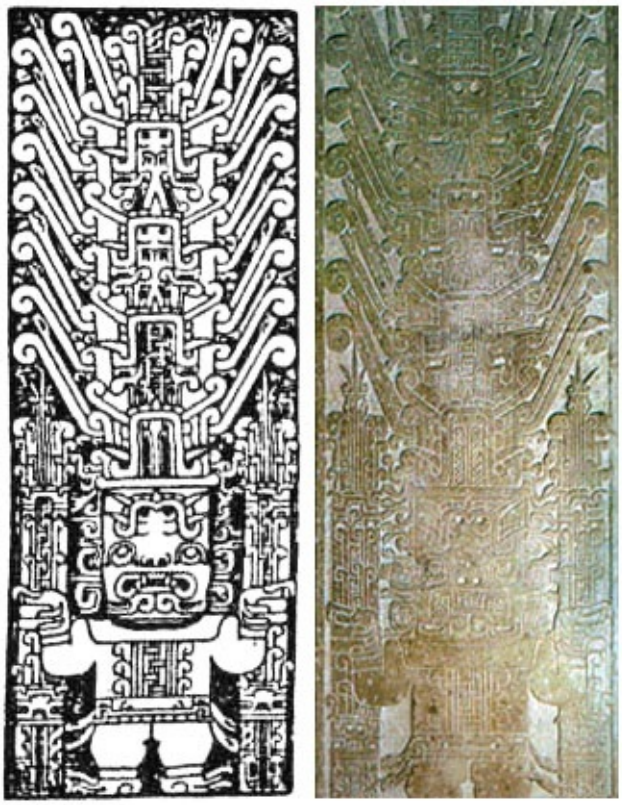

Figura 93.

Hay una segunda piedra tallada a la que se ha dado en llamar el Monolito de Raimondi (Fig. 93), por el arqueólogo que lo descubrió en un terreno cercano. Se cree que en un principio se elevaba en la parte superior del peñasco del extremo suroccidental de la plaza hundida, en línea con la monumental escalinata. En la actualidad, se exhibe en Lima.

El artista grabó sobre esta columna de granito de casi dos metros y medio de altura la imagen de una deidad que sostiene un arma —algunos creen que es un rayo — en cada mano. Aunque el cuerpo y las extremidades de esta deidad son esencialmente, aunque no por completo, antropomórficos, el rostro no lo es. El rostro desconcierta a los expertos porque no representa ni estiliza a ninguna criatura de la región (como el jaguar), sino que parece ser la idea del artista de lo que los expertos han dado en llamar «un animal mitológico», es decir, un animal del cual el artista había oído hablar, pero que en realidad no había visto.

A nuestro parecer, sin embargo, el rostro de la deidad es el de un toro —un animal completamente desconocido en Sudamérica, pero que aparece mucho en la tradición y en la iconografía del Oriente Próximo de la antigüedad. Curiosamente (en nuestra opinión), era el «animal de culto» de Adad, y la cordillera que atraviesa sus dominios en Asia Menor todavía recibe el nombre de Montes del Tauro.

El tercer descubrimiento consiste en una extraña y enigmática columna de piedra grabada de Chavín de Huantar que recibe el nombre de El Lanzón, a causa de su forma lanceolada (Fig. 94). Se descubrió en el edificio del medio, y ha permanecido allí porque su altura (más de 3,5 metros) excede los tres metros de altura de la galería

en donde se eleva; así, el extremo superior del monolito sobresale del suelo en el nivel superior a través de una abertura cuadrada cuidadosamente tallada. La imagen que aparece en este monolito ha sido objeto de muchas especulaciones; para nosotros, una vez más, parece representar el rostro antropomorfizado de un toro. ¿Quiere esto decir, así pues, que quienquiera que erigió este monumento —obviamente, *antes* de que se construyera el edificio, pues éste se hizo en función de la estatua— adoraba al dios Toro?

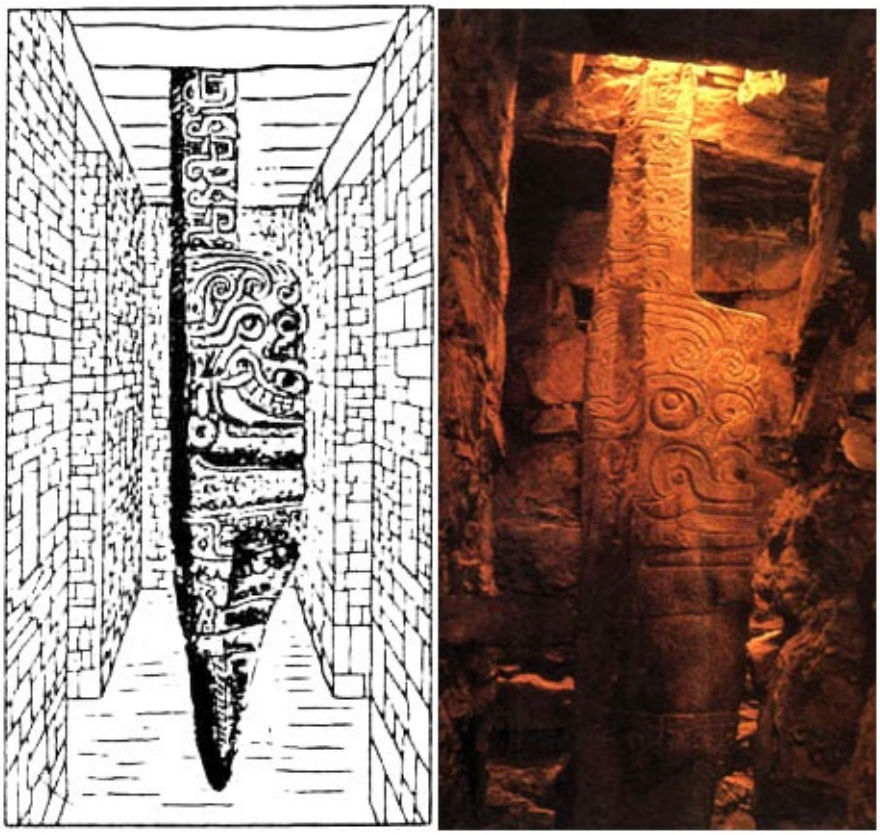

Figura 94.

En general, fue el alto nivel artístico de los objetos, más que las complejas y extrañas construcciones, lo que impresionó a los expertos y les llevó a considerar la cultura chavín como la «cultura matriz» del Perú norte y central, y a creer que aquel lugar era un centro religioso. Pero recientes descubrimientos en Chavín de Huantar hacen pensar que su fin no era religioso, sino funcional. En las últimas excavaciones apareció toda una red de túneles subterráneos tallados en la roca viva; formaban una especie de panal por todo el emplazamiento, tanto debajo de las zonas construidas como de las no construidas, y servía para conectar varias series de compartimientos subterráneos dispuestos en cadena (Fig. 95).

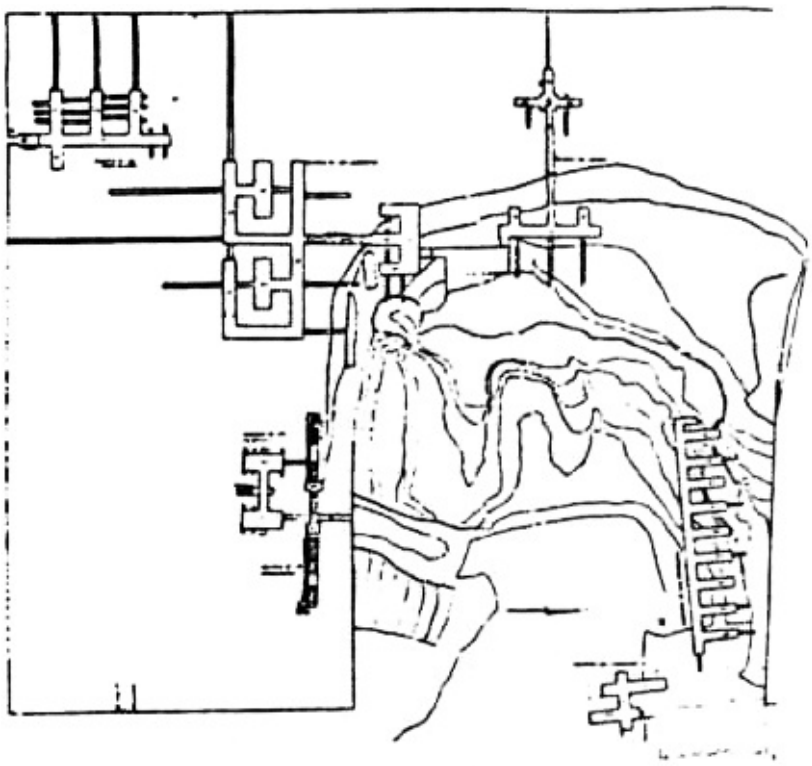

Figura 95.

Las aberturas de los túneles dejaron perplejos a sus descubridores, pues parecían conectar los dos ríos que discurren por los lados de este yacimiento arqueológico; uno (debido al terreno montañoso) por encima de él, y el otro en el valle de abajo. Algunos exploradores han sugerido que estos túneles se construyeron así con el fin de controlar los desbordamientos, para canalizar las riadas de las montañas en la época del deshielo y hacer correr el agua por debajo en vez de entre los edificios. Pero, si hubiera un peligro de inundación (sobre todo tras unas fuertes lluvias, más que por el deshielo), ¿por qué motivo levantaron sus edificios tan ingeniosos constructores en tan vulnerable lugar?

Nosotros sostenemos que lo hicieron a propósito; que, ingeniosamente, utilizaron los diferentes niveles de los dos ríos para crear un flujo potente y controlado de agua, con el fin de utilizarla en los procesos que se llevaban a cabo en Chavín de Huantar. Pues allí, como en otros muchos lugares, estos dispositivos de flujo de agua se utilizaban para la criba de oro.

Nos encontraremos con más de estas ingeniosas obras hidráulica-s en los Andes; ya las vimos, de forma más rudimentaria, en los asentamientos olmecas. En México, había lugares con complejos terraplenes; y en los Andes, obras maestras en piedra —a veces, grandes emplazamientos, como el de Chavín de Huantar; a veces, solitarias ruinas de rocas talladas y modeladas con increíble precisión, como éstas que viera Squier en la zona de Chavín (Fig. 96), que parecían estar pensadas para algún tipo de maquinaria ultramoderna desaparecida hace mucho tiempo.

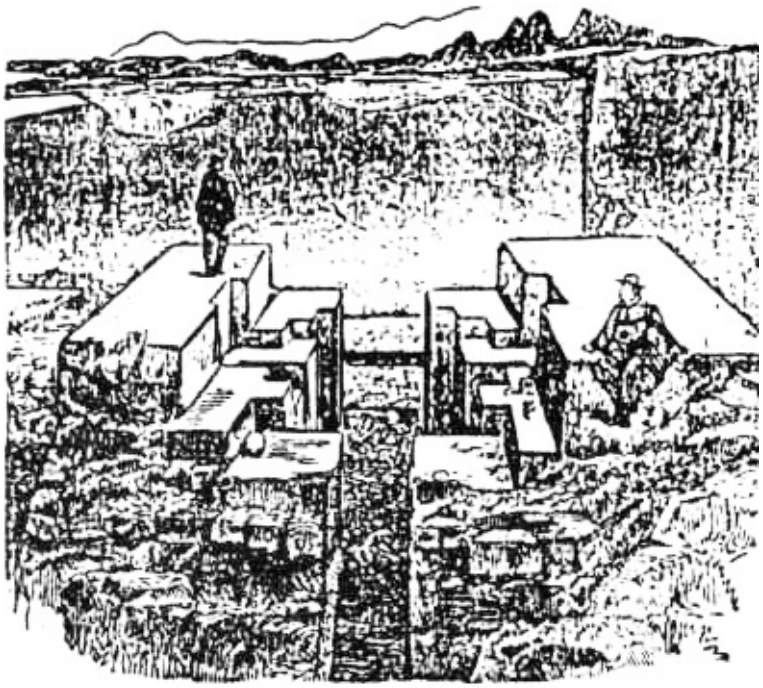

Figura 96.

De hecho, fue el trabajo con la piedra —no de los edificios, sino de los objetos artísticos— el que parece proporcionar una respuesta a la pregunta de quiénes fueron los que estaban en Chavín de Huantar. Las habilidades artísticas y los estilos escultóricos de la piedra recuerdan sorprendentemente el arte olmeca de México. Entre otros fascinantes objetos se encuentra un receptáculo con forma de jaguar-gato, un toro-felino, un cóndor-águila, un cuenco con forma de tortuga, gran cantidad de vasijas y otros objetos decorados con jeroglíficos hechos con colmillos entrelazados —un motivo que decora tanto las losas de las paredes como los objetos (Fig. 97a). Sin embargo, también había losas de piedra decoradas con motivos egipcios —serpientes, pirámides, el sagrado Ojo de Ra (Fig. 97b). Y, como si esto no fuera suficiente, había fragmentos de bloques de piedra grabados que mostraban motivos mesopotámicos, como las deidades dentro de los discos alados (Fig. 97c) o (grabadas en huesos) imágenes de dioses que llevan tocados cónicos, tocados que identificaban a los dioses en Mesopotamia (Fig. 97d).

Figura 97.

Las deidades que portan tocados cónicos tienen rasgos faciales de aspecto «africano», y el hecho de haber sido grabados en huesos indicaría que se trata de las más antiguas representaciones artísticas de este lugar. ¿Es posible que en época tan temprana hubiera africanos —negroides, egipcios-nubios— en este lugar de Sudamérica? La sorprendente respuesta es sí. Sí que hubo negros africanos aquí y en lugares cercanos (concretamente, en un lugar llamado Sechín), y dejaron tras de sí sus retratos. En todos estos lugares, hay docenas de piedras grabadas que llevan imágenes de esta gente; en la mayoría de los casos, se les puede ver sosteniendo algún tipo de herramienta; en muchos casos, se representa al «ingeniero» relacionado con un símbolo de obras hidráulicas (Fig. 98).

Figura 98.

En los lugares costeros que llevan a los emplazamientos chavín en las montañas, los arqueólogos han encontrado cabezas esculpidas de arcilla, no de piedra, que debieron de representar a los visitantes semitas (Fig. 99); una de ellas era tan increíblemente similar a las esculturas asirías que su descubridor, H. Ubbelohde-Doering (*On the Royal Highway of the Incas*), la apodó el «Rey de Asiría». Pero no está claro que estos visitantes hubieran llegado a los emplazamientos de las montañas —al menos, no con vida: se han encontrado cabezas de piedra esculpidas con rasgos semitas en Chavín de Huantar, pero la mayor parte de ellas muestran muecas grotescas o mutilaciones, clavadas como trofeos en las murallas que rodean el lugar.

Figura 99.

La edad de Chavín sugiere que la primera oleada de estos emigrantes del Viejo Mundo, tanto olmecas como semitas, llegó allí hacia el 1500 a. C. De hecho, fue durante el reinado del duodécimo monarca del Imperio Antiguo cuando, según cuenta Montesinos, «llegaron a Cuzco noticias del desembarco en la costa de unos hombres de gran estatura… gigantes que se estaban asentando por toda la costa» y que tenían herramientas de metal. Después de un tiempo, se trasladaron hacia el interior, hacia las montañas. El monarca envió corredores para que investigaran y le proporcionaran información del avance de los gigantes, no fuera que se acercaran demasiado a la capital. Pero los gigantes provocaron la ira del Gran Dios, y éste los destruyó. Estos acontecimientos tuvieron lugar casi un siglo antes de la detención del Sol que acaeció hacia el 1400 a. C. —es decir, hacia el 1500 a. C., momento en el que se construyeron las instalaciones hidráulicas de Chavín.

Hay que señalar que no se trata aquí del mismo incidente del que habla Garcilaso, de gigantes que saqueaban el país y violaban a las mujeres —algo que sucedió en tiempos de los mochicas, hacia el 400 a. C. De hecho, fue entonces, como ya hemos visto, cuando los dos grupos, olmecas y semitas, entremezclados, huían de

Mesoamérica. Sin embargo, su destino no fue diferente en el norte de los Andes. Además de las grotescas cabezas de piedra semitas encontradas en Chavín de Huantar, también se han hallado imágenes de cuerpos de negroides mutilados por toda la región, y en especial en Sechín.

Y así fue como, después de unos 1000 años en el norte de los Andes y casi 2000 en Mesoamérica, la presencia africana-semita llegó a su trágico final.

Aunque algunos africanos pudieron llegar más al sur, como atestiguan los descubrimientos de Tiahuanacu, la expansión africano-semita en los Andes proveniente de Mesoamérica no parece que fuera más allá de la región de la cultura chavín. Los relatos de gigantes destruidos por la mano divina son algo más que una leyenda, pues es bastante posible que allí, en el norte de los Andes, se encontraran los reinos de dos dioses, con una frontera invisible entre jurisdicciones y subordinados humanos.

Decimos esto porque, en aquel lugar, ya habían estado presentes otros hombres blancos. Se les retrató en bustos de piedra (Fig. 100) —generosamente vestidos, con turbantes o tocados con símbolos de autoridad, y decorados con lo que los expertos llaman «animales mitológicos».

Figura 100.

Estos bustos se han encontrado en su mayor parte en un lugar cercano a Chavín llamado Aija. Sus rasgos faciales, en especial sus rectas narices, los identifican como indoeuropeos. Sólo podían ser originarios de Asia Menor y Elam, en el sureste, y, con el tiempo, del valle del Indo, en el lejano oriente.

¿Es posible que gente de tan distantes tierras cruzara el Pacífico y llegara a los Andes en tiempos prehistóricos? El nexo, que evidentemente existió, se confirma en unas representaciones que ilustran las hazañas de un antiguo héroe de Oriente Próximo cuyos relatos se contaban una y otra vez. Se trata de Gilgamesh, rey de Uruk

(la bíblica Erek), que reinó hacia el 2900 a. C.; partió en busca del héroe del Diluvio, al cual, según la versión mesopotámica, los dioses le habían concedido la inmortalidad. Sus aventuras se contaron en la *Epopeya de Gilgamesh*, que se tradujo en la antigüedad del sumerio al resto de lenguas de Oriente Próximo. Una de sus heroicas hazañas, en la que lucha y vence a dos leones con las manos desnudas, era una de las representaciones favoritas de los artistas antiguos, como la que se muestra aquí, perteneciente a un monumento hitita (Fig. 101a).

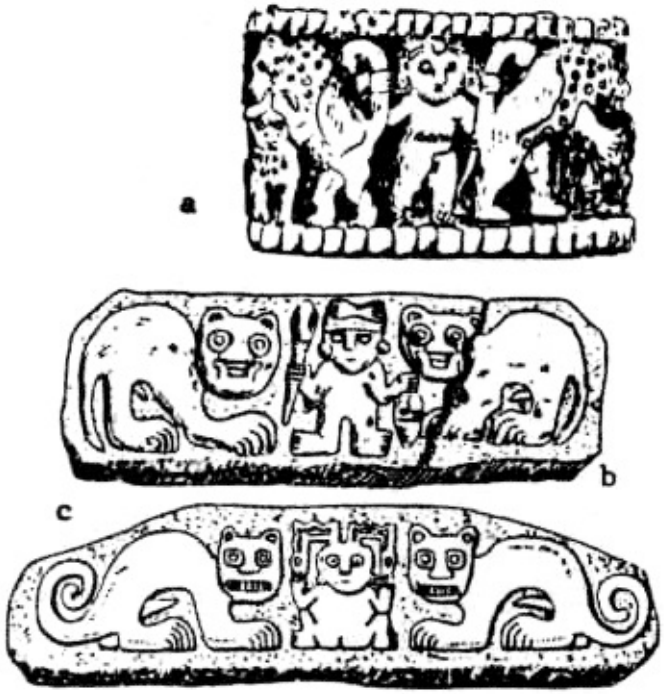


Figura 101.

¡Sorprendentemente, nos encontramos con la misma imagen en una tablillas de piedra de Aija (Fig. 101b) y de un lugar cercano, Callejón de Huaylus (Fig. 101c), en el norte de los Andes!

No existen huellas de estos indoeuropeos ni en Mesoamérica ni en América Central, por lo que tendremos que suponer que llegaron a través del Pacífico, directamente, hasta Sudamérica. Si las leyendas fueran la guía, precedieron a las dos oleadas de «gigantes» africanos y de mediterráneos barbados, y pudieron ser los pobladores más antiguos de los que habla el relato de Naymlap. Según la leyenda, el lugar de desembarco fue la península de Santa Elena (ahora en Ecuador) que, junto con la cercana isla de La Plata, se introduce en el Pacífico. Las excavaciones arqueológicas han confirmado unos asentamientos muy antiguos allí, comenzando con lo que se llama la Fase Valdiviana, hacia el 2500 a. C. Entre los descubrimientos de los que da cuenta el reconocido arqueólogo ecuatoriano Emilio Estrada (*Ultimas civilizaciones prehistóricas*), existen estatuillas de piedra con el mismo rasgo de la nariz recta (Fig. 102a), así como un símbolo en cerámica (Fig. 102b), que era el jeroglífico hitita de «dioses» (Fig. 102c).

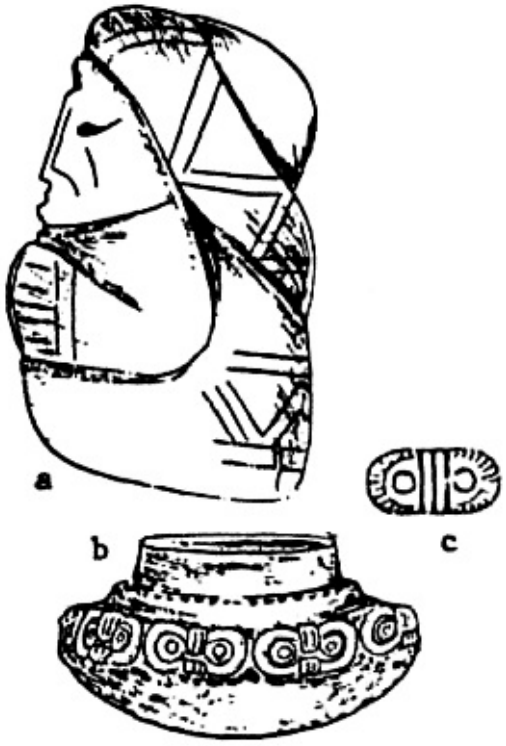


Figura 102.

Hay que destacar que las construcciones megalíticas de los Andes, como las que vimos en Cuzco, Sacsahuamán y Machu Picchu, se encuentran al sur de una línea invisible de demarcación entre dos reinos divinos. La obra de los constructores megalíticos —¿indoeuropeos dirigidos por sus dioses?— que comienza al sur de Chavín (Fig. 96), dejó su marca hacia el sur hasta el valle del río Urubamba V más allá —de hecho, en todas partes donde se extrajera o cerniera oro. Por todas partes se moldearon las rocas como si fueran de blanda masilla, haciendo canales, compartimientos, hornacinas y plataformas que, desde la distancia, parecen escaleras que no llevan a ninguna parte; túneles excavados en las laderas; fisuras que se agrandaron hasta convertirlas en corredores cuyas paredes se alisaron o se modelaron con ángulos precisos. Por todas partes, incluso en lugares donde sus habitantes podían satisfacer sus necesidades de agua del río cercano, se crearon elaboradas canalizaciones de agua para hacer que ésta fluyera en la dirección deseada desde los manantiales, los ríos o las rieras de lluvia.

Al oeste-sudoeste de Cuzco, en el camino que lleva a la población de Abancay, se encuentran las ruinas de Sayhuiti-Rumihuasi. Al igual que otros de estos lugares, se encuentra situada cerca de la confluencia de un río y un torrente más pequeño. Hay restos de un muro de contención, y los remanentes de unas construcciones de gran tamaño que en otro tiempo se levantaron allí; como señaló Luis A. Pardo en un estudio dedicado a este lugar (*Los grandes monolitos de Sayhuiti*), el nombre significa, en lengua nativa, «pirámide truncada».

Este lugar es conocido por sus monolitos, especialmente, por uno de ellos al que llaman el Gran Monolito. Y el nombre es adecuado, ya que esta enorme roca, que

desde la distancia parece un inmenso huevo brillante apoyado en la ladera, mide 4,2 por 3 por 2,7 metros. Mientras que la parte de abajo se modeló cuidadosamente con la forma de medio ovoide, la parte superior se labró para que representara, con toda probabilidad, un modelo a escala de alguna zona desconocida. Se pueden discernir muros, plataformas, escaleras, canales, túneles y ríos en miniatura; construcciones diversas, algunas que parecen edificios con hornacinas y escalones entre ellos; imágenes de diversos animales indígenas de Perú; y figuras humanas de lo que parecen guerreros y, algunos dirían, dioses.

Hay quien ve en este modelo a escala un objeto religioso en el que se honra a las deidades que se disciernen sobre él. Otros creen que representa una parte de Perú que abarca tres distritos, extendiéndose por el sur hasta el lago Titicaca (que identifican con un lago labrado en la piedra) y el antiquísimo emplazamiento de Tiahuanacu. ¿Sería esto, entonces, un mapa tallado en la piedra, o quizás un modelo a escala de un gran constructor que planeó la disposición y las estructuras que había que erigir?

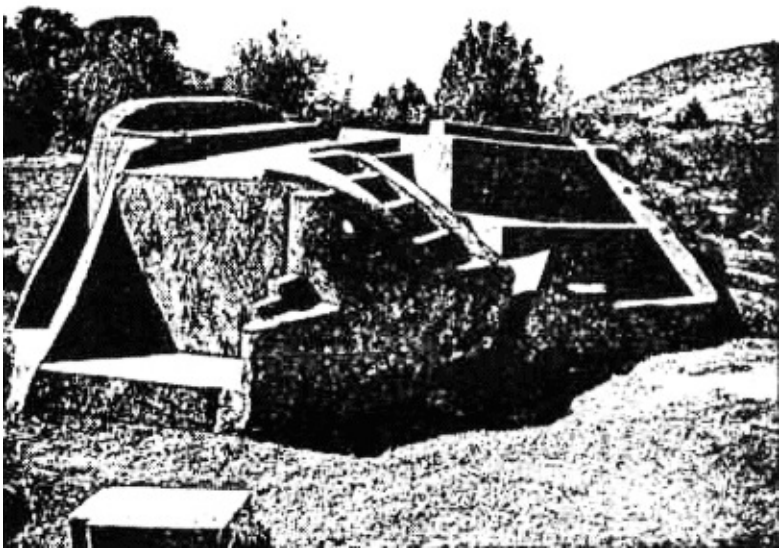

Figura 103.

La respuesta puede estar en el hecho de que, serpenteando a través de este modelo a escala, hay surcos de entre 2,5 y 5 centímetros de anchura. Todos tienen su origen en un «plato» ubicado en el punto más alto del monolito, y descienden zigzagueando hasta el borde inferior del modelo esculpido, desembocando en unos agujeros de desagüe redondos. Algunos creen que estos surcos debían de servir para desaguar las pociones (jugos de coca) que los sacerdotes ofrendaban a los dioses representados en la roca. Pero, si los arquitectos eran los propios dioses, ¿cuál era su propósito?

Los reveladores surcos también aparecen en otro inmenso afloramiento rocoso, que también se talló y modeló con una precisión geométrica (Fig. 103), con peldaños, plataformas y hornacinas en cascada por toda su superficie. Uno de sus costados se talló para hacer pequeños «platos» sobre el nivel superior; están conectados a un receptáculo más grande del cual baja un profundo canal, que se separa a mitad de

camino en dos surcos. Fuera cual fuera el líquido que llevaran, se vertía en la roca, que había sido vaciada y en la que se podía entrar a través de una abertura en la parte de detrás.

Otros restos del lugar, probablemente trozos de losas más grandes, generan cierto desconcierto por los complejos surcos y agujeros, geométricamente precisos, que tallaron en ellos; más bien parecen troqueles o matrices de algún tipo de instrumental ultramoderno.

Uno de los emplazamientos mejor conocidos, y que se encuentra justo al este de Sacsahuamán, recibe el nombre de Kenko —nombre lúe, en lengua nativa, significa «canales sinuosos». La principal atracción turística aquí es un enorme monolito que se eleva sobre un podio, y que da la impresión de un león u otro animal grande que se levanta sobre sus patas traseras. Rodeando al monolito, hay un muro de 1,8 metros de altura, construido con hermosos sillares. El monolito se yergue frente a una inmensa roca natural, y el muro circular comienza y termina en esta roca, como si se tratara de una pinza. En la parte de atrás, la roca se talló, se labró y se modeló en varios niveles, conectados a través de plataformas escalonadas. En los costados de la roca, artificialmente inclinados, se tallaron canales zigzagueantes, y el interior de la roca se vació para crear túneles laberínticos y cámaras. Cerca, una grieta en la roca lleva a una abertura parecida a una cueva, vaciada con precisión geométrica para crear lo que algunos describen como tronos y altares.

Existen más de estos sitios alrededor de Cuzco-Sacsahuamán, a lo largo del Valle Sagrado y hacia el sureste, donde hay un lago que lleva el nombre de lago Dorado. En un lugar llamado Torontoy, entre sus megalíticos bloques de piedra precisamente tallados, existe uno que tiene 32 ángulos. A unos 80 kilómetros de Cuzco, cerca de Torontoy, se hizo un curso de agua artificial para que cayera como una cascada entre dos muros y sobre 54 «peldaños», cortados todos en la roca viva; curiosamente, este lugar recibe el nombre de Cori-Huairachina, «donde se purifica el oro».

Cuzco significa «el ombligo», y lo cierto es que Sacsahuamán parece haber sido el mayor, más colosal y más importante de todos estos lugares. Un aspecto de su importancia se evidencia en un lugar llamado Pampa de Anta, a unos 15 kilómetros al este de Sacsahuamán. Allí, se labró en la roca viva una serie de escalones que conforman un gran creciente (de ahí el nombre de la roca, *Quülarumi*, «piedra Luna»). Dado que no hay nada que ver allí, salvo los cielos orientales, Rolf Müller (*Sonne, Mond una Steiner über dem Reich der Inka*) llegó a la conclusión de que debía de ser algún tipo de observatorio, situado de manera que reflejara los datos astronómicos en el promontorio de Sacsahuamán.

Pero ¿qué era en realidad Sacsahuamán, ahora que la idea de haber sido construida por los incas como una fortaleza ha quedado desacreditada? Los desconcertantes canales laberínticos y otros recortes aparentemente caóticos con los

que se dio forma a las rocas naturales comienzan a tomar sentido como resultado de unas excavaciones arqueológicas iniciadas hace pocos años. Aunque lejos de descubrir más que una pequeña parte de las extensas estructuras de piedra de la meseta que se extiende por detrás de la roca Usa del Rodadero, estas excavaciones ya han revelado dos aspectos fundamentales del emplazamiento. Uno es el hecho de que murallas, conductos, receptáculos, canales y demás se crearon tanto a partir de la roca viva como con la ayuda de grandes sillares perfectamente modelados, muchos de ellos del tipo poligonal de la época megalítica, para formar una serie de estructuras de canalización de agua, unas por encima de otras; de este modo, se hacían fluir las aguas de la lluvia o del deshielo de forma regulada, de nivel en nivel.

El otro aspecto es el descubrimiento de una inmensa zona circular, cerrada con sillares megalíticos, que, según la opinión de todos, hacía las funciones de embalse. También se descubrió una cámara-esclusa subterránea construida con sillares megalíticos, ubicada en un nivel que permitía la salida de agua del embalse circular. Como han demostrado los niños que van a jugar allí, el canal que sale de esta cámara-esclusa va a parar al *Chingana* o «Laberinto», excavado en la roca natural por detrás y por debajo de esta zona circular.

Aún sin haberse descubierto la totalidad del complejo que se construyó en este promontorio, por el momento queda claro que algún tipo de mineral o de compuesto químico se vertía desde el Rodadero, para otorgar a su lisa cara posterior la decoloración resultante de tal uso; fuera lo que fuera —¿tierras ricas en oro?— lo que se vertía en el gran embalse circular, —desde el otro lado, el agua se hacía discurrir con fuerza. Tiene todo el aspecto de unas instalaciones de criba de oro a gran escala. Por último, el agua salía a través de la cámara-esclusa y se dejaba ir a través del laberinto. Lo que quedaba en las cubas de piedra era el oro.

Entonces, ¿qué papel tenían las colosales y zigzagueantes murallas megalíticas de los límites del promontorio, proteger o dar soporte? Para esto todavía no hay una respuesta clara, salvo la suposición de que hacía falta algún tipo de plataforma maciza para los vehículos —suponemos que aéreos— que se utilizaban para transportar el mineral y llevarse las pepitas.

Un lugar que podría haber servido, o que se pensó que sirviera para funciones similares de transporte es Ollantaytambo, situado a casi cien kilómetros al noroeste de Sacsahuamán. Los restos arqueológicos se encuentran en la cima de una empinada estribación montañosa, y dominan una abertura entre las montañas que se elevan donde confluyen los ríos Urubamba-Vilcanota y Patcancha. A los pies de la montaña, hay un pueblo que da su nombre a las ruinas; el nombre, que significa «lugar de descanso de Olíantay», proviene de la época en que un héroe inca se hizo fuerte allí para resistir a los españoles.

Varios centenares de escalones de piedra de tosca construcción conectan una serie

de terrazas de factura inca y llevan hasta las ruinas principales, que están en la cima. Allí, en lo que se supone que hizo las veces de fortaleza, hay en realidad restos de estructuras incas construidas con piedras del terreno. Parecen primitivas y feas, al lado de las estructuras preincaicas de la época megalítica.

Las estructuras megalíticas comienzan con un muro de contención construido a base de piedras poligonales de bello diseño, como las que se pueden encontrar en los restos megalíticos descritos anteriormente. Después de pasar por un pórtico tallado en un único bloque de piedra, se llega a una plataforma que se apoya en un segundo muro de contención, construido también con piedras poligonales, pero de mayor tamaño. En uno de los lados, la prolongación de este muro se convierte en un recinto con doce aberturas trapezoidales —dos sirven como puertas y las otras diez son falsas ventanas; quizás sea éste el motivo por el cual Luis Pardo (*Ollamtaitampu, Una ciudad megalítica*) le llamó a esta estructura «el templo central». En el otro lado del muro se eleva una enorme puerta modelada a la perfección (Fig. 104), que en su época (aunque no ahora) sirvió de entrada a las principales estructuras.

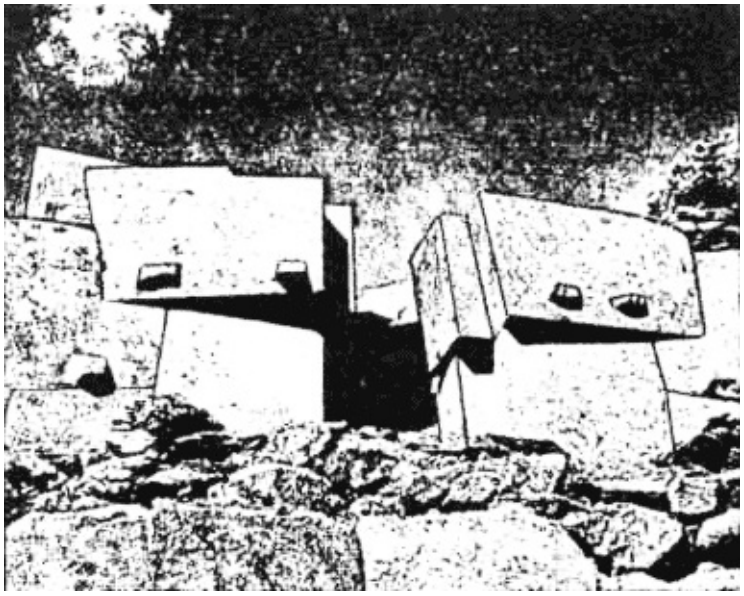

Figura 104.

El misterio más grande de Ollantaytambo está allí: una hilera de seis colosales monolitos que se elevan en la terraza más alta. Los gigantescos bloques de piedra tienen entre 3,3 y 4 metros de altura, con una media de 1,8 de anchura y un grosor de entre 0,9 y 1,8 metros (Fig. 105).

Figura 105.

Se yerguen todos juntos, sin argamasa ni ningún otro tipo de material adherente, con la ayuda de largas piedras desbastadas que se insertaron entre los colosales bloques. Allá donde el grosor de los bloques no alcanza el máximo (de cerca de dos metros), se encajaron unas grandes piedras poligonales, como en Cuzco y en Sacsahuamán, para darle un grosor mayor. Sin embargo, en la parte frontal, los megalitos se yerguen como una única pared, orientada exactamente al sudeste, con las superficies cuidadosamente alisadas hasta obtener una ligera curvatura. Al menos, dos de los monolitos llevan los restos deteriorados de relieves decorativos; sobre el cuarto (comenzando desde la izquierda), se observa el dibujo de una escalera; todos los arqueólogos coinciden en que este símbolo, que tiene su origen en Tiahuanacu, en el lago Titicaca, significaba el ascenso desde la Tierra al Cielo o, al revés, el *descenso desde el Cielo a la Tierra*.

Las jambas y los salientes de los lados y de la parte frontal de los Monolitos, y los cortes escalonados de la parte superior del sexto de ellos, sugieren que esta obra quedó inacabada. De hecho, hay bloques de piedra de distintos tamaños y formas que están esparcidos a su alrededor. Algunos de ellos se tallaron, se modelaron y se les dieron esquinas, surcos y ángulos perfectos. Uno de ellos ofrece una pista sumamente significativa, pues en él se talló una profunda T (Fig. 106).

Figura 106.

Todos los expertos, tras encontrar otras incisiones como ésta en los gigantescos bloques de piedra de Tiahuanacu, coinciden en afirmar que esto se hacía para mantener juntos dos bloques de piedra por medio de una especie de grapa de *metal*, como precaución ante los terremotos.

Y uno se pregunta entonces cómo los expertos siguen atribuyendo estos restos a los incas, que no disponían de metal alguno salvo de oro, que es demasiado blando y, por tanto, totalmente inadecuado para mantener juntos unos colosales bloques de piedra en medio de un terremoto. También resulta ingenua la explicación de que los soberanos incas hicieran en este colosal lugar unos gigantescos baños, pues bañarse era uno de sus más preciados placeres. Con dos ríos que corren justo a los pies de las colinas, ¿para qué transportar tan inmensos bloques —algunos pueden pesar hasta 250 toneladas? ¿Para hacerse una bañera en la cima de una colina? Y todo eso, ¿sin herramientas de hierro?

Más seria resulta la explicación que se da a la hilera de seis monolitos de que formaban parte de un muro de contención planificado, probablemente, para soportar una gran plataforma en la cima de la montaña. Si es así, el tamaño y la robustez de los bloques de piedra recuerdan a los colosales bloques de piedra utilizados para construir la singular plataforma de Baalbek, en las montañas del Líbano. En *Escalera al Cielo*, describimos y examinamos con detalle esta plataforma megalítica, y llegamos a la conclusión de que era el «lugar de aterrizaje» adonde había ido Gilgamesh —un lugar de aterrizaje para las «naves aéreas» de los anunnaki.

Entre las muchas similitudes que encontramos entre Ollantaytambo y Baalbek se encuentra la del origen de los megalitos. Los colosales bloques de piedra de Baalbek se extrajeron a muchos kilómetros de distancia, en un valle; y después, increíblemente, se levantaron, se transportaron y se pusieron en su lugar, junto con otras piedras de la plataforma. En Ollantaytambo, los gigantescos bloques de piedra se extrajeron de una ladera en el lado opuesto del valle. Los pesados bloques de granito rojo, después de ser extraídos, tallados y modelados, fueron transportados desde la ladera, a través de dos ríos, y se subieron hasta su emplazamiento; más tarde, se izaron cuidadosamente y se pusieron en su lugar para, finalmente, encajarlos entre sí.

¿Quién hizo Ollantaytambo? Garcilaso de la Vega escribió que era «de la primera época, antes de los incas». Blas Valera afirmó, «de una era que precedió a la época de los incas… la era del panteón de los dioses de tiempos preincaicos». Ya es hora de que los expertos modernos lo acepten.

También es hora de darse cuenta de que estos dioses eran los mismos a los que se les atribuyó la construcción de Baalbek en las leyendas de Oriente Próximo.

¿Acaso Ollantaytambo pretendía ser una fortaleza, como Sacsahuamán podría haber sido, o un lugar de aterrizaje, como había sido Baalbek?

En nuestros libros anteriores hemos demostrado que, para determinar el lugar de su espaciopuerto y los «lugares de aterrizaje», los anunnaki establecieron primero un corredor de aterrizaje a partir de un rasgo geográfico sobresaliente (como el Monte Ararat). La ruta de vuelo en este corredor se inclinó después con un ángulo exacto de 45° con respecto al ecuador. En tiempos postdiluvianos, cuando el espaciopuerto se instaló en la península del Sinaí y el lugar de aterrizaje para vehículos aéreos se ubicó en Baalbek, la rejilla siguió el mismo patrón.

El Torreón de Machu Picchu tiene, además de dos ventanas de observación en la parte semicircular, otra enigmática ventana (Fig. 107) que tiene en su base una abertura con forma de escalera invertida, y una hendidura con forma de cuña en la parte superior. Nuestros propios estudios demuestran que, si se traza una línea desde la *Roca Sagrada* que, pasando por la hendidura, llegue hasta el Intihuatana, ésta discurriría en un ángulo exacto de 45° con respecto a los puntos cardinales, dando así a Machu Picchu su principal orientación.

Figura 107.

Estos 45° de orientación no sólo determinaron el trazado de Machu Picchu, sino también la ubicación de los principales emplazamientos antiguos. Si, sobre un mapa de la región, se traza una línea que conecte los legendarios altos de Viracocha desde la Isla del Sol en el Lago Titicaca, la línea pasará por Cuzco y continuará hasta Ollantaytambo —¡precisamente, en un ángulo de 45° con respecto al ecuador!

En una serie de estudios y conferencias de María Schulten de D’Ebneth,

resumidos en su libro *La Ruta de Wiracocha*, se demostró que la línea de 45° sobre la que se ubicó Machu Picchu encaja con una rejilla patrón a lo largo de los lados de un cuadrado inclinado 45° (de manera que las esquinas, y no los lados, señalan hacia los puntos cardinales). María confesó que, para buscar esta antigua rejilla, se había inspirado en la *Relación* de Salcamayhua. Después de relatar la leyenda de las tres ventanas, éste dibujó un esbozo (Fig. 108a) para ilustrar la narración, y le dio a cada ventana un nombre: Tampu-Tocco, Maras-Tocco y Sutic-Tocco. María Schulten se dio cuenta de que se trataba de nombres de lugares. Cuando aplicó el cuadrado inclinado a un mapa de la región Cuzco-Urubamba, con su esquina noroccidental en Machu Picchu (alias Tampu-Tocco), descubrió que el resto de lugares caía en las posiciones correctas. Y, por último, trazó las líneas que demostraban que una línea de 45° que partiera de Tiahuanacu, combinada con cuadrados y círculos de medidas concretas, abarcaba a todos los antiguos lugares clave entre Tiahuanacu, Cuzco y Quito, en Ecuador, incluido el importantísimo emplazamiento de Ollantaytambo (Fig. 108b).

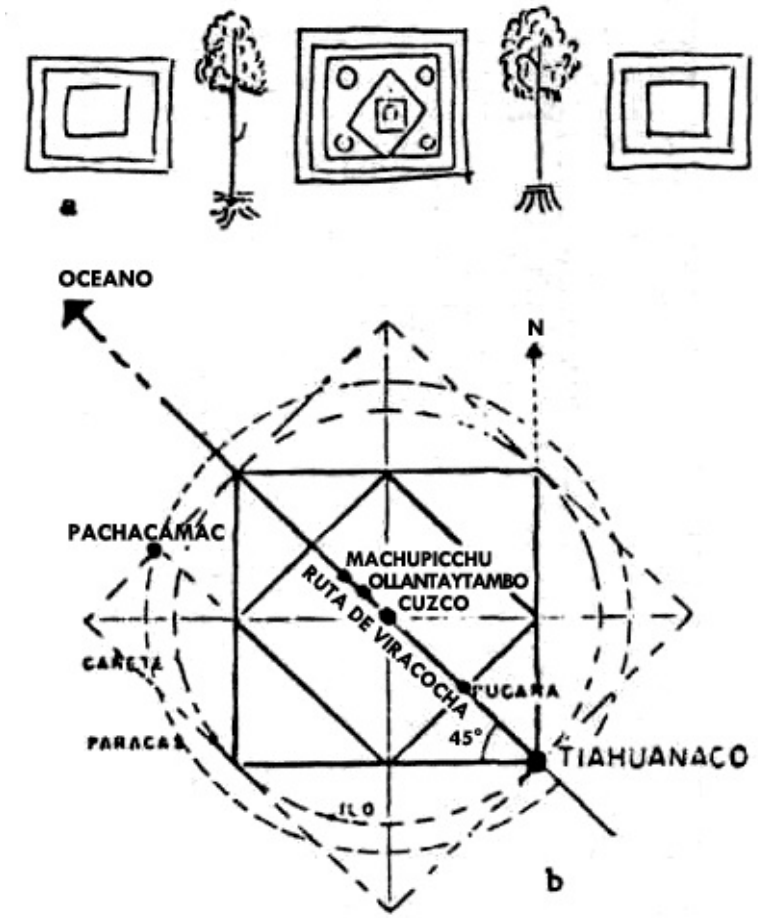


Figura 108.

No menos importante es otro de sus descubrimientos. Los subángulos que ella había calculado entre la línea central de 45° y los lugares ubicados a partir de ella, como el templo de Pachacamac, le indicaron que la inclinación («oblicuidad») de la Tierra en el momento en que se trazó la rejilla estaba cerca de los 24° 08', lo que

significaría que la rejilla se diseñó (según ella) 5125 años antes de que se tomaran las medidas, en 1953; en otras palabras, en el 3172 a. C.

Y esto confirmaría nuestras propias conclusiones de que las estructuras megalíticas pertenecen a la Era de Tauro, la época que va del 4000 al 2000 a. C. Y al combinarse los estudios modernos con los datos aportados por los cronistas, se confirma lo que las leyendas seguían reiterando: que todo comenzó en el lago Titicaca.

# 10. «LA BAALBEK DEL NUEVO MUNDO».

Cada versión de cada leyenda de los Andes apunta al lago Titicaca cuando habla del Comienzo —el lugar donde el gran dios Viracocha realizó sus hazañas creadoras, donde la humanidad reapareció después del Diluvio, donde a los antepasados de los incas se les concedió la varita mágica de oro con la que fundarían la civilización andina. Si esto fuera ficción, no vendría apoyado por los hechos; pues a orillas del lago Titicaca se encuentra la primera y más grande de las ciudades que en todas las Américas se hubieran levantado.

Su extensión, el tamaño de sus monolitos, las intrincadas tallas en sus monumentos y sus estatuas han sorprendido a todos los que han visto Tiahuanacu (que es como se le llamó a este lugar), desde que el primer cronista se lo describió a los europeos. Todos se han preguntado también quién construyó esta singular ciudad y cómo, y se han quedado anonadados ante su incalculable antigüedad. Y, sin embargo, el mayor de todos sus enigmas es su misma ubicación: un lugar árido, casi sin vida, a casi 4000 metros —¡cuatro kilómetros!— de altitud, entre los picos andinos más altos, que están permanentemente cubiertos de nieve. ¿Quién hubiera hecho tan increíble esfuerzo por erigir unos colosales edificios, con una piedra que hubo que extraer y transportar desde varios kilómetros de distancia, en este lugar sin árboles y desolado, barrido por el viento?

Al pensar esto, Ephraim George Squier se sintió impactado, cuando llegó al lago hace un siglo.

> *«Las islas y los promontorios del lago Titicaca —escribió (Perú Illustrated)—, son estériles en su mayor parte. En las aguas se oculta cierta variedad de extraños peces, que contribuyen a nutrir a una población necesariamente escasa en una región en donde la cebada no maduraría salvo en las mejores circunstancias, y en donde un maíz diminuto se desarrolla de la forma más precaria; en donde la patata, encogida hasta la mínima expresión, es amarga; en donde el único cereal es la quínoa; y en donde los únicos animales de la zona que pueden servir de alimento son las alpacas, las llamas y las vicuñas».*

Sin embargo, en este mundo sin árboles, Squier añadió

> *«Si nos hemos de fiar de las leyendas, el germen de la civilización inca se desarrolló a partir de una antigua civilización original que grabó sus recuerdos en enormes piedras y las dejó en la llanura de Tiahuanacu, y de las cuales no quedan leyendas, salvo que fue la obra de los gigantes de la antigüedad, que las pusieron en pie en una sola noche».*

Sin embargo, otros fueron los pensamientos que le impactaron cuando trepó hasta un promontorio desde donde se veía el lago y la antigua ciudad. ¿No sería, quizá, por su aislamiento, por los picos circundantes, por la perspectiva entre los picos, por lo que se habría elegido aquel lugar? Desde una cresta que hay en el extremo sudoccidental de la llanura en la cual está ubicado el lago, cerca de donde las aguas de éste corren hacia el sur a través del río Desaguadero, Squier no sólo podía ver el lago con sus penínsulas e islas más meridionales, sino también los picos nevados del

este.

Junto a un esbozo que él mismo dibujó, escribió:

*«Aquí, la gran cordillera nevada de los Andes se eleva ante nuestra mirada con toda su majestad. Dominando el lago, se encuentra la mole maciza del Illampu, o Sorata, la corona del continente, la montaña más alta de América, rivalizando, si no igualando en altura, a los monarcas de los Himalayas; los observadores varían en sus estimaciones y cálculos acerca de su altitud, entre los 7600 y los 8200 metros».*

Al sur de este destacado hito, la ininterrumpida cadena de montañas y picos «termina en la gran montaña de Illimani, de 7400 metros de altitud». Entre la cordillera occidental, en cuyas estribaciones había estado Squier, y las gigantescas montañas del este, se encuentra la depresión en la que se extiende el lago y sus costas meridionales.

*«Posiblemente, no haya otro sitio en el mundo —prosiguió Squier—, en donde, desde un único punto de vista, se tenga un panorama tan diverso y grandioso. La totalidad del gran altiplano de Perú y Bolivia, en su parte más ancha, con su propio sistema fluvial, sus propios ríos y lagos, sus llanuras y sus montañas, todo, enmarcado por las sierras de la cordillera de los Andes, se nos ofrece como si fuera un mapa»*

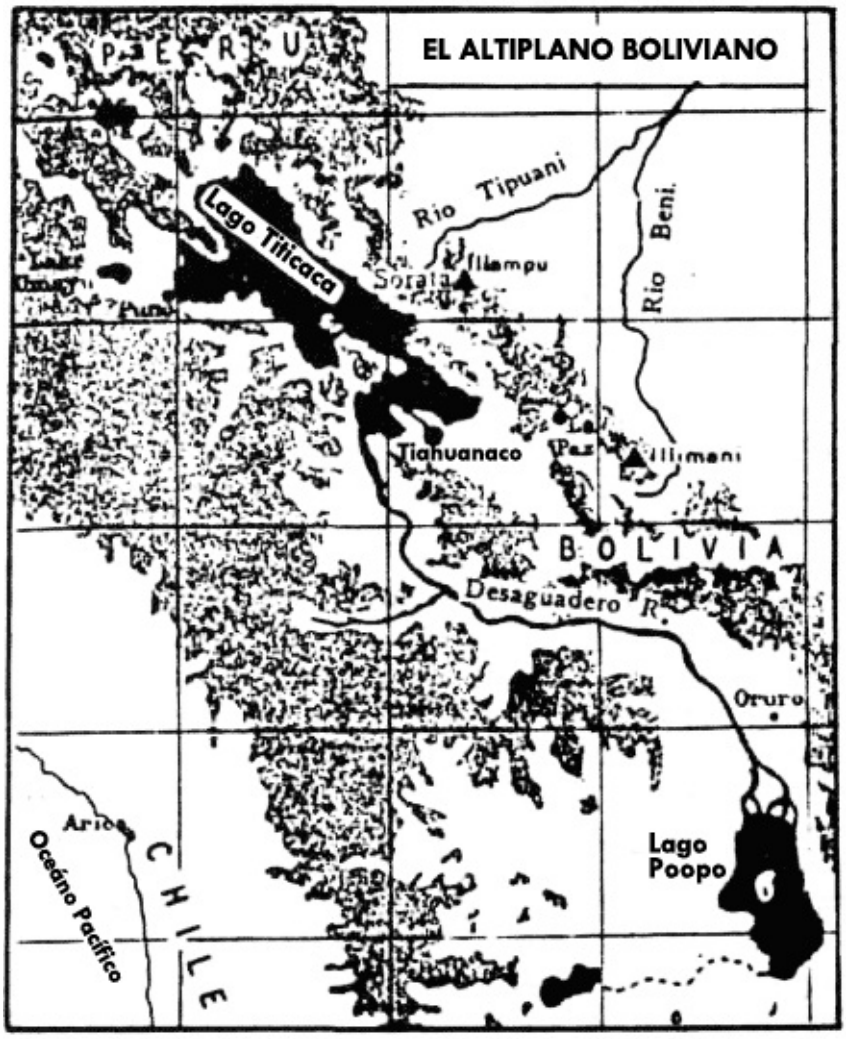


Figura 109.

¿No serían estos rasgos geográficos y topográficos los verdaderos responsables de

la elección de este lugar, en el extremo de una gran llanura, con dos picos que se destacan no sólo desde el suelo, sino también desde los cielos, igual que los picos gemelos del Ararat (5100 y 3900 metros) y las dos pirámides de Gizeh habían servido para marcar las rutas de aterrizaje de los anunnaki?

Sin saberlo, Squier había planteado la analogía, pues tituló el capítulo en donde describía estas antiguas ruinas como «Tiahuanacu, la Baalbek del Nuevo Mundo»; pues ésa era la única comparación que se le pudo ocurrir —la de un emplazamiento que hemos identificado como el lugar de aterrizaje de los anunnaki al cual Gilgamesh se encaminó hace cinco mil años.

El mayor explorador de este siglo de Tiahuanacu y sus ruinas ha sido, sin lugar a dudas, Arthur Posnansky, un ingeniero europeo que se mudó a Bolivia y dedicó toda su vida a desvelar los misterios de estas ruinas. Ya en 1910, Posnansky se quejaba de que, de una visita a otra, veía cada vez menos elementos, pues los nativos de la zona los constructores de la capital, La Paz, e incluso el mismo gobierno, para la construcción del ferrocarril, se llevaban sistemáticamente bloques de piedra, no por su valor artístico o arqueológico, sino como material de construcción de libre disposición.

Medio siglo antes, Squier se quejaba de lo mismo y manifestaba que en la población más cercana, en la península de Copacabana, la iglesia, así como las viviendas de sus habitantes, se habían construido con piedras arrebatadas a las antiguas ruinas como si de una cantera se tratara. Y descubrió que hasta la catedral de La Paz se había levantado con piedras de Tiahuanacu.

Sin embargo, lo poco que quedó —principalmente porque era demasiado grande para moverlo— le llevó a pensar que se trataba de los restos de una civilización que había desaparecido antes de que los incas existieran, una civilización contemporánea de la de Egipto y Oriente Próximo. Las ruinas indican que las estructuras y los monumentos fueron obra de un pueblo capaz de una arquitectura singular, perfecta y armoniosa —y, sin embargo, «no tuvo infancia, y no pasó a través de un período de crecimiento». No es de sorprender, por tanto, que, los indígenas a los que se les preguntó, les dijeran a los españoles que todo aquello lo habían levantado en una noche los gigantes.

Pedro Cieza de León, que viajó por todo lo que es ahora Perú y Bolivia entre los años 1532 y 1550, comentó en sus *Crónicas* que, sin lugar a dudas, las ruinas de Tiahuanacu eran «el lugar más antiguo de todos los que yo haya descrito». Entre los edificios que le asombraron había una «colina hecha por manos de hombres, sobre una gran base de piedra» que medía más de 270 por 120 metros, y se elevaba unos 36 metros.

Más allá, vio

*«dos ídolos de piedra, de aspecto y forma humanos, los rasgos hábilmente tallados, de manera que*

*parecen hechos por mano de algún gran maestro. Son tan grandes que parecen pequeños gigantes, y está claro que llevan un tipo de ropa diferente del que llevan ahora los nativos de estas partes; parecen llevar algún ornamento en la cabeza».*

Cerca, vio los restos de otro edificio, y de un muro «muy bien construido». Todo parecía muy antiguo y erosionado. En otra parte de las ruinas vio

*«piedras de tan enorme tamaño que causa admiración pensar en ellas, y reflexionar qué fuerza humana pudo moverlas hasta el lugar en donde las vemos, siendo tan grandes. Muchas de estas piedras están talladas de diferentes formas, algunas de ellas tienen la forma de un cuerpo humano, por lo que debieron ser sus ídolos».*

Se dio cuenta de que cerca del muro y de los grandes bloques de piedra había «muchos agujeros y huecos en el suelo» que le desconcertaron. Más al oeste, vio otras ruinas antiguas,

*«entre ellas, muchos pórticos, con sus jambas, dinteles y umbrales, todo de una sola piedra».*

Concretamente, se asombró de que «de estos grandes pórticos salen piedras aún más grandes sobre las cuales se han formado los pórticos, algunas de ellas de 9 metros de anchas, 4 ó 5 de largas y casi dos metros de grosor». Todo esto —decía Cieza de León totalmente anonadado— el portal, las jambas y el dintel, es de una sola piedra. Y añadió que «la obra es grandiosa y magnificente, cuando se la considera en su conjunto», y que

*«no alcanzo a comprender con qué instrumentos o herramientas se puede haber hecho, pues es bien cierto que, para que estas grandes piedras se pudieran llevar a la perfección y dejarlas como las vemos, las herramientas tuvieron que ser mucho mejores que las que utilizan ahora los indios».*

De todo lo visto por los primeros españoles al llegar a la escena, tan sinceramente descrita por Cieza de León, estos colosales pórticos de una sola pieza siguen estando donde cayeron. El lugar, a alrededor de un kilómetro y medio al sudoeste de las ruinas principales de Tiahuanacu, recibió el nombre indio de Puma-Punku, como si se tratara de un sitio aparte; pero ahora sabemos que formaba parte de la gran metrópolis de Tiahuanacu, que medía un kilómetro y medio de ancho por casi tres de largo.

Estas ruinas han sorprendido a todos los viajeros que las han visto durante los dos últimos siglos, pero los primeros en describirlas científicamente fueron A. Stübel y Max Uhle *(Die Ruinenstaette von Tiahuanaco im Hochland des Alten Perú,* 1892). Las fotografías y los dibujos que acompañaban su informe demostraban que los gigantescos bloques de piedra caídos habían formado parte de varias estructuras de sorprendente complejidad que podían haber formado el edificio oriental del lugar (la Fig. 110 se basa en los últimos estudios).

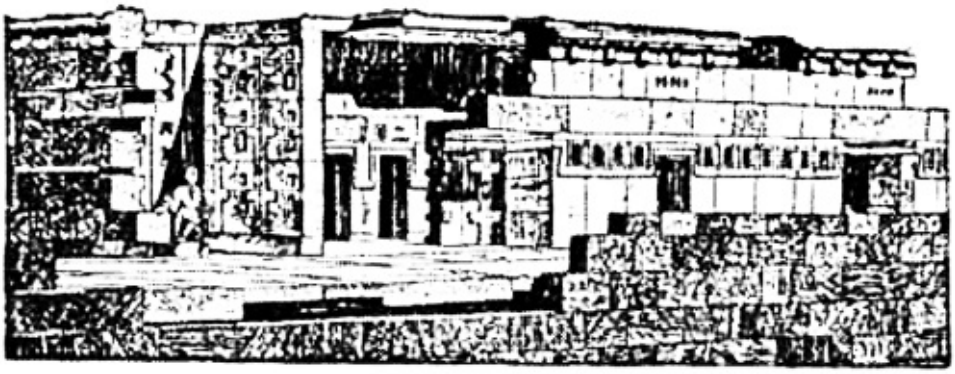

Figura 110.

Las cuatro partes del edificio, que se derrumbó (o fue derribado), parecen enormes plataformas, con o sin las partes que las unían en una sola pieza, verticalmente o en otros ángulos (Fig. 111). Las porciones individuales, rotas, pesan alrededor de cien toneladas cada una; están hechas de arenisca roja, y Posnansky (*Tiahuanacu - The Cradle of American Man*) demostró concluyentemente que la cantera de estos bloques, que pesaban tres o cuatro veces más cuando eran una unidad, estaba en la costa occidental del lago, a unos quince kilómetros de distancia. Estos bloques de piedra, de los que algunos miden más de 3,5 por 3 metros, y casi 60 centímetros de grosor, estaban llenos de muescas, surcos, ángulos precisos y superficies en diversos niveles.

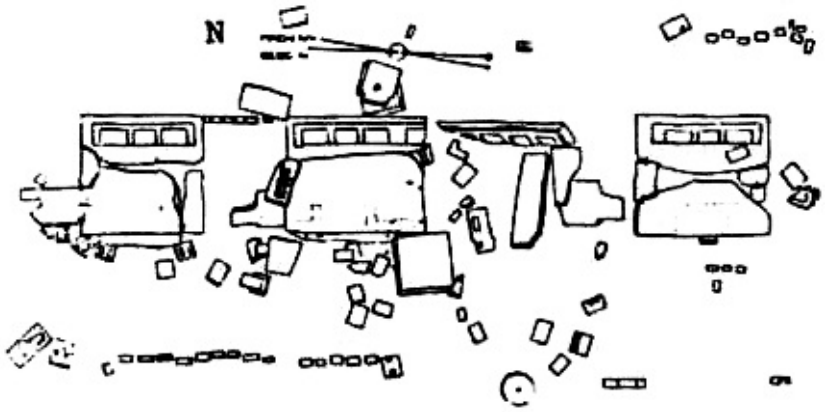


Figura 111.

En determinados puntos, los bloques tienen unas muescas (Fig. 112) cuya finalidad parece que fue albergar grapas metálicas, para sujetar cada sección vertical a las adyacentes —un «artilugio» técnico que ya vimos en Ollantaytambo. Pero, mientras allí las hipótesis indicaban que las grapas pudieran ser de oro (el único metal que conocían los incas) —una hipótesis insostenible a causa de la blandura del oro—, aquí las grapas estaban hechas de *bronce*. Y se sabe que era así porque se han encontrado algunas de ellas. Y es éste un descubrimiento de considerable importancia, pues el bronce es una aleación muy difícil de producir que requiere la combinación de ciertas proporciones de cobre (alrededor del 85-90 por cien) y de estaño; y, mientras que el cobre se puede encontrar en estado natural, el estaño sólo se

puede extraer a través de unos difíciles procesos metalúrgicos a partir del mineral en donde se encuentra.

Figura 112.

¿Cómo se obtendría este bronce, de modo que su disponibilidad no fuera una parte más del enigma, sino también una pista para las respuestas?

Dejando a un lado la explicación acostumbrada de que las colosales e intrincadas estructuras de Puma-Punku eran «un templo», ¿qué fin práctico tenía? ¿Cuál era la función para la cual se habían puesto en juego un esfuerzo tan inmenso y unas tecnologías tan sofisticadas? El arquitecto alemán Edmund Kiss, cuya visualización del aspecto que pudieron tener en su origen las estructuras inspiró sus planos para los monumentales edificios de la Alemania nazi, creía que los montículos y las ruinas que hay a los costados y enfrente de la sección de cuatro partes derrumbada eran elementos de un puerto, puesto que, en la antigüedad, el lago se había extendido hasta allí. Pero esto deja abierta la pregunta e, incluso, la refuerza: ¿qué pasaba en Puma-Punku? ¿Qué se importaba y que productos se embarcaban en esta estéril altitud?

En excavaciones recientes en Puma-Punku se ha descubierto una serie de recintos semisubterráneos construidos con bloques de piedra perfectamente modelados. Recuerdan los de la plaza hundida de Chavín de Huantar, y plantean la posibilidad de que fueran elementos —embalses, estanques, cámaras-esclusa— de un sistema hidráulico similar.

Más respuestas se pueden encontrar en los más desconcertantes (si ello es aún posible) descubrimientos del lugar: bloques de piedra, completos en sí mismos o indudablemente partidos por bloques más grandes, que se modelaron, se angularon, se cortaron y grabaron de un modo asombroso, con una sorprendente precisión y con herramientas que son difíciles de encontrar aun en nuestros días. La mejor manera de describir estos milagros tecnológicos es mostrar algunos de ellos (Fig. 113).

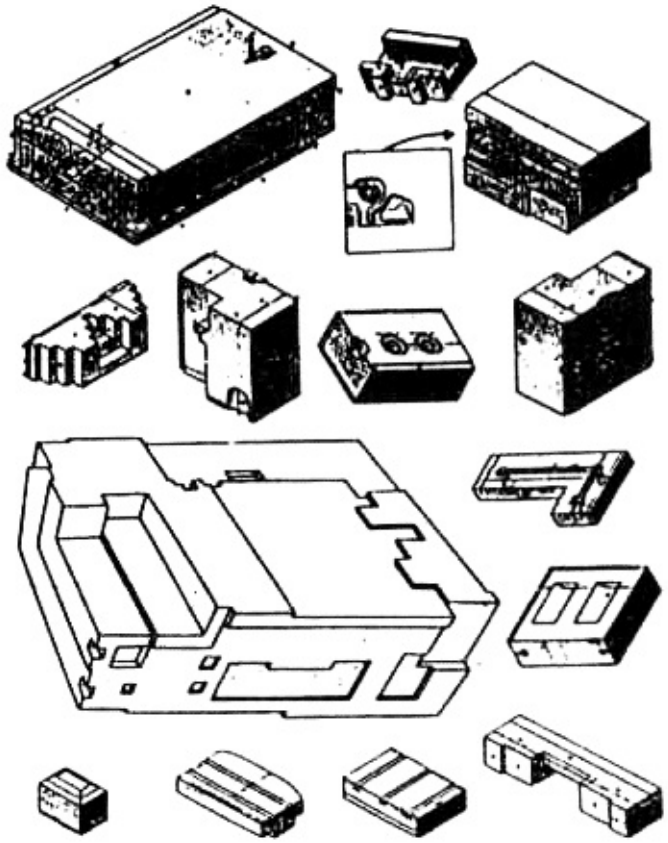

Figura 113.

No existe absolutamente ninguna explicación plausible para estos artefactos, salvo sugerir —basándonos en la tecnología actual— que se tratase de matrices, troqueles para la fabricación de intrincados elementos metálicos; elementos de algún equipo complejo y sofisticado que el hombre de los Andes, o, para el caso, cualquier otro, era absolutamente incapaz de tener en tiempos preincaicos.

Diversos arqueólogos e investigadores han llegado a Tiahuanacu desde la década de 1930, para breves o prolongados trabajos —Wendell C. Bennett, Thor Heyerdahl y Carlos Ponce Sanginés son nombres plenamente reconocidos; pero, en general, todos ellos sólo utilizaron, construyeron sobre, aceptaron o discutieron a partir de las conclusiones de Arthur Posnansky, que fue el primero en ofrecer su extraordinario trabajo y sus ideas en los amplios volúmenes de 1914 de *Una metrópoli prehistórica en la América del Sur* y, después de otras tres décadas de dedicación, en los cuatro volúmenes de *Tiahuanaco - Cuna del hombre de las Américas*, combinados con la traducción al inglés (en 1945). Esta edición fue honrada con un prólogo oficial del gobierno de Bolivia (el emplazamiento terminó en la parte boliviana del lago, tras su partición con Perú), y celebraba «el año 12 000 de Tiahuanacu».

Pues ésta, después de haberse dicho y hecho todo, era la conclusión más asombrosa (y controvertida) de Posnansky, que Tiahuanacu tenía milenios de antigüedad; que la primera fase se construyó cuando el nivel de las aguas del lago estaba treinta metros más alto y antes de que toda la región fuera arrasada por una avalancha de agua —quizás el famoso Diluvio, miles de años antes de la era cristiana.

Combinando los descubrimientos arqueológicos con los estudios geológicos, el estudio de flora y fauna, las medidas de los cráneos encontrados en las tumbas y retratados en cabezas de piedra, y trayendo a colación cada faceta de su experiencia tecnológica e ingeniera, Posnansky concluyó que había habido tres fases en la historia de Tiahuanacu; que fue poblada por dos razas —primero, de gente mongoloide; después, de caucásicos medio orientales— y en ningún momento por gente negroide; y que el lugar había soportado dos catástrofes; la primera, natural, por avalancha de agua; y después un repentino trastorno de naturaleza desconocida.

Sin aceptar necesariamente estas conclusiones tan duras de tragar o su cronología, los datos geológicos, topográficos, climáticos y el resto de datos científicos recopilados por Posnansky, y, cómo no, todos los descubrimientos arqueológicos que hizo, han sido aceptados y utilizados por todos los que le siguieron en el medio siglo siguiente a su monumental esfuerzo.

Su mapa del lugar (Fig. 114) sigue siendo el plano básico del emplazamiento, de sus medidas, orientaciones y edificios principales. Aunque algunas de sus secciones, que indicó como potencialmente ricas en restos y objetos, se llegaron a excavar y a aprovechar, el principal interés estaba y sigue estando en los tres principales componentes del lugar.

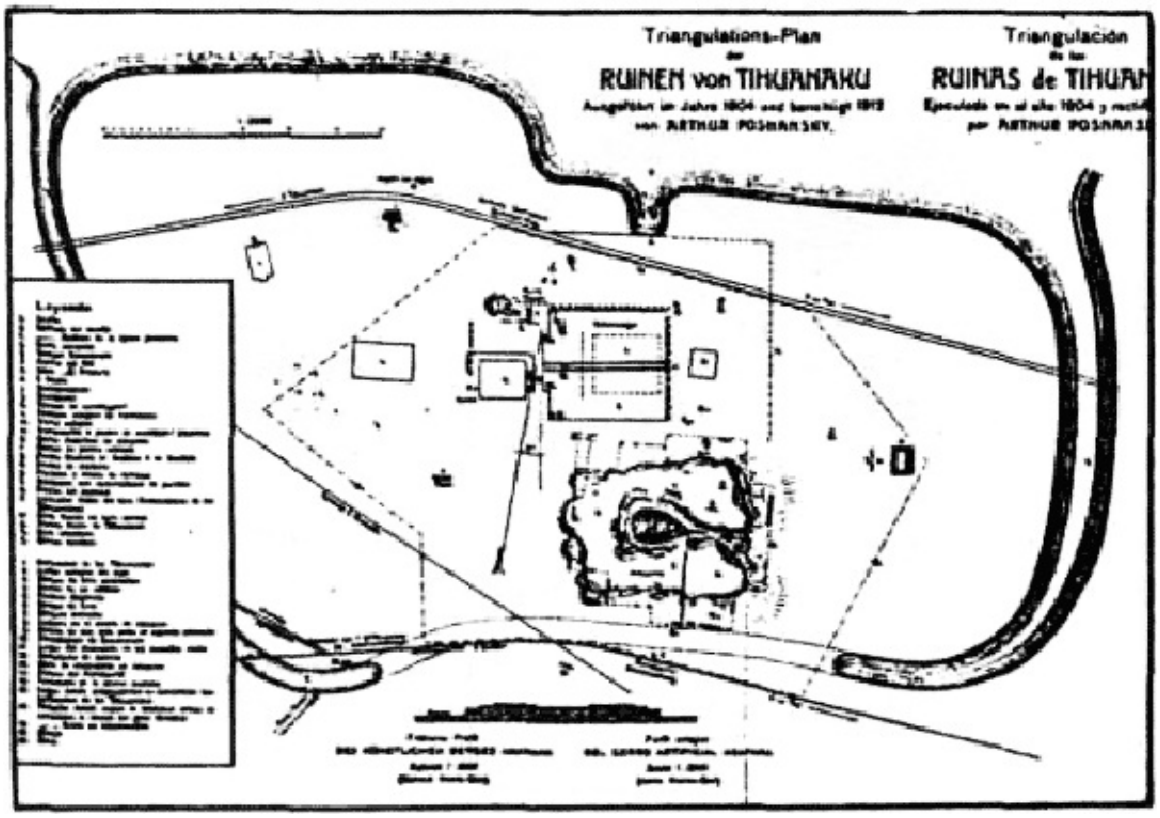


Figura 114.

El de la parte sudoriental de las ruinas es una colina conocida como el Akapana. Es probable que, en sus orígenes, tuviera la forma de una pirámide escalonada, y se supone que era la fortaleza que defendía el lugar; siendo el motivo principal para esta

suposición el hecho de que, en el centro de la cima de esta colina-pirámide, se excavara un óvalo, forrado con sillares, que hacía las veces de estanque de agua. Así, si la fortaleza se veía asediada, los defensores tendrían suficiente suministro con el agua de lluvia que se acumulara allí. Sin embargo, seguían habiendo rumores de que era un lugar en donde había oculto oro, y en el siglo XVIII, se le dio una concesión minera para el Akapana a un español llamado Oyaldeburu. Éste cortó el lado oriental de la colina para drenar el agua, buscó en el fondo del estanque, echó abajo estructuras hechas con hermosos sillares y cavó profundamente en la colina, allá donde encontraran canales o conductos.

Aquella destrucción reveló, no obstante, que el Akapana no era una colina natural, sino una construcción sumamente compleja. Las excavaciones en curso, que todavía no hacen más que rascar la superficie, siguen el trabajo de Posnansky, que demostró que el estanque forrado de sillares fue dotado con magistrales canales de desagüe con los que se podía regular el flujo de agua que descendía a través de unos canales, construidos con sillares de gran precisión. Parece ser que los complejos mecanismos internos del Akapana se construyeron para llevar el agua desde un nivel interno de éste hasta otro inferior en secciones alternas verticales y horizontales, con un desnivel de 15 metros, pero recorriendo una distancia mayor debido al sinuoso curso.

Al final, unos cuantos metros por debajo del fondo del Akapana, el agua salía a través de un desagüe de piedra y se dirigía a un canal artificial (o foso) de unos 30 metros de ancho, que circundaba todo el lugar. Iba de allí a los muelles, en el norte del emplazamiento, y desde allí al lago. Ahora bien, si la intención era, simplemente, drenar el exceso de agua para evitar que se desbordara después de unas fuertes lluvias, habría bastado con una sencilla tubería recta e inclinada (como la que se encontró en Tula). Pero aquí tenemos canales en ángulo, construidos con piedras desbastadas, encajadas con gran ingenio para regular el flujo de agua desde un nivel interior a otro. Y esto nos estaría indicando una técnica de procesado —¿quizá la utilización de una corriente de agua para lavar el mineral?

Pero hay otra cosa que sugiere que en el Akapana se pudiera haber llevado a cabo algún tipo de proceso, el descubrimiento, en la superficie y en la tierra sacada del «estanque», de grandes cantidades de «guijarros» redondos de color verde oscuro que oscilan entre los dos y los cinco centímetros de tamaño. Posnansky determinó que eran de constitución cristalina, pero ni él ni los demás (por lo que sabemos) realizaron pruebas posteriores para determinar la naturaleza y origen de estos objetos globulares.

Otra estructura más en el centro del lugar («K» en el mapa de Posnansky) tenía tantos elementos subterráneos y semisubterráneos que Posnansky pensó que podría tratarse de una zona separada para tumbas. Por todas partes había trozos de bloques

de piedra tallados para que sirvieran como conductos de agua; estaban en tal estado de abandono que Posnansky se quejó no sólo de los cazadores de tesoros, sino también de un equipo de exploradores anterior, el del conde Crequi de Montfort, que durante sus excavaciones de 1903 desenterró restos sin motivo aparente, destrozando todo lo que se encontraba en su camino (según Posnansky), y llevándose muchos elementos.

El informe de los descubrimientos y las conclusiones de esta expedición francesa los ofreció George Courty en un libro y en una conferencia en el Congreso Internacional de Americanistas de 1908, a través de Manuel González de la Rosa. La esencia de sus descubrimientos consistía en que «hubo dos Tiahuanacos», el de las ruinas visibles y el subterráneo e invisible.

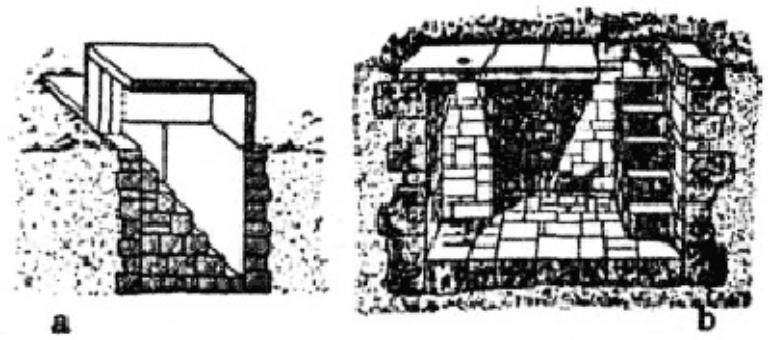


Figura 115.

El mismo Posnansky hizo una descripción de los conductos, los canales y un desagüe (como en la cima del Akapana) que encontró entre las desordenadas porciones hundidas de esta estructura, y determinó que los conductos discurrían en diversos niveles, que quizá llevaban al Akapana y que tenían conexiones con otras estructuras subterráneas en el oeste (en dirección al lago).

Hizo una descripción verbal y gráfica, con un dibujo (Fig. 115a, b), de algunos de los compartimientos subterráneos y semisubterráneos, incapaz de reprimir su asombro por la precisión de la obra, por el hecho de que los sillares estuvieran hechos de dura andesita y porque estos compartimientos estuvieran completamente impermeabilizados: todas las juntas, y especialmente en las grandes losas del techo, se habían untado con una capa de cal de cinco centímetros de grosor, que convertía estos lugares en cámaras

> *«absolutamente impermeables. Ésta —indicó—, es la primera y única vez que nos encontramos con la utilización de cal en una construcción prehistórica americana».*

Lo que se hiciera en esas cámaras subterráneas y por qué se construían de un modo tan específico, no podía decirlo. Quizá guardaban un tesoro; pero eso, señaló, habría desaparecido hace tiempo en manos de los buscadores de tesoros. De hecho, tan pronto se descubrieron estas cámaras,

*«el lugar fue asaltado y despojado a manos de los mestizos iconoclastas del moderno Tiahuanacu».*

Aparte de lo que él mismo excavó o vio esparcido por el lugar, se podían ver grandes cantidades de conductos de piedra —trozos de todas las formas, tamaños y diámetros— en la iglesia cercana y en los puentes y desagües del moderno ferrocarril, e incluso en La Paz. Todo indicaba unas extensas obras hidráulicas a nivel del suelo y bajo el suelo en Tiahuanacu; y Posnansky les dedicó todo un capítulo de su último trabajo, titulado *Hydraulic Works in Tiahuanacu*.

Unas excavaciones recientes han descubierto más conductos de piedra y canales de agua, confirmando las conclusiones de Posnansky.

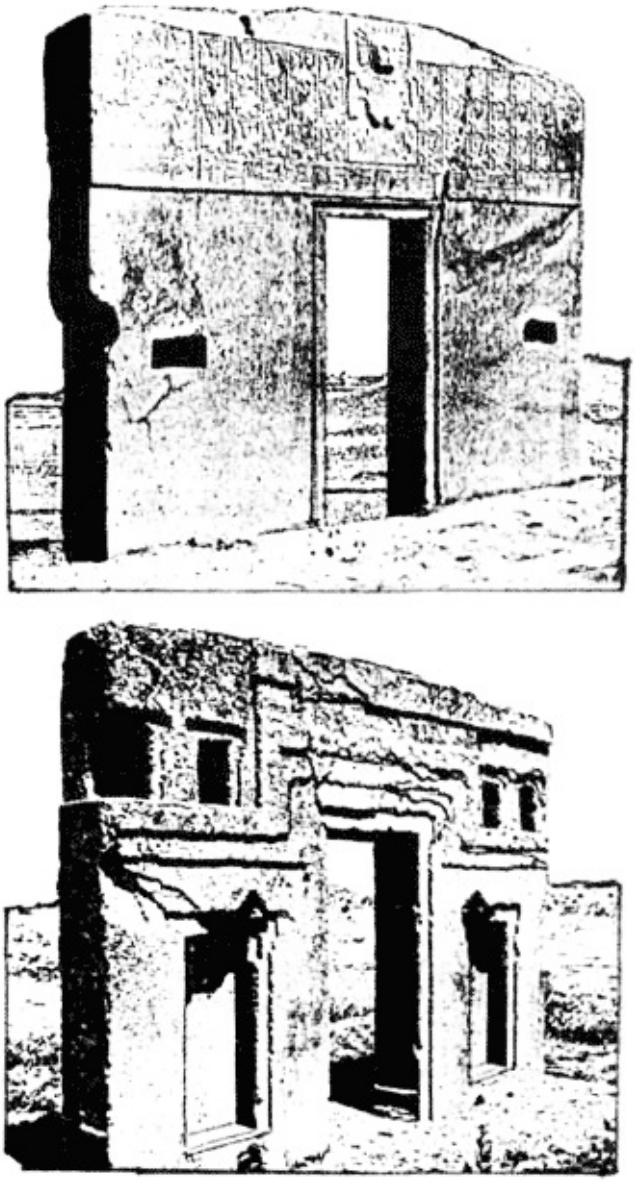

Figura 116.

La segunda construcción destacada en Tiahuanacu es la que menos excavaciones necesitaba, pues se eleva allí, majestuosamente, a la vista de todos: un colosal pórtico de piedra que se levanta como un arco de Triunfo sin nadie que desfile a través de él, nadie que lo custodie y ni lo aclame (Fig. 116, vista de frente y trasera).

Conocido como la Puerta del Sol, Posnansky la describió como

> *«la obra más perfecta e importante… un legado y un importante testimonio de un pueblo culto y de los conocimientos y civilización de sus líderes».*

Todos los que la han visto coinciden con él, pues no sólo es asombrosa por haber sido tallada y modelada a partir de un único bloque de piedra (que mide alrededor de tres por seis metros y pesa más de cien toneladas), sino también por los intrincados e impresionantes grabados que hay en ella.

Tanto en la parte inferior de la fachada como en la parte trasera de la puerta, existen hornacinas, aberturas y superficies talladas geométricamente, pero lo más maravilloso es la sección grabada de la parte superior de la fachada (Fig. 117). Allí, hay una figura central, casi tridimensional, aunque sólo tallada en relieve, a cuyos lados se pueden ver tres hileras de asistentes alados; la composición se completa con una hilera inferior de imágenes que representan sólo el rostro de la figura central, enmarcado por una línea sinuosa.

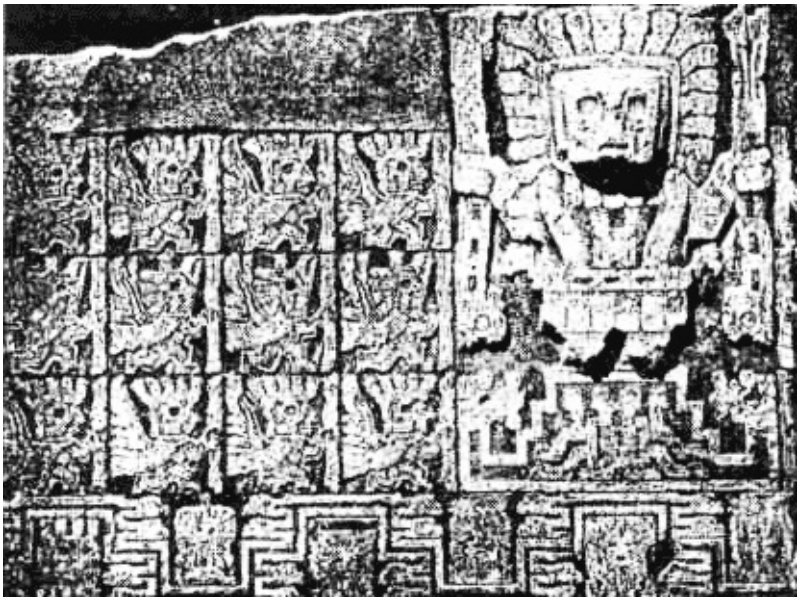

Figura 117.

Existe acuerdo general en que la figura central y dominante es la de Viracocha, que sostiene un cetro o arma en la mano derecha y un rayo en la otra (Fig. 118). Esta imagen aparece en vasijas, tejidos y objetos del sur de Perú y en tierras adyacentes, dando un atisbo de la extensión que alcanzó lo que los expertos llaman la cultura de Tiahuanacu. A los lados de esta imagen hay unas figuras menores aladas, dispuestas en tres filas horizontales, ocho por fila a cada lado de la figura central. Posnansky señaló que sólo las cinco primeras de cada lado en cada fila están grabadas con el mismo relieve pronunciado de la deidad; las otras de los extremos están grabadas ligeramente, como si se tratara de un añadido.

Figura 118.

Posnansky dibujó la figura central, la línea sinuosa de debajo y los quince espacios originales de cada lado (Fig. 119) y concluyó que era un calendario de un año de veinte meses, que comenzaba con el equinoccio de primavera (septiembre en el hemisferio sur); y que la gran figura central, que mostraba a la deidad de cuerpo entero, representaba ese mes y su equinoccio.

Dado que el «equinoccio» es ese momento del año en que el día y la noche son iguales, Posnansky supuso que el segmento que hay justo por debajo de la figura central, que está en el centro de la hilera de la línea sinuosa, representaba el otro mes equinoccial, marzo. Después asignó los meses restantes en sucesión a los otros segmentos dentro de la franja sinuosa de abajo.

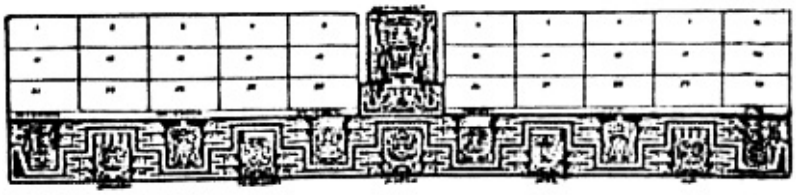

Figura 119.

Señalando que en los dos segmentos finales se veían dos figuras haciendo sonar un cuerno junto con la cabeza de la deidad, propuso que aquéllos eran los dos meses extremos en que el Sol se aleja más, los meses solsticiales de junio y diciembre, que era cuando los sacerdotes hacían sonar el cuerno para que regresara el Sol. Es decir, según él, la Puerta del Sol era un calendario de piedra.

Y, según supuso Posnansky, debía tratarse de un calendario solar. No sólo estaba encaminado hacia el equinoccio de primavera, cuando comenzaba, sino que también marcaba el otro equinoccio y los solsticios. Era un calendario de once meses de treinta días cada uno (el número de asistentes alados por encima de la franja inferior) más un «gran mes» de 35 días, el mes de Viracocha, componiendo un año solar de

365 días.

Pero lo que debería haber mencionado Posnansky es que un año solar de veinte meses con el inicio en el equinoccio de primavera era un calendario de Oriente Próximo que tuvo sus inicios en Sumer, en Nippur, hacia el 3800 a. C.

La imagen de la deidad, así como las de los asistentes alados y las caras-meses, representadas con un realismo natural, están hechas en realidad con muchos componentes, cada uno de los cuales tiene su propia forma, normalmente geométrica. Estos componentes aparecen también en otros monumentos y esculturas de piedra, así como en objetos de cerámica. Posnansky los clasificó pictográficamente en función del objeto que representaban (animal, pez, ojo, ala, estrella, etc.) o la idea que representaban (Tierra, Cielo, movimiento, etc.).

Llegó a la conclusión de que los círculos y los óvalos, plasmados con gran variedad de formas y colores, representaban al Sol, la Luna, los planetas, los cometas y otros objetos celestes (Fig. 120a); que el vínculo entre la Tierra y el Cielo (Fig. 120b) se expresaba frecuentemente, y que los símbolos dominantes eran la cruz y la escalera (Fig. 120c, d). En la última, en la escalera, vio la «marca de fábrica» de Tiahuanacu, de sus monumentos y, en definitiva, de su civilización —origen a partir del cual se difundió este símbolo, según creemos, por toda América. Posnansky reconoció que era un jeroglífico basado en los zigurats mesopotámicos, pero dejó claro que no pensaba que hubiera habido sumerios en Tiahuanacu.

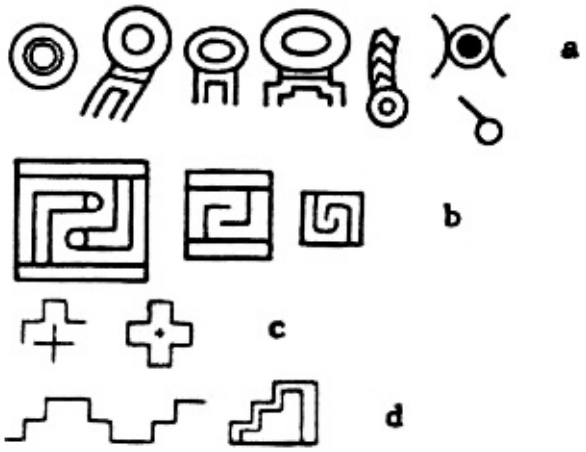

Figura 120.

Todo esto reforzó la idea que tenía de que la Puerta del Sol formaba parte de un gran complejo estructural en Tiahuanacu, cuya finalidad y función era servir de observatorio; y esto le llevó a las conclusiones más importantes y, con el tiempo, a su más controvertido trabajo.

Los informes oficiales de la Comisión para la Destrucción y Expiación de la Idolatría, que los españoles establecieron con una clara finalidad (aunque algunos sospechan que fue también una tapadera para la captura de tesoros), atestiguan que los hombres de la comisión llegaron a Tiahuanacu en 1625. En un informe de 1621

del padre José de Arriaga, se hacía una relación de más de 5000 «objetos de idolatría» que fueron destruidos, destrozados, fundidos o quemados. No se sabe lo que hicieron en Tiahuanacu. La Puerta del Sol, como se puede ver en fotografías antiguas, se encontró en el siglo XIX ya rota en dos por la parte de arriba, con la parte de la derecha peligrosamente apoyada contra la otra mitad.

Cuándo y por quién fue reforzada y recompuesta es un misterio. Tampoco se sabe cómo se partió en dos. Posnansky no creía que hubiera sido obra de la Comisión; más bien, pensaba que esta puerta había escapado de su ira porque se había derrumbado y estaba cubierta de tierra, oculta así a la vista de los zelotes de la Comisión cuando llegaron. Dado que, al parecer, se volvió a levantar, algunos se preguntan si se puso en su lugar original, al darse cuenta de que la puerta no era, en su origen, un edificio solitario en la gran llanura, sino parte de una enorme estructura que había más al este. La forma y el tamaño de esa estructura, llamada el *Kalasasaya,* venían delineados por una serie de pilares de piedra (que es lo que el nombre significa, «los pilares erguidos») que revelan una especie de recinto rectangular de 137 por 122 metros. Y, dado que el eje de esta estructura Parecía ser este-oeste, algunos se preguntaron si la puerta no se habría levantado en el centro, más que en el extremo norte del muro occidental del recinto (que es como está ahora).

Mientras que, con anterioridad, sólo el enorme peso de la monolítica puerta desafiaba la hipótesis de que se hubiera movido más de 60 metros, ahora las evidencias arqueológicas han demostrado que este monumento se encuentra en el lugar en el que se ubicó en su origen, pues el centro del muro occidental fue ocupado por una terraza cuyo propio centro estaba en línea con el eje este-oeste del Kalasasaya. Posnansky descubrió a lo largo de este eje varias piedras con tallas específicas para las observaciones astronómicas; y su conclusión de que el Kalasasaya era un ingenioso observatorio celeste, se acepta en la actualidad sin discusión.

Los restos arqueológicos más obvios del Kalasasaya fueron esos pilares, que formaban un recinto ligeramente rectangular. Aunque ya no estén ahí todos los pilares que, en su momento, sirvieron de sujeción a un muro ininterrumpido, su número insinúa una relación con el número de días del año solar y del mes lunar. Particularmente interesantes para Posnansky resultaron once pilares (Fig. 121) erigidos junto a la terraza y que sobresalen del centro del muro occidental.

Las medidas que hizo de las líneas de visión a lo largo de las piedras de observación específicamente situadas, la orientación de la estructura y las ligeras e intencionadas desviaciones con respecto a los puntos cardinales, le convencieron de que el Kalasasaya lo construyó un pueblo con conocimientos astronómicos ultramodernos, para fijar con precisión los equinoccios y los solsticios.

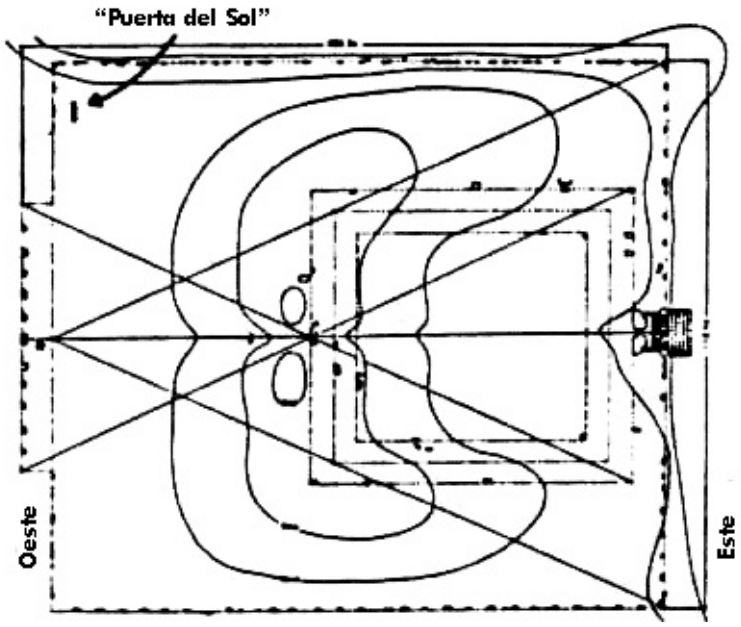

Figura 121.

Los dibujos arquitectónicos de Edmund Kiss (*Das Sonnentor von Tihuanaku*), basados en el trabajo de Posnansky, así como en sus propias medidas y evaluaciones, nos ofrecen una visión, probablemente correcta, de la estructura que había dentro del recinto: una pirámide escalonada hueca, una estructura cuyos muros externos se elevan por niveles, pero sólo para circundar un patio cuadrado central abierto al aire libre.

La principal escalinata estaba en el centro del muro oriental; los principales puntos de observación se encontraban en los centros de las dos terrazas más amplias, que completaban la «pirámide» por el oeste (Fig. 122).

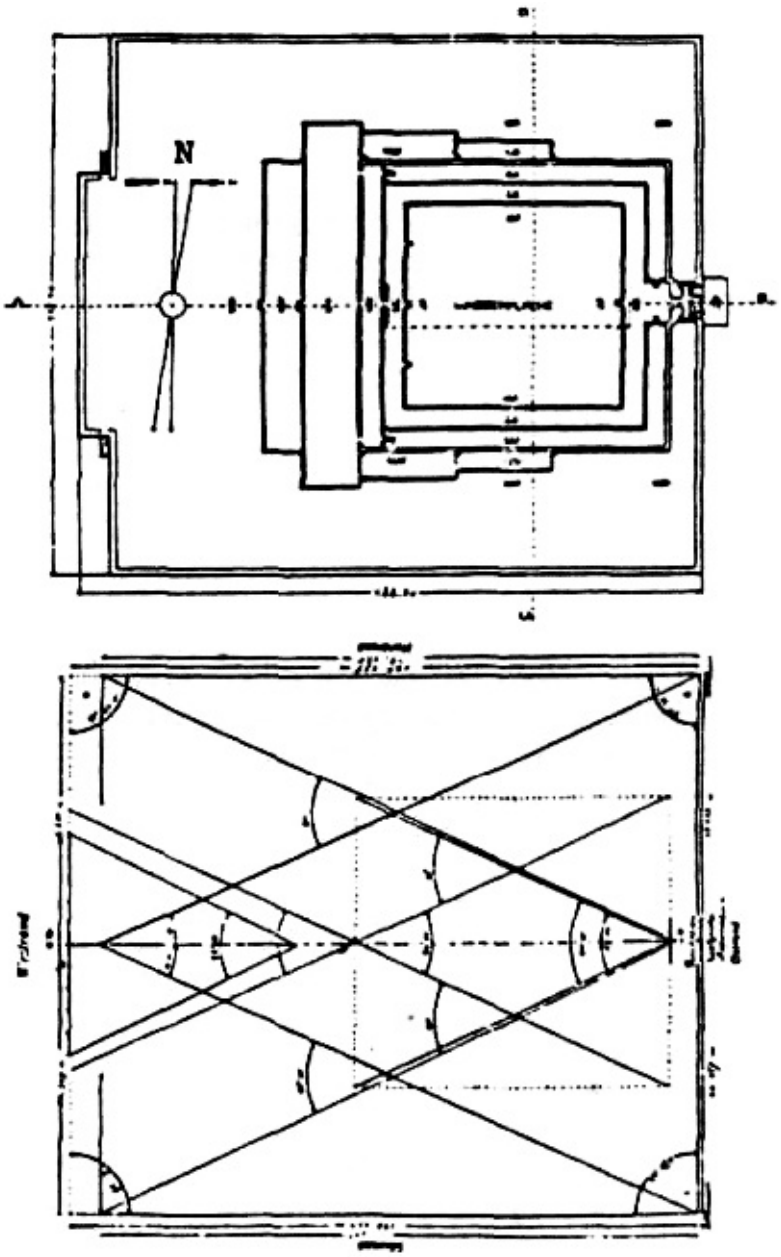


Figura 122.

Fue en este punto donde Posnansky hizo su más asombroso descubrimiento, un descubrimiento que conllevaría unas explosivas ramificaciones. Al medir la distancia y los ángulos entre los dos puntos solsticiales, se dio cuenta de que la inclinación de la Tierra con respecto al Sol, en la cual se basaban los aspectos astronómicos del Kalasasaya, no se conformaba a los 23,5° de nuestra era actual.

Descubrió que la inclinación de la eclíptica, que es el término científico, para la orientación de las líneas de visión astronómicas del Kalasasaya era de 23° 8' 48". Basándose en las fórmulas determinadas por los astrónomos de la Conferencia Internacional de Efemérides en París, en 1911, que tiene en cuenta la posición geográfica y la elevación del lugar, ¡significaba que el Kalasasaya se había construido hacia el 15 000 a. C.!

Al anunciar que Tiahuanacu era la ciudad más antigua del mundo, una ciudad que había sido «construida antes del Diluvio», Posnansky se ganó las iras de la

comunidad científica de su tiempo; pues entonces se sostenía, basándose en la teorías de Max Uhle, que Tiahuanacu se había fundado en algún momento de los inicios de la era cristiana.

No hay que confundir la inclinación de la eclíptica (como hicieron algunos críticos de Posnansky) con el fenómeno de la precesión. Este último cambia el fondo estelar (las constelaciones de estrellas) contra el cual el Sol asciende y actúa en un momento determinado, como el del equinoccio de primavera; el cambio, aunque pequeño, supone un grado cada 72 años, y 30° (todo un signo zodiacal) cada 2160 años. Sin embargo, los cambios en la inclinación vienen como consecuencia del casi imperceptible balanceo de la Tierra, como el balanceo de un barco, que hace subir y bajar el horizonte. Este cambio en el ángulo de inclinación de la Tierra con respecto al Sol puede ser de un grado cada 7000 años.

Intrigados por los descubrimientos de Posnansky, la Comisión Astronómica Alemana envió una expedición a Perú y Bolivia; sus miembros eran el profesor Dr. Hans Ludendorff, director del Observatorio Astronómico y Astrofísico de Potsdam, el profesor Dr. Arnold Kohlschütter, director del Observatorio Astronómico de Bonn y astrónomo honorario del Vaticano, y el Dr. Rolf Müller, astrónomo del Observatorio de Potsdam. Ellos tomaron medidas e hicieron observaciones en Tiahuanacu entre noviembre de 1926 y junio de 1928.

Sus investigaciones, mediciones y observaciones visuales confirmaron, en primer lugar, que el Kalasasaya era, ciertamente, un observatorio astronómico-calendárico. Descubrieron, por ejemplo, que en la terraza occidental, gracias a la anchura de sus once pilares, a las distancias entre ellos y a sus posiciones, se podían hacer mediciones precisas de los movimientos estacionales del Sol, mediciones que tenían en cuenta las pequeñas diferencias en el número de días del solsticio al equinoccio, de éste al solsticio y vuelta.

Sus estudios confirmaron además que el punto más controvertido de Posnansky era esencialmente correcto: la inclinación en la cual se basaban los rasgos astronómicos del Kalasasaya difería sustancialmente del ángulo de inclinación de nuestra época. Basándose en datos que se supone arrojan luz sobre la inclinación observada en la antigua China y en la antigua Grecia, los astrónomos sólo pueden estar seguros de la aplicabilidad de la curva de movimientos de ascenso y descenso para unos pocos de miles de años atrás. Por lo que el equipo astronómico concluyó que los resultados podían indicar, ciertamente, una fecha cercana al 15000 a. C., pero también otra cercana al 9300 a. C., en función de la curva utilizada.

No hace falta decir que esta última fecha resultaba también inaceptable para la comunidad científica. Cediendo a las críticas, Rolf Müller llevó a cabo posteriores estudios en Perú y Bolivia, formando equipo con Posnansky en Tiahuanacu. Descubrieron que los resultados podían cambiar si se tenían en consideración

determinadas variables. En primer lugar, vieron que, si la observación de los puntos solsticiales se hubiera hecho no desde donde Posnansky supuso, sino desde otro punto posible diferente, el ángulo entre los extremos solsticiales (y, por tanto, la inclinación) sería ligeramente diferente; por otra parte, tampoco se puede decir con seguridad si aquellos antiguos astrónomos habían fijado el momento del solsticio cuando el Sol estaba por encima de la línea del horizonte, cuando estaba a medias o justo en el momento en que desaparecía. Con todas estas variables, Müller publicó un informe definitivo en la importante revista científica *Baesseler Archiv* (vol. 14) en el cual planteaba todas las alternativas y concluía diciendo que, si se acepta el ángulo de 24° 6' como el más preciso, la curva de inclinación cruzaría esta lectura bien en el 10000 a. C. o en el 4000 a. C.

Posnansky fue invitado a dar una conferencia sobre el tema en el XXIII Congreso Internacional de Americanistas. Aceptó que el ángulo correcto de inclinación fuera de 24° 6' 52.8", que dejaba una elección entre el 10 150 y el 4050 a. C. Y, aceptando que se trataba de «material espinoso», dejó el tema en el aire, concediendo que hacían falta más estudios.

Y, ciertamente, estos estudios se han llevado a cabo, aunque no directamente en Tiahuanacu. Ya hemos mencionado que el calendario de los incas indicaba un Comienzo en la Era del Toro, no de Aries (el Carnero). El mismo Müller, como ya comentamos, llegó al 4000 a. C. como edad aproximada de los restos megalíticos de Cuzco y de Machu Picchu. Y también nos hemos referido al trabajo, a lo largo de líneas de investigación totalmente diferentes, de María Schulten de D’Ebneth, que la llevó a concluir que la rejilla de Viracocha se ajustaba a una inclinación de 24° 8' y, por tanto, a la fecha del 3172 a. C. (según sus cálculos).

A medida que se fueron descubriendo objetos con la imagen de Viracocha —sobre tejidos, envoltorios de momias, cerámica— en el sur de Perú, incluso más al norte y al sur, se pudieron ir haciendo comparaciones con otros datos que no fueran de Tiahuanacu. Basándose en esto, hasta los arqueólogos más testarudos, como Wendell C. Bennett, retrasaron la edad de Tiahuanacu, desde mediados del primer milenio d. C. hasta casi el comienzo del primer milenio a. C.

Sin embargo, las dataciones por radiocarbono llevan cada vez más atrás las fechas generalmente aceptadas. A comienzos de la década de 1960, el boliviano Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiahuanacu (CIAT) llevó a cabo unas excavaciones sistemáticas y un serio trabajo de conservación sobre el lugar. Su mayor empresa era la excavación completa y la restauración del «templete» hundido al este del Kalasasaya, en donde se había encontrado cierto número de estatuas de piedra y de cabezas de piedra. Se descubrió un patio semi-subterráneo, quizá para ofrendas rituales, rodeado por un muro de piedra en el cual había cabezas de piedra clavadas —a la manera de Chavín de Huantar. El informe oficial de 1981, hecho por Carlos

Ponce Sanginés, director del Instituto Arqueológico Nacional de Bolivia (*Descripción sumaria del templete semisubterráneo de Tiwanaku*), afirma que las muestras de materia orgánica encontradas en este lugar daban lecturas de radiocarbono cercanas al 1580 a. C.; como consecuencia de esto, Ponce Sanginés, en su amplio estudio *Panorama de la Arqueología Boliviana*, consideró esta fecha como la del comienzo de la Fase Antigua de Tiahuanacu.

Las fechas del radiocarbono indican la edad de los restos orgánicos encontrados en los lugares, pero no excluyen que las estructuras de piedra de ese mismo lugar puedan tener una edad mayor. De hecho, el mismo Ponce Sanginés reveló en un estudio posterior (*Tiwanaku: Space, Time and Culture*) que las nuevas técnicas de datación —las de hidratación de obsidiana— daban la fecha de 2134 a. C. para los objetos de obsidiana encontrados en el Kalasasaya.

En relación con esto, resulta intrigante leer en los escritos de Juan de Betanzos *(Suma y narración de los incas*, 1551) que, cuando se pobló Tiahuanacu bajo la dirección del jefe Con-Tici Viracocha,

> *«éste llevaba con él cierto número de personas… Y después de salir de la laguna, fue a un lugar cercano, en donde se levanta hoy un pueblo llamado Tiaguanaco. Decían —prosigue Betanzos—, que, en cierta ocasión, cuando la gente de Con-Tici Viracocha ya estaban asentados allí, hubo oscuridad en la tierra».*

Pero Viracocha «ordenó al Sol que se moviera en el curso en el cual se mueve ahora, y de repente hizo que el Sol comenzara el día».

La oscuridad resultante de la detención del Sol, y el «comienzo del día» cuando se reanudó el movimiento, es, indudablemente, un recuerdo del mismo acontecimiento que hemos situado, en ambos lados de la Tierra, hacia el 1400 a. C. Dioses y hombres, según la crónica de Betanzos sobre las leyendas de la zona, ya estaban en Tiahuanacu desde tiempos primitivos —¿no estarían allí desde las fechas que indican los datos arqueoastronómicos?

Pero ¿por qué se estableció Tiahuanacu en este lugar y en época tan primitiva?

En los últimos años, los arqueólogos han encontrado detalles arquitectónicos similares entre Teotihuacán, en México, y Tiahuanacu, en Bolivia. José de Mesa y Teresa Gisbert (*Akapana, la pirámide de Tiwanacu*) han señalado que el Akapana tenía un plano de planta (cuadrado, de donde sobresale la vía de acceso) como el de la Pirámide de la Luna de Teotihuacán, con casi las mismas medidas en la base que esta pirámide, y la misma altura (alrededor de 15 metros) que el primer nivel de la Pirámide del Sol y su relación altura-anchura. A la vista de nuestras propias conclusiones, de que la finalidad original (y funcional) de Teotihuacán y sus edificios se manifestaba en las obras hidráulicas del lugar, en el interior de las dos pirámides, y junto a ellas los canales de agua en el interior del Akapana y por todo Tiahuanacu asumen así un papel central. ¿No se construiría Tiahuanacu donde se construyó por ser una instalación de procesamiento? Y, si fuera así, ¿qué es lo que se procesaba?

Dick Ibarra Grasso *(The Ruins of Tiahuanaco* y otros trabajos) coincide con la visión del gran Tiahuanacu, que abarcaría la zona de Puma-Punku, extendiéndose en varios kilómetros a lo largo del eje principal este-oeste, no muy diferente a como lo hace la «Calzada de los Muertos» de Teotihuacán, con varias arterias principales norte-sur.

A orillas del lago, donde Kiss visualizó un muelle, existen evidencias arqueológicas de unos inmensos muros de contención que, construidos en forma de meandro, crearían verdaderos muelles de aguas profundas en donde podrían amarrar barcos de carga. Pero, si esto es así, ¿qué iba a importar o a exportar Tiahuanacu?

Ibarra Grasso da cuenta del descubrimiento, por todas partes en Tiahuanacu, de los mismos «guijarritos verdes» que Posnansky encontrara en el Akapana: en las ruinas de la pequeña pirámide del sur, donde las rocas que lo contenían se volvieron verdes; en la zona de las estructuras subterráneas, al oeste del Kalasasaya; y en grandes cantidades en las ruinas de Puma-Punku.

Curiosamente, las rocas de los muros de contención de los muelles de Puma-Punku también se volvieron verdes. Esto sólo puede significar una cosa: exposición al cobre, pues es el cobre oxidado el que le da a la piedra y al terreno ese color verdoso (del mismo modo que la presencia de hierro oxidado deja un tono marrón rojizo).

Así pues, ¿sería cobre lo que se procesaba en Tiahuanacu?

Probablemente; pero, entonces, ¿por qué no se hizo en un lugar más razonable, menos prohibitivo, y más cercano a las fuentes del cobre? Al parecer, el cobre se traía a Tiahuanacu, no se sacaba de allí.

Pero lo que podía ofrecer Tiahuanacu debería quedar claro por el significado del nombre de su ubicación: *Titicaca*. El nombre del lago proviene del de una de las dos islas que se encuentran justo enfrente de la península de Copacabana. Según cuenta la leyenda, fue allí, en la isla llamada Titicaca, donde los rayos del Sol iluminaron la *Titikalla*, la roca sagrada, cuando apareció el Sol después del Diluvio. (De ahí que se la conozca también como Isla del Sol). Fue allí, en la roca sagrada, donde Viracocha le dio la varita divina a Manco Capac.

¿Y qué significan todos estos nombres? *Titi*, en aymara, era el nombre de un metal. Según los lingüistas, o plomo o estaño.

*Titikalla*, sugerimos, significaba la «Roca de Estaño». *Titicaca* significaría «Piedra de Estaño». Y el lago Titicaca era la fuente de estaño.

El estaño, y el bronce eran los productos por los que se construyó Tiahuanacu — justo donde sus ruinas nos siguen sorprendiendo.

# 11. LA TIERRA DE LA QUE VIENEN LOS LINGOTES.

*«Hubo un hombre en la tierra de Hus cuyo nombre era Job; y ese hombre era perfecto y recto, y temía a Dios y evitaba el mal».*

Se le bendijo con una gran familia y miles de ovejas y bueyes. Era «el hombre más grande de Oriente».

*«Entonces, un día, los hijos de los dioses fueron a presentarse ante Yahvé, y Satán estaba entre ellos. Y Yahveh le preguntó a Satán dónde había estado; y Satán respondió: Recorriendo la Tierra, paseándome por ella».*

Así comienza el relato bíblico de Job, el hombre justo al que Satán puso a prueba para ver los límites de la fe del hombre en Dios. Cuando las calamidades comenzaron a caer sobre Job, y éste empezó a cuestionarse los caminos del Señor, tres de sus amigos acudieron a él desde tierras distantes para llevarle su simpatía y su cariño.

Mientras Job expresaba en voz alta sus quejas y sus dudas acerca de la sabiduría divina, sus amigos le hablaban de las muchas maravillas de los cielos y la tierra que sólo Dios conocía; entre ellas estaban las maravillas de los metales y sus veneros, y el ingenio para encontrarlos y extraerlos de las profundidades de la tierra:

Sin duda, hay para la plata un venero y un lugar donde se refina el oro; donde se obtiene hierro de los minerales y de las piedras fundidas sale el cobre.

*Él pone fin a la oscuridad,*
*explora lo que hay de valor*
*de las piedras en las profundidades y en la oscuridad.*
*Abre el arroyo lejos del poblado,*
*donde se mueven los hombres olvidados y extraños.*
*Hay una tierra de la que vienen los lingotes,*
*cuyas entrañas están agitadas como con fuego;*
*un lugar donde las piedras son verde azuladas,*
*que tiene las vetas de oro.*
*Ni siquiera el buitre conoce el camino,*
*ni el ojo del halcón lo discierne…*
*Allí pone Su mano sobre el granito,*
*derrumba de raíz las montañas.*
*Abre galerías a través de las rocas,*
*y todo lo que es precioso Sus ojos han visto,*
*represa las fuentes de los ríos,*
*y saca a la luz lo que estaba escondido.*

¿Conoce el hombre todos estos lugares?, preguntó Job ¿acaso el hombre descubrió por sí mismo todos estos procesos tecnológicos? Y, desafiando a sus tres amigos, les pregunta:

*¿de dónde provienen este conocimiento de minerales y metales?*
*¿Y dónde se encontrará el Conocimiento?*
*¿De dónde vendrá la Comprensión?*
*Ningún hombre conoce su camino;*
*su origen no está donde moran los mortales…*
*Con oro sólido no se puede comprar,*
*ni se paga a precio de plata.*

*No se valora con el oro rojo de Ofir,*
*ni con la preciosa cornarina ni con el lapislázuli.*
*No se le compara el oro ni el cristal,*
*ni su valor en vasijas de oro.*
*El coral negro y el alabastro no merecen ni mención;*
*el Conocimiento vale más que las perlas*

Está claro que Job lo reconoció, todo este Conocimiento proviene de Dios —el que lo había enriquecido y empobrecido, y el que podía restablecerle:

*Sólo Dios conoce su camino*
*y sabe cómo se establece.*
*Pues Él puede explorar los confines de la Tierra*
*y ver todo lo que está bajo los cielos.*

Es posible que la incorporación de las maravillas de la minería en el discurso de Job con sus tres amigos no fuera accidental. Aunque nada se sabe de la identidad de Job o de la tierra en donde vivió, los nombres de los tres amigos nos proporcionan algunas pistas.

El primero era Elifaz de Teman, del sur de Arabia; su nombre significa «Dios es mi oro puro».

El segundo era Bildad de Súaj, un país que se cree que estuvo situado en el sur de Karkemish, la ciudad hitita; el nombre de la tierra significa «lugar de los fosos profundos».

El tercero era Sofar de Naamá, lugar así llamado por la hermana de Túbal Caín «señor de todos los herreros», según la Biblia. Así pues, los tres provenían de tierras relacionadas con la minería.

Al hacer estas detalladas preguntas, Job (o el autor del Libro de Job) demostró un considerable conocimiento en mineralogía, minería y procesos metalúrgicos. Su época es, ciertamente, lejana; después de que el hombre utilizara por primera vez el cobre machacando terrones de cobre natural en formas útiles y ya dentro del período en que los metales se obtenían extrayendo minerales que tenían que ser fundidos, refinados y moldeados. En la Grecia clásica del primer milenio a. C., el arte de la minería y los metales se consideraba también un sistema para descubrir los secretos de la naturaleza; la palabra *metal* proviene del griego *matallao*, que significa «buscar, encontrar cosas ocultas».

Los poetas y los filósofos griegos, seguidos por los romanos, perpetuaron la división de la historia humana de Platón en cuatro eras de metales: Oro, Plata, Bronce (cobre) y Hierro, en la que el oro representaría la era ideal, aquélla en la que el hombre había estado más cerca de sus dioses. Hay también una división bíblica, incluida en la visión de Daniel, que comienza con la arcilla, antes de hacer una relación de metales, y es una versión más certera de los avances del hombre. Después de un largo período paleolítico, el mesolítico comenzó en Oriente Próximo hacia el 11000 a. C. —justo después del Diluvio. Unos 3600 años después, el hombre de

Oriente Próximo bajó de las cadenas montañosas a los fértiles valles, dando comienzo a la agricultura, la domesticación de animales y el uso de metales naturales (metales encontrados en lechos de ríos, como las pepitas de oro, que no requerían ni de minería ni de refinado). Los expertos le han llamado a esta fase período neolítico (Nueva Edad de Piedra), pero en realidad fue la época en la que la arcilla —en la cerámica y en otros muchos usos— sustituyó a la piedra, exactamente lo que sostiene la secuencia del Libro de Daniel.

La primitiva utilización del cobre fue, por tanto, de piedras de cobre, y por este motivo muchos expertos prefieren no llamar a ese tiempo de transición entre las edades de piedra y las de los metales Edad del Cobre, sino Calcolítico, la Edad de la Piedra-Cobre. El cobre se procesaba machacándolo hasta darle la forma deseada, o a través de un proceso llamado templado, si la piedra de cobre se ablandaba primero con fuego. Se cree que esta metalurgia del cobre (y, con el tiempo, del oro) tuvo su inicio en las tierras altas que rodean el Fértil Creciente de Oriente Próximo, y esto se debió posiblemente a las circunstancias particulares de la zona.

El oro y el cobre se encuentran en la naturaleza en «estado natural», no sólo como filones en las profundidades de la tierra, sino también en forma de pepitas y terrones (incluso como polvo en el caso del oro) que las fuerzas de la naturaleza —tormentas, inundaciones o la persistente corriente de arroyos y ríos— han ido soltando de las rocas en las que estaban expuestos. Los terrones naturales de estos metales se encontrarían, por tanto, cerca o en los lechos fluviales; luego, habría que separar el metal del lodo o de la grava lavándolo con agua («cribado») o cerniéndolo con tamices. Aunque esto no implica la perforación de túneles, este método recibe el nombre de minería de placer. La mayoría de los expertos cree que este tipo de minería se practicaba en las tierras altas que circundan el Fértil Creciente de Mesopotamia y las costas orientales del Mediterráneo, ya en el quinto milenio a. C., y con seguridad antes del 4000 a. C.

(Es éste un proceso que se ha venido usando a lo largo de los tiempos; pocos son los que saben que los «mineros del oro» de las famosas fiebres del oro del siglo XIX no eran en realidad mineros que se introducían en las profundidades de la tierra en busca del metal, como en el caso, por ejemplo, de la minería del oro del sur de África. En realidad, realizaban minería de placer, cerniendo la grava lavada en los lechos fluviales en busca de pepitas o polvo de oro. Durante la fiebre del oro del Yukón en Canadá, por ejemplo, los «mineros», utilizando un mínimo de herramientas, dijeron haber recogido más de 28 toneladas de oro al año en sus mejores momentos, hace un siglo; la producción verdadera fue, probablemente, el doble. Y es curioso que, aun en nuestros días, estos mineros de placer sigan encontrando varias toneladas de oro al año en los lechos de los ríos Yukón y Klondike, y en sus afluentes).

Hay que reseñar que, aunque tanto el oro como el cobre se podían conseguir en

estado natural, y el oro era incluso más adecuado para su utilización porque, a diferencia del cobre, no se oxida, el hombre de Oriente Próximo de aquellos primeros milenios no utilizaba el oro, sino que se limitaba a usar el cobre. Este fenómeno se relata sin más explicación; pero, según nuestra opinión, la explicación habría que encontrarla en ideas que resultaban familiares en el Nuevo Mundo —que el oro era un metal que pertenecía a los dioses. Cuando empezó a usarse el oro, a comienzos del tercer milenio a. C. o algunos siglos antes, fue para realzar los templos (literalmente, «Casa de Dios») y para hacer vasijas con las que servir a los dioses que había en ellos. Fue ya hacia el 2500 a. C. cuando el oro se convirtió en metal de uso regio, indicando un cambio de actitudes cuyos motivos están aún por explorar.

La civilización sumeria floreció hacia el 3800 a. C., y es evidente, por los descubrimientos arqueológicos, que sus comienzos tuvieron lugar hacia el 4000 a. C., tanto en el norte como en el sur de Mesopotamia; también es éste el momento en que aparece en escena la minería verdadera, el procesamiento de los metales y la sofisticación metalúrgica —un avanzado y complejo cuerpo de conocimientos que, como en el caso del resto de ciencias, los pueblos de la antigüedad decían haber recibido de los anunnaki, los dioses que habían venido a la Tierra desde Nibiru. Revisando las etapas del hombre en el uso de los metales, L. Aitchison (A *History of Metals*) observaba con asombro que, hacia el 3700 a. C., «todas las culturas de Mesopotamia se basaban en la metalistería», y concluyó con obvia admiración que las cimas metalúrgicas entonces alcanzadas «se deben atribuir inevitablemente al genio técnico de los sumerios».

No sólo se obtenían, procesaban y usaban el cobre y el oro, que se podía obtener de pepitas naturales, sino también otros metales que, evidentemente, requerían su extracción de filones rocosos (como es el caso de la plata) o su fundido y refinado a partir del mineral (como es el caso del plomo).

El arte de la aleación —la combinación química en un horno de dos o más metales— se desarrolló también. El primitivo martilleo de los metales dejó paso al arte de la fundición, y se inventó —en Sumer— el complejo proceso conocido como *Cire perdue* («cera perdida»), que permitía la fundición y la factura de objetos útiles y hermosos (como estatuillas de dioses o animales, o utensilios para el templo).

Los avances realizados allí se difundieron por todo el mundo. Según R. J. Forbes, en *Studies in Ancient Technology*, «hacia el 3500 a. C., la metalurgia había sido absorbida por la civilización en Mesopotamia» (que había tenido sus inicios hacia el 3800 a. C.).

> *«A este nivel se llegó en Egipto unos trescientos años más tarde, y hacia el 2500 a. C. toda la región entre las cataratas del Nilo y el Indo estaba versada en el metal. Por esta época, parece que se inició la metalurgia en China, pero los chinos no se convirtieron en verdaderos metalúrgicos hasta el período Long-shan, entre el 1800 y el 1500 a. C. En Europa, los objetos de metal más antiguos difícilmente aparecen antes del 2000 a. C.»*

Antes del Diluvio, cuando los anunnaki estuvieron extrayendo oro en el sur de África para sus propias necesidades en Nibiru, los minerales fundidos se embarcaban en naves sumergibles hasta su E.DIN. Navegando a través de lo que es ahora el Mar de Arabia y, luego, el Golfo Pérsico, entregaban sus cargas para el procesamiento y refinado final en BAD.TIBIRA, una especie de «Pittsburgh» antediluviana. Este nombre significa «lugar fundado para la metalurgia».

En ocasiones, se deletreó BAD.TIBILA, en honor a Tibil, el dios de los metalúrgicos o herreros; y existen pocas dudas de que el nombre del artesano metalúrgico del linaje de Caín, *Túbal*, proviene de la terminología sumeria.

Después del Diluvio, la gran llanura del Tigris-Eufrates donde el *Edin* había estado, quedó enterrada bajo un lodo impenetrable; le llevó casi siete milenios secarse lo suficiente como para poder albergar a una población y lanzar la civilización sumeria. Aunque en esta llanura de lodo seco no había ni recursos pétreos ni minerales, las leyendas dicen que la civilización sumeria y sus centros urbanos siguieron «los planos de antaño», y el centro metalúrgico sumerio se estableció en donde una vez estuvo Bad-Tibira.

El hecho de que el resto de pueblos del Oriente Próximo de la antigüedad no sólo empleara las tecnologías sumerias, sino también las terminologías sumerias, es buena prueba de la importancia de Sumer en la metalurgia antigua. En ninguna otra lengua de la antigüedad se han encontrado términos tan numerosos y precisos en relación con la metalurgia. En los textos sumerios se han encontrado no menos de treinta términos para variedades de cobre (URU.DU), sea procesado o sin procesar.

Tenían numerosos términos con el prefijo ZAG (a veces, reducido a ZA) para denotar el brillo de los metales, y KU para la pureza del metal o de su mineral. Disponían de términos para variedades y aleaciones de oro, plata y cobre —incluso para el hierro, que, supuestamente, no se empezó a utilizar hasta casi un milenio después de la supremacía de Sumer; recibiendo el nombre de AN.BAR, tenía también más de una docena de términos, en función de la calidad de sus minerales.

Algunos textos sumerios eran léxicos virtuales en donde se hacía una relación de términos para «piedras blancas», minerales de colores, sales que se obtenían a través de la minería y sustancias bituminosas. Se sabe por los archivos y por descubrimientos, que los comerciantes sumerios llegaron a costas muy distantes en busca de metales, ofreciendo a cambio no sólo productos de primera necesidad propios —cereales y prendas de lana—, sino también productos metálicos acabados.

Aunque todo esto se pueda atribuir al saber hacer y a la iniciativa de los sumerios, lo que todavía precisa explicación es el hecho de que tanto la terminología como los símbolos escritos (en un principio, pictogramas) relacionados con la minería fueran suyos también, cuando ésta era una actividad que se llevaba a cabo en tierras distantes, y no en Sumer.

Así, se mencionan los peligros del trabajo minero en África en un texto titulado «El descenso de Inanna al mundo inferior»; y en la epopeya de Gilgamesh se describe el calvario de los que eran castigados a trabajar en las minas de la península del Sinaí, cuando el compañero de Gilgamesh, Enkidu, es sentenciado por los dioses a finalizar allí sus días.

En la escritura pictográfica sumeria había un impresionante surtido de símbolos (Fig. 123) pertenecientes a la minería, muchos de los cuales mostraban la diversidad de pozos mineros en función de sus estructuras o de los minerales extraídos.

¿Dónde estaban estas minas? —en Sumer, seguro que no; y no siempre está claro, pues muchos lugares siguen sin identificar. Pero algunas inscripciones reales indican que se trataba de tierras lejanas y distantes.

Un buen ejemplo es esta cita del Cilindro A, columna XVI de Gudea, rey de Lagash (tercer milenio a. C.), en el cual se registraron los extraños materiales utilizados en la construcción del E.NINNU, el templo de su dios:

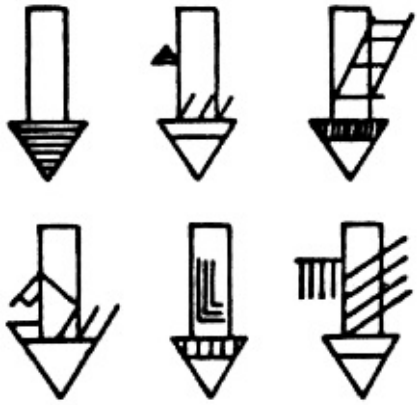

Figura 123.

*Gudea construyó un templo brillante, con metal,*
*lo hizo brillante, con metal.*
*Construyó el E.ninnu de piedra,*
*lo hizo brillante, con joyas;*
*con cobre mezclado con estaño lo construyó.*
*Un herrero, un sacerdote de la divina dama de la tierra,*
*trabajó en su fachada;*
*con dos palmos menores de piedra brillante*
*cubrió el enladrillado,*
*con un palmo menor de diorita de piedra brillante.*

Uno de los pasajes clave de este texto (que Gudea repitió en el Cilindro B, para asegurarse de que la posterioridad recordara sus piadosos logros) es la utilización de «cobre mezclado con estaño» para construir el templo. La escasez de piedra en Sumer llevó a la invención del ladrillo de arcilla, con el cual se podían construir altos e imponentes edificios.

Pero, según nos informa Gudea, en este caso se utilizaron piedras especialmente importadas, e incluso el enladrillado se cubrió con «un palmo menor de diorita» y dos palmos menores de otra piedra menos extraña. Para esto, las herramientas de cobre no

eran lo suficientemente buenas; eran necesarias herramientas más duras, herramientas hechas con el «acero» del mundo antiguo, el *bronce*.

Como muy bien afirmaba Gudea, el bronce era una «mezcla» de cobre y estaño, no un elemento natural; era el resultado de alear cobre y estaño en un horno y, de ahí, un producto totalmente artificial. La medida sumeria para la aleación era 1:6, es decir, alrededor de un 85 por ciento de cobre y un 15 por ciento de estaño, que es, de hecho, una excelente proporción.

Sin embargo, el bronce también era un logro tecnológico en otros aspectos. Sólo se podía modelar fundiéndolo, ni con martillo ni a través del templado; y el estaño había que sacarlo del mineral a través de un proceso denominado fusión y recuperación, pues es difícil encontrarlo en la naturaleza en estado natural.

Hay que extraerlo de un mineral llamado casiterita, que suele encontrarse en depósitos aluviales que se crean como resultado del lavado en sus rocas de filones o vetas de estaño por medio de fuerzas naturales, como lluvias fuertes, inundaciones o avalanchas.

El estaño se extrae fundiendo la casiterita, normalmente en combinación con piedra caliza en la primera fase de la recuperación. Incluso esta descripción sobresimplificada de los procesos metalúrgicos implicados será suficiente para aclarar que el bronce era un metal que precisaba de avanzados conocimientos metalúrgicos en cada etapa de su procesado.

Pero, para añadir más problemas, hay que decir que también era un metal difícil de encontrar. Fueran cuales fueran los filones disponibles —que no son seguros— cerca de Sumer, se agotaron con rapidez. Algunos textos sumerios mencionan dos «montañas de estaño» en una tierra distante cuya identidad no queda clara; hay expertos, como B. Landesberger en el *Journal of Near Eastern Studies*, vol. XXI, que no rehuyen la idea de lugares muy lejanos, como los del cinturón del estaño de Extremo Oriente (Birmania, Tailandia y Malasia), que es en la actualidad una de las principales fuentes de estaño en el mundo.

Se afirma que, en su búsqueda de este metal tan vital, los comerciantes sumerios alcanzaron, a través de intermediarios de Asia Menor, los veneros de mineral de estaño de la cuenca del Danubio, concretamente en las provincias que conocemos en la actualidad como Bohemia y Sajonia (donde ya hace tiempo que se agotó el mineral). Forbes observó que,

> *«los descubrimientos del Cementerio Real de Ur (2500 a. C.) demostraron que los herreros de Ur… conocían la metalurgia del bronce y el cobre a la perfección. Lo que todavía es un misterio es de dónde venía el mineral de estaño que utilizaban».*

Misterio que, de hecho, aún persiste.

No sólo Gudea y otros reyes sumerios en cuyas inscripciones se menciona el estaño tuvieron que ir tan lejos para obtenerlo (probablemente, ya en su estado

recuperado). Hasta una diosa, la famosa Ishtar, tuvo que recorrer montañas para encontrarlo. En un texto conocido como *Inanna y Ebih* (siendo Inanna el nombre sumerio de Ishtar y Ebih el nombre de una cordillera distante y sin identificar), Inanna pidió permiso a los dioses superiores diciéndoles:

*Dejad que me ponga en camino hacia las vetas de estaño, dejadme aprender de esas minas.*

Por todas estas razones, y quizás porque los dioses —los anunnaki— tuvieron que enseñarle al hombre antiguo cómo recuperar el estaño del mineral fundiéndolo, este metal se tuvo por «divino» entre los sumerios. El término que utilizaban para designarlo era AN.NA, literalmente «piedra celestial». (Del mismo modo, cuando comenzó a usarse el hierro, que precisaba de la fundición del mineral, se le llamó AN.BAR, «metal celestial»). Al bronce, la aleación del cobre y el estaño, se le llamó ZA.BAR, «doble cetal reluciente».

Los hititas incorporaron el término del estaño, *Anna*, sin cambiarlo demasiado. Pero en lengua acadia, la lengua de babilonios, asirios y otros pueblos de habla semita, el término sufrió un ligero cambio hasta convertirse en *Anaku*. Este término solía significar «estaño puro» (*Anakku*); pero nos preguntamos si el cambio pudo reflejar una relación más estrecha e íntima del metal con los dioses anunnaki, pues también se ha encontrado escrita como *Annakum*, que significa aquello que pertenece o proviene de los anunnaki.

Este término aparece en la Biblia en varias ocasiones. Finalizando con una suave *kh*, identificaba una plomada de estaño, como en la profecía en la que Amos visualiza al Señor sosteniendo una *Anakh* para ilustrar su promesa de no apartarse más de su pueblo de Israel. Como *Anak*, el término significaba «collar», reflejando con ello el alto valor que se le daba a este brillante metal por su escasez, que lo hizo tan precioso como la plata. Y también significaba «gigante» —una interpretación hebrea (tal como sugerimos en un libro anterior) del mesopotámico «anunnaki». Es una interpretación que evoca sospechosas relaciones tanto con las leyendas del Viejo Mundo como con las del Nuevo Mundo, al atribuir a los «gigantes» esta o aquella hazaña.

Todas estas relaciones del estaño con los anunnaki pudieron surgir por su papel original al concederle a la humanidad este metal, así como los conocimientos requeridos para su extracción. De hecho, la pequeña pero significativa modificación desde el sumerio AN.NA hasta el acadio *Anaku* sugiere determinado marco temporal. Está bien documentado, tanto por los descubrimientos arqueológicos como por los textos, que la gran expansión de la Edad del Bronce se ralentizó hacia el 2500 a. C. El fundador de la dinastía acadia, Sargón de Acad, valoraba tanto este metal que lo prefirió antes que el oro o la plata para conmemorarse así mismo (Fig. 124), hacia el 2300 a. C.

Los historiadores de la metalurgia han confirmado que hubo un declive en el

suministro de estaño debido a que el porcentaje de estaño en el bronce siguió bajando, y debido también al descubrimiento en diversos textos de que la mayor parte de los objetos de bronce nuevos se elaboraba con bronce viejo, fundiendo objetos más antiguos y mezclándolos con la aleación fundida con más cobre, reduciendo a veces el contenido de estaño hasta un 2 por ciento.

Después, por razones desconocidas, la situación cambió súbitamente. Forbes decía que,

> *«sólo desde la Edad Media del Bronce en adelante, desde alrededor del 2200 a. C., se utilizaron verdaderas formas de bronce, y aparecen con más regularidad unos altos porcentajes de estaño, y no sólo para formas intrincadas, como en el período más antiguo».*

Figura 124.

Tras darle a la humanidad el bronce, que impulsó las grandes civilizaciones del cuarto milenio a. C., parece que los anunnaki llegaron de nuevo al rescate más de un milenio después. Pero mientras que, en el primer caso, las desconocidas fuentes de estaño parece que estaban en el Viejo Mundo, la del segundo caso es un completo misterio.

Así pues, ésta es nuestra atrevida hipótesis: *la nueva fuente de estaño estaba en el Nuevo Mundo*.

Si, como creemos, el estaño del Nuevo Mundo llegó a los centros de civilización del Viejo Mundo, sólo pudo hacerlo desde un sitio: el lago Titicaca.

Y esto, no por su nombre, que, como ya hemos visto, significa lago de «las piedras de estaño», sino porque esta parte de Bolivia sigue siendo, milenios después, la principal fuente de estaño del mundo. El estaño, aunque no excepcional, sí que se considera un mineral escaso, que sólo se encuentra en cantidades industriales en unos pocos lugares. En la actualidad, el 90 por ciento de la producción mundial proviene de Malasia, Tailandia, Indonesia, Bolivia, Congo-Brazzaville, Nigeria y China (en orden descendente). Las fuentes más antiguas, como las de Oriente Próximo o Europa, se agotaron. En todas partes, la fuente de estaño es la casiterita aluvial, el

mineral de estaño oxidado que las fuerzas de la naturaleza lavaron de sus filones. Sólo en dos lugares se han encontrado los filones originales de mineral de estaño: en Cornualles, Gran Bretaña, y en Bolivia. El primero se agotó; el último sigue abasteciendo al mundo desde montañas que parecen ser en verdad «montañas de estaño», tal como las describía el texto sumerio de Inanna.

Estos ricos pero difíciles recursos mineros, en alturas que exceden los 3500 metros, se concentran principalmente al sudeste de La Paz, la capital de Bolivia, y al este del Lago Poopó. La casiterita fluvial más fácil de obtener en lechos de ríos ha sido la de la costa oriental del lago Titicaca. Era allí donde el hombre antiguo recolectaba el mineral por su muy apreciado contenido, y en donde este tipo de producción continúa todavía.

Una de las más fidedignas investigaciones llevadas a cabo en lo referente a la antigua minería del estaño en Bolivia y en el Titicaca es la de David Forbes (*Researches on the Mineralogy of South America*); realizada hace más de un siglo, nos ofrece la imagen más cercana posible a los tiempos de la Conquista de América, antes de que las operaciones mecanizadas de gran envergadura del siglo XX transformaran el paisaje y oscurecieran las antiguas evidencias. Dado que el estaño puro es sumamente raro en la naturaleza, Forbes se quedó asombrado cuando le enseñaron una muestra de estaño puro con una roca incrustada —no el estaño incrustado en la roca, sino la roca incrustada dentro del estaño. Las investigaciones demostraron que aquella muestra no provenía del interior de una mina en Oruro, sino de los ricos depósitos aluviales de casiterita. Forbes rechazaba categóricamente la explicación ofrecida de que el estaño metálico era el resultado de los incendios forestales provocados por un rayo que «fundiera» el mineral de casiterita, ya que el proceso de recuperación del estaño a partir del mineral supone algo más que el mero calentamiento del mineral: una combinación en primer lugar con el carbono (para convertir el mineral, $SnO_2$ + C en $CO_2$ + Sn), y luego, tantas veces como sea posible, con caliza, para purificar la escoria.

Después le enseñaron a Forbes algunos ejemplares de estaño metálico proveniente de lavados de oro de la ribera del Tipuani, un afluente del río Beni que discurre hacia el este desde las estribaciones cercanas al lago. Para su asombro —según sus propias palabras—, descubrió que la fuente era rica en pepitas de oro, casiterita y en pepitas de estaño metálico; esto significaba, sin ninguna duda, que quienquiera que hubiera trabajado en aquella zona para obtener oro, conocía también cómo procesar el mineral de estaño para obtener estaño. Explorando la región que hay al este del lago Titicaca, Forbes se quedó impresionado —son sus palabras— por la gran proporción de estaño reducido (es decir, recuperado) y fundido, y afirmó que el «misterio» de la aparición de estaño metálico en estos lugares «no se podía explicar por simples causas naturales». Cerca de Sorata, encontró una maza de bronce

que, al ser analizada, mostró una aleación del 88 por ciento de cobre y sólo un 11 por ciento de estaño, «que es casi idéntico a muchos de los bronces de la antigüedad» de Europa y Oriente Próximo. Los emplazamientos parecían ser «de períodos sumamente antiguos».

Forbes también se sorprendió al darse cuenta de que los indígenas que vivían alrededor del lago Titicaca, descendientes de las tribus aymara, parecían saber dónde encontrar todos estos lugares tan enigmáticos. De hecho, el cronista español Barba (1640) afirmaba que los españoles habían encontrado tanto estaño como cobre en las minas en las que trabajaban los indígenas; las minas de estaño estaban «cerca del lago Titicaca». Posnansky encontró estas minas preincaicas a 9,5 kilómetros de Tiahuanacu. Él y otros después de él confirmaron la sorprendente presencia de objetos de bronce en Tiahuanacu y sus inmediaciones, y ofreció el convincente argumento de que la parte trasera de las hornacinas de la Puerta del Sol habían estado cubiertas con paneles de oro que giraban sobre unas bisagras o «puntas giratorias» que tenían que ser de bronce para soportar el peso. Encontró en Tiahuanacu bloques de piedra con entalladuras para albergar cerrojos de bronce, así como en Puma-Punku. En este lugar, vio una pieza de metal, indudablemente de bronce, que «con sus puntas dentiformes parecía un aparejo o mecanismo para levantar pesos». Él mismo vio y dibujó esta pieza en 1905, pero en su siguiente visita ya no estaba; alguien se la había llevado. A la vista del saqueo sistemático de Tiahuanacu, tanto en tiempos de los incas como en tiempos modernos, las herramientas de bronce encontradas en las islas sagradas de Titicaca y Coatí nos pueden dar una idea de lo que debió de haber en Tiahuanacu. Entre estos descubrimientos hay barras, palancas, cinceles, cuchillos y hachas de bronce; herramientas todas ellas que podrían haber servido para el trabajo de construcción, si no lo hicieron también en operaciones mineras.

De hecho, Posnansky comenzó el cuarto volumen de su tratado con una introducción acerca de la minería en tiempos prehistóricos en el altiplano boliviano en general y en las inmediaciones del lago Titicaca en particular.

> *«En las estribaciones montañosas del Altiplano, se han encontrado cavernas o túneles abiertos por sus antiguos pobladores con el objeto de proveerse de metales útiles. Hay que diferenciar estas cuevas de las que abrieron los españoles en su búsqueda de metales preciosos, y que los restos de estos antiguos trabajos metalúrgicos preceden en mucho a los de los españoles […] en los tiempos más remotos, una raza inteligente y emprendedora […] se proveyó de metales útiles, si no preciosos, en las profundidades de estas montañas».*

> *«¿Qué clase de metal buscaba el hombre prehistórico de los Andes en las profundidades de las montañas en una época tan remota? —preguntaba Posnansky—. ¿Sería oro o plata? ¡Indudablemente, no! Un metal mucho más útil le llevó a ascender hasta los picos más altos de la cordillera de los Andes: el estaño».*

Y el estaño, explicaba, se necesitaba para alearlo con el cobre con el fin de crear «el noble bronce». Y terminaba afirmando que el descubrimiento de muchas minas de estaño en un radio de treinta leguas de Tiahuanacu *confirmaba que éste era el*

*objetivo de aquellos hombres*.

Pero ¿acaso el hombre andino necesitaba aquel estaño para hacerse sus propias herramientas de bronce? Al parecer, no. En un magnífico estudio del importante metalúrgico Erland Nordenskiold (*The Copper and Bronze Ages in South America*), éste establecía que ningún tipo de edad había tenido lugar allí: no había rastros en Sudamérica del desarrollo de edad alguna del bronce, ni siquiera del cobre; y la conclusión a la que, reacio, llegaba era que todas las herramientas de bronce que se habían encontrado se basaban, de hecho, en las formas del Viejo Mundo y en las tecnologías del Viejo Mundo.

> *«Al examinar todo este material de armas y herramientas de bronce y cobre de Sudamérica —escribió Nordenskiold— tenemos que confesar que no hay mucho que sea completamente original, y que, en la mayoría de los tipos fundamentales, hay algo que se corresponde con el Viejo Mundo».*

Mostrándose todavía reacio a suscribir esta conclusión, acabó admitiendo de nuevo que

> *«hay que confesar que existe una considerable similitud entre la técnica metálica del Nuevo Mundo y la del Viejo Mundo durante la Edad del Bronce».*

Curiosamente, algunas de las herramientas incluidas en estos ejemplos tenían mangos modelados con la cabeza de la diosa sumeria Ninti, con las cuchillas umbilicales gemelas que tenía por símbolo, la que sería también Señora de las minas del Sinaí.

La historia del bronce en el Nuevo Mundo está, así pues, vinculada con el Viejo Mundo, y la historia del estaño en los Andes, donde tuvo su origen el bronce del Nuevo Mundo, está inexorablemente unida al lago Titicaca. Y, en ello, Tiahuanacu jugó un papel fundamental, vinculada con los minerales que la rodeaban; si no, ¿por qué se construyó allí?

Los tres centros civilizados del Viejo Mundo surgieron en fértiles valles ribereños: la civilización sumeria, en la llanura entre el Tigris y el Eufrates; la egipcia-africana, a lo largo del Nilo; la de la India, a lo largo del río Indo. Su base fue la agricultura; el comercio, posible gracias a los ríos, aportaba las materias primas y permitía la exportación de cereales y productos acabados. Brotaron las ciudades a lo largo de los ríos, el comercio precisó de registros escritos, y floreció cuando la sociedad estuvo organizada y las relaciones internacionales se hubieron desarrollado.

Tiahuanacu no se ajusta a este modelo. Da la apariencia de estar, como dice el refrán, «compuesta y sin novio». Una gran metrópolis cuya cultura y formas artísticas influyeron en la casi totalidad de la región andina; construida en medio de la nada, a orillas de un lago inhóspito en la cima del mundo. E, incluso, si fue por los minerales, ¿por qué allí? La geografía nos puede dar una respuesta.

Todas las descripciones que se hacen del lago Titicaca suelen comenzar diciendo

que es la masa de agua navegable más alta del mundo, a 4224 metros de altitud. Es un enorme lago, con una superficie de 8217 kilómetros cuadrados. Su profundidad varía entre los 30 y los 300 metros. De forma alargada, tiene una longitud máxima de 192 kilómetros y una anchura máxima de 70. Sus recortadas orillas, consecuencia de las montañas que lo rodean, forman numerosos cabos, penínsulas, istmos y estrechos, y el lago tiene casi cuarenta islas. La disposición noroeste-sudeste del lago (Fig. 109) viene marcada por las cadenas montañosas que lo bordean. Al este, se extiende la Cordillera Real de los Andes bolivianos, donde se eleva el impresionante Monte Illampu, con su doble pico, en el grupo del Sorata, y el imponente Illimani, justo al sudeste de La Paz. Excepto unos cuantos ríos pequeños, que discurren entre esta cadena montañosa y el lago, la mayoría de los ríos corren hacia el este, hacia la inmensa llanura brasileña y el Océano Atlántico, 3200 kilómetros más allá. Es aquí donde se encontraron los depósitos de casiterita, en las costas orientales del lago y en los lechos de los ríos y arroyos que fluyen en ambas direcciones.

No menos imponentes son las montañas que bordean el lago por el norte. Allí, las aguas de las lluvias corren en su mayor parte hacia el norte, alimentando ríos como el Vilcanota, que algunos consideran el verdadero origen del Amazonas, para, reuniendo afluentes y fundiéndose en el Urubamba, ir bajando hacia el norte y después hacia el nordeste, hasta la gran cuenca del Amazonas. Allí, entre las montañas que bordean el lago y Cuzco, es donde se encontró la mayor parte del oro del que dispusieron los incas.

La orilla occidental del lago Titicaca, aunque sombría y triste, es la más poblada. Allí, entre montañas y bahías, en costas y penínsulas, pueblos y poblaciones actuales comparten su sitio con antiguos emplazamientos; como Puno, la mayor ciudad y el mayor puerto del lago, cerca de las enigmáticas ruinas de Sillustani. Desde ese punto, como descubrieron los ingenieros del moderno ferrocarril, una carretera o una línea férrea no sólo puede llevar hacia el norte, sino también, a través de una de las pocas vías de acceso de los Andes, hasta las llanuras costeras y el Océano Pacífico, tan sólo a 320 kilómetros de distancia.

La geografía y la topografía marítima y terrestre cambian considerablemente cuando se ve la parte sur del lago (que, como la mayor parte de la costa este, no pertenece a Perú, sino a Bolivia). Allí, dos de las penínsulas más grandes, la de Copacabana, en el oeste, y la de Hachacache, en el este, casi se juntan (Fig. 125), dejando sólo un angosto estrecho entre la parte norte del lago, mucho más grande, y la parte sur. Esa parte sur se convierte así en una especie de laguna (y así la denominaron los cronistas españoles), una masa de aguas tranquilas, si se la compara con la ventosa parte norte. Las dos islas principales de la leyenda nativa, la Isla del Sol (en la actualidad, la isla de Titicaca) y la Isla de la Luna (ahora, Coatí), se encuentran frente a la costa norte de Copacabana.

Fue en estas islas donde el Creador ocultó a sus hijos, la Luna y el Sol, durante el Diluvio. Fue desde *Titi-kala*, una roca sagrada de la isla de Titicaca, desde donde el Sol se elevó al cielo después del Diluvio, según una versión; según otra, fue sobre esta roca sagrada sobre la que cayó el primer rayo de Sol cuando terminó el Diluvio. Y fue desde una cueva bajo la roca sagrada, desde donde la primera pareja fue enviada a repoblar las tierras —donde se le dio la varita de oro a Manco Capac, con la cual encontró Cuzco y comenzó la civilización andina.

El principal río que se lleva aguas del Titicaca es el Desaguadero, que inicia su curso en la esquina sudoccidental del lago. Lleva las aguas desde el lago Titicaca hasta otro lago satélite, el Poopó, 416 kilómetros más al sur, en la provincia boliviana de Oruro; hay cobre y plata a lo largo de todo su recorrido, y a lo largo de su recorrido hasta la costa del Pacífico, en la frontera entre Bolivia y Chile.

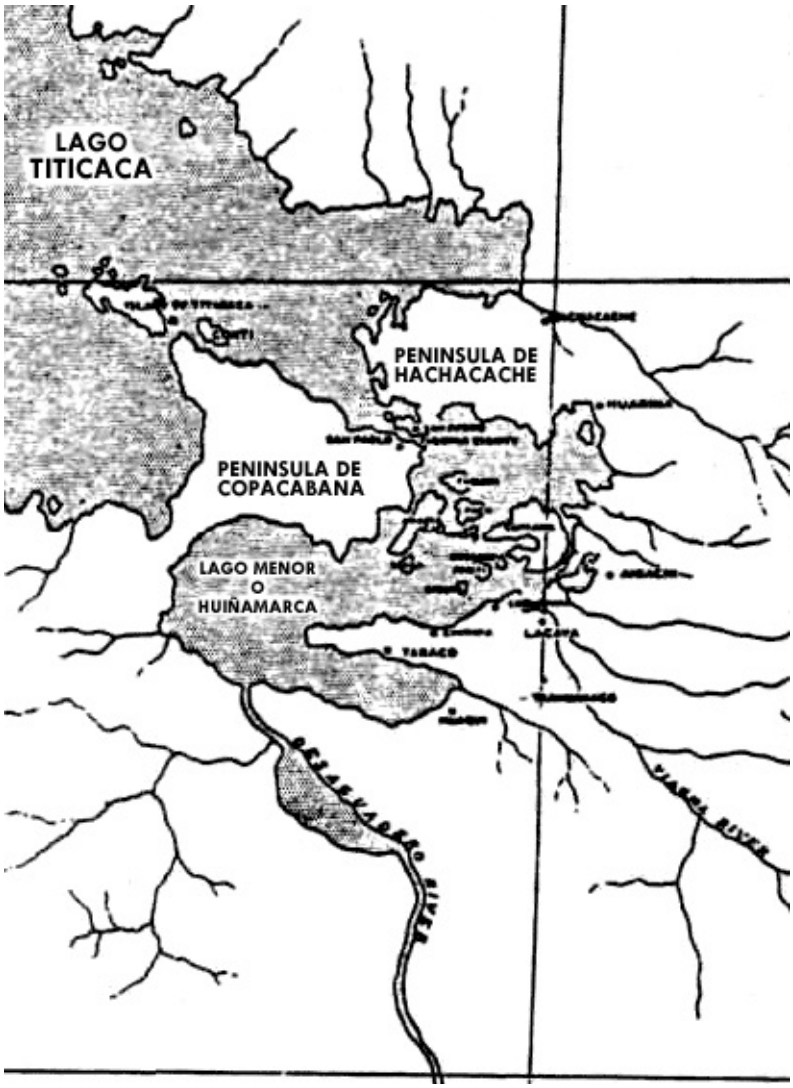

Figura 125.

Es en la costa meridional del lago donde la cuenca llena de agua que forman estas cadenas montañosas se convierte en tierra firme, formando un valle o meseta en la que se encuentra Tiahuanacu. En ninguna otra parte del lago hay una meseta llana. En ninguna otra parte hay una laguna cerca que conecte con el resto del lago, haciendo

factible el transporte por agua. En ninguna otra parte alrededor del lago hay un lugar como éste, con pasos montañosos en las tres direcciones terrestres, y por el agua hacia el norte.

Y en ninguna otra parte estaban tan a mano los preciados metales —oro y plata, cobre y estaño. Tiahuanacu estaba allí porque era el mejor lugar para ser lo que fue: la capital metalúrgica de Sudamérica, del Nuevo Mundo.

Las diversos modos en que se ha deletreado su nombre —Tiahuanacu, Tiahuanaco, Tiwanaku, Tianaku— no son más que esfuerzos por capturar la pronunciación del nombre que conservaron y transmitieron los indígenas de la zona. Sugerimos que el nombre original fue TI. ANAKU: el lugar de *Titi* y *Anaku* — CIUDAD ESTAÑO.

Nuestra hipótesis de que el *Anaku* en el nombre del lugar proviene del término mesopotámico que identificaba al estaño como metal concedido por los anunnaki evoca un vínculo directo entre Tiahuanacu y el lago Titicaca por un lado y el Oriente Próximo de la antigüedad por otro. Existen evidencias que apoyan esta hipótesis.

El bronce acompañó la aparición de civilizaciones en Oriente Próximo y llegó a su plena utilización metalúrgica allá por el 3500 a. C. Pero hacia el 2600 a. C. más o menos, los suministros de estaño, tras una fase de disminución, estuvieron a punto de agotarse. Después, súbitamente, hacia el 2200 a. C., aparecieron nuevos suministros; de algún modo, los anunnaki intervinieron para dar fin a la crisis del estaño y salvar las civilizaciones que habían dado a la humanidad. ¿Cómo lo lograron? Echemos un vistazo a algunos hechos conocidos.

Hacia el 2200 a. C., cuando los suministros de estaño en Oriente Próximo aumentaron abruptamente, un enigmático pueblo apareció en aquel escenario. Sus vecinos les llamaron *Casitas*. No existe explicación para este nombre; al menos, los expertos no la conocen. Pero se nos antoja que pudiera ser el posible origen del término *casiterita*, por el cual se ha conocido desde la antigüedad al mineral del cual se extrae el estaño; esto supondría reconocer a los casitas como el pueblo que pudo suministrar el mineral o como el pueblo que venía de donde se encontraba el mineral.

Plinio, el erudito romano del primer siglo d. C., decía que el estaño, que los griegos llamaban «cassiteros», era más valioso que el plomo. Afirmaba que los griegos lo valoraban desde la guerra de Troya (y, de hecho, Hornero lo menciona por el término *cassiteros*). La guerra de Troya tuvo lugar en el siglo XIII a. C., en el extremo occi dental de Asia Menor, donde los antiguos griegos entraron en contacto con los hititas (o, quizá, con los indoeuropeos, primos suyos).

> *«Las leyendas dicen que los hombres buscan este cassiteros en las islas del Atlántico —escribió Plinio en su Historia Naturalis—, y que lo transportan en barcos hechos de mimbre» —una planta ramosa, como el sauce— «cubiertos con pieles cosidas».*

Las islas que los griegos llaman Cassiteritas,

*«debido a su abundante estaño —escribió, están ya dentro del Atlántico, frente al cabo que llaman el Fin de la Tierra—; son las seis Islas de los Dioses, que algunos llaman las Islas de la Dicha».*

Es una enigmática aseveración, pues si los hititas, de quienes los griegos aprendieron todo eso, hablaban de los dioses en términos de anunnaki, tendríamos aquí el término con todas las connotaciones de *Anaku*.

Sin embargo, en esta referencia se suele identificar a las Islas Scilly, frente a Cornualles, en especial desde que se sabe que los fenicios iban hasta aquella parte de las Islas Británicas en busca de estaño, durante el primer milenio a. C.; el profeta Ezequiel, contemporáneo de ellos, menciona concretamente al estaño como uno de los metales que los fenicios de Tiro importaban en sus naves de alta mar.

Las referencias de Plinio y de Ezequiel son las más llamativas, aunque no son los únicos pilares sobre los que gran número de autores modernos han propuesto teorías acerca de los desembarcos fenicios en América durante aquella época. El esquema en el que se basan consiste en que, después de que los asirios dieran fin a la independencia de las ciudades-estado fenicias en el Mediterráneo oriental durante el siglo IX a. C., los fenicios fundaron un nuevo centro, Cartago *(Keret-Hadasha*, «Ciudad Nueva») en el Mediterráneo occidental, en el Norte de África.

Desde esta nueva base, continuaron con su comercio de metales, pero también comenzaron a hacer incursiones en busca de esclavos entre los nativos africanos. En el 600 a. C., los fenicios circunnavegaron África en busca de oro para el faraón egipcio Nekó (emulando así la hazaña realizada por el rey Salomón cuatro siglos antes); y en el 425 a. C., bajo el liderazgo de Hannón, recorrieron la costa occidental de África, estableciendo puestos de suministro de oro y esclavos. La expedición de Hannón volvió a salvo a Cartago, pues vivió para contar el relato de su viaje. Pero otros antes o después que él, eso dice la teoría, perdieron el rumbo a causa de las corrientes del Atlántico y naufragaron en las costas de América.

Dejando a un lado los mucho más que especulativos descubrimientos de objetos que apuntan a la presencia mediterránea en Norteamérica, las evidencias de esta presencia en América del Centro y del Sur son más convincentes. Uno de los pocos académicos que ha vuelto la cabeza en esta dirección es el profesor Cyrus H. Gordon *(Before Columbus* y *Riddles in History*).

Recordando a sus lectores una mención anterior acerca de la identidad del nombre de Brasil con el término semita *Barzel*, hierro, reconocía más tarde el crédito que le merecía la llamada Inscripción de Paraíba, que apareció en este lugar del norte de Brasil en 1872.

Su desaparición poco después, y las vagas circunstancias de su descubrimiento, llevaron a la mayoría de los expertos a considerarla un fraude, especialmente porque, si se aceptaba como auténtica, hubiera socavado la idea de que no había habido contactos entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Pero Gordon, con gran erudición,

defendió que se aceptara como auténtica la inscripción, que era un mensaje que había dejado el capitán de un barco fenicio, separado de los otros barcos que le acompañaban a causa de una tormenta, que había partido de Oriente Próximo hacia el 534 a. C.

La norma en estos estudios es que, en primer lugar, el «descubrimiento» de América fue accidental, consecuencia de un naufragio o de haber perdido el rumbo por causa de las corrientes oceánicas; y en segundo lugar, que sucedió en el primer milenio a. C., siendo más probable la segunda mitad de ese milenio.

Pero nosotros estamos proponiendo una época muy anterior, casi dos mil años antes; y estamos afirmando que el intercambio de bienes y de personas entre el Viejo y el Nuevo Mundo no fue accidental, sino consecuencia de la intervención deliberada de los «dioses», los anunnaki.

Es seguro que los casitas no eran británicos disfrazados. Las crónicas de Oriente Próximo los sitúan al este de Sumer, en lo que es ahora Irán. Se les relacionó con los hititas de Asia Menor, así como con los hurritas (los bíblicos *horitas* o *joritas*, «pueblo de los pozos»), que sirvieron de vínculo cultural y geográfico entre Sumer, el sur de Mesopotamia, y los pueblos indoeuropeos del norte. Ellos y sus predecesores, incluidos los sumerios, pudieron haber alcanzado América del Sur navegando hacia el oeste, llegando al extremo de África y cruzando el Atlántico hasta Brasil; o navegando hacia el este, rodeando el extremo de Indochina y el archipiélago de islas y cruzando el Pacífico hasta llegar a Ecuador o Perú. Ambas rutas hubieran precisado de mapas de rutas marinas y de grandes hazañas.

Pero hemos de concluir que estos mapas sí que existían.

La sospecha de que algunos navegantes europeos tuvieron acceso a mapas antiguos comienza con el mismísimo Colón. En la actualidad, la mayoría de los expertos supone que éste sabía adonde estaba yendo, porque a través de Paolo del Pozzo Toscanelli, astrónomo, matemático y geógrafo de Florencia, había obtenido unas copias de cartas y mapas que Toscanelli había enviado a la Iglesia y a la Corte de Lisboa en 1474, urgiendo a los portugueses para que intentaran la ruta *occidental* a la India, en lugar de circunnavegar África.

Tras abandonar siglos de un petrificado dogma geográfico basado en las obras de Ptolomeo de Alejandría (siglo u a. C.), Toscanelli recogió las ideas de los eruditos griegos precristianos, como Hiparco y Eudoxo, de que la Tierra era una esfera, y tomó sus medidas y su tamaño de los sabios griegos de siglos atrás. La confirmación de estas ideas la encontró en la misma Biblia, en el profético libro de Esdrás II, que formaba parte de la Biblia en su primera traducción latina, en el que claramente se habla de un «mundo redondo».

Toscanelli aceptó todo esto, pero calculó mal la anchura del Atlántico; también creía que las tierras que se extendían a unos 6200 kilómetros al oeste de las Islas

Canarias eran las de Asia. Ahí fue donde Colón encontró tierra, las islas que él creía que eran las «Indias Occidentales» —un término equivocado que ha perdurado hasta el día de hoy.

Los investigadores modernos están convencidos de que el rey de Portugal llegó a tener mapas que trazaban las costas atlánticas de América del Sur, pero unos mil seiscientos kilómetros más al este de las islas que descubriera Colón. Encontraron la confirmación de esta creencia en el compromiso que ordenara el Papa en mayo de 1493, que trazaba una línea de demarcación entre las tierras descubiertas por los españoles al oeste de esa línea y las tierras desconocidas, si las hubiera, al este de la línea.

Esta línea norte-sur exigida por los portugueses, 370 leguas al oeste de las Islas de Cabo Verde, les dio Brasil y la mayor parte de América del Sur, para sorpresa de los españoles tiempo después, pero no de los portugueses, que se cree que conocían de antemano este continente.

De hecho, hasta el momento, se ha encontrado un número sorprendentemente grande de mapas de tiempos precolombinos; en algunos (como el mapa de los Médici de 1351, el Pizingi de 1367, y otros) aparece Japón como una gran isla en el Atlántico occidental y, curiosamente, una isla llamada «Brasil» a mitad de camino. En otros, aparecen contornos de las Américas, así como de la Antártida —un continente cuyos rasgos están velados por la capa de hielo, sugiriendo por tanto que, por increíble que parezca, estos mapas se dibujaron basándose en datos a los que se pudo tener acceso cuando la capa de hielo desapareció, es decir, justo después del Diluvio, hacia el 11000 a. C. y poco después.

El más conocido de estos improbables, aunque existentes, mapas es el de Piri Re’is, un almirante turco, que lleva una fecha islámica equivalente al 1513 d. C. Las anotaciones del almirante que aparecen en el mapa dicen que se basaba parcialmente en los mapas utilizados por Colón.

Durante mucho tiempo, se supuso que los mapas europeos de la Edad Media, así como los mapas árabes, se basaban en la geografía de Ptolomeo; pero en diversos estudios de principios de siglo se demostró que los mapas europeos más precisos del siglo XIV se basaban en la cartografía fenicia, y especialmente en la de Marino de Tiro (siglo n d. C.). Pero ¿dónde obtuvo sus datos?

C. H. Hapgood, en uno de los mejores estudios sobre el mapa de Piri Re’is y sus antecedentes (*Maps of the Ancient Sea Kings*), concluyó que «las evidencias que ofrecen los mapas antiguos parecen sugerir la existencia en tiempos remotos… de una verdadera civilización, una civilización de un tipo avanzado»; más avanzado que Grecia o Roma, y en ciencias náuticas por delante de la Europa del siglo XVIII. Hapgood reconoció que, antes que éstos, todo lo que hubo fue la civilización mesopotámica, remontándose al menos 6000 años; pero determinados detalles de los

mapas, como el de la Antártida, le hacían preguntarse si no habrían precedido a los mesopotámicos.

Aunque la mayoría de los estudios sobre estos mapas se centran en sus rasgos atlánticos, los estudios de Hapgood y su equipo determinaron que el mapa de Piri Re'is representa también correctamente la cordillera andina; los ríos, incluido el Amazonas, que discurre a partir de aquéllas hacia el este; y la costa sudamericana del *Pacífico*, desde más o menos 4° sur hasta los 40° sur —es decir, desde Ecuador, pasando por Perú, hasta la mitad de Chile. Sorprendentemente, el equipo descubrió que «el dibujo de las montañas indica que se observaron desde el mar, navegando por la costa, y que no se imaginaron». Las costas se dibujaron con tal detalle que se llega a discernir la península de Paracas.

Stuart Piggott (*Aux portes de l'histoire*) fue uno de los primeros en observar que el trecho de la costa del Pacífico de América del Sur también aparecía en las copias europeas del Mapa del Mundo de Ptolomeo. Sin embargo, no se mostraba como un continente más allá del inmenso océano, sino como una *Tierra Mítica*, que se extendía desde el extremo sur de China, más allá de una península llamada *Quersoneso de Oro*, la Península de Oro, hacia el sur, hasta un continente que ahora llamamos Antártida.

Esta observación impulsó al notorio arqueólogo sudamericano D. E. Ibarra Grasso a poner en marcha un extenso estudio de mapas antiguos; publicó sus conclusiones en su obra *La representación de América en mapas romanos de tiempos de Cristo*. Al igual que otros investigadores, llegó a la conclusión de que los mapas europeos que llevaron a la Era de los Descubrimientos se basaban en el trabajo de Ptolomeo, que a su vez se basó en la cartografía y la geografía de Marino de Tiro y en informaciones aún más antiguas.

El estudio de Ibarra Grasso demuestra convincentemente que el contorno de la costa occidental de este «apéndice» llamado Tierra Mítica se adecúa a la forma de la costa occidental de América del Sur que se introduce en el Pacífico. ¡Y ahí es donde las leyendas situaron siempre los desembarcos prehistóricos!

En las copias europeas de los mapas de Ptolomeo había un nombre que denominaba a un lugar en medio de aquella tierra mítica, *Cattigara*; Ibarra Grasso comentó que esto se encuentra «donde está situado Lambayeque, el principal centro metalúrgico de oro en todo el continente americano». Nada sorprendentemente, se encuentra donde se fundó Chavín de Huantar, el prehistórico centro de procesamiento de oro, donde los olmecas africanos, los barbados semitas y los indoeuropeos se habían encontrado.

Figura 126.

¿Acaso los casitas también estuvieron allí, o en la bahía de Paracas, más cerca de Tiahuanacu?

Los casitas han dejado un rico legado de artesanía metalúrgica que va del tercer al segundo milenio a. C. Entre sus objetos, hay numerosas piezas de oro, plata e, incluso, hierro; pero su metal preferido era el bronce, siendo los artífices de los «bronces de Luristan», renombrados entre los historiadores del arte y los arqueólogos. Los casitas decoraban con frecuencia sus objetos con imágenes de sus dioses (Fig. 126a) y de sus héroes legendarios, entre los cuales tenían como favorito el tema de Gilgamesh luchando con los leones (Fig. 126b).

Increíblemente, nos encontramos con los mismos temas y formas artísticas en los Andes. En un estudio titulado *La religión en el antiguo Perú*, Rebecca Carnon-Cachet de Girard ilustró a los dioses que los peruanos adoraban a partir de representaciones en vasijas de barro encontradas en las regiones costeras del centro y del norte; la similitud con los bronces casitas es asombrosa (Fig. 127a).

Se recordará que en Chavín de Huantar, donde las estatuas representaban tipologías hititas, vimos también representaciones de la escena de Gilgamesh con los leones. Quienquiera que llegara desde el Viejo Mundo para contar y representar este relato allí, también lo hizo en Tiahuanacu: ¡entre los objetos de bronce encontrados allí había una placa, como en el Luristán de los casitas, en donde se representaba claramente la misma escena de Oriente Próximo (Fig. 127b)!

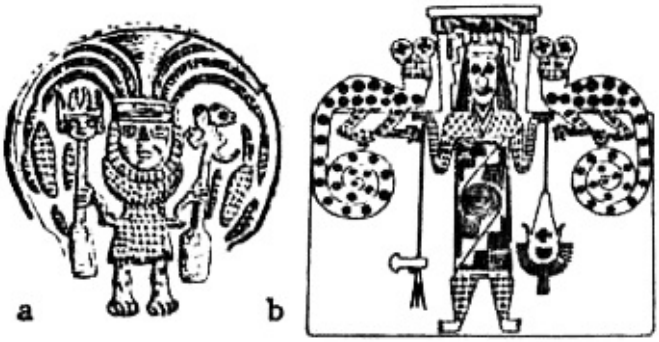

Figura 127.

En todos los pueblos de la antigüedad aparecen representaciones de «ángeles», los alados «dioses mensajeros» (los bíblicos *MaVachim*, literalmente «emisarios»); las de los hititas (Fig. 128a) se parecen mucho a los mensajeros alados que flanquean

a la deidad principal de la Puerta del Sol (Fig. 128b). Es significativo que, al reconstruir los acontecimientos de la América de la antigüedad, las características olmecas sustituyeran a las mesopotámicas en los paneles de dioses alados de Chavín de Huantar (Fig. 128c), donde creemos que se encontraron los reinos de los dioses de Teotihuacán y Tiahuanacu.

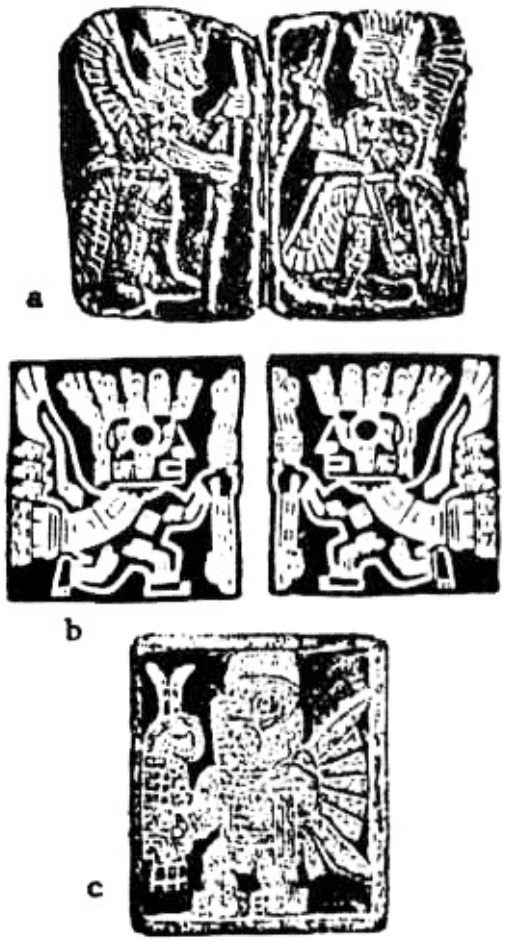


Figura 128.

En Chavín de Huantar, la deidad indoeuropea era el Dios Toro, un animal mítico para los escultores de allí. Pero, aunque no había toros en Sudamérica hasta que los llevaron los españoles, los expertos se han quedado sorprendidos al descubrir que, en algunas comunidades indígenas cercanas a Puno, en el lago Titicaca, e incluso en Pucará (uno de los legendarios altos en la ruta de Viracocha desde el lago hasta Cuzco), se daba culto al toro en ceremonias que tuvieron su origen en tiempos prehispánicos (véase J. C. Spahni, «Lieux de cuite precolombiens», en *Zeitschrift für Ethnologie*, 1971).

En Tiahuanacu y en el sur de los Andes se representó a este dios armado con un rayo ahorquillado y sosteniendo una varita de metal —una imagen tallada en la piedra, representada en objetos de cerámica o en tejidos.

Es una combinación de símbolos bien conocidos en el Oriente Próximo de la antigüedad, donde al dios llamado *Ramman* («el atronador») por babilonios y asirlos,

*Hadad* («eco ondulante») por semitas occidentales y *Teshub* («soplador del viento») por hititas y casitas, se le representaba de pie sobre un toro, su animal de culto, sosteniendo la herramienta metálica en una mano y el rayo ahorquillado en la otra (Fig. 129a).

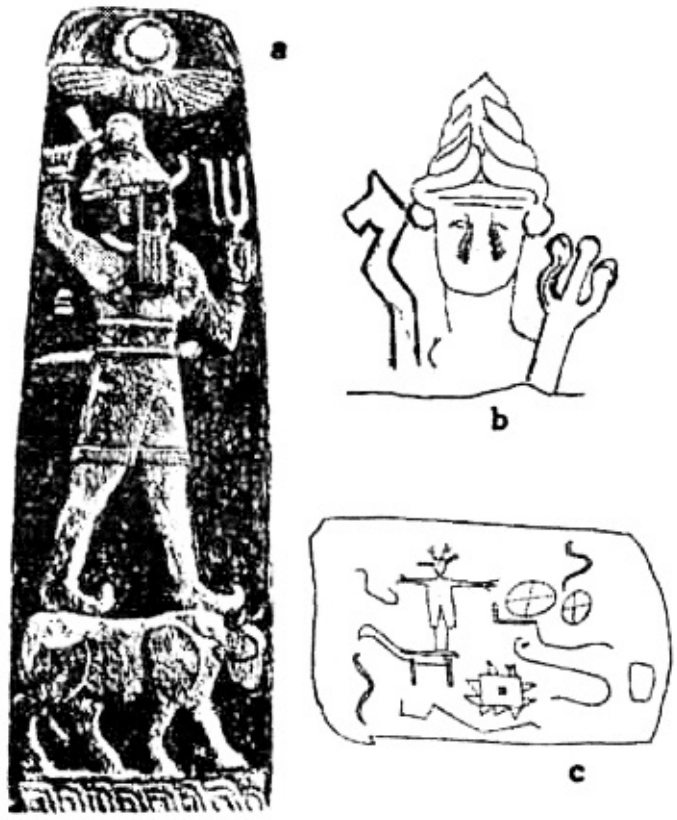


Figura 129.

En Sumer, que es donde tuvieron su origen los panteones del Viejo Mundo, se le llamaba a este dios Adad o ISH.KUR («el de las montañas lejanas»), y se le representaba con la herramienta de metal y un rayo ahorquillado (Fig. 129b). Uno de sus epítetos era ZABAR DIB.BA —«el que obtiene y reparte el bronce»— una esclarecedora pista.

¿No sería el Rimac de las costas meridionales de Perú, el Viracocha del altiplano andino, cuya imagen, con la herramienta de metal y el rayo ahorquillado, aparecía por todas partes y cuyo símbolo del rayo está presente en muchos monumentos? Quizá incluso se le mostrara de pie sobre un toro en un grabado de piedra que encontraron Ribero y von Tschudi al sudoeste del lago Titicaca (Fig. 129c).

Los expertos que han estudiado el nombre de Viracocha en sus diversas variantes coinciden en que sus componentes significan «Señor/ Supremo» que de la/el «Lluvia/Tormenta/Rayo» es «Hacedor/Creador».

Un himno inca lo describe como el dios «que viene en el trueno y en las nubes tormentosas». Y ésta es, palabra por palabra, la forma en la que se loaba en Mesopotamia a esta deidad, el dios de las tormentas; y el disco dorado de Cuzco (ver Fig. 85b) representa a una deidad con el revelador símbolo del rayo ahorquillado.

En aquellos remotos días, Ishkur/Teshub/Viracocha puso su símbolo del rayo ahorquillado, para que todos lo vieran, desde el aire y desde el océano, en la ladera de una montaña de la Bahía de Paracas (Fig. 130), la misma bahía que el equipo de Hapgood identificara en el mapa de Piri Reis; la bahía en la que, probablemente, anclaban los barcos que se llevaban el estaño y el bronce de Tiahuanacu hacia el Viejo Mundo.

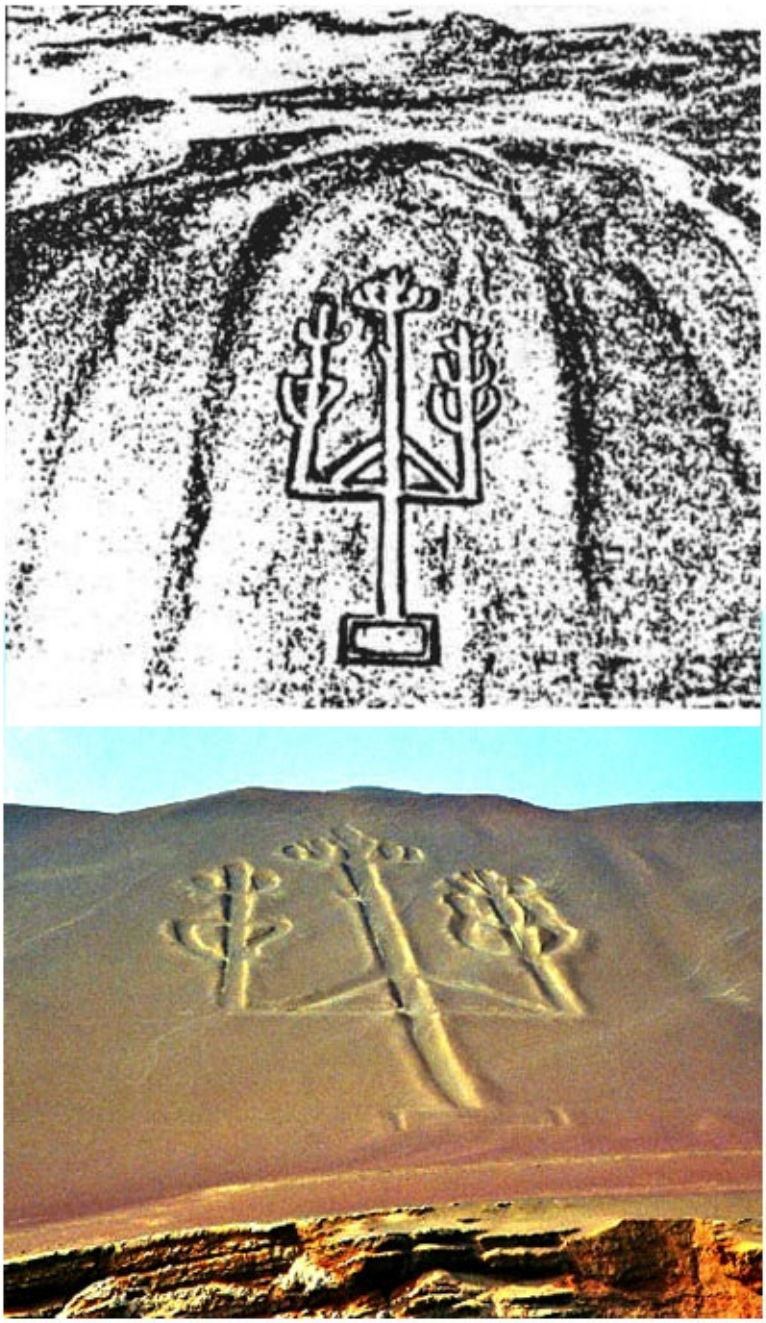

Figura 130.

Era un símbolo que decía, tanto a dioses como a hombres:

¡ÉSTE ES EL REINO DEL DIOS DE LA TORMENTA!

Pues, como se dice en el *Libro de Job*, sí que hubo una tierra de la que venían los

lingotes, cuyas entrañas estaban agitadas como con fuego… Un lugar tan alto entre las montañas que

*«ni siquiera el buitre conoce el camino, ni el ojo del halcón lo discierne».*

Era allí donde el dios que proporcionaba los metales vitales ponía

*«su mano sobre el granito… derrumba de raíz las montañas… abre galerías a través de las rocas».*

# 12. LOS DIOSES DE LAS LÁGRIMAS DE ORO.

Algún tiempo después del 4000 a. C., el gran Anu, soberano de Nibiru, vino a la Tierra en visita de estado.

No era la primera vez que hacía tan arduo viaje espacial. Unos 440 000 años terrestres antes —sólo 122 años de Nibiru—, su hijo primogénito, Enki, había liderado el primer grupo de 50 anunnaki que llegaron a la Tierra. Su objetivo era obtener oro, con el cual había sido bendecido este séptimo planeta. En Nibiru, la naturaleza y la tecnología se habían combinado para enrarecer y dañar la atmósfera del planeta, una atmósfera que no sólo necesitaba respirar, sino también cubrir al planeta como un invernadero, para evitar que se disipara el calor interno. Y sus científicos concluyeron que, para evitar que Nibiru se convirtiera en un globo helado y sin vida, habría que suspender partículas de oro en las partes altas de la atmósfera.

Enki, el brillante científico, amerizó en el Golfo Pérsico y estableció su base, Eridú, en sus costas. Su plan consistía en extraer el oro de las aguas del golfo; pero no consiguieron suficiente de esta manera, y la crisis en Nibiru se agudizó. Cansado de las promesas de Enki de que su proyecto sería un éxito, Anu llegó a la Tierra para ver las cosas con sus propios ojos. Con él, venía su heredero legal, Enlil, que, aunque no era el primogénito, tenía el derecho de sucesión porque su madre, Antu, era hermanastra de Anu. Él carecía de la brillantez científica de Enki, pero era un excelente administrador; no le fascinaban los misterios de la naturaleza, pero creía que podía hacerse cargo y conseguir que las cosas funcionaran. Y lo que había que hacer, todos los estudios lo indicaban, era extraer el oro allí donde era abundante: en el sur de África.

Se desencadenaron las más airadas discusiones, no sólo en lo referente al proyecto en sí, sino también entre los dos hermanastros rivales. Anu llegó incluso a pensar en quedarse en la Tierra y dejar a uno de sus hijos como regente en Nibiru; pero la idea aún provocó más discordias. Al final, lo echaron a suertes. Enki se iría a África y organizaría las labores de extracción, mientras que Enlil se quedaría en el E.DIN (Mesopotamia) y construiría las instalaciones necesarias para refinar los minerales y embarcar el oro en dirección a Nibiru. Y Anu volvió al planeta de los anunnaki. Aquélla fue su primera visita.

Y, después, vino la segunda visita, provocada por otra emergencia. Cuarenta años de Nibiru después del primer aterrizaje, los anunnaki que habían sido destinados para trabajar en las minas de oro se amotinaron. En qué medida tuvo lugar por el arduo trabajo en las profundas minas y en qué medida reflejaba la envidia y las fricciones entre los dos hermanastros y sus contingentes, es algo que sólo se puede adivinar. Lo cierto es que los anunnaki supervisados por Enki en el sur de África se amotinaron, se negaron a seguir trabajando, y tomaron a Enlil como rehén cuando fue allí para

neutralizar la crisis.

Todos estos acontecimientos quedaron registrados; se los contaron a los terrestres milenios después, para que supieran cómo había comenzado todo. Se convocó un Consejo de Dioses. Enlil insistía en que Anu viniera a la Tierra a presidirlo, para que pronunciara sentencia contra Enki. En presencia de los líderes reunidos, Enlil detalló la cadena de acontecimientos y acusó a Enki de haber dirigido el motín. Pero, cuando los amotinados relataron su historia, Anu sintió simpatía por ellos. Eran astronautas, no mineros; y su trabajo había terminado por hacerse insoportable.

Pero ¿es que no era necesario hacer este trabajo? ¿Cómo iban a sobrevivir en Nibiru si no se extraía el oro? Enki tenía una solución: ¡crearemos unos trabajadores primitivos, dijo, que se harán cargo de los trabajos duros! Ante la asombrada asamblea explicó que había estado llevando a cabo experimentos con la ayuda de la oficial médico jefe, Ninti/Ninharsag. En la Tierra, en el este de África, existe un ser primitivo —un hombre-simio. Este ser debió de evolucionar en la Tierra a partir de la propia Simiente de Vida de Nibiru, que pasó de Nibiru a la Tierra durante la ancestral colisión celeste con Tiamat. Existe compatibilidad genética; lo que hace falta es implementar mejoras en este ser, dándole algunos de los genes de los anunnaki. Entonces, se convertirá en una criatura a imagen y semejanza de los anunnaki, capaz de utilizar herramientas, lo suficientemente inteligente como para obedecer órdenes.

Y así fue como se creó el LULU AMELU, el «trabajador mezclado», por medio de la manipulación genética y la fertilización del óvulo de una mujer-simio en una probeta de laboratorio. Pero los híbridos no podían procrear; las hembras anunnaki tenían que hacer de diosas del nacimiento en cada ocasión, por lo que Enki y Ninharsag perfeccionaron a los híbridos por medio de un sistema de ensayo-error, hasta que lograron el modelo perfecto. Le llamaron *Adam*, «el de la Tierra» —terrestre. Con estos siervos fértiles, se produjo oro en abundancia. Los siete asentamientos se convirtieron en ciudades, y los anunnaki —600 en la Tierra y 300 en las estaciones orbitales— se acostumbraron a una vida relajada. Algunos, incluso, y a pesar de las objeciones de Enlil, tomaron por esposas a las Hijas del hombre, y tuvieron hijos con ellas. Para los anunnaki, la tarea de extraer oro ya no era una tarea con lágrimas; pero, a Enlil, todo aquello se le empezaba a antojar una misión pervertida.

Todo terminó con el Diluvio. Durante mucho tiempo, las observaciones científicas venían advirtiendo que la capa de hielo que estaba creciendo en el continente antártico se estaba haciendo inestable; la próxima vez que pasara Nibiru por las cercanías de la Tierra, entre Marte y Júpiter, su atracción gravitatoria podría hacer que esa tremenda masa de hielo se deslizara fuera del continente, generando una marea de proporciones globales, cambiando abruptamente los océanos y las temperaturas de la Tierra, provocando tormentas sin precedentes. Después de

consultar con Anu, Enlil dio la orden:

*¡Disponed las naves espaciales, estad preparados para abandonar la Tierra!*

Pero ¿qué iba a pasar con la humanidad?, se preguntaban sus creadores, Enki y Ninharsag. Dejad que perezcan, dijo Enlil, e hizo jurar a todos los anunnaki que guardarían el secreto, para que los desesperados terrestres no interfirieran en los preparativos de partida de los anunnaki. Enki, aunque reacio, juró también; pero, simulando que hablaba con una pared, dio instrucciones a su fiel seguidor, Ziusudra, para que construyera un *Tibatu*, una nave sumergible, en la cual él, su familia y bastantes animales podrían sobrevivir a la avalancha de agua, para que la vida en la Tierra no pereciera. Y le proporcionó a Ziusudra un navegante, para que llevara la nave hasta el Monte Ararat, la montaña más visible de Oriente Próximo.

Los textos de la Creación y del Diluvio que los anunnaki les dictaron a los sumerios ofrecen relatos mucho más detallados y concretos que las versiones bíblicas, más concisas, con las que estamos familiarizados. Llegado el momento, tuvo lugar la catástrofe. Pero en la Tierra no sólo había semidioses; algunas de las principales deidades, miembros del círculo sagrado de Doce, eran también, de alguna forma, terrestres: Nannar/Sin e Ishkur/Adad, los hijos más jóvenes de Enlil, habían nacido en la Tierra; lo mismo ocurría con los hijos gemelos de Sin, Utu/Shamash e Inanna/Ishtar. Enki y Ninharsag (con la cual él pudo compartir su secreta «Operación Noé») se unieron a los demás para sugerir que los anunnaki no dejaran la Tierra por las buenas, sino que permanecieran en órbita terrestre durante un tiempo para ver lo que ocurría. Y así, después de que la inmensa ola hubiera ido y venido, y de que cesaran las lluvias, las cumbres de la Tierra comenzaron a verse, y los rayos del Sol, brillando a través de las nubes, pintaron arco iris en los cielos.

Enlil, al descubrir que la humanidad había sobrevivido, se enfureció en un principio, pero después se ablandó. Se dio cuenta de que los anunnaki aún podrían vivir en la Tierra; pero, si tenían que reconstruir sus centros y reanudar la producción de oro, al hombre habría que permitirle proliferar y prosperar, y habría que dejar de tratarlo como a un esclavo para empezar a hacerlo como a un compañero.

En los tiempos antediluvianos, el espaciopuerto para la ida y venida de los anunnaki y de los suministros, así como para el embarque del oro, estaba en Mesopotamia, en Sippar. Pero todo aquel fértil valle entre el Eufrates y el Tigris tenía ahora encima miles de millones de toneladas de lodo. Utilizando todavía la doble cumbre del Ararat como punto focal sobre el cual anclar el ápice del Corredor de Aterrizaje, erigieron dos montañas artificiales gemelas en el paralelo 30, a orillas del Nilo —las dos grandes pirámides de Gizeh—, para que hicieran de balizas de aterrizaje del espaciopuerto postdiluviano de la península del Sinaí. Estaba tan cerca, incluso más, de las fuentes de oro africanas de lo que había estado el espaciopuerto

de Mesopotamia.

Para que los terrestres pudieran sobrevivir, multiplicarse y ser útiles a los anunnaki, se les concedió la civilización en tres estadios. Se trajeron de Nibiru semillas para cultivos vitales, se domesticaron variedades silvestres de cereales y animales, se les enseñaron las tecnologías de la arcilla y el metal. Esta última fue de gran importancia, pues tenía que ver con el propio éxito de los anunnaki a la hora de reanudar el suministro de oro, ahora que las viejas minas estaban atascadas de lodo y agua.

La primera vez que Nibiru pasó por las cercanías de la Tierra después del Diluvio se recibieron materiales vitales de allí, pero poco de valor se pudo enviar de vuelta. En las fuentes de oro de antaño había que encontrar filones nuevos, hacer túneles en las laderas, excavar pozos en la tierra, perforar las rocas. Había que dotar de herramientas a la humanidad —herramientas duras— para que pudieran extraer lo que los anunnaki podían localizar y perforar con sus pistolas de rayos. Afortunadamente, la avalancha de agua también había hecho algo bueno, pues había expuesto filones, los había lavado y había llenado los lechos fluviales de pepitas de oro, mezcladas entre el lodo y la grava. Hacerse con este oro podría abrir nuevas fuentes, más fáciles de trabajar, pero de más difícil acceso y transporte, pues el lugar en donde había pepitas de oro en grandes cantidades estaba al otro lado de la Tierra: allí, a lo largo de unas cadenas montañosas frente al gran océano, habían quedado expuestas riquezas indecibles. Y estaban allí para hacerse con ellas, si los anunnaki iban allí; si se podía encontrar un modo de embarcar aquel oro.

Y ahora que Nibiru se había acercado de nuevo a la Tierra, el gran Anu, con su esposa Antu, venía a la Tierra en visita de estado, para ver con sus propios ojos cómo iban las cosas. ¿Qué se había conseguido al conceder a la humanidad los dos metales divinos, AN.NA y AN.BAR, con los cuales hacer herramientas duras? ¿Qué se había conseguido al extender las operaciones al otro lado del mundo? ¿Estaban los almacenes llenos de oro, como se había dicho, listo para ser embarcado hacia Nibiru?

> *«Después de que el Diluvio barriera la Tierra, cuando se trajo la Realeza desde el Cielo, la Realeza estuvo primero en Kis».*

Así comienza la relación, en las Listas de los Reyes Sumerios, de las distintas dinastías y capitales de la primera civilización en Oriente Próximo. Y lo cierto es que la arqueología ha confirmado la preeminente antigüedad de esta ciudad sumeria. De sus 23 soberanos, uno lleva un nombre-epíteto que podría indicar que fue metalúrgico; se dice con toda claridad que el vigésimo segundo soberano, Enmen-baragsi, fue el «que se llevó como botín el arma fundida de Elam». Elam, en las montañas al este y al sudeste de Sumer, era uno de los lugares en donde comenzó la metalurgia; y la mención del preciado botín, un arma fundida, confirma las evidencias arqueológicas de una metalurgia totalmente desarrollada en Oriente

Próximo poco después del 4000 a. C.

Pero «Kis fue herida por las armas», quizás por los mismos elamitas cuya tierra había sido invadida; y la realeza, la capital, se transfirió a una flamante ciudad llamada Uruk (la bíblica Erek). De sus doce reyes, el más conocido fue Gilgamesh, de heroico renombre. Su nombre significaba «a Gibil, dios de la Fundición [consagrado]». Parece ser que la metalistería fue importante para los reyes de Uruk. Uno de ellos que tenía la palabra *herrero*, describe el motivo por el cual era famoso. El primer soberano, cuyo reinado comenzó cuando Uruk no era más que un recinto sagrado, tenía el prefijo MES —«Maestro fundidor»— como parte de su nombre. La inscripción de este rey resulta ser inusualmente larga:

> *Mes-kiag-gasher, hijo del divino Utu,*
> *se convirtió en sumo sacerdote del Eanna así como en rey…*
> *Meskiaggasher entró en el Mar Occidental*
> *y partió hacia las Montañas.*

Esta información, en la que se registra una hazaña renombrada, es muy importante, habida cuenta de la longitud de la inscripción, cuando lo normal es que se pusiera solamente el nombre del rey y la duración de su reinado. Qué mar cruzó Meskiaggasher, el Maestro Fundidor, y a qué montañas llegó, nunca lo sabremos seguro; pero los términos parecen sugerir el otro lado del mundo.

Podemos comprender la urgencia por traer la metalurgia a Uruk: tenía que ver con la inminente visita de estado de Anu. Quizás para hacerle ver que todo iba bien, que la ciudad, Uruk, se había construido en su honor, y presumir de logros metalúrgicos. En el centro del recinto sagrado se construyó un templo de muchos niveles, con las esquinas hechas de metal fundido. Su nombre, E.ANNA, se suele interpretar como «casa de Anu»; pero también podía significar «casa de estaño». Los textos en los que se detalla el protocolo y el programa de la visita real a Uruk nos muestran un lugar pródigo en oro.

Las tablillas encontradas en los archivos de Uruk, que, según lo que anotó el escriba, eran copias de textos sumerios anteriores, se pueden leer sólo a partir de la mitad. Anu y Antu ya están sentados en el patio del templo, contemplando una procesión de dioses que lleva el cetro dorado. Mientras tanto, unas diosas preparan los dormitorios de los visitantes en la E.NIR —«casa de la Brillantez»— que estaba cubierta con la «hechura de oro del Mundo Inferior». Al oscurecer el día, un sacerdote ascendió hasta el nivel más alto del zigurat para observar la esperada aparición de Nibiru, el «gran planeta de Anu del Cielo». Después de que se recitaran los himnos correspondientes, los visitantes se lavaron las manos en sendas jofainas de oro y se les sirvió la cena en siete bandejas de oro; cerveza y vino les escanciaron en recipientes de oro. Y, después de algunos himnos más ensalzando «al planeta del Creador, el planeta que es el héroe del Cielo», una procesión de antorchas portadas por dioses acompañó a los visitantes hasta su «recinto dorado» para pasar allí la

noche.

A la mañana siguiente, los sacerdotes llenaron los incensarios de oro durante los sacrificios, mientras se despertaba a los dioses para servirles un elaborado desayuno servido en fuentes de oro. Cuando llegó el momento de partir, una procesión de dioses llevó a los visitantes hasta el muelle en donde estaba amarrado su barco, acompañados por los cantos de los sacerdotes. Dejaron la ciudad a través de la Puerta Elevada, bajaron por la avenida de los dioses y llegaron a «el muelle sagrado, el dique del barco de Anu», que tenía que llevarlos por «el sendero de los dioses». En una capilla llamada Casa de Akitu, Anu y Antu se unieron a los dioses de la Tierra en sus oraciones, recitando las bendiciones siete veces. Y después, «agarrándose las manos», los dioses partieron.

Si, en la época de esta visita de estado, los anunnaki ya habían estado buscando oro en el Nuevo Mundo, ¿Anu y Antu habrían incluido en su itinerario una visita a las nuevas tierras del oro? Y los anunnaki de la Tierra, ¿no habrían intentado impresionarles con sus nuevos logros, con sus nuevas perspectivas, con la promesa de suministrar a Nibiru el vital metal en cantidades suficientes, de una vez por todas?

Si la respuesta es sí, entonces se podría explicar la existencia de Tiahuanacu y de otras muchas cosas más; pues si en Sumer se fundó una nueva ciudad con un flamante recinto sagrado, con un recinto de oro y una avenida de los dioses y unos muelles sagrados para la visita de Anu a la Tierra de Antaño, sería de suponer que se fundara también una nueva ciudad con un flamante recinto de oro y una avenida sagrada y muelles sagrados en el corazón de las Nuevas Tierras. Y, como en Uruk, sería de esperar encontrarse con un observatorio para determinar el momento de la aparición de Nibiru en los cielos nocturnos, seguida por la elevación del resto de los planetas.

Creemos que un paralelismo así podría explicar la necesidad de un observatorio como el Kalasasaya, por su precisión y por su fecha: hacia el 4000 a. C. Sugerimos que sólo una visita de estado de estas características podría explicar la elaborada arquitectura de Puma-Punku, sus regios muelles y, sí, su recinto chapado en oro. Pues eso es exactamente lo que los arqueólogos han encontrado en Puma-Punku: evidencias incontrovertibles de que no sólo se cubrió con placas de oro parte de los pórticos (como los paneles traseros de la Puerta del Sol en Tiahuanacu), sino que se chapó en oro la totalidad de las paredes, entradas y cornisas. En muchos bloques de piedra pulidos, Posnansky encontró y fotografió hileras de pequeños agujeros redondos que «servían para sujetar las placas de oro que los cubrían, a través de clavos, también de oro». Y, cuando en 1943, pronunció una conferencia sobre el tema en la Sociedad Geográfica, presentó uno de estos bloques con cinco clavos de oro todavía clavados en él (los otros clavos se los habían llevado los buscadores de oro cuando arrancaron las placas).

La posibilidad de que en Puma-Punku se hubiera erigido en la época más remota un edificio con las paredes, el techo y las cornisas recubiertas de oro, tal como lo había sido la E.NIR en Uruk, se hace más significativa cuando descubrimos que los bajorrelieves que decoran las puertas ceremoniales en Puma-Punku, así como algunas de las gigantescas estatuas del Gran Dios en Tiahuanacu, tenían incrustaciones de oro.

Posnansky descubrió y fotografió los agujeros de sujeción, «algunos de dos milímetros de diámetro, alrededor de los relieves». Una importante puerta de Puma-Punku, llamada la Puerta de la Luna, tenía «incrustado en oro» tanto el relieve de Viracocha como el rostro del dios en la franja inferior, «lo cual hacía que los jeroglíficos principales resaltaran con gran brillantez».

No menos importante fue el descubrimiento de Posnansky de que, en el lugar de los ojos del dios, el oro incrustado y los clavos «sujetaban unos redondeles de turquesa en las hendiduras de los ojos. Hemos descubierto —proseguía Posnansky—, muchas de estas piezas de turquesa perforadas en el centro, en los estratos culturales de Tiahuanacu», detalle que le llevó a creer que, no sólo los relieves de las puertas, sino también las gigantescas estatuas de piedra de los dioses que se encontraron en Tiahuanacu, tenían el rostro incrustado en oro y los ojos en turquesa.

Este descubrimiento es de lo más significativo, pues no existen turquesas —ni piedras semipreciosas azules verdosas— en ningún lugar de Sudamérica. Es un mineral cuya más antigua extracción se sitúa a finales del quinto milenio a. C., en la península del Sinaí y en Irán. Además de esto, las técnicas de incrustación eran puramente de Oriente Próximo, y no se encuentran en ningún otro lugar de las Américas —ciertamente, no en aquéllas épocas.

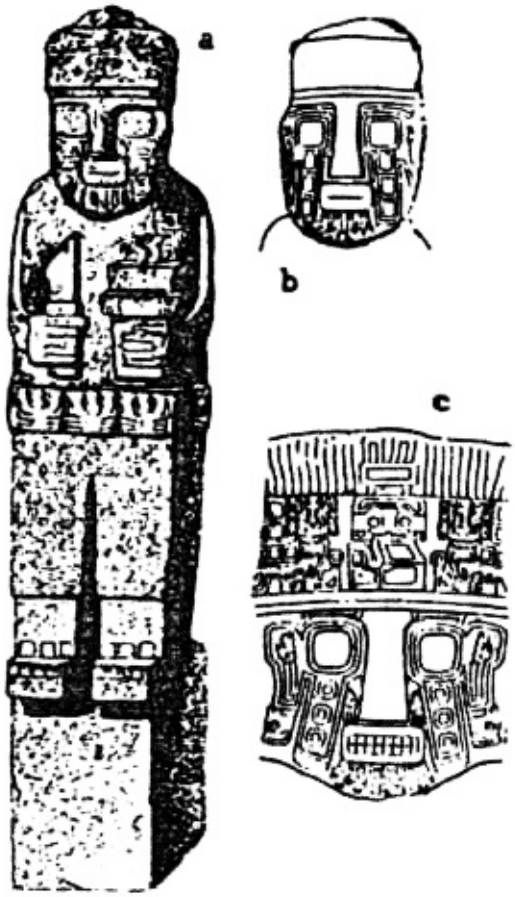


Figura 131.

Virtualmente, la totalidad de las estatuas que se han encontrado en Tiahuanacu muestran a los dioses con tres lágrimas en cada ojo. Las lágrimas estaban incrustadas en oro, como se puede ver todavía en algunas de las estatuas que se exhiben hoy en el Museo del Oro de La Paz. Hay una famosa estatua, que recibió el apodo de «el Fraile» (Fig. 131a), y que tiene alrededor de tres metros de altura, que se talló, como el resto de estatuas gigantes de Tiahuanacu, en arenisca; esto sugiere que todas ellas pertenecen al período más antiguo de Tiahuanacu. La deidad sostiene una herramienta serrada en la mano derecha; las tres estilizadas lágrimas de cada ojo, que indudablemente estuvieron incrustadas en oro, se pueden ver con toda claridad (como en el dibujo, Fig. 131b). Esas tres lágrimas también se pueden ver en el rostro de la Cabeza Gigante (Fig. 131c), que los buscadores de tesoros desgajaron de una colosal estatua a causa de la creencia local de que los constructores de Tiahuanacu «poseían el secreto de hacer piedra», y que las estatuas no se tallaron de la piedra, sino que se fundieron a través de un proceso mágico que les permitía ocultar oro en el interior de las estatuas.

Esta creencia quizá se sustentara por las incrustaciones de oro de las lágrimas de los dioses, un práctica que podría explicar por qué el pueblo andino (al igual que los aztecas) llamaba a las pepitas de oro «lágrimas de los dioses». Debido a que todas estas estatuas estaban representando a la misma deidad de la Puerta del Sol, en donde también se le muestra derramando lágrimas, a este dios se le terminó llamando «El

dios llorón». Con estas evidencias, creemos que estaría justificado llamarle el «dios de las lágrimas de oro». En un gigantesco monolito grabado que se encontró en un lugar cercano (Wancai), se representa a este dios con un tocado cónico y con cuernos —el típico tocado de los dioses mesopotámicos— y con rayos en el lugar de las lágrimas (Fig. 132), con lo que se identifica claramente al dios de la tormenta.

Figura 132.

Uno de los bloques de piedra de Puma-Punku chapados en oro, con «misteriosas cavidades» y un profundo surco en su interior, tenía una esquina cortada a modo de embudo, y Posnansky supuso que formaría parte de un altar de sacrificios. Sin embargo, hay uno de esos lugares satélites de Tiahuanacu, cuyos restos de piedra lo convierten en un pequeño Puma-Punku y en donde se han encontrado objetos de oro, que se llama *Chuqui-Pajcha*, que en aymara significa «donde el oro líquido pasa por el embudo», y que sugiere que, más que libaciones sacrificiales, lo que había allí era un proceso de producción de oro.

La disponibilidad y la abundancia de este oro en Tiahuanacu y sus satélites no sólo es evidente en sus leyendas, relatos o nombres de lugares, sino también en los restos arqueológicos. Muchos objetos de oro clasificados por los expertos como Tiahuanacu clásico, a causa de sus formas u ornamentaciones (imágenes estilizadas del dios de las lágrimas de oro, escaleras, cruces), se encontraron en lugares cercanos e islas en el transcurso de las excavaciones de las décadas de 1930, 1940 y 1950. Dignas de mención fueron las misiones arqueológicas patrocinadas por el Museo Americano de Historia Natural (liderada por William C. Bennett), el Museo Peabody de Arqueología y Etnología Americana (liderada por Alfred Kidder II) y el Museo Etnológico de Suecia (liderada por Stig Rydén, junto con Max Portugal, entonces conservador del Museo Arqueológico de La Paz.

Entre los objetos había copas, vasos, discos, tubos y alfileres (uno de éstos, de unos 15 cm de longitud, tenía una cabeza con la forma de un penacho de tres brazos). Los objetos de oro encontrados durante excavaciones más antiguas en las dos islas sagradas, Titicaca (Isla del Sol) y Coatí (Isla de la Luna), los describió Posnansky en su *Guía General* de Tiahuanacu y su entorno, y también A. F. Bandelier (*The Islands*

*of Titicaca and Koati*). Los descubrimientos de Titicaca tuvieron lugar en su mayor parte en unas ruinas inidentificables cercanas a la Roca Sagrada y su cueva; los expertos no se ponen de acuerdo acerca de si los objetos pertenecen a los períodos primitivos de Tiahuanacu o, como algunos sostienen, provienen de tiempos incas, pues se sabe que los incas iban a la isla para dar culto y erigir santuarios durante el reinado de Mayta Capac, el cuarto soberano inca.

Los descubrimientos de objetos de oro y bronce en Tiahuanacu y sus alrededores no dejan lugar a dudas de que el oro precedió al bronce (es decir, al estaño) en esta región. Posnansky fue muy enfático al relegar el bronce al tercer período de Tiahuanacu, y mostró casos en los que se habían utilizado grapas de bronce para reparar estructuras de la época del oro. Dado que en las montañas cercanas existen evidencias claras de que el mineral de estaño y el oro se obtenían en los mismos lugares, es probable que el descubrimiento del oro, seguido por su minería de placer en la región de Titicaca, fuera el que revelara la existencia de la casiterita: ambos se encuentran mezclados en los mismos lechos de ríos y arroyos. En un informe oficial boliviano (titulado *Bolivia y la apertura del canal de Panamá*, 1912), se afirmaba que, tanto el río Tipuani como el río que baja del Monte Illampu, además de tener mineral de estaño, «son famosos por la presencia de gravas en donde hay inmensas cantidades de oro»; a profundidades de más de 90 metros, no se puede encontrar el fondo rocoso. Y «la proporción de oro se incrementa con la profundidad de la grava». El informe señalaba que el oro del río Tipuani era de entre 22 y 23,5 quilates, es decir, oro casi puro. La lista de lugares en donde hay oro en Bolivia es casi interminable, aun después de tantos siglos de explotación desde la conquista de América. Sólo los españoles, entre 1540 y 1750, extrajeron de las fuentes bolivianas más de 100 toneladas de oro.

Antes de que en el siglo XIX se hiciera independiente lo que ahora llamamos «Bolivia», se le conocía como Alto Perú y formaba parte de los dominios peruanos de los españoles. Los recursos minerales no sabían, ciertamente, de fronteras políticas, y ya hemos hablado en anteriores capítulos de las riquezas de oro, plata y cobre que los españoles encontraron en Perú, y de la creencia europea de que «el filón madre» de todo el oro del oeste de las Américas, norte y sur, se encontraba en los Andes peruanos.

Si echamos un vistazo a un mapa de los recursos minerales de América del Sur, tendremos una imagen clara. Hay tres bandas de diversa amplitud de filones de oro, plata y cobre que serpentean a lo largo de la cordillera andina con una inclinación noroeste-sudeste, desde Colombia, en el norte, hasta Chile y Argentina, en el sur. Punteados a lo largo de estas bandas, están algunos de los veneros de estos metales más famosos del mundo, algunos de ellos considerados como montañas casi puras de mineral. Las lentas fuerzas de la naturaleza, y sin duda la inmensa avalancha de agua

del Diluvio, sacaron los metales y sus minerales de los filones incrustados en la roca, exponiéndolos y lavándolos por las laderas y los lechos fluviales. Y dado que los ríos más grandes de América del Sur nacen en las estribaciones orientales de los Andes y discurren por las inmensas llanuras de Brasil hasta el Océano Atlántico, no debe sorprender que también hubiera oro y cobre en grandes cantidades en esta parte del continente.

Pero, en última instancia, el origen de todos los metales ornamentales y de extracción minera estuvo siempre en los filones de la cordillera andina; y, si se observan estas bandas de filones que se entrecruzan, y se delimitan con colores diferentes en el mapa, la imagen que queda se parece mucho a la de la estructura helicoidal doble del ADN, entrelazada en sí misma y con su homólogo el ARN, las cadenas genéticas de vida y herencia de todo lo que vive en la Tierra.

En el interior de estas bandas, se encuentran dispersos otros valiosos minerales, algunos de ellos raros —platino, bismuto, manganeso, wolframio, hierro, mercurio, azufre, antimonio, asbesto, cobalto, arsénico, plomo, zinc y, muy importantes para la fundición y el refinado, tanto antiguos como modernos, carbón y petróleo.

Algunos de los filones más ricos de oro, en parte lavados en los lechos fluviales, se encuentran al este y al norte del lago Titicaca. Allí, en la Cordillera Real, que rodea el lago desde el nordeste al sudeste, una cuarta banda de filones se une a las demás: una banda de estaño en forma de casiterita. Esta banda se halla presente en la costa oriental del lago, gira hacia el oeste a lo largo de la cuenca del Titicaca para, después, correr hacia el sur casi en paralelo al río Desaguadero. Se une a otras tres bandas de filones cerca de Oruro y del lago Poopó, y allí desaparece.

Cuando Anu y su esposa llegaron para ver las riquezas minerales, la zona sagrada de Tiahuanacu, su recinto sagrado y sus muelles, todo estaba preparado. ¿A quiénes enrolaron y llevaron allí los anunnaki, hacia el 4000 a. C., para construir todo aquello? Para entonces, los pueblos de las montañas que rodeaban Sumer tenían ya una rudimentaria tradición en trabajos metalúrgicos y de cantería, y pudieron estar entre los artesanos que se llevaron allí. Pero la verdadera tecnología metalúrgica, incluida la fundición, la tecnología de construcción a partir de planos arquitectónicos y la de seguimiento de orientaciones estelares, estuvo en manos de los sumerios.

La efigie central del semisubterráneo recinto sagrado es la de un hombre barbado, como lo son muchas de las cabezas de piedra que se sujetaron al muro del recinto y que retratan a dignatarios desconocidos. Muchas de ellas llevan turbante como los que llevaban los dignatarios sumerios (Fig. 133).

Figura 133.

Habría que preguntarse dónde y cómo asimilaron los incas, continuando con la costumbre del Imperio Antiguo, las normas de sucesión de los sumerios (o, lo que es lo mismo, las de los anunnaki). ¿Por qué, en sus conjuros, los sacerdotes incas invocaban al Cielo pronunciando las palabras mágicas *Zi-Ana*, y a la Tierra, con las palabras *Zi-ki-a*, términos absolutamente sin significado en quechua o en aymara (según S. A. Lafone Quevedo, *Ensayo mitológico*), pero que en sumerio significaban «vida celeste» (ZI.ANA) y «vida de tierra y agua» (ZI.KI.A)? ¿Y por qué los incas conservaron de la época del Imperio Antiguo el término *Anta* para los metales en general y para el cobre en particular —un término que es sumerio, AN.TA, se habría clasificado junto con AN.NA (estaño) y AN.BAR (hierro)?

A estas reliquias lingüísticas de la metalurgia sumeria (que las tomaron prestadas sus sucesores) se les sumó el descubrimiento de pictogramas sumerios de la minería. Los arqueólogos alemanes dirigidos por A. Bastian se encontraron con estos símbolos grabados en las rocas de las riberas del río Manizales, en la región aurífera central de Colombia (Fig. 134a); y una misión del gobierno francés, bajo la dirección de E. André, se encontró, mientras exploraban los lechos fluviales de la región oriental, con símbolos similares (Fig. 134b) grabados en las rocas que había por encima de unas cuevas que se habían profundizado artificialmente.

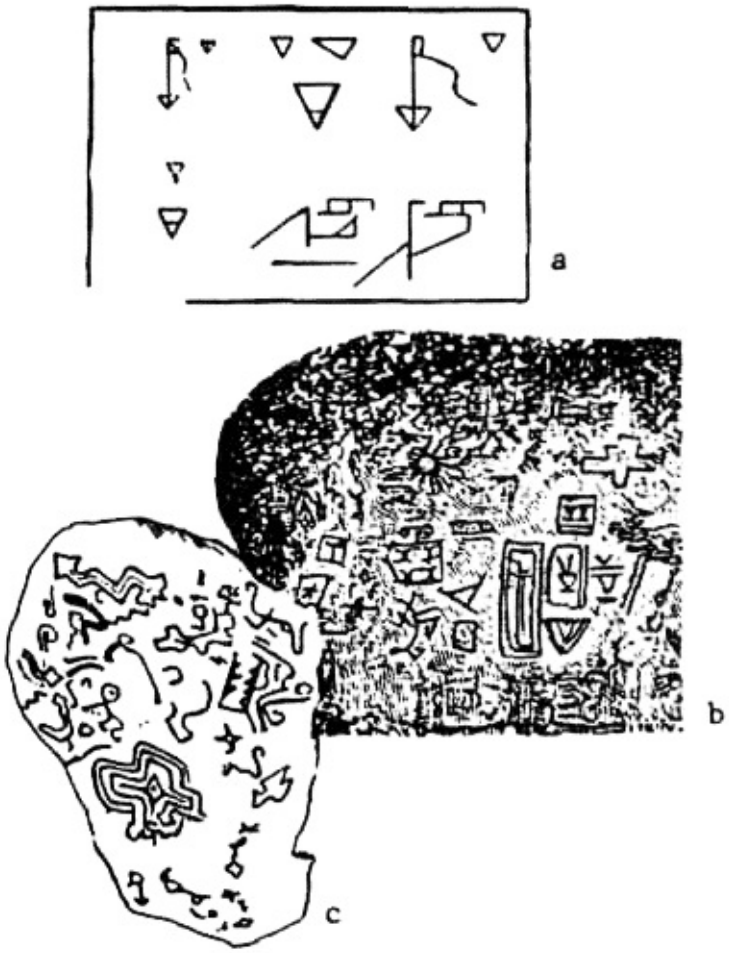


Figura 134.

Muchos petroglifos de los centros auríferos andinos, las rutas que llevan hasta éstos o a los lugares en donde aparece el término *Uru* como componente del nombre, disponen de símbolos que tienen todo el aspecto de pictogramas o de escritura cuneiforme, como los de la cruz radiante (Fig. 134c) encontrada entre unos petroglifos al noroeste del lago Titicaca —un símbolo que los sumerios utilizaban para representar al planeta Nibiru.

Y añadamos a todo esto la posibilidad de que algunos de los sumerios llevados al lago Titicaca pudieran haber dejado descendientes hasta nuestros días. En la actualidad, sólo quedarían unos cuantos centenares de ellos; viven en algunas de las islas del lago, navegando con sus botes de juncos. Los aymarás y los kollas, que componen la mayor parte de los habitantes de la región, los consideran los remanentes de los más antiguos pobladores de la zona, forasteros de otra tierra a la que llaman Uru. Dicen que significa «Los de antaño»; pero ¿no se llamarán así porque vinieron de la capital sumeria, Ur?

Según Posnansky, *los urus* hablan de cinco deidades o *Samptni*:

Pacani-Malku, que significa Señor de Antaño o Grande;

Malku, que significa Señor; y

los dioses de la Tierra, de las Aguas y el Sol.

El término malku tiene un obvio origen en Oriente Próximo, donde significaba (y sigue haciéndolo en hebreo y árabe) «rey». W. La Barre, en uno de los pocos estudios que se han hecho sobre los urus (American Anthropologist, vol. 43), dice que los «mitos» uru cuentan que

> *«nosotros, la gente del lago, somos los más antiguos en la Tierra. Estamos aquí desde hace mucho tiempo, desde antes de que el Sol se escondiera… Antes de que el Sol se ocultara, nosotros ya llevábamos mucho tiempo aquí. Después vinieron los kollas… Ellos utilizaban nuestros cuerpos para los sacrificios cuando hacían los cimientos de sus templos… Tiahuanaco se construyó antes del tiempo de la oscuridad».*

Hemos determinado ya que el Día de la Oscuridad, «cuando el Sol se escondió», tuvo lugar hacia el 1400 a. C. Ya hemos explicado que fue un acontecimiento global que dejó su huella en las escrituras y en la memoria de los pueblos de ambos lados del mundo. Esta leyenda uru, o su memoria colectiva, afirma que Tiahuanacu se construyó antes de este suceso, y que los urus ya estaban allí desde mucho antes. Hasta el día de hoy, los aymarás navegan en canoas de juncos que, según dicen, aprendieron a construirlas de los urus. La notable similitud de estos botes con los botes de juncos sumerios llevaron a Thor Heyerdahl a hacer una réplica de éstos y embarcarse en los viajes de la Kon-Tiki (un epíteto de Viracocha), para demostrar que los antiguos sumerios pudieron haber cruzado los océanos.

La extensión de la presencia sumeria/uru en los Andes se puede percibir en otros detalles, como el hecho de que *uru* signifique «día» en todas las lenguas andinas, tanto en aymara como en quechua, el mismo significado («luz del día») que tuvo en Mesopotamia. Otros términos andinos, como *uma/mayu*, que es agua, *khun*, que es rojo, *kap*, que es mano, *enu/ienu*, que es ojo, *makai*, que es golpe, tienen un origen mesopotámico tan evidente que Pablo Patrón (*Nouvelles études sur les langues americaines*) concluyó que

> *«está claramente demostrado que las lenguas quechua y aymara de los indígenas de Perú tuvieron un origen sumerio-asirio».*

El término *uru* aparece como componente de muchos nombres geográficos bolivianos y peruanos, como en el del importante centro minero Oruru, el Valle Sagrado de los Incas de Urubamba («Llanura/valle de los Urus») y su conocido río, y otros muchos. De hecho, en unas cuevas que hay en el centro del Valle Sagrado, aún viven los remanentes de una tribu que se considera descendiente de los urus del lago Titicaca; y se niegan a abandonar las cuevas para ir a vivir en casas porque, según dicen, las montañas se derrumbarán si ellos dejan de vivir en su interior, provocando con ello el fin del mundo.

Existen otros vínculos aparentes entre la civilización de Mesopotamia y la de los Andes.

¿Cómo explicar, por ejemplo, el hecho de que, como en el caso de Tiahuanacu, la

capital sumeria, Ur, estuviera circundada por un canal con un puerto en el norte y otro en el suroeste (un canal que llevaba al Eufrates)?

¿Y cómo explicar que el Recinto Dorado del templo de Cuzco tuviera las paredes cubiertas con placas de oro, al igual que los de Puma-Punku y Uruk?

¿Y cómo la «Biblia en Imágenes» del Coricancha, en donde se representa a Nibiru y su órbita?

También estaban las muchas costumbres que llevaron a los recién llegados españoles a ver en los indígenas a los descendientes de las Diez Tribus de Israel. Estaban las ciudades costeras y sus templos, que recordaron a los exploradores los recintos sagrados y los zigurats de Sumer.

¿Y cómo explicar los tejidos, increíblemente adornados, de los pueblos costeros cercanos a Tiahuanacu, únicos en las Américas, salvo si se comparan con los tejidos sumerios, concretamente con los de Ur, que fueron famosos en la antigüedad por sus colores y sus exquisitos diseños?

¿Por qué se representaba a los dioses con tocados cónicos, y a una diosa con la cuchilla umbilical de Ninti?

¿Por qué un calendario como el mesopotámico, y un Zodiaco como en Sumer, con la precesión de los equinoccios y doce casas?

Sin la intención de hacer un refrito de todas las evidencias que llenan los capítulos anteriores, se nos antoja que todas las piezas del rompecabezas de los comienzos andinos encajan en su sitio, si reconocemos la mano de los anunnaki y la presencia en esta región de los sumerios (solos o con sus vecinos) hacia el 4000 a. C. Las leyendas de la ascensión a los cielos del Creador y sus dos hijos, la Luna y el Sol, desde la roca sagrada de la Isla del Sol (la Isla Titicaca) bien pueden ser recuerdos de la partida de Anu, de su hijo Sin y de su nieto Shamash: después de hacer un corto viaje en barco desde Puma-Punku hasta un vehículo aéreo de los anunnaki que esperaba en la isla.

En aquella memorable noche en Uruk, en cuanto se divisó Nibiru, los sacerdotes encendieron las antorchas como señal para las poblaciones cercanas. Y, así, se fueron encendiendo hogueras, hasta que todo Sumer resplandeció, celebrando la presencia de Anu y Antu, y el avistamiento del Planeta de los Dioses.

Tanto si la gente era consciente como si no de que estaban presenciando un avistamiento celeste que sólo ocurría una vez cada 3600 años terrestres, lo que sí que debían saber era que se trataba de un fenómeno que sólo tendrían ocasión de verlo una vez en sus vidas. La humanidad no ha dejado de anhelar el regreso de aquel planeta, y simplemente recuerda aquélla era como una Era de Oro: no sólo en términos físicos, sino también porque culminó un período de paz y de progresos sin precedentes para la humanidad.

Pero tan pronto (en términos anunnaki) Anu y Antu regresaron a Nibiru, la

pacífica división de la Tierra entre los clanes anunnaki se vio alterada. Fue hacia el 3450 a. C., según nuestros cálculos, cuando tuvo lugar el incidente de la Torre de Babel: una intentona de Marduk/Ra por conseguir la supremacía de su ciudad, Babilonia, en Mesopotamia. Aunque frustrada por Enlil y Ninurta, aquel intento por involucrar a la humanidad en la construcción de una torre de lanzamiento trajo la decisión de los dioses de dispersar a la humanidad y confundir sus lenguas. Aquella civilización y aquella lengua únicas se dividieron, y tras un período caótico que duró unos 350 años, se formó la civilización del Nilo, con su propia lengua y su propia escritura, aunque rudimentaria. Esto sucedió, según nos dicen los egiptólogos, hacia el 3100 a. C.

Frustrado en sus esfuerzos por hacerse con la supremacía en el civilizado Sumer, Marduk/Ra se valió de que se hubiera concedido la civilización a los egipcios para volver a aquella tierra y reclamar su soberanía a su hermano Thot, con lo que éste quedó como un dios sin pueblo; y nuestra hipótesis es que, acompañado por algunos fieles seguidores, eligió una morada en los Nuevos Reinos —en Mesoamérica.

Y sugerimos también que no sólo sucedió «hacia el 3100 a. C.», sino exactamente en el 3113 a. C. —la época, el año e, incluso, el día en que los mesoamericanos comenzaron su Cuenta Larga.

Contar el paso del tiempo tomando como punto de arranque del calendario un acontecimiento importante no es nada extraño. El calendario occidental cristiano cuenta los años a partir del nacimiento de Cristo. El calendario musulmán comienza con la *Hégira*, la huida de Mahoma desde La Meca a Medina. Echando un vistazo a los muchos ejemplos de tierras y monarquías precedentes, mencionaremos el calendario judío, que es, en efecto, el antiguo calendario (el más antiguo de todos) de Nippur, la ciudad sumeria consagrada a Enlil.

En contra de la idea generalizada de que los judíos cuentan los años (5748 en 1988) desde el «principio del mundo», el calendario judío cuenta realmente los años desde el comienzo del calendario nippuriano, en el 3760 a. C. —momento, suponemos, en que tuvo lugar la visita de estado de Anu a la Tierra.

¿Por qué no aceptar entonces nuestra hipótesis de que la llegada de Quetzalcóatl, es decir, la Serpiente Alada, a su nuevo reino se tomara como punto de arranque de la Cuenta Larga del calendario mesoamericano, especialmente por ser el dios que introdujo el calendario en estas tierras?

Tras ser derrocado por su propio hermano, Thot (conocido en los textos sumerios como *Ningishzidda* —Señor del Árbol de la Vida) se convirtió en el aliado natural de los adversarios de su hermano, los dioses enlilitas y su Guerrero Jefe, Ninurta.

En los registros sumerios se dice que, cuando Ninurta le pidió a Gudea que le hiciera un templo-zigurat, fue Ningishzidda/Thot el que diseñó los planos de construcción; también especificó los extraños materiales necesarios para ello, y se

ocupó de suministrarlos. Como amigo de los enlilitas, tuvo que mantener buenas relaciones con Ishkur/Adad, y con el reino andino que se puso bajo su control en la región del Titicaca; y, probablemente, sería bien recibido allí como invitado.

De hecho, podemos discernir evidencias de que un dios Serpiente y sus seguidores africanos echaron probablemente una mano en el desarrollo de algunos de los emplazamientos satélites de procesamiento de metales de los alrededores de Tiahuanacu.

Figura 135.

Existen algunas estelas y esculturas de piedra de la época entre los Períodos I y II de Tiahuanacu que están decoradas con símbolos de serpientes —un símbolo que, por otra parte, es extraño y desconocido en Tiahuanacu; y algunas de las esculturas de personas encontradas en lugares cercanos (Fig. 135), así como dos colosales bustos que los nativos se llevaron al pueblo de Tiahuanacu para decorar la entrada de la iglesia (Fig. 136), muestran, aún en tan erosionado estado, rasgos negroides.

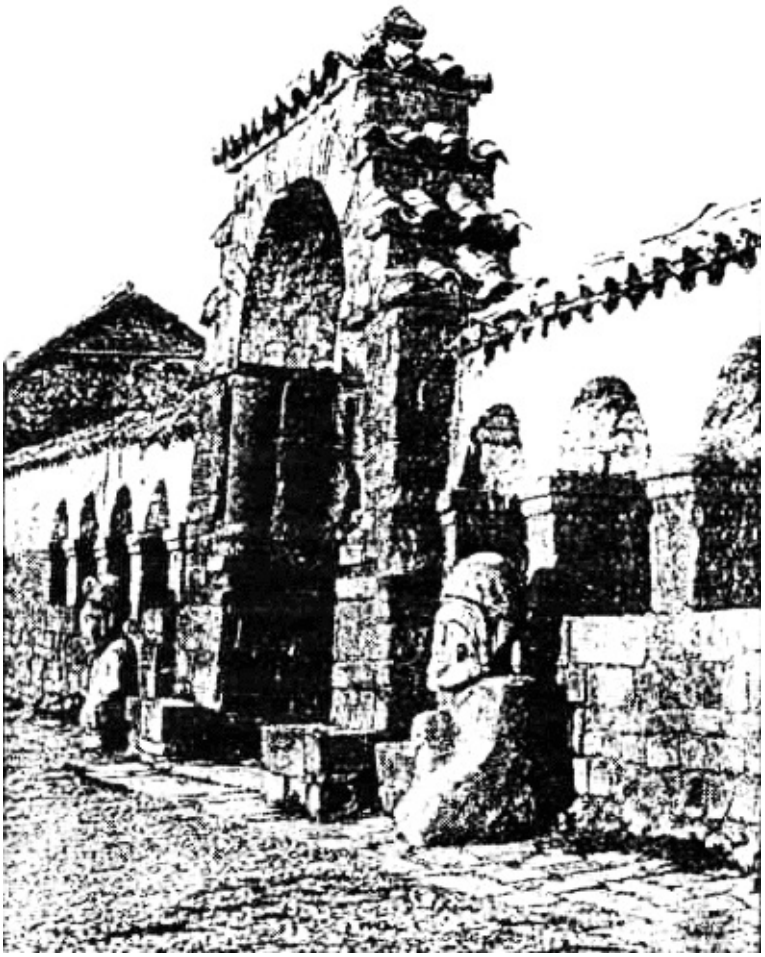

Figura 136.

Posnansky, herido por las críticas de su «fantástica» antigüedad, no intentó fechar la transición desde el Período I, cuando se utilizó la arenisca para la construcción y el santuario, hasta el Período II, más sofisticado, cuando se empezó a utilizar una piedra más dura, la andesita.

Pero el hecho de que este cambio marcara también un giro en el centro de atención de Tiahuanacu desde el oro al estaño, nos sugiere la época del 2500 a. C. Si, como suponemos, los dioses enlilitas a cargo de los dominios montañosos de Oriente Próximo (Adad, Ninurta), se encontraban entonces en el Nuevo Reino, ocupados con la fundación de la colonia casita, esto explicaría por qué, más o menos en la misma época, Inanna/Ishtar usurpó el poder en Oriente Próximo y lanzó una sangrienta ofensiva contra Marduk/Ra para vengar la muerte de su amado esposo Dumuzi (provocada, según ella, por Marduk).

Fue en aquella época, y probablemente como consecuencia de la inestabilidad de los Viejos Reinos, cuando los dioses involucrados se decidieron a crear una nueva civilización lejos de todas las demás:

en los Andes. Mientras Tiahuanacu era el centro del suministro de estaño, los suministros de oro eran casi inagotables a lo largo de las vertientes andinas. Todo lo que había que hacer era darle al hombre andino los conocimientos y las herramientas necesarias para hacerse con el oro.

Y así fue como, hacia el 2400 a. C. —justo como dijo Montesinos—, se le dio a Manco Capac la varita de oro en Titicaca y se le envió a la región del oro de Cuzco.

¿Qué forma tenía y para qué servía esta varita mágica? Uno de los más concienzudos estudios sobre el tema es *Corona incaica*, de Juan Larrea. Analizando objetos, leyendas y representaciones pictóricas de los soberanos incas, llegó a la conclusión de que era un hacha, un objeto llamado *Yuari*, que, cuando se le entregó a Manco Capac, se le dio el nombre de *Tupa-Yuari*, Hacha Real (Fig. 137a). Pero ¿era un arma o una herramienta?

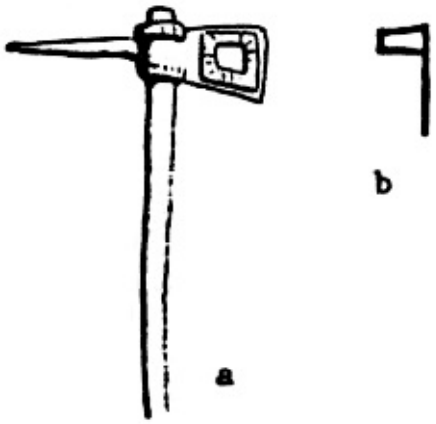


Figura 137.

Para encontrar la respuesta, tendremos que ir al antiguo Egipto. El término egipcio para «dioses, divino» era *Neteru*, «Guardianes», que, no obstante, era el término que se utilizaba para designar a Sumer (en realidad, Shumer) —«tierra de los guardianes»; y en las primeras traducciones de los textos bíblicos y pseudobíblicos al griego, el término *Nefilim* (alias Anunnaki) se tradujo por «guardianes».

El jeroglífico de esta palabra era un hacha (Fig. 137b); E. A. Wallis Budge (*The Gods of the Egyptians*), en un capítulo especial titulado «El hacha como símbolo de Dios», llegó a la conclusión de que estaba hecha de metal, y mencionó que el símbolo (como el término *Neter*) se había tomado prestado de los sumerios. Y eso es, precisamente, lo que se puede vislumbrar en la Fig. 133.

Así se puso en marcha la civilización andina: dándole al hombre andino un hacha con la cual extraer el oro de los dioses.

Los relatos de Manco Capac y de los hermanos Ayar marcan también, con toda probabilidad, el fin de las fases mesopotámica y del oro en Tiahuanacu. A continuación, hubo una pausa, que se prolongó hasta que el lugar volvió a la vida como capital mundial del estaño. Llegaron los casitas y empezaron a enviar estaño, o bronce ya hecho, a través de la ruta del Pacífico. Con el tiempo, se pusieron en marcha otras rutas. La existencia de poblaciones con una abundancia sorprendente de objetos de bronce apunta a una posible ruta por el río Beni, en dirección este, hasta la costa atlántica de Brasil, para desde ahí, con la ayuda de las corrientes oceánicas, alcanzar el Mar de Arabia y llegar a Egipto a través del Mar Rojo, o a Mesopotamia a

través del Golfo Pérsico. Pudo haber, y probablemente hubo, una ruta a través del Imperio Antiguo y el río Urubamba, como sugieren los emplazamientos megalíticos y el descubrimiento de un trozo de estaño puro en Machu Picchu. Esta ruta llevaba al Amazonas y al extremo nororiental de Sudamérica, para cruzar después el Atlántico y llegar a África Occidental, y por último al Mediterráneo.

Y después, en el momento en que Mesoamérica alcanzó un mínimo de poblaciones civilizadas, se ofreció una tercera alternativa más rápida, a través del estrecho cuello de botella que establecía un puente de tierra virtual entre el Océano Pacífico y el Atlántico cruzando el Caribe —ruta que seguirían más tarde, pero al revés, los conquistadores.

Esta tercera ruta, la de la civilización olmeca, debió convertirse en la preferida a partir del 2000 a. C., como se evidencia por la presencia de mediterráneos, pues, en el 2024 a. C., los anunnaki, dirigidos por Ninurta, destruyeron con armas nucleares el espaciopuerto del Sinaí, por temor a que cayera en manos de los seguidores de Marduk.

La mortífera nube nuclear avanzó imparable hacia el este por todo el sur de Mesopotamia, devastando Sumer y su última capital, Ur. Y, como si el destino lo hubiese decretado, la nube se desvió hacia el sur perdonando a Babilonia; y Marduk, sin perder el tiempo, marchó con un ejército de seguidores cananeos y amorreos, declarando la realeza en Babilonia.

Creemos que fue entonces cuando se tomó la decisión de conceder la civilización a los seguidores africanos de Thot/Quetzalcóatl en su reino centroamericano.

Uno de los extraños estudios académicos que admiten que los olmecas eran negroides africanos fue *África and the Discovery of America*, de Leo Wiener, profesor de eslavo y otras lenguas en la Universidad de Harvard. Basándose en los rasgos raciales y en otras consideraciones, pero principalmente en el análisis lingüístico, concluyó que la lengua olmeca pertenecía al grupo de lenguas mande, que tuvieron su origen en el oeste de África, entre los ríos Niger y Congo.

Pero este estudio lo realizó en 1920, antes de que se conocieran los restos de la verdadera época olmeca, por lo que atribuyó su presencia en Mesoamérica a los marinos y los traficantes de esclavos árabes de la Edad Media.

Más de medio siglo tendría que pasar hasta que se abordara este tema en otro importante estudio académico, *Unexpected Faces in Ancient America*, de Alexander von Wuthenau. Con una gran aportación de fotografías de rostros de semitas y negroides del legado artístico de Mesoamérica, Wuthenau supuso que los primeros vínculos entre el Viejo y el Nuevo Mundo se desarrollaron durante el reinado del faraón egipcio Ramsés III (siglo XII a. C.), y que los olmecas eran cusitas de Nubia (la principal fuente de oro de Egipto).

Pensó que algunos otros negros africanos pudieron llegar a América a bordo de

«barcos fenicios y judíos», entre el 500 y el 200 a. C. Ivan van Sertima, cuyo estudio *They Carne Before Columbus* estableció un puente sobre el vacío de medio siglo entre los dos trabajos académicos anteriores, se inclinó por la solución cusita: fue cuando los reyes negros de Kush ascendieron al trono de Egipto en el siglo VIII a. C., conformando la vigesimoquinta dinastía, y comerciando con plata y bronce que, probablemente como consecuencia de los naufragios, dominaban en Mesoamérica.

Esta conclusión vino propiciada por la idea de que las gigantes cabezas olmecas eran, más o menos, de aquella época; pero ahora sabemos que los comienzos de los olmecas se remontan al 2000 a. C. Entonces, ¿quiénes fueron estos africanos?

Sostenemos que los estudios lingüísticos de Leo Wiener son correctos, pero no así su marco temporal. Cuando uno compara los rostros de las colosales cabezas olmecas (Fig. 138a) con las de los africanos occidentales (como éste del líder nigeriano, General I. B. Banagida —Fig. 138b), un puente de obvia similitud cruza el abismo de los milenios.

Figura 138.

Es de esta parte de África de la que Thot pudo llevarse a sus seguidores expertos en minería, pues es allí donde son abundantes el oro, y *el estaño* y el cobre con los cuales alear el bronce.

Nigeria es famosa por sus figurillas de bronce —fundidas con el mencionado proceso de Cera Perdida— desde hace milenios; en unas investigaciones recientes, en las que se ha hecho dataciones con radiocarbono, se ha comprobado que las más antiguas pueden ser de alrededor del 2100 a. C.

También allí, en África Occidental, lo que hoy se conoce como Ghana, recibió durante siglos el nombre de Costa de Oro, pues eso es lo que era, una fuente de oro conocida incluso por los fenicios. Y después tenemos la región del pueblo ashanti, famosa en todo el continente por su orfebrería; entre sus trabajos se suelen ver objetos de oro con la forma de pirámides escalonadas en miniatura (Fig. 139), en unos países en donde no han existido nunca estas construcciones.

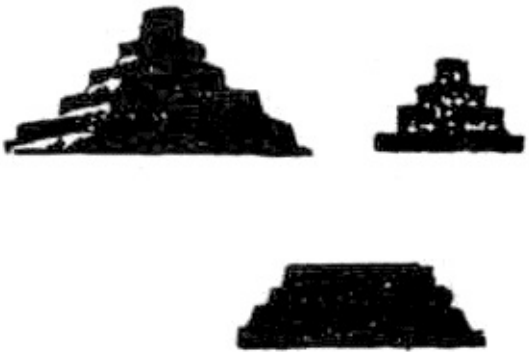

Figura 139.

Creemos que, cuando el orden en el Viejo Mundo quedó trastocado, Thot se llevó consigo a sus seguidores expertos: para comenzar una nueva vida, una nueva civilización y unas nuevas operaciones mineras.

Con el tiempo, como hemos demostrado, estas operaciones y esos mineros, los olmecas, se trasladaron hacia el sur, primero a las costas mexicanas del Pacífico, y luego, a través del istmo, a la parte norte de América del Sur. Su destino final sería la región de Chavín, donde se encontrarían con los mineros del oro de Adad, el pueblo de la varita de oro.

La edad de oro de los Nuevos Reinos no duraría para siempre. Los emplazamientos olmecas de México fueron destruidos; los mismos olmecas y sus barbados compañeros tuvieron un fin brutal. La cerámica mochica nos muestra a unos esclavizados gigantes y a unos dioses alados combatiendo con hojas de metal. El Imperio Antiguo presenció choques tribales e invasiones, y en las alturas del Titicaca, las leyendas aymara recordarían a unos invasores que subieron a las montañas desde la costa y mataron a los hombres blancos que aún quedaban allí.

¿Sería esto el reflejo de los conflictos entre los anunnaki, conflictos en los cuales fueron involucrando cada vez más a la humanidad?

¿O todo esto comenzó a suceder después de que los dioses se fueran —navegando por el mar, ascendiendo al cielo?

Fuese lo que fuese que sucediera, lo que es cierto es que, con el tiempo, los vínculos entre los Viejos y los Nuevos Reinos se rompieron. En el Viejo Mundo, las Américas se convirtieron en no más que un borroso recuerdo —insinuado por este o aquel autor clásico, de los relatos de la Atlántida escuchados a los sacerdotes egipcios, incluso de asombrosos mapas que dibujaban continentes desconocidos.

¿Acaso era todo un mito, que hubiera tierras de oro y estaño más allá de las Columnas de Hércules?

Con el tiempo, *los Nuevos Reinos* se convertirían en los Reinos Perdidos, al menos para los occidentales. Allí, en los Nuevos Reinos, el pasado de oro se convirtió sólo en un recuerdo legendario con el transcurso de los siglos. Pero los recuerdos no morirían, y los relatos persistirían; los relatos de cómo y dónde comenzó todo, de

Quetzalcóatl y Viracocha, de cómo volverían algún día.

Figura 140.

Cuando nos encontramos ahora con cabezas colosales, muros megalíticos, emplazamientos abandonados, una solitaria puerta con un dios llorón, nos debemos preguntar: ¿no tendrían razón los pueblos de América al decirnos que aquellos dioses estuvieron entre ellos, al esperar su regreso?

Pues, hasta que el hombre blanco llegó otra vez, trayendo con él el caos, los pueblos de los Andes, donde todo comenzó, sólo podían mirar en los vacíos recintos dorados y conservar la esperanza de ver de nuevo, alguna vez, a su alado dios de las lágrimas de oro.

# FUENTES

Además de las referencias concretas que aparecen en el texto, también se han consultado las siguientes revistas, estudios de expertos y trabajos individuales:

## I. ESTUDIOS, ARTÍCULOS E INFORMES DE REVISTAS ESPECIALIZADAS.


- *Academia Colombiana de Historia: Biblioteca de Antropología* (Bogotá)
- *Acta Antropológica* (México D. F.)
- *American Anthropological Association, Memoirs* (Menasha, Wisc.)
- *American Anthropologist* (Menasha, Wisc.)
- *American Antiquity* (Salt Lake City)
- *American Journal of Anthropology* (Baltimore)
- *American Museum of Natural History: Anthropological Papers* (Nueva York)
- *American Philosophical Society: Transactions* (Filadelfia)
- *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia* (México D. F.)
- *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología* (México D. F.)
- *Annals of the New York Academy of Sciences* (Nueva York)
- *Anthropological Journal of Canadá* (Ottawa)
- *Anthropology* (Berkeley) *Archaeoastronomy* (College Park)
- *Archaeology* (Nueva York) *Arqueología Mexicana* (México D. F.)
- *Arqueológicas* (Lima)
- *Atlantis* (Berlín y Zurich)
- *Baessler Archiv* (Berlín y Leipzig)
- *Biblical Archaeology Review* (Washington D. C.)
- *Biblioteca Boliviana* (La Paz)
- *Bureau of American Ethnology: Bulletin* (Washington D. C.)
- *California University, Archaeological Research Facility: Contributions* (Berkeley)
- *Carnegie Institution of Washington, Publications: Contributions to American Archaeology* (Washington D. C.)
- *Carnegie Institution of Washington, Department of Archaeology: Notes on Middle American Archaeology and Ethnology* (Cambridge, Mass.)
- *Connecticut Academy of Arts and Sciences: Memoirs* (New Haven)
- *Cuadernos Americanos* (México D. F.)
- *Cuzco* (Cuzco)
- *El México Antiguo* (México D. F.)
- *Ethnographical Museum of Sweden: Monograph Series* (Estocolmo)

- *Harvard University, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology: Memoirs* y *Papers* (Cambridge, Mass.)
- *Inca* (Lima)
- *Instituto Nacional de Antropología e Historia: Memorias* y *Boletín* (México D. F.)
- *International Congresses of Americanists: Proceedings* (Varias ciudades)
- *Journal of the Ethnological Society of London* (Londres)
- *Journal of the Manchester Egyptian and Oriental Society* (Manchester)
- *Journal of the Roy al Anthropological Institute* (Londres)
- *Liverpool University Centre for Latín American Studies: Monograph Series* (Liverpool)
- *Museum für Volkerkunde im Hamburg: Mitteilungen* (Hamburgo)
- *Museum of the American Indian, Heye Foundation: Contributions* y *Leaflets* e *Indian Notes and Monographs* (Nueva York)
- *National Geographic Magazine* (Washington D. C.)
- *National Geographic Society, Technical Papers: Mexican Archaeology Series* (Washington D. C.)
- *Natural History* (Nueva York)
- *New World Archaeological Foundation: Papers* (Provo)
- *Revista del Museo de La Plata* (Buenos Aires)
- *Revista del Museo Nacional* (Lima)
- *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasiliero* (Río de Janeiro)
- *Revista Histórica* (Lima)
- *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (México D. F.)
- *Revista Mexicana de Estudios Históricos* (México D. F.)
- *Revista Universitaria* (Lima)
- *Revue Anthropologique* (París)
- *Revue d'Ethnographie* (París)
- *Scientific American* (Nueva York)
- *Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology: Bulletin* (Washington D. C.)
- *Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology* (Dumbarton Oaks)
- *University of California Anthropological Records* (Berkeley)
- *University of California: Publications in American Archaeology and Ethnology* (Berkeley)
- *University of Pennsylvania, the University Museum: The Museum*
- *Journal* (Filadelfia) *Wira-Kocha* (Lima)

## II. TRABAJOS Y ESTUDIOS INDIVIDUALES.


- Allen, G. *Gold!* 1964.
- *América Pintoresca: Descripción de viajes al Nuevo Continente*. 1884.
- Anders, F. *Das Pantheon der Maya*. 1963.
- ANDREE, R. *Die Metalle bei den Naturvólkern*. 1884.
- *Antiguo Perú: espacio y tiempo*. 1960.
- Antón, F. *Alt-Peru und seine Kunst*. 1962.
- Arnold, J. R. y W. F. Libby. *Radiocarbon Dates*. 1950.
- *Arte prehispánico de México*. 1933.
- Aveni, A. F. (ed.) *Archaeoastronomy in Pre-Columbian America*.1975.
  ------. (ed.) *Native American Astronomy*. 1977.
  ------. (ed.) *Archaeoastronomy in the New World*. 1982.
- Batres, L. *Teotihuacán o la ciudad sagrada de los toltecas*. 1889.
  ------. *Civilización prehistórica (Estado de Veracruz)*. 1908.
- Baudin, L. *La Vie Quotidienne au Temps des Derniers Incas*. 1955.
- Baudin, L, Troll C. y C. D. Gibson. *Los orígenes del indio americano*. 1937.
- Beixi, P. L. *La civilización nazca*. 1960.
- Beltrán-Kropp, M. *Cuzco-Window on Perú*. 1956,1970.
- Bennett, W. C. *Excavations at Tiahuanaco*. 1934.
  ------. *Excavations in Bolivia*. 1936.
  ------. *The Ancient Arts of the Andes*. 1954.
- Bennett, W. C. y Bird, J. B. *Andean Culture History*. 1964.
- Benson, E. P. *The Maya World*. 1967.
  ------. (ed.) *The Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs*. 1968.
- Bernal, I. *Ancient México in Color*. 1968.
  ------. *El mundo olmeca*. 1968.
  ------. *Stone Reliefs in the Dainzu Área*. 1973.
- Bernal, I., R. Piña-Chan y F. Cámara Barbachano. *3000 Years of Art and Life in México*. 1968.
- Bird, J. *Paracas Fabrics and Nazca Needlework*. 1954.
- Bird, J. (ed.) *Art and Life in Old Perú*. 1962.
- Blom, F. y La Farge, O. *Tribes and Temples*. 1926.
- Bollaert, W. *Antiquarian, Ethnological and Other Researches in New Granada, Ecuador, Perú and Chile*. 1860.
- Braessler, A. *Ancient Peruvian Art*. 1902/1903.
  ------. *Altperuanische Metallgerate*. 1906.
- Brinton, D. G. *The Books of Chilam Balam*. 1892.

- British Academy, The. *The Place of Astronomy in the Ancient World*. 1974.
- Buck, F. *El Calendario maya en la cultura tiahuanacu*. 1937.
- Burland, C. A. *Peoples of the Sun*. 1976.
- Buse, H. *Huaras y Chavín*. 1957.
  ------. *Guía arqueológica de Lima*. 1960.
  ------. *Machu Picchu*. 1961.
  ------. *Perú, 10 000 años*. 1962.
- Bushnell, G. H. S. *Perú*. 1957.
  ------. *Ancient Arts of the Americas*. 1965.
- Cabello de Balboa, M. *Historia de Perú*. 1920.
- Carnero Albarrán, N. *Minas e indios del Perú*. 1981.
- Caso, A. *La religión de los aztecas*. 1936.
  ------. *Thirteen Masterpieces of Mexican Archaeology*. 1936.
  ------. *El complejo arqueológico de Tula*. 1941.
  ------. *Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán*. 1947.
  ------. *The Aztecs — People of the Sun*. 1958.
  ------. *Los calendarios prehispánicos*. 1967.
  ------. *Reyes y reinos de la mixteca*. 1977.
- Centro de Investigaciones Antropológicas de México. *Esplendor del México antiguo*. 1959.
- Chapman, W. *The Search for El Dorado*. 1967.
  ------. *The Golden Dream*. 1967.
- Coe, M. D. *México*. 1962.
  ------. *The Maya*. 1966.
- Coe, M. D. Y Diehl, R. *In the Land of the Olmec*. 1980.
- Cornell, J. *The First Stargazers*. 1981.
- Corson, C. *Maya Anthropomorphic Figurines from Jaina Island*. 1976.
- Cottrell, A. (ed.) *The Encyclopedia of Ancient Civilizations*. 1980.
- Crequi-Montfort, G. de. *Fouilles de la mission scientifique franqaise á Tiahuanaco*. 1906.
- D'Amato, J. y J. H. Del Mazo. *Machu Picchu*. 1975.
- Dennis, W. H. *Metallurgy in the Service of Man*. 1961.
- *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. 1971.
- Dihl, R. A. *Tula - The Capital of Ancient México*. 1983.
- Disseldorf, E. P. *Kunst und Religión der Maya Vólker*. 1926,1931.
- Disselhoff, H. D. *Gott Muss Peruaner Sein*. 1956.
  ------. *Kinder der Erdgóttin*. 1960.
  ------. *Les Grandes Civilizations de l'Amerique Ancienne*. 1963.
  ------. *Geschichte der Altamerikanischen Kulturen*. 1967.

------. *Oasenstadte und Zaubersteine im Land der Inka*. 1968.
------. *El Imperio de los incas*. 1973.
------. *Incaica*. 1982.
- Doering, H. *Old Peruvian Art*. 1926.
- Dubelaar, C. N. *The Petroglyphs in the Guianas and Adjacent Áreas of Brazil and Venezuela*. 1986.
- Duran, Fray D. *Historia de las Indias de Nueva España*. 1867. (Traducción inglesa de Heyden D. Y Horcasitas, R, 1964)
- Emmerich, A. *Sweat of the Sun and Tears of the Moon*. 1965.
  ------. *Gods and Men in Precolumbian Art*. 1967.
- Engel, F. *Elementos de prehistoria peruana*. 1962.
  ------. *Le Monde Précolumbien des Andes*. 1972.
- Fage, J. D. *A History of West África*. 1969.
- Falb, R. *Das Land der Inca*. 1883.
- Fernández, A. *Pre-Hispanic Gods of México*. 1984.
- *Festschrift Eduard Seler*. 1922.
- Fisher, J. R. *Silver Mines and Silver Miners in Colonial Perú*. 1977.
- Flornoy, B. *Découverte des Sources des Andes a la Forét Amazonienne*. 1946.
  ------. *The World of the Inca*. 1956.
  ------. *Amazone - Tenes et Hommes*. 1969.
- Forbes, D. *On the Aymara Indians of Bolivia and Perú*. 1870.
- FORBES, R. J. *Metallurgy in Antiquity*. 1950.
- FURST, J. L. y Furst, P. T. *Pre-Columbian Art of México*. 1980.
- Furst, P. T. *Gold Before Columbus*. 1964.
- García Rosell, C. *Los monumentos arqueológicos del Perú*. 1942.
- Garcilaso de la Vega, el Inca. *Royal Commentaries of the Incas* (traducido al inglés por H. V. Livermore) 1966.
- Gates, W. *An Outline Dictionary of Maya Glyphs*. 1931.
- Giesecke, A. A. *Guide to Cuzco*. 1924.
- González de la Rosa, M. *Les deux Tiahuanacos*. 1910.
- GORDON, G. B. *Prehistoric Ruins of Copan, Honduras*. 1896.
- Haberland, W. *Die Kulturen Meso - und Zentralamerika*. 1969.
- Harlow, W. T. (ed.) *Voy ages of Great Pioneers*. 1929.
- Hawkins, G. S. *Beyond Stonehenge*. 1973.
- Hedges, E. S. *Tin and Its Alloys*. 1959.
- Heggie, d. C. (ed.) *Archaeoastronomy in the Old World*. 1982.
- Heim, A. *Wunderland Perú*. 1948.
- Heizer, R. E., P. Drucker y J. A. Graham. *Investigations at La Venta*. 1968.
- Helfritz, H. *Mexican Cities of the Gods*. 1970.

- Heyerdahl, T. *The Kon-Tiki Expedition*. 1951.
  ------. *The Ra Expeditions*. 1971.
- *Homenaje al profesor Paul Rivet*. 1955.
- Ibarra Grasso, D. E. *Tiahuanaco*. 1956.
  ------. *Prehistoria de Bolivia*. 1965.
  ------. *Cosmogonía y mitología indígena americana*. 1980.
  ------. *Ciencia en Tihuanaku y el Incario*. 1982.
  ------. *Ciencia astronómica y sociología*. 1984.
  ------. *Pueblos indígenas de Bolivia*. 1985.
- Illescas Cook, G. *El calendario de Paracas y la Cruz del Sur*. 1981.
- Inwards, R. *The Temple of the Andes*. 1884.
- Ixtlilxochitl, F. de Alva. *Historia chichimeca*. (Traducido y editado por H. G. Bonte: *Das Buch der Kónige von Tezuco*. 1930).
- Jenness, D. (ed.) *The American Aborigines and Their Origin and Antiquity*. 1933.
- Joyce, T. A. *South American Archaeology*. 1912.
  ------. *The Weeping God*. 1913.
  ------. *Mexican Archaeology*. 1920.
  ------. *Maya and Mexican Art*. 1927.
- Katz, F. *The Andent American Civilizations*. 1972.
- Kaufmann-Doig, F. *Arqueología peruana*. 1971.
  ------. *Tiahuanaco a la luz de la arqueología*. 1965.
- Keating, R. W. (ed.) *Peruvian Prehistory*. 1986.
- Krickberg, W. *Altmexikanische Kulturen*. 1956.
  ------. *Felsplastik und Felsbilder bei den Kulturvolkern Altameriker*. 1969.
- Krickberg, W., H. Trimborn, W. Müller y O. Zerris. *Pre-Columbian American Religions*. 1968.
- Kroeber, A. L. *Archaeological Explorations in Perú*. 1926 y 1931.
- Krupp, E. C. *Echoes of Andent Skies: The Astronomies of Lost Civilizations*. 1983.
  ------. (ed.) *In Search of Ancient Astronomies*. 1978.
  ------. (ed.) *Archaeoastronomy and the Roots of Science*. 1983.
- Kubler, G. *The Art and Archaeology of Ancient America*. 1962.
- Kutscher, G. *Chimu, Eine altindianische Hochkultur*. 1950.
- Lafone Quevedo, S. A. *Tres relaciones de antigüedades peruanas*. 1950.
- Landa, D. *Relación de las cosas de Yucatán*. 1956. (Traducción inglesa de W. Gates: *Yucatán Before and After the Conquest*. 1937).
- Larrea, J. *Del surrealismo a Machupicchu*. 1967.
- Lathrap, D. W. *The Upper Amazon*. 1970.

- Lawrence, A. W. y Young, J. (eds.) *Narratives of the Discovery of America*. 1931.
- Leicht, H. *Pre-Inca Art and Culture*. 1960.
- Lehmann, W. *Einige probleme centralamerikanische kalenders*. 1912.
  ------. *The History of Ancient Mexican Archaeology*. 1922.
- Lehmann, W. y Doreing, H. *Kunstgeshichte des alten Perú*. 1924.
- León-Portilla, M. *Pre-Columbian Literature of México*. 1969.
- Lothrop, S. K. *Zacaulpa: A Study of Ancient Quiche Artifacts*. 1936.
  ------. *Metals from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itza, Yucatán*.1952.
  ------. *Treasures of Ancient America*. 1964.
- Lothrop, S. K., Foshag, W. F. y Mahler, J. *Pre-Columbian Art: The Robert Woods Bliss Collection*. 1957.
- Ludendorff, H. *Über die Entstehung der Tzolkin-Periode im Kalendar der Maya*. 1930.
  ------. *Das Mondalter in der Inschriften des Maya*. 1931.
- Maguina, J. E. *Lima Guide Book*. 1957.
- Maler, T. *Explorations in the Department of Peten, Guatemala*. 1911.
- Mantell, C. L. *Tin, Its Mining, Production, Technology and Application*. 1929.
- Markham, C. R. *Perú*. 1880.
  ------. *Narratives of the Rites and Laws of the Yncas*. 1883.
  ------. *The Travels of Pedro de Cieza de León*. 1884.
  ------. *The Incas of Perú*. 1912.
- Marquina, I. *Arquitectura Prehispánica*. 1951.
- Martínez Hernández, J. *La creación del mundo según los mayas*. 1912.
- Masón, J. A. *The Ancient Civilizations of Perú*. 1957,1968.
- Maspero, G. *Popular Stories of Ancient Egypt*. 1915.
- Maudsley, A. P. *Explorations in Guatemala*. 1883.
  ------. *Archaeology*. 1889 - 1902.
- Mead, C. *Prehistoric Bronzes in South America*. 1915.
- Means, P. A. *Ancient Civilizations of the Andes*. 1931.
- Meggers, B. J. *Ecuador*. 1966.
- Metropolitan Museum of Art, Nueva York. *The Iconography of Middle American Sculpture*. 1973.
- Meyer, C. y C. Gallenkamp. *The Mystery of the Ancient Maya*. 1985.
- Middendorf, E. W. *Wórterbuch des Runa Simi oder der KeshuaSprache*. 1890.
  ------. *Las Civilizaciones Aborígenes del Perú*. 1959.
- Miller, M. E. *The Arts of Mesoamerica*. 1986.
- Mitre, B. *Las ruinas de Tiahuanaco*. 1955.
- Montell, G. *Dress and Ornaments in Ancient Perú*. 1929.

- Morley, S. G. *The Inscriptions at Copan*. 1920.
  ------. *The Inscriptions of Peten*. 1937-1938.
- Morris, A. A. *Digging in Yucatán*. 1931.
- Morris, C. y D. E. Thompson. *Huanaco Pampa*. 1985.
- Morris, E. H., J. Charlot y A. A. Morris. *The Temple of the Warriors at Chichén Itza*. 1931.
- Mosley, M. E. *The Maritime Foundations of Andean Civilization*. 1975.
- Myers, B. S. *Art and Civilization*. 1967.
- Neruda, P. *Alturas de Machu Picchu*. 1972.
- O'Neill, W. M. *Time and the Calendars*. 1975.
- Pardo, L. A. *La metrópoli de los incas*. 1937.
  ------. Los *grandes monolitos de Sayhuiti*. 1945.
  ------. *Ruinas del santuario de Huiracocha*. 1946.
  ------. *Historia y arqueología de Cuzco*. 1957.
- Paredes, R. *Tiahuanaco y la provincia de Ingavi*. 1956.
  ------. *Mitos y supersticiones de Bolivia*. 1963.
- Patrón, P. *Nouvelles Études sur les Langues Américaines*. 1907.
- Piña-Chan, R. *El pueblo del jaguar*. 1964.
  ------. *Jaina, la casa en el agua*. 1968.
  ------. *Chichén-Itzá*. 1980.
- Ponce Sanginés, C. *Cerámica tiwanacota*. 1948.
  ------. *Tunupa y Ekako*. 1969.
  ------. *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura*. 1977.
  ------. *La cultura nativa en Bolivia*. 1979.
- Portugal, M. y D. Ibarra Grasso. *Copacabana*. 1957.
- Posnansky, A. *Guía para el Visitante de los monumentos prehistóricos de Tihuanacu e islas del Sol y la Luna*. 1910.
  ------. *El clima del altiplano y la extensión del lago Titicaca*. 1911.
  ------. *Tihuanacu y la civilización prehispánica en el altiplano andino*.1911.
  ------. *Templos y viviendas prehispánicas*. 1921.
- Prescott, W. H. *History of the Conquest of México*. 1843.
  ------. *History of the Conquest of Perú*. 1847.
- Prieto, C. *Mining in the New World*. 1973.
- Proskouriakoff, T. *An Álbum of Maya Architecture*. 1946.
  ------. *A Study of Classical Maya Sculpture*. 1950.
- Raimondi, A. *El Perú*. 1874.
  ------. *Minerales del Perú*. 1878.
- Ravines, R. y J. J. Álvarez Sauri. *Fechas Radiocarbónicas para el Perú*. 1967.
- Reiss, W. y A. Stübel. *Das Totenfeld von Ancón in Perú*. 1880-1887.

- Rice, C. *La civilización preincaica y el problema sumerológico*. 1926.
- Rivet, P. *Los orígenes del hombre americano*. 1943.
- Roeder, G. *Altaegyptische Erzahlungen und Marchen*. 1927.
- Romero, E. *Geografía económica del Perú*. 1961.
- Roys, R. L. *The Book of Chilam Balam of Chumayel*. 1967.
- Rozas, E. A. *Cuzco*. 1954.
- Ruppert, K. *The Caracol at Chichén Itza*. 1933.
- Ruíz-Lhuillier, A. *Campeche en la Arqueología Maya*. 1945.
  ------. *Guía arqueológica de Tula*. 1945.
- Rydén, S. *Archaeological Researches in the Highlands of Bolivia*. 1947.
  ------. *Andean Excavations*. Vol. 11957, vol. II1959.
- Saville, M. H. *Contributions to South American Archaeology. 1907*
- Scholten de D'Ebneth, M. *Chavin de Huantar*. 1980.
- Schmidt, M. *Kunst und Kultur von Perú*. 1929.
- Seler, E. *Peruanische Alterthümer*. 1893.
  ------. *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach und Alterhumkunde*. 1902-03.
- Shook, E. M. *Explorations in the Ruins of Exkintok, Yucatán*. 1940.
- Shook, E. M. y Proskouriakoff, T. *Yucatán*. 1951.
- Sivirichi, A. *Prehistoria peruana*. 1930.
  ------. *Historia de la cultura peruana*. 1953.
- Smith, A. L. *Archaeological Reconnaissance in Central Guatemala*.1955.
- Smith, G. E. *Ships as Evidence of the Migrations of Early Cultures*. 1917.
- Spinden, H. J. *A Study of Maya Art*. 1913.
  ------. *The Reduction of Maya Dates*. 1924.
  ------. *New World Correlations*. 1926.
  ------. *Origin of Civilizations in Central America and México*. 1933.
- Squier, E. G. *The Primeval Monuments of Perú*. 1853,1879.
  ------. *Tiahuanaco — Baalbek del Nuevo Mundo*. 1909.
- Steward, J. H. (ed.) *Handbook of South American Indians*. 1946.
- Stirling, M. *An Initial Series from Tres Zapotes, Veracruz, México*.1939.
  ------. *Stone Monuments of Southern México*. 1943.
- Stoepel, K. T. *Südamerikanische Prahistorische Tempel und Gottheiten*. 1912.
- Strebel, H. *Alt-Mexico*. 1885-1889.
- Tello, J. C. *Antiguo Perú: primera época*. 1929.
  ------. *Arte antiguo Peruano*. 1938.
  ------. *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andina*. 1942.
  ------. *Paracas*. 1959.
- Temple, J. E. *Maya Astronomy*. 1930.

- Thompson, J. E. S. *Maya Hieroglyphic Writing*. 1950.
  ------. *A Catalog of Maya Hieroglyphs*. 1962.
  ------. *The Rise and Fall of Maya Civilization*. 1964.
  ------. *Maya History and Religión*. 1970.
- Tozzer, A. M. *Chichén ltza and its Cenote of Sacrifices*. 1957.
- *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas*. 1879,1950.
- Trimborn, H. *Das Alte Amerika*. 1959.
  ------. *Die Indianischen Hochkulturen des Alten Amerika*. 1963.
  ------. *Alte Hochkulturen Südamerikas*. 1964.
- Tylecote, R. F *A History of Metallurgy*. 1976.
- Ubbelohde-Doering, H. *Old Peruvian Art*. 1936.
  ------. *The Art of Ancient Perú*. 1952.
  ------. *Alt-Mexicanische und Peruanische Mallerei*. 1959.
- Uhle, M. *Kultur and Industrie Südamerikanischer Vólker*. 1889.
  ------. *Pachacamac*. 1903.
  ------. *The Nazca Pottery of Ancient Perú*. 1912.
  ------. *Wesen und Ordnung der altperuanischen Kulturen*. 1959.
- Uzielli, G. *Toscaneüi, Colombo e Vespucci*. 1902.
- Valcárcel, L. E. *Arte Antiguo Peruano*. 1932.
  ------. *The Latest Archaeological Discoveries in Perú*. 1938.
  ------. *Muestrario de Arte Peruano Precolombino*. 1938.
  ------. *Etnohistoria del Perú*. 1959.
  ------. *Machu Picchu*. 1964.
- Vargas, V. A. *Machu Picchu, enigmática ciudad inca*. 1972.
- Von Hagen, V. F. *The Ancient Sun Kingdoms of the Americas*. 1963.
  ------. *The Desert Kingdoms of Perú*. 1964.
- Von Tschudi, J. J. *Die Kechua-Sprache*. 1853.
- Westheim, P. *The Sculpture of Ancient México*. 1963.
  ------. *The Art of Ancient México*. 1965.
- Willard, T. A. *The City of the Sacred Well*. 1926.
  ------. *The Lost Empires of the Itzaes and Maya*. 1933.
- Willey, G. R. *An Introduction to American Archaeology*. 1966.
- Willey, G. R. (ed.) *Archaeology of Southern Mesoamerica*. 1965
- WILLIAMSON, R. A. (ed.) *Archaeoastronomy in the Americas*. 1978.
- Wiener, C. *Perou et Bolivie*. 1880.
  ------. *Viaje al Yucatán*. 1884.
- Zahm, J. A. *The Quest of El Dorado*. 1917.

ZECHARIA SITCHIN. (Bakú, Azerbaiyán, 11 de julio de 1920 - Nueva York, Estados Unidos, 9 de octubre de 2010). Fue un escritor, historiador y lingüista autodidacta, autor de una serie de libros, calificados por varios académicos como pseudocientíficos, que promueven la «teoría de los antiguos astronautas», el supuesto origen extraterrestre de la humanidad, la cual atribuye la creación de la cultura sumeria a los Anunnaki (o Nefilim) que proceden del planeta llamado Nibiru en el sistema solar.

**BIBLIOGRAFÍA.**

**Serie *Crónicas de la Tierra*:**

- El duodécimo planeta, 2002.
- La escalera al cielo, 2002.
- La guerra de los dioses y los hombres, 2002.
- Los reinos perdidos, 2002.
- Al principio de los tiempos, 2002.
- El código cósmico, 2003.
- El final de los tiempos, 2007.

**Volúmenes complementarios:**

- El libro perdido de Enki, 2003.

- El Génesis revisado, 2006.
- Encuentros divinos, 2006.
- Las expediciones de *Las Crónicas de la Tierra*, 2006.
- Viajes al pasado mítico, 2010.
- ¿Hubo gigantes en la Tierra?, 2010.
- El Rey que rehusó a morir: Los Anunnaki y la búsqueda de la inmortalidad.